

LA ESPADA DE
LA VERDAD

VOLUMEN IO

EL GEMELO DE LA MONTAÑA

TERRY GOODKIND

timunmas

LA ESPADA DE LA VERDAD

VOLUMEN 10

***El Gemelo de
la Montaña***

TERRY GOODKIND

TIMUN MAS

Diseño de cubierta: Valerio Viano
Ilustración de cubierta: Anne Sudworth

Título original: *Soul of the Fire*
Traducción: Joana Claverol

Primera edición: abril de 2005

© 1999, Terry Goodkind

© Grupo Editorial Ceac, S.A., 2005

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona (España)

Timun Mas es marca registrada por Grupo Editorial Ceac, S.A.
www.timunmas.com

ISBN: 84-480-3233-0

Depósito legal: M. 10.477-2005

Impreso en España por Brosmac, S.L.

ÍNDICE

1	6
2	14
3	18
4	23
5	30
6	36
7	41
8	50
9	59
10	66
11	74
12	82
13	87
14	95
15	100
16	108
17	113
18	122
19	132
20	140
21	147
22	154
23	160
24	168
25	173
26	178
27	183
28	188
29	194
30	200
31	208
32	216
33	222
34	226
35	232

*A James Frenkel, un hombre con mucha
paciencia, coraje, integridad y talento*

1

Fitch, con la cabeza gacha, veía las piernas y los pies de maese Spink, que se paseaba entre los bancos. Sus botas resonaban lentamente contra el suelo de madera. Algunos de los presentes, sobre todo las mujeres más maduras, se sorbían la nariz mientras sollozaban en silencio.

El muchacho no las culpaba. A veces también él acababa llorando en las asambleas de penitencia. Aunque comprendía que era necesario aprender determinadas lecciones para combatir su malvada naturaleza haken, resultaba muy duro escucharlas.

Cuando maese Spink daba clase, Fitch prefería mirar al suelo, por temor a que sus miradas se trabaran por casualidad. Era incapaz de mirar a los ojos de un ander que le explicaba los horrores que habían sufrido sus antepasados a manos de los antepasados de Fitch sin sentirse abochornado.

—Y ocurrió —prosiguió maese Spink— que las hordas hakens se toparon en su camino con esa pobre aldea de campesinos. Pensando en la seguridad de sus familias, los lugareños se habían reunido con otros anders sencillos de granjas y varias aldeas cercanas. Juntos rezaron al Creador para repeler con éxito a los sanguinarios invasores.

»Tal era su desesperación que ya habían ofrecido a los hakens casi todos sus alimentos y su ganado en gesto de paz. Enviaron mensajeros para explicar lo que les ofrecían y transmitir sus deseos de paz, pero ninguno de esos valientes regresó.

»Así pues, idearon un plan muy simple: se dirigirían a la cresta de una colina y agitarían las armas por encima de la cabeza como demostración de fuerza. Su intención no era invitar a la lucha, naturalmente, sino convencer a los hakens de que pasaran de largo de sus aldeas. Ellos eran campesinos, no soldados, y las armas que agitaban eran herramientas de granja. No querían guerra, sino vivir en paz.

»Allí estaban todos, los hombres de los que os he hablado: Shelby, Willan, Camden, Edgar, Newton, Kenway y el resto. En estas últimas semanas os he contado las historias de esos hombres buenos y afectuosos; sus amores, sus vidas, sus esperanzas, sus sueños sencillos y modestos. Allí estaban, en lo alto de la colina, esperando poder convencer a los brutos hakens de que pasaran de largo. Agitaban en el aire sus herramientas: hachas, azadas, hoces, horcas, mayales, con la esperanza de proteger a sus esposas e hijos, de los que también os he hablado.

Las botas de maese Spink resonaron en el suelo al acercarse a Fitch.

—Pero el ejército haken decidió no respetar la vida de esos hombres sencillos. Riéndose y gritando, los hakens usaron el Dominie Dirtch contra esos pobres hombres.

Algunas de las chicas dieron un respingo y otras gimieron en voz alta. Incluso Fitch notó que el miedo le atenazaba las entrañas y le formaba un nudo en la garganta. También él tuvo que contener las lágrimas al imaginarse esa muerte horripilante. Conocía a esos hombres de la colina, conocía los nombres de sus esposas, sus padres y sus hijos. Las botas de maese Spink se detuvieron justo a su lado. El muchacho ocupaba el último lugar del banco, cerca del pasillo central.

—Y mientras esos bastardos hakens asesinos, vestidos con uniformes elegantes, se reían y vitoreaban —continuó diciendo maese Spink—, el Dominie Dirtch sonó con terrible violencia y les arrancó la carne de los huesos.

Fitch notaba los ojos oscuros del ander clavados en la nuca. Las mujeres y muchos de los hombres daban rienda suelta a su pena.

—Los lamentos de esos pobres campesinos anders se elevaron hacia el cielo de Anderith. Fue su último grito en esta vida antes de que sus cuerpos fuesen despedazados por esos salvajes hakens primorosamente vestidos, que reían y se burlaban mientras empleaban el Dominie Dirtch: un arma cruel concebida para masacrar.

Una de las mujeres de más edad lanzó un grito de horror. Maese Spink no se movió del lado de Fitch. En esos momentos el muchacho no se sentía tan orgulloso de su atuendo de mensajero como cuando tomó asiento entre los susurros de asombro de los demás asistentes a la asamblea.

—Veo que llevas un uniforme nuevo y muy elegante, Fitch —le dijo maese Spink con una voz que le heló la sangre.

Era obvio que debía responder.

—Sí, señor. Aunque yo no era más que un humilde friegaplatos, maese Campbell ha tenido la amabilidad de ofrecerme un trabajo como mensajero. Quiere que lleve este uniforme para que todos los hakens vean que con la ayuda de los anders podemos ser mejores. También desea que sus mensajeros den una buena imagen de su oficina, pues contribuimos a la tarea de difundir el excelente trabajo que el Ministro de Cultura está realizando para el pueblo.

Maese Spink le propinó un pescozón que lo derribó del banco.

—¡No me repliques! ¡No me interesan tus excusas hakens!

—Lo siento, señor. —Fitch sabía perfectamente que no debía levantarse del suelo.

—Los hakens siempre tenéis excusas para vuestros crímenes nacidos del odio. Llevas un uniforme elegante, como esos guerreros hakens asesinos, y te sientes muy ufano con él, como ellos, pero finges que no es así.

»Los anders han sufrido siempre y siguen sufriendo bajo el incesante azote del odio haken. Todas y cada una de las miradas de un haken expresan ese odio. No nos veremos nunca libres de él. Siempre habrá hakens vestidos con uniforme que disfruten llevándolo, que nos recordarán lo que nos hicieron sus antepasados.

»Al tratar de defender lo indefendible demuestras tu repugnante naturaleza haken, tu arrogancia egoísta, tu orgullo de ti mismo, tu orgullo por llevar un uniforme. Todos vosotros anheláis ser como esos hakens guerreros. Cada día los anders sufrimos vuestros abusos.

—Perdonadme, maese Spink, estaba equivocado. Me he puesto el uniforme por orgullo. Me he equivocado al dejarme dominar por mi pecaminosa naturaleza haken.

Maese Spink gruñó despreciativamente, pero prosiguió con la lección. Consciente de que merecía más que esa reprimenda, Fitch suspiró y se alegró de haberse librado con tan poco.

—El asesinato de los lugareños dejó a las mujeres y a los niños de la aldea indefensos.

Las botas volvieron a resonar contra el suelo cuando maese Spink empezó a pasearse de nuevo entre los hakens, sentados en sencillos bancos. Fitch no osó levantarse del suelo y sentarse en el banco hasta que el ander se alejó. El oído le dolía horrores, como cuando Biata lo golpeó. Las palabras de maese Spink horadaban el zumbido de los oídos.

—Puesto que eran hakens decidieron arrasar la aldea y divertirse a su modo perverso.

—¡No! —gritó una mujer sentada atrás, e inmediatamente prorrumpió en sollozos.

Haciendo caso omiso de la interrupción, maese Spink continuó paseándose con las manos enlazadas a la espalda. Interrupciones como éstas eran habituales.

—Los hakens se dirigieron a la aldea con la idea de darse un banquete. Les apetecía comer carne asada.

Algunos de los asistentes se arrodillaron. Temblaban, pues temían por la suerte de las personas a las que habían llegado a conocer. Los bancos arañaron el suelo cuando la mayoría de los presentes también abandonó sus asientos y se arrodilló. Fitch los imitó.

—Pero, como ya sabéis, no era más que una aldea. Después de sacrificar todo el ganado, los hakens se dieron cuenta de que no tenían bastante carne. Debido a su malvada naturaleza, en seguida dieron con la solución: se lanzaron sobre los niños.

Fitch deseaba con todas sus fuerzas que la asamblea se acabara de una vez. Le parecía que no iba a soportar seguir escuchando eso. No era el único, pues algunas mujeres cayeron al suelo de bruces,

unieron las manos y, llorando, suplicaron a los buenos espíritus que protegieran a esos pobres anders inocentes.

—Todos conocéis los nombres de esos niños. Ahora daré una vuelta por la sala y me iréis diciendo los nombres que habéis aprendido, para no olvidar nunca esas jóvenes vidas truncadas violentamente. Cada uno de vosotros me dirá el nombre de uno de los niños y niñas de la aldea que fueron asados vivos delante de sus madres.

Maese Spink comenzó por la última fila. A medida que los iba señalando, los asistentes pronunciaban en voz alta el nombre de uno de esos niños. Muchos añadían una plegaria dirigida a los buenos espíritus para que velaran por ellos. El ander no los dejó marcharse sin antes describirles el horror de ser quemado vivo, los gritos, el dolor y cuánto tardaron los niños en morir, cuánto tardaron sus cuerpos en asarse.

Era un acto tan truculento y siniestro que durante un breve segundo Fitch se preguntó, por primera vez, si esa historia era realmente cierta. Le costaba imaginarse que alguien, incluso los brutales guerreros hakens, pudieran cometer un acto tan horrible.

Pero maese Spink era ander, y los anders no mentían, sobre todo en asuntos tan serios como la historia.

Después de que todos y cada uno de los hakens pronunciaran un nombre, maese Spink añadió:

—Se está haciendo tarde. Dejaremos para la siguiente asamblea lo que los invasores hakens hicieron a las mujeres. Los niños tuvieron suerte de no ver a sus madres sometidas a las perversiones de los hakens.

Cuando recibieron permiso para marcharse, Fitch y los demás huyeron de la sala, felices de librarse, al menos por esa noche, del resto de la lección de penitencia. Fitch jamás había respirado con tanta ansia el frío aire de la noche. Se sentía acalorado y enfermo. Su mente no dejaba de dar vueltas a las imágenes de la terrible muerte que sufrieron los niños anders. Al menos era agradable notar en la cara el aire frío y purificador de la noche. Fitch lo respiró a grandes bocanadas.

Mientras estaba apoyado en el tronco delgado de un arce plantado junto a la calle que conducía a la carretera, esperando que las piernas le dejaran de temblar, vio salir a Biata. El muchacho se irguió. Por la puerta abierta y por las ventanas salía luz suficiente para que la joven se fijara en él y lo viera vestido con su nuevo uniforme de mensajero. Esperaba que a Biata le gustara más que a maese Spink.

—Buenas noches, Biata.

La joven se detuvo y lo miró de arriba abajo, fijándose en el traje.

—Fitch.

—Esta noche estás preciosa, Biata.

—Tengo el mismo aspecto de siempre. —Biata se puso en jarras y le espetó—: Ya veo que estás enamorado de ti mismo con ese elegante uniforme.

De repente Fitch perdió la capacidad de hablar y de pensar. A él siempre le había gustado el aspecto de los mensajeros uniformados y había creído que a ella también le gustaría. Esperaba verla sonreír o algo por el estilo. Pero, en vez de eso, lo miraba con hostilidad. Cuánto deseó entonces haberse ido a casa directamente.

—Maese Dalton me ha ofrecido empleo como...

—Supongo que estás deseando que llegue la próxima asamblea de penitencia para oír lo que esas bestias hakens vestidas con elegantes uniformes hicieron a unas mujeres indefensas. Tú no eres distinto a ellos —lo acusó inclinándose hacia él—. Seguro que te lo pasas tan bien oyéndolo como si hubieses estado presente.

Biata lanzó un resoplido y se marchó, indignada, dejando a Fitch con la boca abierta.

Algunos viandantes fueron testigos de la bronca que Biata le había propinado a él, un sucio haken. Unos sonreían satisfechos, y otros sencillamente se le reían. Fitch se metió las manos en los bolsillos, dio

la espalda a la calle y apoyó un hombro en el árbol. Rumiaba mientras esperaba que todos los mirones pasaran de largo.

Tardaría una hora en volver al Ministerio. Quería asegurarse de que otros que regresaban ya se hubieran ido para poder caminar solo y no tener que hablar con nadie. Pensó en comprarse una bebida. Aún le quedaba algo de dinero. La alternativa era ir a buscar a Morley y beber juntos. Ya fuese de uno u otro modo, le apetecía emborracharse.

La brisa se enfrió bruscamente y le provocó un escalofrío que le subió por la columna vertebral. Al notar una mano posarse en su hombro a punto estuvo de salir de un brinco de las botas. Giró en redondo y vio a una mujer ander de mediana edad. Por su melena echada hacia atrás que le llegaba casi hasta los hombros supo que era alguien importante. Los mechones grises en las sienes delataban su edad. Aunque no había suficiente luz para comprobar si tenía arrugas, era evidente que no se trataba de una jovencita.

La saludó con una reverencia. Temía que le echara otra bronca y después le ordenara hacer una cosa u otra.

—¿Esa chica te importa? —le preguntó la mujer.

Fitch no se esperaba esa pregunta.

—No lo sé —farfulló.

—Ha sido bastante dura contigo.

—Me lo merecía, señora.

—¿Por qué dices eso?

Fitch se encogió de hombros y admitió:

—No lo sé.

No entendía qué quería esa mujer. Tenía una mirada inquisitiva que le ponía la piel de gallina. Los ojos oscuros de la mujer lo estudiaban como quien elige un pollo para la cena.

Llevaba un vestido sencillo que a la luz del crepúsculo parecía color marrón oscuro. No seguía la moda del momento, pues no era escotado sino que se abrochaba hasta el cuello. Aunque no era el vestido de una ander noble, el pelo largo anunciaba que se trataba de alguien importante.

De algún modo era distinta a las demás mujeres anders. A Fitch le llamó la atención que llevara una cinta negra ancha alrededor del cuello, bastante arriba.

—A veces las chicas dicen cosas desagradables cuando no quieren admitir que un chico les gusta, por temor a no ser correspondidas.

—Y otras veces dicen cosas desagradables porque las piensan.

—Tienes toda la razón. —La mujer sonrió—. ¿Vive en la finca o aquí, en Fairfield?

—En Fairfield. Trabaja para Inger, el carnicero.

Eso le pareció gracioso a la mujer.

—Quizá está acostumbrada a ver más carne y no sólo piel y huesos. Tal vez cuando crezcas un poco y engordes, te encontrará más atractivo.

—Sí, quizá —replicó Fitch, escéptico, metiéndose las manos en los bolsillos. No se podía imaginar a sí mismo más grueso. Además, calculaba que con la edad que tenía ya no crecería mucho más.

La mujer volvió a estudiar su rostro unos minutos.

—¿Quieres gustarle? —preguntó al fin.

Fitch carraspeó antes de contestar.

—Bueno, a veces, creo. Al menos me gustaría que no me odiara.

La mujer sonreía como si lo que acababa de oír la complaciera, aunque Fitch dudaba que llegara a entenderlo alguna vez.

—Eso podría arreglarse.

—¿Cómo decís?

—Si la muchacha te gusta y quieres gustarle a ella, puede arreglarse.

—¿Cómo? —Fitch parpadeaba asombrado.

—Poniéndole algo en la bebida o en la comida.

Por fin se le hizo la luz. Esa mujer hacía magia. Por eso se le antojaba tan rara. Siempre le habían dicho que las personas con magia eran raras.

—¿Me estáis diciendo que podríais preparar algo? ¿Un hechizo o algo por el estilo?

—O algo por el estilo —respondió la mujer sonriendo más ampliamente.

—Justamente he empezado a trabajar para maese Campbell. Lo lamento, señora, pero no me lo puedo permitir.

—Ya veo. —La sonrisa volvió a encogerse—. ¿Y si te lo pudieras permitir?

Sin darle tiempo a contestar, la mujer alzó la vista al cielo con los ojos entrecerrados. Pensaba.

—Te lo podría tener listo para más adelante, cuando cobraras. —La voz no era más que un susurro, como si hablara consigo misma—. De ese modo dispondría de tiempo para averiguar cuál es el problema y conseguir que vuelva a funcionar.

»¿Qué me dices? —le preguntó clavando la mirada en sus ojos.

Fitch tragó saliva. Por nada del mundo quería ofender a una mujer *ander* que además poseía el don. Vaciló.

—Bueno, señora, la verdad es que si algún día le gusto a alguna chica, preferiría que fuese por mis propios méritos. No os ofendáis, pero creo que no me gustaría hacerle tilín a ninguna chica gracias a un hechizo. No me sentiría muy bien si pensara que he logrado enamorarla solamente con magia.

La mujer se echó a reír y le dio palmaditas en la espalda. La suya era una risa simpática, suave y cantarina, no una risa burlona. Fitch pensó que jamás había oído a ningún *ander* que hablara con él reír de ese modo.

—Bien por ti —lo felicitó la mujer, dando más énfasis a sus palabras con un gesto—. Hace mucho, mucho tiempo, un mago me dijo lo mismo.

—¡Un mago! Debió de ser aterrador. Conocer a un mago, quiero decir.

Ella se encogió de hombros.

—La verdad es que no. Era un hombre muy agradable. En aquella época yo era aún muy pequeña. Nací con el don, ¿sabes? Ese mago me aconsejó que tuviera siempre presente que la magia no es sustituto de que te quieran y te aprecien por quien tú eres.

—No sabía que por aquí hubiera magos.

—Y no los hay. Eso sucedió en Aydindril.

Fitch aguzó el oído.

—¿Aydindril? ¿En el nordeste?

—Vaya, vaya, pero qué listo eres. Sí. En el nordeste. En el Alcázar del Hechicero. —A continuación se presentó tendiéndole una mano—. Yo me llamo Franca. ¿Y tú?

Fitch le cogió la mano y la sostuvo suavemente mientras hincaba una rodilla y ejecutaba una profunda reverencia.

—Fitch, señora.

—Franca.

—¿Perdón?

—Franca. Me llamo Franca. Te he dicho mi nombre de pila, Fitch. Puedes llamarme Franca.

—Lo siento, señora... quiero decir Franca.

La mujer soltó de nuevo su risa cantarina.

—Bueno, Fitch, ha sido un placer conocerte. Tengo que volver a la finca. Supongo que tú irás a emborracharte. Tengo entendido que eso es lo que hacéis los jóvenes.

Fitch tuvo que admitir que la idea de emborracharse era muy tentadora. Pero la posibilidad de oír más cosas sobre el Alcázar del Hechicero lo intrigaba.

—Creo que será mejor que yo también vuelva a la finca. Si no os importa caminar junto a un haken, estaría encantado de acompañaros, Franca. —El nombre lo añadió en el último momento.

La mujer volvió a observar su rostro de un modo inquietante.

—Tengo el don, Fitch, lo cual significa que soy distinta a la mayoría de la gente. Si los anders tienen mala opinión de ti por ser haken, de mí piensan mal anders y hakens por igual.

—¿De veras? Pero vos sois ander.

—Ser ander no basta para borrar el estigma de poseer magia. Sé qué se siente cuando no gustas a personas que no te conocen de nada.

»Me encantará caminar contigo, Fitch.

Fitch sonrió, impresionado, en parte porque estaba manteniendo una conversación con una mujer ander, y en parte por saber que los anders la despreciaban, pese a ser también ander, sólo porque tenía poderes.

—¿No os respetan por tener poderes?

—Me temen. El temor puede ser bueno o malo. Es bueno porque, aunque no te conozcan, al menos te tratan bien. Y es malo porque muchas personas atacan aquello que temen.

—Nunca lo había visto de ese modo.

Fitch recordó la agradable sensación que le produjo que Claudine Winthrop lo llamara «señor». Lo había hecho únicamente porque estaba asustada, naturalmente, pero de todos modos le había gustado. No comprendía que inspirar temor fuese malo.

—Sois muy sabia. ¿Es por la magia? ¿La magia hace sabias a las personas?

Nuevamente la mujer se rió, como si Fitch le pareciera tan divertido como un pez con pies y con patas.

—Si fuese como dices, el Alcázar del Hechicero se llamaría Alcázar del Hombre Sabio. Algunas personas serían más sabias de no haber nacido con el apoyo de la magia.

Fitch nunca había conocido a nadie que hubiera estado en Aydindril y mucho menos en el Alcázar del Hechicero. Apenas podía creer que alguien con poderes mágicos hablara con él. En parte estaba preocupado porque no sabía nada sobre magia y se imaginaba que si la hacía enfadar, le haría daño. Pese a su avanzada edad, Franca le parecía una mujer fascinante.

Echaron a andar en silencio hacia el Ministerio. A ratos el silencio lo ponía nervioso. Se preguntaba si ella podía leerle los pensamientos con su magia.

La miró. No le parecía que se estuviera esforzando por adivinarle los pensamientos.

—¿Os importa si os pregunto qué es eso, Franca? —pidió señalando el cuello de la mujer—. Me refiero a la cinta del cuello. Nunca había visto a nadie llevar eso. ¿Tiene que ver con la magia?

Franca se rió con ganas.

—¿Sabes una cosa, Fitch? Eres el primero que me lo pregunta en muchos años. Supongo que, por tu ignorancia, no temes preguntar algo tan personal a una hechicera.

—Lo siento, Franca. No pretendía ofenderos.

Fitch comenzó a preocuparse de haberla enojado con esa pregunta estúpida. De ningún modo quería enojar a una ander, y menos aún si era una hechicera. Caminaron unos minutos en silencio. Fitch volvió a meterse las sudorosas manos en los bolsillos. Por fin Franca rompió el silencio.

—No es eso, Fitch. Quiero decir que no me has ofendido. Es sólo que me trae malos recuerdos.

—Lo siento, Franca. No debí preguntar. A veces digo estupideces. Lo lamento. —Fitch deseó haber ido a emborracharse.

Después de unos cuantos pasos más, la mujer se volvió hacia él y le dijo:

—No ha sido una estupidez, Fitch. Mira.

Franca cogió la cinta y se la bajó para enseñarle algo. Pese a la oscuridad la luna iluminó una línea gruesa y desigual que le rodeaba el cuello. Era blanca y de aspecto ceroso. A Fitch le pareció una cicatriz bastante fea.

—En una ocasión, unas personas quisieron matarme porque hago magia. —La luz de la luna brilló en los ojos húmedos de Franca—. Serin Rajak y sus seguidores.

Fitch nunca había oído ese nombre.

—¿Seguidores?

—Serin Rajak odia la magia —le explicó Franca tapándose de nuevo la cicatriz con la cinta—. Y sus seguidores piensan lo mismo que él. Soliviantan al pueblo contra los magos y las hechiceras. Despiertan en la gente un odio salvaje y sed de sangre.

»No hay nada peor que una turba de personas empeñadas en hacer daño a alguien. Aunque uno a uno jamás tendrían coraje de hacerlo, cuando se juntan deciden rápidamente que eso está bien y lo llevan a cabo. Es como si la turba tuviera pensamientos propios y también vida propia, como una manada de perros salvajes que persiguen un animal solo.

»Rajak me atrapó y me puso una soga al cuello. Luego sus seguidores me ataron las manos a la espalda. Encontraron un árbol, lanzaron el otro extremo de la soga alrededor de una rama y me izaron por el cuello.

—Por todos los espíritus —dijo Fitch totalmente horrorizado—. Debí de doleros mucho.

Pero la mujer no pareció oírlo. Tenía la mirada perdida.

—Comenzaron a apilar leña debajo de mí. Pensaban encender una hoguera. Pero antes de que le prendieran fuego, logré escapar.

Fitch se llevó los dedos a la garganta y se frotó el cuello, como si tratara de imaginarse qué sentiría si lo colgaran de una soga por el cuello.

—Ese hombre, Serin Rajak, ¿es haken?

Franca negó con la cabeza.

—No es preciso ser haken para ser malvado, Fitch.

Recorrieron un trecho en silencio. Fitch tenía la impresión de que Franca se había perdido en los recuerdos de estar colgada del cuello por una soga. Se preguntaba cómo se habría salvado de morir asfixiada. Tal vez la soga no estaba muy prieta. Tal vez los seguidores de Rajak habían hecho un nudo para que aguantara el lazo. ¿Cómo habría conseguido Franca escapar? No obstante, sabía que ya había hecho suficientes preguntas y no osaba interrogar más.

El muchacho escuchaba el crujido de la grava bajo sus botas. De vez en cuando la miraba furtivamente. Franca ya no parecía contenta como al principio. Fitch deseó haberse mordido la lengua.

Finalmente decidió preguntarle algo que la hiciera sonreír, como antes. Además, ésa era la razón por la cual había decidido volver con ella a la finca.

—Franca, ¿cómo es el Alcázar del Hechicero?

Tenía razón; la mujer sonrió.

—Enorme —contestó—. No sabría ni decirte cuánto, y tú no podrías ni imaginarlo. Se alza en lo alto de una montaña, con Aydindril a sus pies. Para llegar hay que cruzar un puente de piedra que salva un abismo de miles de metros de profundidad. Parte del Alcázar fue tallado en la misma roca. Hay muros almenados que se alzan como riscos. Unas murallas más anchas que este camino conectan diferentes estructuras. Altas torres se elevan por encima del Alcázar. Es magnífico.

—¿Llegaste a ver a un Buscador de la Verdad? ¿Viste la *Espada de la Verdad* mientras estuviste allí?

Franca lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿Sabes qué? De hecho, sí. Mi madre era una hechicera y fue a Aydindrill para consultar algo al Primer Mago, no sé el qué. Cruzamos una de esas murallas para llegar al enclave del Primer Mago. El Primer Mago vive en un lugar separado donde guarda maravillas de todo tipo. Recuerdo una espada brillante y reluciente.

En vista de que Franca parecía contenta de explicarle esa experiencia, Fitch insistió.

—¿Cómo era? Me refiero al enclave del Primer Mago y la *Espada de la Verdad*.

—Bueno, déjame ver... —Franca se llevó un dedo al mentón en gesto meditabundo y comenzó la historia.

2

Al ir a mojar la pluma, Dalton Campbell vio las piernas de una mujer que entraba en su oficina. Por el grosor de los tobillos supo, antes de levantar la mirada, que se trataba de Hildemara Chanboor. Si existía una mujer con unas piernas menos atractivas que lady Hildemara, Dalton no la conocía.

Inmediatamente dejó la pluma y se levantó con una sonrisa.

—Lady Chanboor, pasad, os lo ruego.

En la antesala, la luz del sol matutino reveló a un Rowley de servicio, listo para llamar a los mensajeros si su amo los necesitaba. En esos momentos no los necesitaba, pero tras la visita de Hildemara Chanboor seguramente los necesitaría.

Mientras la dama cerraba la puerta, Dalton rodeó el escritorio y apartó una butaca muy cómoda, invitándola a sentarse. Hildemara llevaba un vestido de lana del color de la paja. Ese tono daba a su tez una palidez enfermiza. El borde de la falda le llegaba hasta media pantorrilla de unas piernas hinchadas y rectas, semejantes a dos columnas.

Hildemara echó un vistazo a la butaca, pero permaneció de pie.

—Es un placer veros, lady Hildemara.

—Oh, Dalton, tú siempre tan correcto —repuso ella risueña—. Hace tiempo que nos conocemos. Llámame Hildemara. —Dalton abrió la boca para darle las gracias, pero la mujer añadió—: Cuando estemos solos.

—Por supuesto, Hildemara.

Hildemara Chanboor nunca lo visitaba para interesarse por asuntos tan mundanos como temas de trabajo. Ella era más bien como el viento frío que precede a la tormenta. Dalton decidió que era mejor dejar que la tormenta se formara sola, sin su ayuda, como un mago que la invocara. También decidió dar más formalidad a la entrevista, aunque ella le hubiera dado pie a tomarse confianzas con su nombre.

Con la frente fruncida como si tuviera la atención puesta en otra parte, lady Chanboor alargó una mano para quitar un hilo, tal vez suelto, del hombro de Dalton. La luz del sol que entraba a raudales por las ventanas se reflejó en las sortijas de la dama así como en el rubí rojo sangre del collar que le caía sobre el amplio escote. Aunque no era un vestido tan escotado como los que se había puesto de moda llevar en las fiestas, a Dalton le pareció de corte poco refinado.

Hildemara cogió algo y a continuación alisó el hombro de Dalton, como una mujercita hacendosa. El asesor del Ministro miró, pero no vio nada. Dándose por satisfecha lady Chanboor presionó suavemente con la mano la tela de la liviana chaqueta contra su hombro.

—Vaya, vaya, Dalton, pero qué hombros tan musculosos. Y firmes, también. —Lo miró a los ojos—. Tu esposa tiene suerte de tener un marido tan bien dotado.

—Gracias, Hildemara. —Por cautela no dijo nada más.

—Sí, es una mujer muy afortunada —repitió la dama acariciándole la mejilla con dedos enjovados.

—Y vuestro esposo es un hombre con mucha suerte.

Hildemara retiró la mano con un leve acceso de risa.

—Sí, por lo general tiene suerte. Claro que, como suele decirse, lo que se toma por suerte sólo es el resultado de una práctica incesante.

—Sabias palabras, Hildemara.

La risa cínica se evaporó. La mano de la dama se posó en el cuello de la chaqueta, como para arreglarlo. A continuación la mano se desplazó por el lado del cuello, y un dedo le acarició el borde de la oreja.

—He oído que tu esposa te es fiel.

—Soy un hombre afortunado, milady.

—Y que tú también le eres fiel.

—La amo profundamente y respeto los votos que hicimos.

—Qué extraño. —Hildemara sonrió ampliamente y le pellizcó una mejilla. A Dalton le pareció un gesto más severo que juguetón—. Bueno, algún día espero convencerte de que seas un poco menos... estirado en tus actitudes, por decirlo de algún modo.

—Si existe una mujer capaz de hacerme abrir los ojos y ser más abierto, Hildemara, ésa sois vos. — La dama le dio una palmadita en la mejilla y lanzó de nuevo su risa cínica.

—Oh, Dalton, eres realmente un hombre excepcional.

—Gracias, Hildemara. Viniendo de vos, eso es todo un cumplido.

Hildemara inspiró hondo, como para cambiar de humor.

—Hiciste un trabajo excepcional con Claudine Winthrop y el Director Linscott. Fue impresionante. Nunca había visto a nadie matar dos pájaros de un tiro con tanta audacia.

—Sirvo lo mejor que puedo al Ministro y a su encantadora esposa.

La mujer lo estudió con una mirada fría y calculadora.

—Las habladurías de esa mujer humillaron a la esposa del Ministro.

—No creo que en el futuro...

—Quiero acabar con esto de raíz.

Dalton ladeó la cabeza.

—Creo que no os entiendo.

—Mátala —ordenó lady Chanboor con gesto avinagrado.

Dalton se irguió y enlazó las manos a su espalda.

—¿Puedo preguntar por qué me pedís tal cosa?

—Lo que haga mi esposo es asunto suyo. El Creador lo conoce y sabe que, si no es castrándolo, no cambiará nunca. Pero no pienso permitir que ninguna mujer me humille delante de los demás habitantes de la finca y me ponga en ridículo. Una cosa son los escarceos discretos, y otra muy distinta ventilar públicamente chismes que me convierten en blanco de habladurías y bromas.

—Hildemara, no creo que Claudine pretendiera en ningún momento dejaros en mal lugar a vos, sino más bien denunciar a Bertrand por una conducta inadecuada. De todos modos, os aseguro que Claudine ha sido silenciada y que ha perdido la confianza de los personajes poderosos.

—Vaya, vaya, Dalton, ¿quién hubiera imaginado que fueses tan galante?

—No es galantería, lady Hildemara. Sólo espero haceros ver que...

Nuevamente lady Chanboor lo cogió por el cuello de la chaqueta, pero esa vez sin suavidad.

—Los estúpidos que creyeron de verdad toda esa basura acerca de niños que se morían de hambre y de redactar una ley que diera trabajo a sus padres han puesto a Claudine en un pedestal. Se agolpan delante de su puerta para verla y buscan su favor en todo tipo de causas.

»Es peligroso que la gente la venere de ese modo. Eso le da poder. Y lo peor era la naturaleza de los cargos contra Bertrand; afirmaba que él la forzó, lo cual equivale a una violación.

Dalton sabía adónde quería llegar Hildemara, pero prefería que ella misma lo expresara en palabras y justificase sus órdenes. Eso le proporcionaría a él más armas por si en un futuro las necesitaba, y le dejaba a ella menos espacio de maniobra para negar haberle dado esas órdenes. O para lanzarlo a los lobos con el fin de obtener un provecho o, aún peor, por capricho.

—La gente reaccionaría como máximo con un bostezo ante una acusación de violación contra el Ministro —arguyó Dalton—. No me costaría hacer entender al pueblo que es una de las prerrogativas de los poderosos, pues necesitan liberar tensión de un modo simple e inofensivo. Nadie le echaría en cara seriamente un acto sin víctimas. Podría demostrar fácilmente que el Ministro está por encima de las leyes comunes.

Hildemara le apretó el cuello de la chaqueta con más fuerza.

—Pero la Oficina de Concordia Cultural podría citarla para declarar allí. Los Directores temen el poder y la habilidad de Bertrand, y también están celosos de mí. Si lo desearan, podrían defender la causa de Claudine y considerar el acto de Bertrand una ofensa al Creador, aunque no quede recogida en las leyes para plebeyos.

»Una ofensa contra el Creador descalificaría a Bertrand como futuro Soberano. Los Directores unirían sus fuerzas contra él, lo cual nos dejaría de repente desamparados. Estaríamos a su merced. Antes de querer darnos cuenta, todos tendríamos que empezar a buscar nuevo alojamiento.

—Hildemara, creo que...

La mujer lo acercó a su rostro.

—Quiero que muera.

Dalton siempre había pensado que una mujer amable y generosa, por muy fea que fuese, resultaba tremendamente seductora. La otra cara de la moneda era justamente Hildemara Chanboor; su despotismo egoísta y su odio sin límites hacia cualquiera que se cruzara en el camino de su ambición corrompía cualquier aspecto seductor que pudiera poseer, y le aportaba una fealdad sin remedio.

—Por supuesto, si ése es vuestro deseo, así será. —Dalton le apartó suavemente la mano—. ¿Deseáis que se haga de algún modo en particular?

—Sí —bisbiseó—. Nada de accidentes. Será un asesinato y debe parecer un asesinato. Si las demás amantes de mi marido no entienden la lección, no servirá de nada. Que sea un trabajo sucio. Algo que les abra los ojos a las demás mujeres. No quiero que piensen que Claudine ha muerto apaciblemente en la cama.

—Comprendo.

—Nosotros no debemos mancharnos las manos de sangre. Es preciso que ninguna sospecha apunte a la oficina del Ministro, pero quiero que sea una lección para cualquiera a quien se le ocurra hablar de más.

Dalton ya tenía un plan que cumpliría los requisitos de lady Chanboor. Nadie pensaría que era un accidente, desde luego sería un trabajo sucio, y Dalton sabía exactamente contra quién se dirigirían las sospechas, si es que se necesitaban sospechosos.

Tenía que admitir que los argumentos de Hildemara eran válidos. Los Directores habían vislumbrado el destello del hacha del Ministro por lo que, para protegerse, tal vez decidieran pasar al ataque.

Claudine podría causar más problemas. Lo más prudente era cortar de raíz ese peligro potencial. Dalton lamentaba lo que debía hacer, pero admitía que era preciso.

—Como deseéis, Hildemara.

La dama volvió a sonreír.

—Hace poco tiempo que trabajas aquí, Dalton, pero respeto enormemente tus aptitudes. Si confío en Bertrand para algo es para emplear a personas capaces de llevar a cabo el trabajo que se requiere de ellas. Tiene que ser bueno en elegir a sus subordinados, o tendría que ocuparse de todo el trabajo él mismo, y eso le exigiría salir de entre las piernas de la amante de turno.

»Espero que no hayas llegado hasta aquí siendo remilgado, Dalton.

El asesor sabía sin lugar a dudas que lady Chanboor habría hecho averiguaciones discretas sobre su competencia. Ya suponía que estaría a la altura de la tarea que le encomendaba. De no haber estado segura, nunca se habría atrevido a ordenárselo. Hildemara habría recurrido a otra persona.

Con un cuidado infinito tejó un nuevo hilo de su red.

—Me habéis pedido un favor. Estoy en condiciones de complacerlos.

No se trataba de un favor, y ambos lo sabían; era una orden. No obstante, Dalton pretendía comprometerla aún más en el asesinato, aunque únicamente fuese en la mente de Hildemara. Era una semilla que daría sus frutos.

Ordenar un asesinato era mucho más grave que una insignificante acusación de violación. Tal vez, un día, Dalton necesitaría un favor de lady Chanboor.

La mujer sonrió con satisfacción y posó una mano sobre su mejilla.

—Sabía que eras la persona adecuada para este trabajo. Gracias, Dalton.

Dalton inclinó la cabeza.

La expresión de la mujer se ensombreció como el sol que se oculta detrás de una nube. Fue deslizándose la mano hacia abajo hasta que con un solo dedo alzó el mentón a Dalton.

—Recuerda que, aunque no tengo poder para castrar a Bertrand, a ti sí puedo castrarte, Dalton. Cuando me apetezca.

Dalton sonrió.

—En ese caso, me aseguraré de no daros motivos para ello, milady.

3

Fitch se rascó un brazo por encima de sus viejas ropas sucias de friegaplatos. No se había dado cuenta de que eran auténticos harapos hasta que llevó durante unos días el uniforme de mensajero. Le encantaba el respeto que recibía como mensajero. Sabía que no era nadie importante, pero la gente solía respetar a los mensajeros por considerar que desempeñaban una responsabilidad. Por el contrario, nadie respetaba a los friegaplatos.

Detestaba ponerse de nuevo su vieja ropa. Era como si volviera a su antigua vida, y él no deseaba volver nunca más a eso. Le gustaba trabajar para Dalton Campbell y estaba dispuesto a todo para conservar el empleo.

Pero para ese trabajo necesitaba su ropa vieja.

La dulce melodía de un laúd flotó hasta él desde una posada lejana, probablemente la taberna El Hombre Jovial de la calle Wavern. Un trovador solía cantar allí.

Los agudos trinos de una chirimía hendían la noche intermitentemente. A veces enmudecía, y entonces el trovador entonaba baladas. Aunque Fitch no entendía la letra porque estaba demasiado lejos, se le aceleraba el corazón con la melodía, que era rápida y agradable.

Al mirar brevemente por encima del hombro vio a la luz de la luna las caras adustas de los otros mensajeros. También ellos vestían las ropas de sus vidas anteriores. Fitch estaba firmemente decidido a no volver a su antigua vida y no fallaría a sus compañeros. Pasara lo que pasara, no les fallaría.

Formaban una buena panda de andrajosos. Vestidos de ese modo nadie los reconocería. Nadie podría distinguirlos de otros muchachos hakens pelirrojos vestidos con harapos.

Siempre se veían muchachos hakens pululando por Fairfield y alrededores; buscaban a alguien que los contratara para algún trabajillo. Muchas veces los echaban de las calles en las que se agrupaban. Algunos se marchaban al campo para ayudar en las granjas, otros encontraban trabajo en Fairfield por días, otros se escondían detrás de los edificios para beber y otros acechaban en la oscuridad para robar a la gente. Estos últimos no solían llegar a viejos, pues la guardia de la ciudad los atrapaba.

Las botas de Morley crujieron al moverse. Estaba agachado al lado de Fitch. Al igual que los demás mensajeros Fitch llevaba botas, aunque formaban parte del uniforme; era muy improbable que alguien pudiera identificarlos sólo por el calzado.

Aunque Morley no era todavía un mensajero, maese Campbell le había pedido que ayudara a Fitch y a los otros. Los únicos que no participaban eran los mensajeros que estaban de servicio en lugares lejanos. Morley se había llevado una decepción cuando no fue nombrado mensajero junto con Fitch. Pero su amigo le transmitió las palabras de Dalton Campbell sobre que lo emplearía de vez en cuando para realizar pequeños trabajos y, con el tiempo, también él se uniría al cuerpo de mensajeros. Por el momento a Morley le bastaba con esa esperanza.

Fitch había hecho buenas migas con otros mensajeros, pero se alegraba de tener a su lado a Morley. Ambos habían sido friegaplatos mucho tiempo, y eso significaba algo. Fitch pensó que por haberse emborrachado juntos durante años se había creado un fuerte lazo entre ellos. Morley parecía sentir lo mismo y se había alegrado de poder acompañarlo y demostrar así su valía.

Pese al miedo que lo embargaba, también Fitch deseaba quedar bien a los ojos de Dalton Campbell. Tanto él como Morley tenían una causa para hacer ese trabajo especialmente bien pues, a diferencia de los demás, para ellos se trataba de algo personal. No obstante, a Fitch le sudaban las manos y tenía que ir secándose las palmas en las rodillas.

Con un suave codazo Morley le indicó que mirara hacia la calle apenas iluminada frente a la hilera de edificios de dos y tres plantas. Vio a Claudine Winthrop que salía al rellano anejo a uno de los

edificios. Tal como les había dicho maese Campbell, la acompañaba un hombre, un ander vestido con elegancia que llevaba espada. A juzgar por la funda, muy estrecha, seguramente era un arma muy ligera, rápida y letal. Fitch se imaginó esquivando sus envites.

Rowley, vestido con la librea de mensajero, se acercó al alto ander que descendía del rellano y le tendió un mensaje. Intercambiaron unas palabras mientras el hombre rompía el lacre y desenrollaba el mensaje, pero Fitch estaba demasiado lejos para oír qué decían.

La música de una lejana posada llegó hasta ellos. En El Hombre Jovial el trovador seguía cantando y tocando el laúd y la chirimía. Se veían personas paseando por la calle, casi todas ellas con una capa ligera o un chal, hablando y riendo. De vez en cuando resonaban las carcajadas de un grupo de hombres reunidos en un salón. Carruajes con las capotas bajadas transportaban personajes vestidos con elegancia. Carros y caballos circulaban traqueteando y emitiendo un ruido discordante, lo cual añadía estrépito a la confusión que reinaba en ese barrio periférico de la ciudad.

El acompañante de Claudine Winthrop se guardó el papel en el bolsillo de su justillo oscuro mientras se volvía hacia la mujer y le decía algo que Fitch no pudo oír. Claudine miró hacia la calle que conducía a Fairfield y negó con la cabeza. Entonces señaló con la mano hacia la finca, hacia la carretera en la que Fitch y los demás mensajeros esperaban disfrazados con sus antiguas ropas. Claudine Winthrop sonreía y parecía de buen humor.

Su acompañante le cogió una mano y la agitó, como si le estuviera deseando buenas noches. Claudine lo saludó con la mano mientras él se alejaba a buen paso hacia la ciudad.

Dalton Campbell había enviado a Rowley con el mensaje. Después de entregarlo, Rowley se había esfumado. Antes les había dado indicaciones sobre cómo se desarrollaría el plan exactamente. Rowley siempre era el encargado de darles instrucciones. En ausencia de Dalton Campbell, Rowley siempre sabía qué hacer.

A Fitch le gustaba Rowley. Para ser haken tenía mucha confianza en sí mismo. Dalton Campbell, que siempre era escrupulosamente respetuoso con todo el mundo, trataba a Rowley con especial deferencia. De ser ciego Fitch habría pensado que Rowley era ander, con la diferencia de que los anders no acostumbraban a ser tan amables con él. No obstante, no podían considerarse amigos.

Claudine Winthrop, sola, tomó el camino que conducía a la finca. Dos miembros de la guardia de la ciudad, dos fornidos anders armados con porras que recorrían tranquilamente la calle, la vieron marcharse. La distancia hasta la finca no era mucha; a lo sumo una hora andando.

Era una noche agradable, lo suficientemente cálida como para no pasar frío pero tampoco tanto para sudar al caminar. Y la luna había salido. En definitiva, era una noche agradable para dar un paseo hasta el Ministerio. Claudine se ciñó el chal color crema alrededor de los hombros para cubrirse la piel desnuda, si bien, como Fitch se había fijado, ya no enseñaba tanto como antes.

Podría haberse sentado en un banco y esperar que pasara uno de los carruajes que regularmente cubrían el trayecto entre la finca y Fairfield, pero no lo hizo. No había necesidad de ello. Si se cansaba de andar siempre podía tomar un carruaje que pasara por su lado.

Lo que no sabía era que Rowley se había asegurado de que el carruaje se retrasara por un recado.

Fitch esperaba junto al resto de sus compañeros donde Rowley les había indicado que esperaran y observaba a Claudine Winthrop caminar con brío por la carretera. En la cabeza de Fitch sonaba el ritmo de la música; sentía como si ese sonido estuviera conectado con los latidos de su corazón.

Mientras la veía acercarse, se daba golpecitos con un dedo en la rodilla flexionada, siguiendo el ritmo de animada tonada que tocaba la chirimía. Era una canción titulada *Girando alrededor del pozo*, que el muchacho conocía bien; iba de un hombre que perseguía a una mujer a la que amaba, pero ella no le hacía ni caso. Finalmente el hombre de la canción se hartaba y la atrapaba. Entonces, mientras la sujetaba para que no pudiera irse, le pedía que se casara con él. Ella decía que sí. Pero luego el hombre se asustaba, y era ella la que lo perseguía dando vueltas al pozo.

A medida que avanzaba por la carretera, Claudine ya no parecía tan segura de la decisión que había tomado, pues no dejaba de echar ojeadas a los campos de trigo de su derecha y a los campos de sorgo de

su izquierda. Al dejar atrás las luces de la ciudad apretó el paso. Tan sólo la luz de la luna iluminaba la franja de carretera que discurría entre los campos silenciosos a ambos lados.

Fitch, agachado sobre los talones, se dio cuenta de que se balanceaba. El corazón le latía con mucha fuerza. Deseaba no estar allí ni estar a punto de hacer lo que estaba a punto de hacer. Después de eso nada volvería a ser lo mismo otra vez.

Se preguntaba si sería capaz de cumplir las instrucciones, si tendría suficiente coraje. Después de todo, no estaba solo ni mucho menos. Él no tenía por qué actuar; otros se ocuparían.

Pero Dalton Campbell quería que lo hiciera él. Quería que aprendiera qué era necesario hacer cuando la gente no cumplía sus promesas. Quería que Fitch se integrara en el equipo de mensajeros.

Si quería formar parte de ese equipo, tenía que participar en ese acto. Tenía que ensuciarse las manos. Los otros mensajeros seguramente no estaban tan asustados como él. Así pues, tendría que disimular.

Fitch miraba paralizado y con los ojos muy abiertos cómo Claudine se acercaba. Los zapatos de la mujer crujían en la carretera. Fitch sentía una oleada de pánico que nacía en su interior ante la mera idea de lo que estaba a punto de hacer. Ojalá pudiera dar media vuelta y huir. La mujer aún estaba lejos. Parecía tan sencillo cuando Dalton Campbell se lo había explicado...

De pie en la oficina de Dalton Campbell, mientras recibía instrucciones, le había parecido fácil. A la luz del día parecía razonable. Fitch había tratado de ayudarla avisándola. Si ella contravenía las órdenes, no era culpa de Fitch.

Pero en la oscuridad de la noche, en medio de un campo, las cosas eran muy distintas mientras la veía acercarse más y más, sola.

Fitch apretó la mandíbula. No podía dejar a sus compañeros en la estacada. Tenía que conseguir que se sintieran orgullosos de él por ser tan duro como ellos. Tenía que demostrarles que podía ser uno de ellos.

Ésa era su nueva vida. Fitch no quería volver a la cocina, no quería que Gillie volviera a retorcerle una oreja y le riñera llamándole haken malvado. No quería volver a ser «Ganapán», como antes de que Dalton Campbell le diera la oportunidad de demostrar su valía.

Fitch estuvo a punto de gritar de susto y miedo cuando Morley se levantó de un salto y se abalanzó sobre la mujer. Sin darse tiempo a pensar, siguió a su amigo.

Claudine se sobresaltó y quiso gritar, pero no le salió la voz. Aunque hubiera gritado a pleno pulmón, estaban tan lejos de la ciudad que seguramente nadie la habría oído.

La ander parecía todo codos y rodillas. Forcejeaba y luchaba por su vida. Finalmente Fitch logró agarrarle un brazo y se lo retorció a la espalda. Morley le cogió el otro brazo y tiró de él hasta ponerla de pie. Fitch le ató las manos a la espalda, mientras Morley le metía un trapo en la boca y la amordazaba.

Morley y Fitch la cogieron cada uno por debajo de un brazo y se la llevaron a rastras. Claudine clavó los talones en el suelo y volvió a resistirse. Los otros mensajeros se arremolinaron a su alrededor como un enjambre. Dos de ellos le cogieron las piernas y la alzaron en vilo. Otro le agarró el pelo.

Juntos los cinco, rodeados por sus compañeros, recorrieron a buen paso otro kilómetro por la carretera y se alejaron de la ciudad. Claudine Winthrop, totalmente aterrorizada, gritaba contra la mordaza. Durante todo el camino no dejó de forcejear y debatirse con todas sus fuerzas.

No era de extrañar que se sintiera aterrorizada después de lo que había hecho.

Cuando la ciudad ya no se veía, siguieron un poco más adelante, giraron a la derecha y se adentraron en un campo de trigo. Abandonaban la carretera por si acaso alguien pasaba. No querían verse sorprendidos por un carruaje que apareciera de pronto. En ese caso tendrían que dejarla y correr para salvar el pellejo. Dalton Campbell se enojaría si lo estropeaban todo.

Después de salvar una suave elevación de terreno, calcularon que nadie podía verlos ni oírlos desde la carretera. Así pues, dejaron caer al suelo a la mujer. Claudine gritaba, pero la mordaza ahogaba sus gritos. A la luz de la luna Fitch vio que los miraba con ojos muy abiertos, como un cerdo en el matadero.

El muchacho jadeaba más por terror ante lo que estaban haciendo que porque estuviera cansado. Los latidos del corazón le resonaban en los oídos y le golpeaban contra el pecho. Además, las rodillas le temblaban.

Morley puso a Claudine Winthrop de pie y la sostuvo por detrás.

—Te avisé —dijo Fitch—. ¿Eres estúpida? Te avisé que no volvieras a repetir nunca más esas acusaciones traicioneras contra nuestro Ministro de Cultura. Es mentira que te violara. Prometiste que nunca volverías a decirlo, y ahora has roto esa promesa.

Claudine meneaba la cabeza con fuerza. El que negara los hechos sólo alimentó la determinación de Fitch.

—¡Te advertí que no repitieras esas sucias mentiras sobre nuestro Ministro de Cultura! ¡Dijiste que no lo harías! Pero sigues difundiendo por ahí tus aborrecibles falsedades.

—Se lo advertiste, Fitch —intervino uno de los mensajeros.

—Es cierto. Fitch tiene razón —dijo otro.

—Le diste una oportunidad —apostilló un tercero.

Varios mensajeros le dieron palmadas en la espalda. Fitch se esponjó al darse cuenta de que estaban orgullosos de él. Se sentía importante.

La mujer negó con la cabeza. Tenía la frente arrugada y se le había formado un pliegue de piel en el centro.

—Tienen razón —dijo Morley zarandeándola—. Yo estaba allí y oí cómo te lo prometía. Debiste cumplir con tu palabra. Fitch te dio una oportunidad. ¡Vaya si te la dio!

Claudine intentaba frenéticamente decir algo pese a la mordaza. Fitch se la retiró bruscamente hacia el mentón.

—¡No! ¡No lo he hecho! ¡Lo juro, señor! ¡No he dicho nada más después de que me avisarais! ¡Por favor! Tenéis que creerme. Después de decirme que mantuviera la boca cerrada, nunca se me ocurriría decírselo a nadie. ¡Nunca! ¡Lo juro!

—¡Mientes! —Fitch apretó los puños—. Maese Campbell nos lo ha dicho. ¿Acaso lo estás llamando mentiroso?

Claudine negó con la cabeza.

—¡No! ¡Por favor, señor, tenéis que creerme! Os lo suplico —imploró estallando en sollozos—, he callado como me dijisteis.

Fitch se enfureció al oírla mentir. Él la había avisado; le había dado una oportunidad. Maese Campbell le había dado una oportunidad, pero ella había persistido en la traición.

Ni siquiera lo complacía que lo llamara «señor», aunque los hombres que lo animaban desde detrás, sí. Fitch estaba ya harto de las mentiras de la mujer.

—¡Te dije que mantuvieras la boca cerrada! ¡No lo has hecho!

—Sí lo he hecho —se defendió ella llorando. Colgaba flácida en los brazos de Morley—. Por favor, no le he dicho nada a nadie. Yo nunca...

Fitch le propinó un puñetazo en la cara con todas sus fuerzas. Fue un golpe directo y potente. Fitch notó que el hueso cedía.

Los nudillos le dolían, pero era un dolor remoto. La sangre salió a borbotones del rostro de la mujer y lo tiñó de rojo chillón.

—¡Buen golpe, Fitch! —lo felicitó Morley tambaleándose por efecto del puñetazo—. ¡Dale otra vez!

Orgulloso por el elogio, Fitch dio rienda suelta a su ira. Arqueó un brazo. Claudine Winthrop quería perjudicar a Dalton Campbell y al Ministro, al futuro Soberano. Ese pensamiento lo llenó de una furia que descargó contra la ander.

El segundo puñetazo en la cara la hizo caer de los brazos de Morley. Claudine se derrumbó de lado. Fitch vio que le había descoyuntado la mandíbula. El rostro de la mujer, con la nariz aplastada y cubierta totalmente de sangre, era ya irreconocible.

Resultaba desconcertante, aunque de un modo distante, como si estuviera viendo a otro hacerlo.

El resto de hombres se lanzaron sobre ella como una jauría de perros. Morley era el más fuerte y el más violento. Entre todos la levantaron. Era como si todos la pegaran al mismo tiempo. La cabeza de la mujer iba de un lado al otro. También se doblaba sobre sí misma por efecto de los puñetazos en el vientre. Los hombres la golpeaban en los riñones. Sobre ella caía una imparable lluvia de puñetazos que la arrancaban de los brazos que la sujetaban y la empujaban hacia el suelo.

Cuando quedó tendida, todos empezaron a patearla. Morley le propinó un puntapié en la parte posterior de la cabeza. Otro le pateó el lado de la cabeza, mientras que otros le daban puntapiés con tanta fuerza que levantaban su cuerpo del suelo o lo hacían rodar a un lado y luego al otro. El ruido hueco y seco de los golpes casi ahogaba los gruñidos de esfuerzo.

Mientras descargaba una patada contra las costillas de la mujer, Fitch se sentía en un lugar apacible, siendo mero espectador de lo que ocurría. Le asqueaba y al mismo tiempo le excitaba. Estaba participando en algo importante junto con otros hombres buenos. Cumplían una misión importante para Dalton Campbell y el Ministro de Cultura, su futuro Soberano.

Pero otra parte de él sentía repugnancia. Esa parte de su ser deseaba irse corriendo y echarse a llorar. Esa parte deseaba que nunca la hubieran encontrado saliendo de ese edificio.

Sin embargo, la otra parte sentía una excitación salvaje por el hecho de formar parte de ello y ser uno más del equipo.

No supo cuánto tiempo duró la paliza. A él se le hizo eterna.

No podía oler nada más que el penetrante olor de la sangre, que también parecía cubrirle la lengua. Todos tenían la ropa empapada de sangre, que les cubría los puños y les manchaba la cara.

Era una experiencia embriagadora que llenó a Fitch de una profunda sensación de camaradería. Todos reían al sentir la euforia de la hermandad.

El ruido de un carruaje los dejó a todos petrificados. Compartiendo una misma expresión salvaje en los ojos, escucharon jadeantes.

El carruaje se detuvo.

Sin quedarse a pensar por qué se había detenido o averiguar si alguien iba hacia ellos, todos a una echaron a correr hacia un estanque lejano para sumergirse en el agua y limpiarse la sangre.

4

Dalton levantó la mirada del informe al oír la llamada.

—¿Sí?

La puerta se abrió. Rowley asomó su cabeza pelirroja.

—Maese Campbell, hay alguien que desea veros. Dice que se llama Inger. Es carnicero.

Dalton tenía mucho que hacer y no estaba de humor para ocuparse de problemas de cocina. Ya tenía suficientes asuntos que resolver, algunos insignificantes y otros graves.

El asesinato de Claudine Winthrop había levantado una polvareda. Claudine era una persona muy conocida y apreciada por la mayoría. Era un personaje importante. La ciudad estaba revolucionada. Pero alguien hábil y experto sabía sacar provecho de la confusión. Dalton se hallaba como pez en el agua.

Se había asegurado de que Stein estuviera reunido con los Directores de la Concordia Cultural cuando se cometió el asesinato, para que nadie sospechara de él. Un hombre que llevaba una capa confeccionada con cabelleras humanas, aunque fuesen botines de guerra, siempre despertaba sospechas.

La guardia de la ciudad había informado que había visto a Claudine Winthrop salir de Fairfield para dirigirse caminando al Ministerio. Era algo habitual, incluso de noche. Se trataba de una carretera muy transitada que hasta entonces se consideraba perfectamente segura. La guardia informaba asimismo que esa noche, antes del asesinato, un grupo de jóvenes hakens se había reunido para emborracharse. Naturalmente la opinión pública supuso que Claudine había sido atacada por hakens y condenaba el crimen como una demostración más del odio que albergaban los hakens hacia los anders.

Desde el asesinato, los guardias escoltaban a las personas que caminaban de noche.

El pueblo exigía que el Ministro hiciera algo. Edwin Winthrop se hallaba postrado en cama afectado por el asesinato de su esposa. También él, desde el lecho, enviaba mensajes reclamando justicia.

Arrestaron a varios jóvenes, pero fueron puestos en libertad cuando se demostró que la noche del asesinato habían estado trabajando en una granja. La noche siguiente un grupo de hombres que había estado bebiendo en una taberna, envalentonados por el ron, salieron a la caza de los «asesinos hakens». Dieron con algunos muchachos hakens, a los que propinaron una paliza de muerte delante de espectadores que los vitoreaban.

Dalton había escrito varios discursos para el Ministro y había impartido órdenes en su nombre para que se aplicaran medidas de crisis. El asesinato dio excusa al Ministro para aludir, en sus exaltados discursos, a todos aquellos que se oponían a que fuese el futuro Soberano. Los acusaba de fomentar el desprecio hacia las leyes y, de ese modo, incitar a la violencia. El Ministro abogaba por la adopción de leyes más estrictas que castigaran el «lenguaje hostil». Los Directores que recelaban del Ministro sintieron temor ante esas alusiones a la Oficina de Concordia Cultural y ante las nuevas leyes.

Bertrand Chanboor anunciaba nuevas medidas a las masas que se reunían para escucharlo. Sin especificar en qué consistían, su objetivo era combatir el crimen. Tales políticas siempre eran muy vagas y raramente se ponían en práctica. Bastaba un discurso vehemente para convencer a las masas de que el Ministro era decisivo y eficiente. El objetivo era dar una determinada imagen; eso era lo único que en realidad importaba. Aparentar lo que no era resultaba fácil; se conseguía con un mínimo esfuerzo y nunca debía probarse.

Naturalmente sería necesario imponer nuevos impuestos para financiar las medidas contra el crimen. La fórmula era perfecta: acusar a la oposición de fomentar la violencia, con lo que quedaba equiparada con los brutales guerreros hakens asesinos. De ese modo el Ministro y Dalton aumentarían su control de la economía, y el control era poder.

Bertrand disfrutaba siendo el centro de todo eso, dando órdenes, denunciando el mal, reuniéndose con diferentes grupos de ciudadanos preocupados y tranquilizando a la gente. Probablemente todo el asunto sería olvidado muy pronto, surgirían nuevos temas, y nadie recordaría el asesinato de Claudine Winthrop.

Hildemara era feliz; para Dalton eso era lo que importaba.

Rowley esperaba en la puerta.

—Di a Inger que trate el problema con maese Drummond —dijo mientras cogía otro mensaje—. Drummond es el jefe de cocina y el responsable del banquete. Le di una lista con instrucciones. No debería haberse equivocado con la carne.

—Sí, señor.

Rowley cerró la puerta. El despacho quedó en silencio, sólo roto por la suave lluvia de primavera. Esa lluvia suave y continua sería muy beneficiosa para los cultivos. Una buena cosecha contribuiría a silenciar las quejas por los nuevos impuestos. Dalton se reclinó en la butaca y continuó leyendo.

El informante que le escribía había visto entrar médicos en la residencia del Soberano. Aunque no había podido hablar con ellos, informaba que no habían salido de allí hasta el día siguiente.

El enfermo no tenía por qué ser el Soberano. Después de todo, el Soberano contaba con un ejército de servidores, casi tantos como los del Ministerio de Cultura, con la diferencia que eran para su uso exclusivo. Los pocos asuntos oficiales que llevaba el Soberano se ventilaban en un edificio aparte, en el que asimismo concedía audiencias.

No era infrecuente que uno o dos médicos pasaran toda la noche en la finca del Ministro, y eso no significaba que Bertrand Chanboor estuviese enfermo. El mayor peligro que corría el Ministro podía provenir de un marido celoso, y eso era muy improbable, pues los maridos ganaban favores permitiendo que sus mujeres tuvieran relaciones con funcionarios de alto rango. No era prudente oponerse a eso.

Cuando Bertrand fuese el Soberano, ya no tendría que preocuparse de no herir susceptibilidades. Para cualquier mujer era un gran honor estar con el Soberano; era una experiencia casi sagrada. El pueblo en general creía que el mismo Creador bendecía los amoríos del Soberano.

Cualquier marido empujaría a su esposa al lecho del Soberano, si éste lo deseaba. Era un privilegio que conllevaba un prestigio, el cual, además de su carácter sagrado, tenía un efecto periférico; el marido era el principal beneficiario de esa santidad colateral. En el caso de que el receptáculo sagrado de los apetitos carnales del Soberano fuese muy joven, las bendiciones recaían en los padres.

Dalton regresó al mensaje anterior y volvió a leerlo. Hacía días que no se veía a la esposa del Soberano. No se había presentado en una visita programada a un orfanato. Quizá era ella la enferma. O tal vez permanecía junto al lecho de su marido enfermo.

Esperar que el viejo Soberano muriera era como caminar por la cuerda floja. Se sudaba, y el corazón se aceleraba. La expectativa resultaba deliciosa, sobre todo porque la muerte del Soberano era lo único que Dalton no podía manejar a su antojo. Era demasiado arriesgado ayudarlo a pasar a la otra vida, especialmente cuando su vida pendía de un hilo, pues lo rodeaba un muro de seguridad impenetrable.

Lo único que podía hacer era esperar y, mientras tanto, prepararlo todo cuidadosamente. Tenían que estar listos cuando surgiera la oportunidad.

Dalton pasó al siguiente mensaje, que simplemente daba cuenta de un hombre que había denunciado a una mujer por haberle lanzado, supuestamente, un hechizo que le había provocado gota. El hombre en cuestión había solicitado públicamente la ayuda de Hildemara Chanboor, pues ésta estaba universalmente considerada un modelo de pureza y bondad. La ayuda que solicitaba era tener relaciones sexuales con ella para anular el hechizo maligno.

Dalton se rió por lo bajo al imaginarse la cópula. Era evidente que se trataba de un chiflado y que, además, tenía un gusto pésimo para las mujeres. Dalton apuntó el nombre para entregárselo a los guardias y luego suspiró ante tanta tontería con la que tenía que malgastar su tiempo.

Sonó otra llamada a la puerta.

—¿Sí?

Rowley volvió a asomar la cabeza.

—Maese Campbell, he transmitido vuestras palabras al carnicero Inger, pero él dice que no se trata de un problema de cocina. —El mensajero bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Dice que quiere hablaros de algo muy serio sobre el Ministerio y que, si vos no lo recibís, recurrirá a los Directores.

Dalton abrió un cajón y guardó dentro todos los mensajes. Antes de levantarse no se olvidó de dar la vuelta a varios informes que descansaban encima de su escritorio.

—Que entre —ordenó.

Inger, un ander musculoso tal vez diez años mayor que Dalton, entró y saludó con una inclinación de cabeza.

—Gracias por recibirme, maese Campbell.

—No podía negarme. Entrad, por favor.

El hombre se secó las manos en la ropa e inclinó de nuevo la cabeza. Comparado con lo que Dalton esperaba de un carnicero, mostraba un aspecto sorprendentemente pulcro. Parecía un comerciante. Alguien capaz de servir toda la carne que se consumía en la finca tenía un volumen de negocio considerable, por lo que debía de ser más bien un comerciante que un trabajador.

—Por favor, sentaos, maese Inger —le invitó Dalton con un ademán.

Los ojos de Inger volaban de un lado al otro, observándolo todo. Sólo le faltó lanzar un silbido admirativo. Dalton corrigió la opinión que se había formado de él; no era más que un comerciante a pequeña escala.

—Gracias, maese Campbell. —El corpulento Inger apoyó una mano rolliza sobre el respaldo de la silla y la acercó al escritorio—. Llamadme sólo Inger. Me he acostumbrado a que todo el mundo me llame así. —En los labios del carnicero aleteó una sonrisa—. El único que me llamaba maese Inger era mi viejo maestro, y sólo lo hacía antes de golpearme en los nudillos, casi siempre por no llevar la lección aprendida. Pero nunca me castigaba cuando se trataba de lecciones de aritmética. Los números me gustaban. Menos mal, porque en mi negocio es preciso saber de números.

—Sí, es comprensible —replicó Dalton.

Inger desvió la mirada hacia los estandartes de guerra y las lanzas antes de proseguir.

—Ahora poseo un negocio próspero. Mi principal cliente es la finca del Ministro. Los números son necesarios en un negocio; es preciso saber manejarlos. Tengo a mucha gente, buenas personas, trabajando para mí. Todos tienen que aprender a contar para que no se equivoquen al entregar los pedidos.

—El Ministerio está muy complacido con vuestros servicios, os lo aseguro. Sin vuestra valiosa ayuda, los banquetes no tendrían tanto éxito. Vuestras excelentes carnes y volatería evidencian que os enorgulleceis de vuestro negocio.

Inger sonrió como si acabara de recibir el beso de una chica guapa en una caseta de feria.

—Gracias, maese Campbell. Sois muy amable. Tenéis razón al decir que me enorgullezco de mi trabajo. Normalmente la gente no es tan amable como vos y no se da cuenta. Ya se dice por ahí que sois un buen hombre.

—Me esfuerzo por ayudar a los demás. No soy sino un humilde servidor del pueblo. —Dalton esbozó una sonrisa afable—. ¿En qué os puedo ayudar, Inger? ¿Necesitáis que resuelva algo aquí en la finca que os haga el trabajo más fácil?

Inger acercó aún más la silla, apoyó un codo en el escritorio y se inclinó hacia Dalton. Tenía unos brazos grandes como toneles de ron. Los modales tímidos del carnicero se evaporaron, y en su lugar frunció el poblado entrecejo.

—La cuestión es, maese Campbell, que no tolero ninguna tontería a mis trabajadores. Dedico tiempo a enseñarles a cortar la carne y a prepararla, a contar y otras cosas. No soporto a la gente que no hace su trabajo y encima se enorgullece de ello. Yo siempre digo que la piedra angular de un negocio es

que el cliente quede satisfecho. Aquellos de mis trabajadores que no obedecen, reciben unos buenos golpes o los pongo de patitas en la calle. Algunos dicen que soy duro, pero yo soy así. A mi edad ya no cambiaré.

—Yo opino que es una actitud justa.

—Pero, por otro lado, valoro a mis trabajadores. Ellos me benefician a mí, y yo los beneficio a ellos. Sé cómo algunos tratan a sus empleados, especialmente a los hakens, pero yo no maltrato a nadie. Si alguien me respeta, yo lo respeto a él. Es lo justo.

»De ese modo uno llega a hacerse amigo de la gente con la que trabaja y vive. ¿Sabéis qué quiero decir? Con los años se convierten casi en familia. Me preocupo por ellos. Es lo más natural para cualquiera que tenga un mínimo sentido común.

—Sí, ya, pero...

—Algunos de mis trabajadores son los hijos de antiguos trabajadores, de personas que me ayudaron a convertirme en un carnicero respetado. —Inger se inclinó más adelante—. Tengo dos hijos, dos buenos chicos, pero a veces pienso que me preocupo más por algunos que viven y trabajan conmigo que por ellos.

»Una de esas personas especiales es una chica haken estupenda que se llama Biata.

Las alarmas sonaron en la cabeza de Dalton. Recordaba a la muchacha haken que Bertrand y Stein habían llamado para divertirse con ella.

—Biata. La verdad es que ese nombre no me dice nada, Inger.

—Es natural. Ella sólo tiene tratos con la cocina. Entre sus tareas está la de entregar los pedidos. Confío en ella como si fuera mi hija. Es lista con los números y recuerda todo lo que le digo. Eso es importante porque los hakens no saben leer, y no puedo darles ninguna lista. Es importante que tengan buena memoria. Nunca he tenido que cargar el carro por ella; basta con que le diga una vez qué debe entregar, y no se equivoca nunca. Jamás tengo que preocuparme porque tome mal los pedidos o se quede corta.

—Sí, ya pero...

—Y ahora, de repente, se niega a entregar los encargos a la finca.

Dalton se fijó en que Inger apretaba el puño.

—Hoy tenía que traer un pedido; una carga importante para un banquete. Le he dicho que enganchara a *Bizcocho* al carro porque quería que entregara un pedido en la finca.

»Y ella ha dicho que no. —Inger descargó el puño en la mesa—. ¡No! El carnicero se echó ligeramente hacia atrás y puso bien una vela apagada que había tumbado.

—A mí no me gusta que mis empleados me digan que no, pero Biata... bueno, ella es como una hija. Así pues, en lugar de darle un bofetón, he intentado razonar con ella. Me imaginaba que un chico había dejado de gustarle y no quería verlo más o algo por el estilo. A veces, no entiendo por qué las chicas cambian de humor tan rápidamente.

»Le he dicho que se sentara y le he preguntado por qué se negaba a llevar el pedido a la finca. Ella simplemente ha dicho que no quería, sin darme ninguna razón. Cuando le he pedido explicaciones, me ha prometido que haría el doble de entregas en otra parte, incluso que desplumaría pollos y les quitaría las entrañas durante toda la noche a modo de castigo, pero que no quería ir a la finca.

»Yo le he preguntado por qué, si alguien le había hecho algo malo. Pero ella se ha negado a contármelo. ¡Se ha negado! Me ha dicho que no pensaba entregar pedidos aquí nunca más y que no había nada más que decir.

»Yo le he respondido que si no me daba una razón válida, seguiría llevando pedidos a la finca tanto si le gustaba como si no.

»Entonces se ha echado a llorar. —Inger apretó de nuevo el puño—. Conozco a Biata desde que llevaba pañales. En los últimos doce años creo que sólo la he visto llorar una vez. La he visto darse unos

buenos tajos mientras troceaba la carne y no ha llorado nunca, ni siquiera mientras le daba puntos. Ponía cara de dolor, pero no lloraba. Cuando su madre murió sí que lloró, pero ésa fue la única vez.

»Hasta hoy, cuando le he dicho que fuese a la finca.

»Así pues, he traído yo mismo el pedido. Bien, maese Campbell, no sé qué ha ocurrido aquí pero, sea lo que sea, ha hecho llorar a Biata y eso me dice que no ha sido nada bueno. Antes siempre le gustaba venir. Sólo tenía buenas palabras para el Ministro y lo respetaba por todo el bien que había hecho a Anderith. Se sentía orgullosa de llevar los pedidos al Ministerio.

»Eso ha cambiado. Conociendo a Biata, diría que alguien abusó de ella. Conociendo a Biata, diría que ella se resistió. Sí, señor, se resistió. Como ya he dicho, la quiero casi como si fuera una hija.

—Es una haken —afirmó Dalton sin apartar la mirada de los ojos de Inger.

—¿Y qué? —repuso Inger sosteniéndole la mirada—. Bien, maese Campbell, quiero que me entreguéis al joven que abusó de Biata. Pienso colgarlo de un gancho para la carne. Por cómo lloraba Biata, tengo la sensación de que no fue obra de uno solo, sino tal vez de más; quizá una banda de muchachos.

»Sé que sois un hombre muy ocupado, especialmente ahora, con el asesinato de la Winthrop, que en paz descanse, pero os agradecería que investigarais este asunto por mí. No pienso dejarlo pasar.

Dalton se inclinó hacia adelante y cruzó las manos encima de la mesa.

—Inger, os aseguro que no pienso tolerar que algo así ocurra en la finca. Lo considero un asunto muy grave. El objetivo de la oficina del Ministro de Cultura es servir al pueblo de Anderith. No puedo imaginarme nada peor que uno o más hombres del Ministerio hayan tal vez abusado de una muchacha.

—Nada de «tal vez». Ocurrió.

—Por supuesto. Os doy mi palabra de que no descansaré hasta llegar al fondo de este asunto. No toleraré que nadie, ni ander ni haken, corra ningún peligro en la finca. Todo el mundo debe sentirse seguro aquí. No permitiré que nadie, ander o haken, escape a la acción de la justicia.

»No obstante, debéis entender que estamos investigando el asesinato de una mujer importante. Todas las mujeres, incluidas las hakens, corren peligro, y ésa es mi principal responsabilidad. La ciudad está revolucionada. El pueblo exige que se castigue a los culpables de un crimen tan grave.

Inger inclinó la cabeza.

—Lo entiendo. Os tomo la palabra de que me desvelaréis el nombre o los nombres de los jóvenes responsables. —Inger se levantó arrastrando la silla—. O de los no tan jóvenes.

Dalton se puso asimismo en pie.

—Jóvenes o no jóvenes, haremos todo lo posible por descubrir a los culpables. Os lo prometo.

Inger y Dalton se estrecharon la mano. El carnicero casi le quebró los huesos.

—Me alegra saber que he acudido al hombre adecuado, maese Campbell.

—Lo habéis hecho. Lo habéis hecho.

—¿Sí? —Dalton respondió a la llamada a la puerta. Adivinaba quién era y continuó escribiendo instrucciones para los nuevos guardias que debían vigilar la finca. Los guardianes no dependían del ejército. Eran todos anders. Dalton no confiaría la seguridad de la finca a soldados del ejército anderiano.

—¿Maese Campbell?

Dalton levantó la cabeza.

—Adelante, Fitch.

El muchacho entró y se quedó muy firme frente al escritorio. Desde que llevaba el uniforme y, sobre todo, desde el asunto de Claudine, parecía incluso más alto. Dalton se sentía complacido por cómo Fitch y su musculoso amigo habían seguido sus instrucciones. Algunos de los otros le habían informado confidencialmente.

—Fitch, ¿recuerdas la primera vez que hablamos? —le preguntó, dejando la pluma de cristal.

El chico no se esperaba esa pregunta.

—Esto... sí, señor, sí —balbuceó—. Lo recuerdo.

—Fue en un pasillo del tercer piso. Cerca del descansillo.

—Sí, señor, maese Campbell. Os agradecí mucho que no... quiero decir que fuisteis muy amable conmigo.

—Me agradeciste que no te denunciara por estar donde no debías estar.

—Sí, señor. —Fitch se humedeció los labios—. Fuisteis muy amable, maese Campbell.

—Recuerdo que ese día me dijiste que considerabas que el Ministro era un buen hombre y que no te gustaría oír acusaciones contra él.

—Sí, señor, lo dije.

—Y has demostrado que hablabas en serio, has demostrado que estás dispuesto a hacer cualquier cosa para protegerlo. —Dalton sonrió levemente—. ¿Recuerdas qué más te dije ese día en el descansillo?

Fitch carraspeó.

—¿Os referís a que un día podría ganarme un apellido?

—Exactamente. Hasta el momento has cumplido mis expectativas. ¿Recuerdas qué más sucedió ese día en el descansillo?

Dalton sabía sin lugar a dudas que el chico lo recordaba. Era algo que no olvidaría en mucho tiempo. Fitch rebullía, nervioso, buscando el modo de decirlo pero sin decirlo.

—Bueno, señor, yo... quiero decir que...

—Fitch, ¿recuerdas que una joven te golpeó?

Fitch se aclaró la garganta.

—Sí, señor, lo recuerdo.

—¿La conoces?

—Se llama Biata. Trabaja para el carnicero Inger. Asiste a la misma asamblea de penitencia que yo.

—Supongo que viste lo que estaba haciendo en el tercer piso. El Ministro te vio. Stein te vio. Los viste con ella, ¿verdad?

—No fue culpa del Ministro, señor. Biata tuvo lo que quería. Eso fue todo. Se le caía la baba con él, siempre hablaba de lo apuesto y lo maravilloso que era. Cada vez que mencionaba su nombre suspiraba. Conociéndola, digo que lo que pasó, lo había pedido, señor.

Dalton sonrió para sí.

—A ti te gustaba, ¿verdad, Fitch?

—Bueno, señor, no lo sé. Es muy duro que te guste una persona y que ella te odie. Al final cansa.

Para Dalton era evidente lo que Fitch sentía por la chica. Por mucho que lo negara lo llevaba escrito en la cara.

—Bueno, la cuestión es que esa chica está tratando de crear problemas, Fitch. Algunas chicas se comportan así, después. Un día lo aprenderás. Cuidado con hacer lo que te piden, pues a veces después niegan haberlo pedido.

Fitch parecía apabullado.

—No lo sabía, señor. Gracias por el consejo.

—Como tú mismo has dicho, tuvo lo que había pedido. Nadie abusó de nadie. Pero ahora parece que ha cambiado de idea y está pensando en lanzar acusaciones de violación. Es algo parecido a lo que ocurrió con Claudine Winthrop. Algunas mujeres que tienen relaciones con hombres importantes después hacen eso para sacarles algo. Se vuelven codiciosas.

—Maese Campbell, estoy seguro de que ella no...

—Inger vino a verme.

Fitch palideció.

—¿Se lo ha contado a Inger?

—No. Sólo le dijo que no quería entregar más pedidos en la finca. Pero Inger es listo y se ha imaginado por qué. Quiere que se haga justicia. Si obliga a la chica, a Biata, a poner una denuncia, el Ministro sería acusado injustamente de algo muy feo.

»Tú la conoces —prosiguió poniéndose en pie—. Es posible que tengas que tratarla como trataste a Claudine Winthrop. Ella te conoce y dejará que te acerques.

Fitch perdió el poco color que le quedaba.

—Maese Campbell... señor, yo...

—¿Tú qué, Fitch? ¿Ya no te interesa ganarte tu apellido? ¿Ya no te interesa tu nuevo trabajo de mensajero? ¿Ya no te interesa tu nuevo uniforme?

—No, señor, no es eso.

—¿Pues entonces qué es, Fitch?

—Nada, señor. Supongo que... como he dicho, no le pasó nada que no se buscara ella solita. No sería justo que acusara al Ministro de hacer algo malo, porque él no hizo nada malo.

—Tampoco fue justo que Claudine lo acusara.

Fitch tragó saliva.

—No, señor. No lo fue.

Dalton volvió a sentarse.

—Me alegro de que nos entendamos. Te llamaré si esa chica se convierte en un problema. Esperemos que eso no sea necesario.

»¿Quién sabe? Tal vez se lo repiense y no lance unas acusaciones tan odiosas. Tal vez alguien le hará entrar en razón antes de que sea necesario proteger al Ministro de sus acusaciones injustas. Tal vez decida que ser carnicera no es lo suyo y busque trabajo en una granja o algo así.

Dalton chupaba distraídamente la punta de la pluma mientras observaba cómo Fitch salía cerrando la puerta. Sería interesante ver cómo el muchacho solucionaba ese asunto. Si él no lo lograba, Rowley lo haría.

Pero, si lo hacía bien, todas las piezas encajarían en un mosaico magistral.

5

Las botas de maese Spink resonaban contra el suelo de madera mientras se paseaba entre los bancos, con las manos enlazadas a la espalda. Sus alumnos aún sollozaban por las mujeres anders, por lo que el ejército haken les había hecho. Fitch pensaba que se había preparado para esa lección, pero se equivocaba; estaba siendo mucho más horrible de lo que había imaginado.

La cara le ardía y la tenía tan roja como el pelo. Maese Spink acababa de llenar las muchas lagunas que hasta entonces tenía sobre el acto sexual. Él siempre había pensado que aprender sobre sexo sería placentero. Se equivocaba. Aquello que había esperado con anhelo se había convertido en repugnancia por las experiencias vividas por esas mujeres anders.

El hecho de estar sentado entre dos mujeres lo había empeorado aún más. Sabiendo cuál sería el tema de la lección, todas las mujeres habían intentado sentarse juntas en un lado de la sala, y los hombres en el otro. A maese Spink nunca le importaba dónde se sentaban.

Pero ese día, a medida que iban entrando, maese Spink los fue distribuyendo de modo que hombres y mujeres se sentaran mezclados. Spink conocía a todos los asistentes a la asamblea de penitencia, sabía dónde vivían y trabajaban. Los obligó a sentarse revueltos, junto a personas desconocidas.

Su objetivo era avergonzarlos aún más al explicarles lo que todas esas mujeres anders tuvieron que pasar. Describió los actos con gran lujo de detalles. Casi todos los presentes sollozaban. Lo que oían los horrorizaba tanto que no podían llorar abiertamente y se sentían tan abochornados que no querían llamar la atención.

Fitch nunca había oído cosas como ésas sobre un hombre y una mujer, y eso que los friegaplatos y los mensajeros acostumbraban a hablar sobre el tema. Naturalmente los hombres eran guerreros hakens y, por tanto, no conocían ni la amabilidad ni la delicadeza. Querían hacer daño a las mujeres anders y humillarlas. Así de aborrecibles eran los hakens.

—Sin duda estaréis pensando que eso ocurrió hace mucho tiempo. Que sucedió hace una eternidad —prosiguió maese Spink—. Que fueron los guerreros hakens. Que ahora sois mejores.

Las botas de maese Spink se detuvieron delante de Fitch.

—¿Es eso lo que piensas, Fitch? ¿Es eso lo que piensas con ese uniforme tan elegante que llevas? ¿Crees que eres mejor que esos guerreros hakens? ¿Crees que los hakens han aprendido a ser mejores?

—No, señor. No somos mejores, señor.

Maese Spink lanzó un gruñido y siguió adelante.

—¿Alguno de vosotros cree que los hakens han superado su aborrecible naturaleza? ¿Cuántos de vosotros os creéis mejores que vuestros antepasados?

Fitch miró a hurtadillas a ambos lados. Aproximadamente la mitad de los presentes levantaban la mano tímidamente. Maese Spink explotó de rabia.

—¡Qué! —bramó—. ¿Creéis que ahora los hakens sois mejores? ¿Sois tan arrogantes que os creéis mejores?

Todas las manos descendieron rápidamente.

—¡No sois mejores! ¡Seguís teniendo una naturaleza execrable!

Las botas de Spink iniciaron su lento resonar mientras se paseaba entre la silenciosa asamblea.

—No sois mejores que ellos —repitió, pero esta vez bajando la voz—. Sois iguales.

Fitch no recordaba haberle oído nunca un tono tan decaído. Parecía a punto de echarse a llorar también él.

—Claudine Winthrop era una mujer que gozaba de respeto y renombre. Mientras estaba viva luchó por el pueblo, tanto por los anders como por los hakens. Uno de sus últimos logros fue ayudar a cambiar unas leyes anticuadas para proporcionar trabajo a personas, en su mayoría hakens, que se morían de hambre.

»Antes de morir se dio cuenta de que no sois distintos a esos guerreros hakens. Sois como ellos.

Las botas volvieron a resonar por la sala.

—Claudine Winthrop compartió algo con esas mujeres del pasado, con las mujeres de las que hoy os he hablado. Sufrió la misma suerte que ellas.

Fitch escuchaba con extrañeza. Sabía que eso no era cierto. Claudine Winthrop había tenido una muerte rápida.

—Al igual que esas mujeres, Claudine Winthrop fue violada por una banda de hakens.

Fitch levantó la vista con el entrecejo fruncido. Al darse cuenta del gesto, rápidamente cambió la expresión. Por suerte maese Spink se encontraba en el otro lado de la sala y miraba a los ojos de los jóvenes hakens allí sentados, por lo que no reparó en la reacción de Fitch.

—Sólo podemos adivinar cuántas horas tuvo que soportar la pobre Claudine Winthrop las risas, las burlas y las mofas de los hombres que la violaban. Sólo podemos imaginar cuántos hakens crueles y sin corazón la sometieron a ese suplicio en un campo de trigo, pero por el modo como el trigo estaba pisoteado las autoridades calculan que eran entre treinta y cuarenta.

Los asistentes dieron un respingo de horror; también Fitch. No eran ni la mitad de ese número. Sentía el impulso de levantarse y corregir a maese Spink, decirle que ellos no habían violado a Claudine Winthrop, que la mujer merecía morir por tratar de perjudicar al Ministro y futuro Soberano, que ellos solamente habían cumplido con su deber. Fitch quería decir que habían realizado una buena acción para el Ministro y para Anderith. Pero se quedó callado e inclinó la cabeza.

—Pero no fueron ni treinta ni cuarenta hombres —dijo maese Spink. Su dedo fue barriendo lentamente toda la sala—. Fuisteis todos vosotros. Todos los hakens violasteis y asesinasteis a Claudine Winthrop. Debido al odio que todavía albergáis en vuestros corazones, todos sois culpables de esa violación y ese asesinato.

»Ahora marchaos —ordenó dándoles la espalda—. Ya he tenido bastante de vuestras miradas cargadas de odio por un día. Ya no puedo seguir soportando vuestros crímenes. Marchaos. Marchaos hasta la próxima asamblea y pensad en cómo podéis ser mejores personas.

Fitch salió disparado hacia la salida por miedo a que Biata se le escapara. Quería evitar que saliera a la calle, pero la perdió de vista en medio del revuelo que se organizó para tratar de salir cuanto antes. Sin embargo, consiguió abrirse paso hasta cerca del principio de la fila.

Cuando salió al aire fresco de la noche se apartó a un lado y la buscó entre los que habían salido antes que él a la calle. No la vio. Esperó en las sombras a que el resto de los asistentes abandonaran la sala.

Al verla, la llamó con un fuerte susurro. Biata se detuvo y buscó con la mirada quién la llamaba. Escrutaba las sombras, tratando de distinguir a alguien. La gente la empujaba para salir, por lo que se apartó a un lado, y así se acercó a Fitch.

Ya no llevaba el vestido azul oscuro que tanto gustaba al muchacho, el vestido que lucía el día que subió a conocer al Ministro. Esa noche llevaba un vestido del color del trigo con corpiño marrón oscuro y falda larga con vuelo.

—Biata, tengo que hablar contigo.

—¿Fitch? —preguntó la joven poniéndose en jarras—. ¿Eres tú, Fitch?

—Sí —contestó Fitch en un susurro.

Biata se volvió para irse, pero Fitch la agarró por una muñeca y tiró de ella hacia las sombras. Los últimos en salir se alejaban presurosos por la calle, ansiosos por llegar a casa. No prestaban atención a dos jóvenes que se reunían después de la asamblea. Biata trató de desasirse, pero Fitch la sujetaba con fuerza

mientras la arrastraba hacia las sombras más profundas de los árboles y arbustos que crecían junto al salón de asambleas.

—¡Suéltame! Suéltame o gritaré, Fitch.

—Tengo que hablar contigo —le susurró él con urgencia en la voz—. ¡Ven conmigo!

En vez de eso, ella se resistió. Fitch la continuó arrastrando y tirando de ella hasta adentrarse lo suficiente entre los arbustos, donde nadie podría verlos. Y, si no hacían ruido, nadie podría oírlos. La luz de la luna iluminó el espacio que ocupaban entre árboles y matorrales.

—¡Fitch! ¡No permitiré que tus sucias manos haken me toquen!

Fitch se volvió hacia ella al tiempo que la soltaba. Inmediatamente Biata tomó impulso con el otro brazo para golpearlo. Pero Fitch lo estaba esperando y la cogió por la muñeca. Biata le propinó un fuerte bofetón con la otra mano.

Fitch le devolvió el golpe. Aunque no la había golpeado con todas sus fuerzas, la impresión la dejó sin habla. Que un varón haken golpear a otra persona era un crimen. Fitch no la había pegado con fuerza. No pretendía hacerle daño, sino sólo que le prestara atención.

—Tienes que escucharme —masculló—. Te has metido en un lío.

A la luz de la luna vio claramente la encolerizada expresión de Biata.

—Eres tú quien se ha metido en un buen lío. Pienso decir a Inger que me has arrastrado hacia la maleza, que me has golpeado y que luego...

—¡Ya le has dicho suficientes cosas a Inger!

Biata se quedó un momento callada.

—No sé de qué me hablas. Me voy. Después de demostrarme tu odioso comportamiento haken con las mujeres, no me quedaré aquí para que vuelvas a pegarme.

—Vas a escucharme aunque tenga que tirarte al suelo y sentarme encima de ti.

—¡Inténtalo si te atreves, anguila esmirriada!

Fitch apretó los labios con fuerza, tratando de hacer caso omiso del insulto.

—Por favor, Biata, escúchame. Debo decirte algo muy importante.

—¿Importante? ¡Tal vez sea importante para ti, pero no para mí! No quiero oír nada que tengas que decirme. Te conozco. Sé cómo te gusta...

—¿Quieres que hagan daño a las personas que trabajan para Inger? ¿Quieres que el mismo Inger salga perjudicado? Esto no tiene nada que ver conmigo. No sé por qué tienes tan mala opinión de mí, pero no intentaré convencerte de lo contrario. Sólo se trata de ti.

Biata resopló, se cruzó de brazos y se quedó un momento pensativa. Él aprovechó para echar un vistazo a un lado y comprobar a través de un hueco en la maleza que nadie los observaba desde la calle. Biata se retiró el pelo detrás de una oreja.

—Mientras no me hables de lo apuesto que estás con tu elegante uniforme, como esos brutales guerreros haken, hablaremos. Date prisa; Inger me espera para trabajar.

Fitch se humedeció los labios.

—Hoy Inger ha entregado personalmente el pedido en la finca porque tú te has negado a volver a ir allí con...

—¿Cómo te has enterado?

—Oigo cosas.

—¿Y cómo...?

—¿Vas a escucharme o no? Te has metido en un buen lío y corres peligro.

Biata se puso en jarras, pero calló. Fitch continuó hablando.

—Inger se imagina que en la finca alguien se aprovechó de ti. Por ello fue y exigió que se hiciera algo. Exige los nombres de quienes te hicieron daño.

Biata se lo quedó mirando a la luz de la luna.

—¿Cómo sabes eso?

—Ya te lo he dicho, oigo cosas.

—Yo no le he dicho a Inger nada de nada.

—No importa. Él solito ha imaginado lo que pasó. No lo sé, pero lo importante es que se preocupa por ti y que está empeñado en que los responsables reciban su castigo. Se le ha metido en la cabeza la idea de que se haga justicia. No piensa ceder. Piensa armar un buen jaleo.

Biata lanzó un suspiro de irritación.

—No debí negarme a ir. Debería haber ido, sin importar lo que podría haberme vuelto a suceder.

—No te culpes, Biata. En tu lugar yo habría hecho lo mismo.

La chica lo miró con recelo.

—Quiero saber quién te ha dicho todo eso.

—Ahora soy un mensajero y trato con personas importantes. La gente importante habla de lo que sucede en la finca. Los estaba escuchando y oí que hablaban de este asunto; eso es todo. La cuestión es que si intentas explicar lo que pasó, se entenderá que tratas de perjudicar al Ministro.

—Oh, vamos, Fitch. No soy más que una chica haken. ¿Cómo podría yo perjudicar al Ministro?

—Tú misma me dijiste que se rumorea que será el próximo Soberano. ¿Sabes de alguien que alguna vez haya dicho algo en contra del Soberano? Pues bien, el Ministro está a punto de ser nombrado Soberano.

»¿Cómo crees que reaccionará la gente si cuentas lo que pasó? ¿Crees que creerían que eres una buena chica que simplemente dice la verdad y que el Ministro miente cuando lo niega? Los anders no mienten; eso es lo que nos enseñan. Si dices algo en contra del Ministro, pasarás por una mentirosa. Y aún peor, por una mentirosa que trata de perjudicar al Ministro de Cultura.

Biata reflexionó sobre lo que acababa de oír como si fuera un acertijo insoluble.

—Bueno... yo no pensaba decir nada. Pero, si lo hiciera, el Ministro tendría que admitir que digo la verdad, porque es la verdad. Los anders no mienten. Sólo los hakens tenemos una naturaleza corrupta. Si el Ministro dijera algo sobre el asunto, sería para admitir la verdad.

Fitch suspiró, frustrado. Sabía que los anders eran mejores que ellos y que los hakens eran perversos por naturaleza, pero empezaba a creer que no todos los anders eran puros y perfectos.

—Mira, Biata, sé lo que nos han enseñado, pero eso no siempre es exactamente cierto. Algunas de las cosas que nos enseñan son absurdas. No todo es verdad.

—Todo es verdad —afirmó ella categóricamente.

—Eso piensas tú, pero te equivocas.

—¿De veras? Creo que te niegas a admitir lo asquerosos que sois los hombres hakens. Te gustaría no tener un alma depravada. Te gustaría que no fuese verdad lo que esos hombres hakens hicieron a esas anders hace tanto tiempo, así como tampoco lo que unos hakens hicieron a Claudine Winthrop.

Fitch se apartó el pelo de la frente.

—Biata, piensa un poco en ello. ¿Cómo es posible que maese Spink sepa lo que hicieron a cada una de esas mujeres en concreto?

—Por los libros, estúpido. Por si lo has olvidado, los anders saben leer. La finca está llena de libros que...

—¿Y tú crees que después de violar a todas esas mujeres los guerreros hakens lo dejaron por escrito? ¿Crees que les preguntaron a las mujeres cómo se llamaban y lo anotaron, para que hubiera libros en los que se contara todo lo que habían hecho?

—Sí. Eso fue exactamente lo que hicieron. Como a todos los hombres hakens les gustó lo que hicieron con esas mujeres, lo escribieron. Se sabe. Está en los libros.

—¿Y qué me dices de Claudine Winthrop? Dime en qué libro está escrito que sus asesinos la violaron.

—Bueno, la violaron. Fueron hakens, y los hombres hakens hacen eso. Ya deberías saber cómo sois, pequeño...

—Claudine Winthrop acusó al Ministro. Ella solía suspirar por él y actuaba como si le interesara. Pero tras captar la atención del Ministro y entregarse a él de buen grado, cambió de opinión y comenzó a decir que el Ministro la había forzado en contra de su voluntad. Justo lo que te pasó a ti. Claudine Winthrop comenzó a explicar a la gente sus depravadas mentiras sobre que el Ministro la había violado, y poco después fue asesinada.

Biata se quedó en silencio. Fitch sabía que Claudine simplemente quería complicar la vida al Ministro; Dalton Campbell se lo había dicho. Por el contrario, lo que le ocurrió a Biata no fue intencionado, pero Biata también intentaba causar problemas.

Se oyó el canto de los grillos mientras Biata lo observaba en la oscuridad. Fitch miró alrededor para cerciorarse de que estaban solos. A través de los arbustos podía ver pasear a la gente tranquilamente por la calle. Nadie prestaba la más mínima atención a los arbustos oscuros donde ellos dos se ocultaban.

Cuando por fin Biata habló, su voz ya no sonaba acalorada.

—Inger no sabe nada, y yo no pienso decírselo.

—Ya es tarde para eso. Ya ha ido a la finca y ha levantado la liebre al decir que te violaron allí. Personas importantes están muy preocupadas. Inger expuso sus demandas; exige justicia. Te obligará a confesarle quién te hizo daño.

—No podrá.

—Él es ander, y tú eres haken. Incluso si cambia de opinión y decide no preguntarte nada, ya ha alborotado el avispero, por lo que es posible que los responsables de la finca decidan llevarte a la fuerza delante de un magistrado para que te ordene acusar a quien lo hizo.

—Lo negaré todo. —Biata vaciló—. No conseguirán que les diga nada.

—¿No? Si te niegas a confesar lo que ocurrió, eso te convertirá en una criminal. Pensarán que fueron hombres hakens y te exigirán los nombres. Inger es ander y ha afirmado que ocurrió. Si no les dices lo que quieren saber, es probable que te encarcelen hasta que cambies de idea. Como mínimo, seguro que pierdes tu empleo. Te convertirás en una marginada.

»Me contaste que te gustaría ingresar en el ejército; ése es tu sueño. Los criminales no pueden ser soldados. Ese sueño jamás se haría realidad. Serías una mendiga.

—Encontraría otro empleo. Trabajaría duro.

—Eres haken. Por negarte a cooperar con un magistrado, te considerarían una criminal. Nadie te contrataría. Acabarías siendo una prostituta.

—¡Eso jamás!

—Sí, lo serías. Cuando pasaras hambre y frío, lo harías. Tendrías que venderte a los hombres, a viejos. Maese Campbell me ha explicado que las prostitutas contraen enfermedades terribles y mueren. Morirías de eso, de acostarte con viejos que...

—¡No! Jamás haría eso, Fitch, jamás.

—¿Y de qué vivirías? Si te tachan de haken criminal por negarte a responder a un magistrado, ¿de qué ibas a vivir?

»Y si se lo cuentas, ¿quién te creará? Te llamarán mentirosa y te acusarán por mentir a un alto funcionario ander. Levantar falsas acusaciones delante de un funcionario ander es delito, ya lo sabes.

Biata lo miró un momento a los ojos.

—Pero no es mentira. Tú darías fe de que digo la verdad. Dijiste que querías ser el Buscador de la Verdad, ¿recuerdas? Ése es tu sueño. Mi sueño es entrar en el ejército, y el tuyo es ser el Buscador de la

Verdad. Como alguien que aspira a ser el Buscador tendrías que ponerte en pie y declarar que digo la verdad.

—¿Lo ves? Hace un momento me asegurabas que nunca dirías nada y ya estás hablando de contarlo.

—Pero tú podrías declarar conmigo y decir la verdad.

—Soy haken. ¿Crees que van a creer a dos hakens que acusan nada más y nada menos que al Ministro de Cultura? ¿Te has vuelto loca?

»Biata, nadie creyó a Claudine Winthrop, y eso que ella era ander y un personaje importante. Acusó al Ministro para tratar de perjudicarlo y ahora está muerta.

—Pero, si es la verdad...

—¿Y qué es la verdad, Biata? ¿Que me dijiste que el Ministro era un gran hombre? ¿Que me contaste que te parecía muy apuesto? ¿Que miraste hacia su ventana, suspiraste y lo llamaste Bertrand? ¿Que los ojos te brillaban cuando recibiste la invitación de conocerlo? ¿Que Dalton Campbell tuvo que cogerte del codo para que no flotaras de felicidad cuando te invitó a subir a ver al Ministro, aunque sólo fuera para decirte cuánto le gustaba la carne de Inger?

»Yo sólo sé que tú y él... Quizá, al acabar, te pusiste pesada con tus exigencias. Por lo que he oído, algunas mujeres son así. Después de entregarse voluntariamente, lanzan acusaciones buscando un beneficio. Eso dice la gente.

»Por lo que yo sé, es posible que estuvieras tan contenta de conocerlo que tú misma te remangaste la falda para demostrarle que estabas dispuesta y te ofreciste a él. A mí no me has contado nada. Lo único que he obtenido de ti fue un bofetón, tal vez porque te había visto pasar un buen rato con el Ministro cuando se suponía que tenías que estar trabajando. Por lo que yo sé, ésa podría ser la verdad.

A Biata le temblaba la barbilla mientras parpadeaba para tratar de librarse de las lágrimas. Se arrodilló, se apoyó en los talones y rompió a llorar con la cara entre las manos.

Fitch se quedó un minuto preguntándose tontamente qué hacer. Finalmente se arrodilló delante de Biata. Estaba terriblemente preocupado al verla llorar. Hacía mucho tiempo que la conocía y nunca la había visto llorar, ni le habían explicado que llorara, como hacían las otras chicas. Pero en esos momentos berreaba como un bebé.

Le puso una mano en el hombro para consolarla, pero Biata lo rechazó. En vista de que no quería que la consolara, se limitó a quedarse de rodillas sin decir nada. Barajó la posibilidad de marcharse y dejarla que llorara a solas, pero finalmente se dijo que debía quedarse allí por si acaso necesitaba algo de él.

—Fitch —dijo la chica entre sollozos, llorando a mares—, ¿qué voy a hacer? Me siento tan avergonzada. Lo he estropeado todo. Todo fue culpa mía; yo tenté a un buen hombre ander con mi malvada y desvergonzada naturaleza haken. No era mi intención, no lo busqué, pero lo tenté. Lo que hizo fue todo por culpa mía.

»Pero no puedo mentir y decir que yo lo deseaba cuando no era así, ni siquiera un poco. Me resistí, pero eran demasiado fuertes. Estoy tan avergonzada. ¿Qué voy a hacer ahora?

Fitch tragó saliva. Se le había formado un nudo en la garganta. Aunque no quería decirlo, por el bien de Biata debía hacerlo. Si no, seguramente acabaría como Claudine Winthrop, y tal vez le encargarían el trabajo a él. En ese caso todo se iría al traste, porque era incapaz de hacer daño a Biata. Con suerte lo mandarían de vuelta a la cocina, a fregar cacharros. Prefería eso antes que hacer daño a Biata.

Le cogió la mano y suavemente se la abrió. Entonces buscó algo en el bolsillo de la chaqueta y le puso encima de la palma el alfiler con la punta en espiral. Era el alfiler con el que Biata se solía cerrar el cuello del vestido. El alfiler que había perdido ese día en el segundo piso.

—Bueno, yo diría que estás acorralada, Biata. Sólo se me ocurre una salida.

6

Teresa sonrió y dijo:

—Sí, por favor.

Dalton escogió dos albóndigas de ternera al eneldo de la bandeja que le ofrecía el escudero. El joven haken hizo una gnuflexión, giró con ligereza y se alejó. Dalton dejó la carne en la bandeja que compartía con Teresa, la cual mordisqueaba su manjar favorito: cría de conejo.

El asesor del Ministro estaba cansado y aburrido de ese largo y pesado banquete. Tenía asuntos importantes de los que ocuparse. Desde luego, su principal deber era ocuparse del Ministro, aunque para ello era más efectivo manejando los hilos detrás del telón del Gobierno que estando en el escenario, asintiendo y riendo las gracias del Ministro.

Bertrand agitaba una salchicha mientras explicaba un chiste a varios mercaderes acaudalados sentados en el extremo más alejado de la mesa principal. Por las risas guturales de los mercaderes y por el modo como Bertrand blandía la salchicha, Dalton supuso que era un chiste subido de tono. El que más lo celebró fue Stein.

Cuando las risas cesaron, Bertrand se apresuró a pedir disculpas a su esposa por el chiste. Lady Chanboor se rió disimuladamente y le quitó importancia al asunto con un gesto displicente, y añadió que era incorregible. Los mercaderes aplaudieron la bondadosa disposición de la dama, que la hacía ser tan indulgente con su marido.

Teresa propinó un suave codazo a Dalton y le susurró:

—¿Qué chiste contaba el Ministro? No lo he oído.

—Deberías agradecer al Creador que no te haya bendecido con un oído más fino. Fue uno de los chistes de Bertrand. Tú ya me entiendes.

—¿Y bien? —repuso ella risueña—. ¿Me lo contarás cuando estemos solos?

Dalton sonrió a su vez.

—Cuando estemos solos te lo demostraré.

Tess lanzó una risa gutural. Dalton pinchó una de las albóndigas de ternera y la sumergió en salsa de vino y jengibre. Luego dejó que Teresa diera un mordisco a la albóndiga y le lamiera la salsa del dedo antes de meterse el resto en la boca.

Mientras masticaba se fijó en los tres Directores sentados al otro lado del salón, que parecían sostener una conversación muy seria. Gesticulaban ampulosamente, se inclinaban adelante, fruncían el entrecejo, sacudían la cabeza y levantaban un dedo para recalcar el punto de vista respectivo. Dalton sabía de qué hablaban. Casi todos los presentes en el salón hablaban de lo mismo: el asesinato de Claudine Winthrop.

El Ministro, que vestía un jubón ceñido y sin mangas color púrpura y marrón rojizo encima de un justillo con mangas, estampado en dorado y trigo, pasó un brazo por encima del hombro de Dalton y se inclinó hacia él. Los volantes blancos en los puños del Ministro estaban manchados con vino tinto, por lo que parecía que Bertrand sangrara por una herida oculta debajo de la ceñida manga.

—Todo el mundo está muy alterado por el asesinato de Claudine —dijo el Ministro.

—Y con razón. —Dalton mojó un dado de cordero en jalea de menta—. Es una tragedia terrible.

—Sí, nos ha hecho darnos cuenta de que todavía no hemos conseguido implantar a toda la sociedad los ideales de comportamiento civilizado que tanto valoramos. Nos ha demostrado que aún queda mucho por hacer antes de poder integrar a hakens y anders en una sociedad pacífica.

—Con vuestro sabio liderazgo, lo conseguiremos —dijo Teresa con entusiasmo auténtico mientras Dalton masticaba el cordero.

—Gracias por tu apoyo, querida. —Bertrand se arrimó un poco más a Dalton y también bajó un poco la voz—. He oído que tal vez el Soberano está enfermo.

—¿De veras? —Dalton se lamió un poco de jalea de menta de un dedo—. ¿Es grave?

—No lo sabemos —contestó Bertrand, sacudiendo la cabeza en gesto de preocupación fingida.

—Todos rezaremos por él —dijo Teresa, que escogió una tajada muy fina de buey con pimienta—. Y también por el pobre Edwin Winthrop.

Bertrand sonrió.

—Eres una mujer muy considerada y bondadosa, Teresa. —El Ministro le miraba fijamente el corpiño como si pretendiera ver su bondadoso corazón latir debajo del generoso escote—. Si alguna vez enfermo, tan sólo pediría que una mujer tan noble como tú rezara al Creador por mí. Ni siquiera él podría resistirse a tus tiernas súplicas.

Teresa sonrió, encantada. Hildemara, que hasta entonces mordisqueaba una tajada de pera, preguntó algo a su marido. El Ministro se volvió hacia ella. Stein intervino en la conversación de ambos. Las tres cabezas juntas se separaron cuando un escudero apareció con una fuente de buey crujiente.

Mientras Stein cogía un puñado del nuevo manjar, Dalton volvió a echar una rápida mirada a los Directores, que seguían hablando. A continuación escrutó la mesa contigua, y su mirada se encontró con la de Franca Gowenlock. La cara de la mujer le dijo que era incapaz de oír nada. Dalton ignoraba qué ocurría con sus poderes, pero se estaba convirtiendo en un impedimento grave.

Un escudero sostenía una fuente de plata frente al Ministro. Éste eligió varias lonchas de tocino. Otro escudero apareció con cordero y lentejas, que era el plato favorito de Hildemara. Un mayordomo sirvió más vino. El Ministro rodeó un hombro de Hildemara con gesto de esposo y le dijo algo en susurros.

Otro servidor entró en el salón llevando una cesta grande llena a rebosar de pequeñas hogazas de pan moreno. En la mesa de servicio las distribuyó por bandejas de plata. Desde lejos Dalton no pudo ver si había algún problema con el pan. Muchas hogazas habían sido consideradas no aptas para el banquete y se habían donado a los pobres. Era costumbre que los restos de los banquetes, que solían ser muy abundantes, se dieran a los necesitados.

Ese día maese Drummond había tenido alguna dificultad en la cocina con el horneado del pan. Según Drummond, uno de los hornos se volvió «loco» y una mujer sufrió quemaduras graves antes de poder apagar las llamas que prendieron en su cuerpo. Dalton no profundizó, pues tenía asuntos más importantes de los que ocuparse que el pan.

—Dalton, ¿has logrado averiguar algo sobre el asesinato de la pobre Claudine Winthrop? —le preguntó el Ministro.

Hildemara, sentada al otro lado del Ministro, parecía extremadamente interesada en escuchar la respuesta.

—Llevo varias líneas de investigación muy prometedoras —contestó Dalton sin comprometerse—. Espero llegar muy pronto a una conclusión.

Como siempre, debían mostrarse circunspectos al hablar en los festines pues, si decían algo inconveniente, alguien podía oírlos. Era posible que, además de Franca, estuvieran presentes otras personas con poderes mágicos investigando. Dalton, por no hablar de Bertrand y Hildemara, no tenía la menor duda de que los Directores también empleaban a personas con el don.

—Bueno, la cuestión es que Hildemara me ha explicado que crece la preocupación, porque algunas personas creen que no nos tomamos el asunto con la debida seriedad —prosiguió el Ministro.

Dalton se apresuró a ofrecerle pruebas de lo contrario, pero Bertrand lo silenció con un gesto.

—Por supuesto, yo sé que no es cierto. Sé perfectamente que te estás dejando la piel para atrapar a los asesinos.

Teresa salió en defensa de su esposo.

—Trabaja día y noche. Os lo aseguro, Ministro, desde el asesinato de la pobre Claudine trabaja tanto que apenas duerme.

—Lo sé —intervino Hildemara, la cual se inclinó para dar palmaditas a Dalton en la muñeca, de modo que tanto Teresa como cualquiera que los estuviera observando lo viera—. Sé que Dalton está trabajando muy duro. Todo el mundo aprecia lo que está haciendo. Sabemos que ha traído a muchas personas para interrogarlas y obtener información.

»Lo que pasa es que algunos empiezan a cuestionarse si todo ese esfuerzo realmente servirá para descubrir a los culpables. La gente tiene miedo de los asesinos, que siguen sueltos, y espera, impaciente, que el caso se solucione.

—Tienes razón, Hildemara, y nosotros más que nadie deseamos que el asesinato se resuelva para que el pueblo pueda descansar tranquilo y así nosotros recuperemos la paz de espíritu —dijo Bertrand.

—Así es —corroboró Hildemara con un frío destello en la mirada—. Es preciso resolver el asesinato.

Lady Hildemara acababa de impartirle una orden. Dalton ignoraba si la mujer le había contado a su esposo que le había ordenado matar a Claudine, aunque al Ministro tampoco le importaría. Después de obtener de Claudine lo que quería, ocupaba su tiempo con otras mujeres. No le importaba en absoluto que Hildemara limpiara el desorden que él había organizado y acabara con cualquier posible problema.

Dalton había esperado que el Ministro y su esposa se cansarían de las protestas de la gente antes de que la gente se cansara de hablar sobre el asesinato de una mujer destacada. Por precaución ya había urdido planes, aunque actuaba como si le obligaran a pensar en algo.

Si de él dependiera esperaría, pues sabía que las habladurías pronto cesarían y todo el asunto se olvidaría. Como mucho, algunas personas chasquearían la lengua con pena pasajera o incluso con excitación. Pero a Bertrand le gustaba que lo consideraran un Ministro competente, aunque para ello otros debieran pagar un gravoso peaje. Para Hildemara eso era irrelevante. No obstante, la impaciencia que ambos demostraban era peligrosa.

—Yo tengo tantas ganas como cualquiera de encontrar a los asesinos —dijo Dalton—. No obstante, soy un hombre de leyes y, por el juramento que hice, debo asegurarme de que descubro a los verdaderos asesinos y no acuso a nadie en falso simplemente porque la gente reclama un culpable.

»Vos mismo me advertisteis muy seriamente de que ése debía ser mi comportamiento —mintió Dalton por si alguien los escuchaba a escondidas.

Al darse cuenta de que Hildemara estaba a punto de oponerse a cualquier retraso, bajó el tono de voz y añadió malhumoradamente:

—Si nos precipitamos y acusamos a hombres inocentes no sólo cometeríamos un acto reprochable, sino que imaginad qué ocurriría si después de sentenciarlos apareciera la Madre Confesora, insistiera en oír su confesión y descubriera que hemos condenado a inocentes. Nuestra incompetencia sería justamente denunciada no sólo por la Madre Confesora sino, sobre todo, por el Soberano y los Directores. —Dalton recalcó las palabras «Soberano» y «Directores» para asegurarse de que realmente comprendían los riesgos.

»Claro que mucho peor sería sentenciar a muerte a inocentes y ejecutar la sentencia antes de que la Madre Confesora pudiera revisar el caso, pues entonces no sólo podría intervenir para derrocar al Gobierno sino que castigaría con su poder a los funcionarios de más alto rango.

Después del sermón sereno pero aleccionador de Dalton, Bertrand y Hildemara se quedaron callados, con los ojos como platos.

—Por supuesto, Dalton. Tienes razón. —Los dedos del Ministro abanicaron el aire en un movimiento semejante a un pez que agitara las aletas para nadar hacia atrás—. No pretendía dar la impresión de que pensaba buscar un chivo expiatorio, por supuesto.

»Como Ministro no puedo permitir que nadie sea acusado en falso. Nunca lo toleraría. No sólo porque sería una injusticia terrible hacia los falsamente acusados, sino también porque de hacerlo permitiríamos que los verdaderos culpables escaparan y pudieran volver a matar.

—Puesto que eso ya está claro, espero que pronto puedas ofrecer los nombres de los asesinos. —Hildemara habló de nuevo en tono de amenaza—. He oído tantas alabanzas sobre tus capacidades que sospecho que simplemente estás siendo especialmente concienzudo. No dudo de que el principal asesor del Ministro se ocupará de que se haga en seguida justicia, ¿verdad, Dalton? El pueblo quiere saber que su Ministro de Cultura es competente. Es preciso que Bertrand demuestre su eficacia resolviendo este asunto.

—Dices bien, Hildemara —dijo el Ministro, sin dejar de mirar a su esposa hasta que ésta se recostó de nuevo en la silla—. Deseamos una solución justa.

—A eso se le añaden los rumores, cada vez más extendidos, de que recientemente una pobre chica haken fue violada. La gente cree que ambos crímenes están relacionados —apuntó Hildemara.

—A mí también me han llegado esos rumores. Es terrible —opinó Teresa.

Dalton debió de haber imaginado que Hildemara también averiguaría eso y querría acabar con los rumores. Si bien se había preparado asimismo ante esa eventualidad, confiaba en poder eludir el asunto.

—¿Una chica haken? ¿Cómo sabemos que dice la verdad? Quizá se ha quedado embarazada y habla de violación para justificarse y conseguir comprensión, aprovechando que los ánimos están calientes tras la muerte de Claudine Winthrop.

Bertrand sumergió brevemente una loncha de tocino en un pequeño cuenco con mostaza.

—Aún no se conoce el nombre de la joven pero, por lo que he oído, la historia es cierta. La gente trata de descubrir de quién se trata para llevarla delante del magistrado. —El Ministro miró a Dalton con una expresión hosca y muy significativa hasta asegurarse de que su ayudante comprendía que estaban hablando de la chica del carnicero—. No sólo se teme que la historia sea cierta, sino que fue violada por los mismos que atacaron a Claudine. La gente teme que esos criminales ya hayan actuado dos veces y puedan volver a hacerlo.

Bertrand ladeó la cabeza y dejó caer el tocino dentro de la boca. Stein, sentado al otro lado de Hildemara, escuchaba la conversación con creciente desprecio mientras se comía el buey crujiente. Él zanjaría el asunto rápidamente con su espada. Aunque, si realmente fuera tan simple, el mismo Dalton lo haría.

—Por ello es preciso resolver el crimen —insistió Hildemara inclinándose de nuevo hacia adelante—. La gente debe saber quién es responsable. —Después de impartir la orden se sentó muy erguida.

Bertrand apretó un hombro a Dalton con toda su fuerza.

—Te conozco, Dalton. Sé que tú no eres de los que venden la piel del oso antes de cazarlo porque eres demasiado modesto, pero sé que ya has resuelto el crimen y que pronto anunciarás los nombres de los asesinos. Y eso será antes de que algunos ciudadanos se tomen la molestia de arrastrar a una pobre chica haken delante de un magistrado. Es obvio que ya ha sufrido mucho; sería una vergüenza que sufriera más humillación.

Aunque ellos no lo sabían, Dalton ya había hablado con Fitch para lanzar la bola de nieve. No obstante, era evidente que tendría que empujarla él mismo en una nueva dirección.

Stein lanzó el pan sobre la mesa con gesto de repugnancia.

—¡Este pan está quemado!

Dalton suspiró. El tipo disfrutaba con sus estúpidos arrebatos. Era peligroso no hacerle caso, pues entonces se comportaba como un niño en busca de atención. Su reacción se debía a que hasta entonces lo habían excluido de la conversación.

—Hemos tenido algunos problemas con los hornos de la cocina —le explicó Dalton—. Si no os gusta el pan moreno, quitadle la corteza quemada.

—¡Seguro que han sido brujas! —bramó Stein—. ¿Y habláis de quitar la corteza? ¿Ésa es vuestra solución?

—Los hornos no funcionan correctamente —replicó Dalton apretando los dientes. Al mismo tiempo miró con recelo el salón para comprobar si alguien prestaba atención a Stein. Unas pocas mujeres le lanzaban miradas seductoras, pero estaban demasiado lejos para oír—. Probablemente el tiro está obturado. Mañana lo arreglaremos.

—¡Brujas! —repitió Stein—. Las brujas han lanzado sus maleficios para quemar el pan. Todo el mundo sabe que cuando hay una bruja en el vecindario, ésta no puede resistirse a lanzar conjuros para quemar el pan.

—Dalton —susurró Teresa—, Stein entiende de magia. Tal vez sabe algo que nosotros ignoramos.

—No es más que un hombre supersticioso. Eso es todo. Conociéndolo, seguramente nos está gastando una broma.

—Yo podría ayudarlos a encontrarlas. —Stein inclinó la silla hacia atrás y empezó a limpiarse las uñas con el cuchillo—. Yo sé mucho de brujas y hechiceros. Probablemente fueron brujos los que mataron a esa mujer y violaron a la otra. En vista de que sois incapaces de dar con ellos, yo lo haré. Me gustaría añadir otra cabellera a mi capa.

Dalton arrojó la servilleta sobre la mesa y se excusó con Teresa. Entonces se levantó, se acercó tranquilamente al Ministro y a su esposa, y se inclinó hasta casi tocar la oreja de Stein. El tipo apestaba.

—Tengo razones concretas para llevar este asunto tal como lo he planeado —susurró—. Si lo hacemos a mi manera, el caballo arará el campo por nosotros, tirará del carro y transportará el agua. Si solamente quisiera carne de caballo, no os necesitaría; yo mismo lo sacrificaría.

»Ya os advertí que cuidarais vuestras palabras, pero parece que no me habéis entendido. Así pues, os lo volveré a explicar de un modo que lo entendáis.

Stein sonrió mostrando unos dientes amarillos. Dalton se inclinó aún más hacia él.

—Este problema es, en parte, culpa vuestra y de vuestra incapacidad para aprovechar con elegancia lo que se os ofrece libremente. En vez de eso, decidisteis forzar a una chica que no se os ofrecía ni estaba dispuesta. Lo hecho, hecho está, pero si volvéis a hablar sin que venga a cuento para escandalizar, yo personalmente os rebanaré el pescuezo y enviaré vuestra cabeza al emperador en una cesta. Luego le pediré que nos envíe un emisario con más cerebro que un cerdo en celo.

Dalton presionó el cuchillo, que habitualmente llevaba oculto en una bota, contra la parte inferior de la barbilla de Stein. Con la palma de la mano escondía el cuchillo.

—Estáis en presencia de personas superiores a vos. Ahora, aclarad a las buenas personas sentadas a esta mesa que simplemente gastabas una broma de mal gusto. Y será mejor que seáis convincente o juro que no viviréis hasta mañana.

Stein se rió entre dientes.

—Me gustáis, Campbell. Vos y yo somos muy parecidos. Sé que podremos hacer negocios juntos; a vos y al Ministro os gustará la Orden. Pese a vuestros elegantes bailes de gala, somos iguales.

Dalton se dirigió a Bertrand y Hildemara.

—Stein tiene algo que decir. En seguida que acabe debo ocuparme de una nueva información. Me parece que ya he descubierto el nombre de los asesinos.

7

Fitch caminaba a toda prisa por el pasillo en penumbra. Rowley le había dicho que era importante. Los pies descalzos de Morley golpeaban el suelo de madera y producían un ruido que a Fitch le sonaba raro. Como nunca había llevado botas, le costó tiempo acostumbrarse a su ruido. Por el contrario ahora le sonaba raro el ruido de los pies descalzos. Además de extraño, le recordaba los tiempos en los que no era más que un friegaplatos descalzo, y no le gustaba que le recordaran esa parte de su vida.

Ser mensajero era como un sueño hecho realidad.

La música del banquete flotaba en el aire y les llegaba por las puertas abiertas. La arpista tocaba y cantaba al mismo tiempo con una voz cristalina que maravilló a Fitch.

—¿Tienes idea de qué va esto?

—No —contestó Fitch—. Pero no creo que tenga mensajes para entregar a esta hora de la noche. Además, están en pleno banquete.

—Espero que no tarde mucho.

Fitch sabía a qué se refería Morley. Estaban a punto de emborracharse. Morley había encontrado una botella de ron casi llena y esperaban el momento de poder emborracharse hasta caer desmayados. Y no sólo eso, sino que Morley conocía a una lavandera que les había dicho que le gustaría emborracharse con ellos. Morley había dicho a Fitch que dejarían que ella se emborrachara primero. Fitch jadeaba al pensar en lo que eso suponía.

Además de que le gustaba emborracharse, quería olvidar la charla con Biata.

La antesala estaba vacía y en ella reinaba un silencio hueco. Rowley no los había acompañado; estaban ellos dos solos. Dalton Campbell, que caminaba lentamente de un lado al otro con las manos enlazadas a la espalda, los vio y les indicó con un gesto que entraran.

—Ah, aquí estáis. Bien.

—¿Qué se os ofrece, maese Campbell? —preguntó Fitch.

El despacho de Campbell tenía las lámparas encendidas, lo que le daba una atmósfera de calidez. La ventana estaba abierta, y la suave brisa mecía suavemente las tenues cortinas. También los estandartes crujían ligeramente con la brisa.

Dalton Campbell suspiró.

—Tenemos un problema. Se trata del asesinato de Claudine Winthrop.

—¿Qué tipo de problema? —inquirió Fitch—. ¿Podemos hacer algo para arreglarlo?

El asesor del Ministro se pasó una mano por el mentón.

—Resulta que os vieron.

Fitch notó un escalofrío de terror que le subía por la espalda.

—¿Que nos vieron? ¿Qué queréis decir?

—Bueno, ¿recordáis que me contasteis que oísteis cómo se detenía un carruaje y todos corristeis hacia el estanque para sumergiros en él?

—Sí, señor —contestó Fitch, cogiendo aire por la boca.

Dalton Campbell volvió a suspirar. Tamborileaba con un dedo sobre el escritorio, como si buscara las palabras más adecuadas para explicarse.

—Pues bien, el conductor fue quien encontró el cuerpo. Dio media vuelta para avisar a la guardia de la ciudad.

—Eso ya nos lo dijisteis, maese Campbell —objetó Morley.

—Sí, bien. Acabo de enterarme de que se fue pero dejó allí a su ayudante. El hombre siguió vuestro rastro por el campo de trigo hasta el estanque.

—Por todos los espíritus —murmuró Fitch—. ¿Queréis decir que nos vio a todos nadando y limpiándonos la sangre?

—Sólo os vio a vosotros dos. Acaba de dar vuestros nombres. «Fitch y Morley. Trabajan en la cocina de la finca», ha dicho.

Fitch notaba que el corazón le latía con fuerza contra el pecho, como un martillo contra un yunque. Intentaba pensar, pero el pánico se iba acumulando en él más rápidamente de lo que podía desecharlo. Aunque fuese o no por una buena razón, podían condenarlo a muerte.

—Pero, si ese hombre nos vio, ¿por qué ha callado hasta ahora?

—¿Qué? Oh, supongo que ver el cuerpo lo dejó demasiado impresionado y... —Dalton agitó una mano—. Mirad, no hay tiempo para hablar sobre lo que ya ha ocurrido. Ahora ya no podemos hacer nada.

El espigado ander abrió un cajón.

—Me siento muy mal por todo esto. Sé que los dos me habéis servido bien, y también a Anderith. Pero el hecho sigue siendo que os vieron.

Sacó una pesada bolsa de piel del cajón y la dejó caer encima del escritorio.

—¿Qué nos va a pasar? —preguntó Morley. Sus ojos eran del tamaño de dos soberanos de oro. Fitch sabía cómo se sentía su amigo. Sus propias rodillas le temblaban al imaginarse cómo los ejecutarían.

Una nueva oleada de terror le brotó en la garganta, y a punto estuvo de gritar. Recordó cómo Franca le explicó que el populacho le había puesto una soga al cuello y la había levantado para encender una hoguera debajo, mientras ella se asfixiaba y agitaba los pies en el aire. La diferencia era que Fitch no tenía magia para escapar. El muchacho se llevó una mano al cuello; ya podía sentir la áspera soga.

Dalton Campbell deslizó la bolsa por encima del escritorio.

—Esto es para vosotros.

Fitch tuvo que hacer un esfuerzo de concentración para entender lo que decía Dalton Campbell.

—¿Qué es?

—En su mayor parte, plata, aunque también contiene un poco de oro. Como he dicho, me siento muy mal por todo esto. Los dos me habéis ayudado mucho y me habéis demostrado que puedo confiar en vosotros. No obstante, alguien os vio y os ha identificado como los que... Bueno, os podrían ajusticiar por matar a Claudine Winthrop.

—Pero vos les podríais explicar que...

—Yo no puedo explicar nada. Mi primera responsabilidad es para con Bertrand Chanboor y el futuro de Anderith. Además el Soberano está enfermo. Bertrand Chanboor podría ser elegido nuevo Soberano cualquier día de éstos. No puedo condenar a todo el país al caos sólo por el asunto de Claudine Winthrop. Vosotros dos sois soldados en guerra. En la guerra se pierde buena gente.

»Además, los ánimos están muy caldeados y nadie me escucharía. Una turba enfurecida os cogería y...

Fitch pensó que iba a desmayarse. Respiraba tan rápidamente que estaba a punto de perder el conocimiento.

—¿Nos estáis diciendo que nos condenarán a muerte?

La pregunta arrancó a Dalton Campbell de sus reflexiones. Levantó los ojos y miró a Fitch.

—¿Qué? ¡No! Tomad, aquí hay mucho dinero —dijo empujando de nuevo la bolsa de piel hacia ellos—. Cogedlo y marchaos. ¿Es que no lo entendéis? Tenéis que huir u os ajusticiarán antes de mañana por la noche.

—Pero ¿adónde iremos? —preguntó Morley.

Dalton Campbell agitó una mano hacia la ventana.

—Lejos, muy lejos. Tan lejos que nunca os encuentren.

—Pero si explicásemos lo que pasó y la gente supiera que simplemente hacíamos lo necesario para...

—¿Y la violación de Biata? ¿Por qué la violasteis?

—¿Qué? —Fitch contuvo la respiración—. Yo nunca... lo juro, yo nunca haría algo así. Os lo suplico, maese Campbell, yo sería incapaz de hacer algo como eso.

—Da igual de lo que seas o no capaz. Para vuestros perseguidores, vosotros lo hicisteis. No van a detenerse a hablar con vosotros. No escucharán. Creen que las mismas personas que violaron y asesinaron a Claudine Winthrop violaron a Biata. ¿Quién va a creerlos si hay un hombre que os puede identificar como los asesinos de Claudine Winthrop? Que violarais o no a Biata no importa. El hombre que os vio es ander.

—¿Nuestros perseguidores? —Morley se pasó una mano temblorosa por su pálido rostro—. ¿Queréis decir que ya nos persiguen?

Dalton Campbell asintió.

—Si os quedáis aquí, os ejecutarán por ambos crímenes. Vuestra única oportunidad es huir, y rápido.

»Por haber sido ambos tan dignos de fiar y haber sido tan útiles para la cultura de Anderith, he querido avisaros para que al menos tengáis una oportunidad de escapar. Os entrego los ahorros de toda mi vida para ayudaros en la huida.

—¿Vuestros ahorros? —Fitch negó con la cabeza—. No, señor..., maese Campbell, no podemos aceptar vuestros ahorros. Tenéis una esposa y...

—Insisto. Si es preciso, os lo ordeno. No podré dormir por la noche si no sé que, al menos, os he ayudado en lo posible. Yo siempre hago todo lo que está en mi mano para proteger a mis hombres. Esto es lo mínimo que puedo hacer por dos valientes como vosotros.

»Tomadla —dijo señalando la bolsa de piel—. Dividíos el dinero y empleadlo para huir muy lejos. Empezad una nueva vida.

—¿Una nueva vida?

—Eso es. Incluso os podríais comprar una espada.

Morley parpadeó asombrado.

—¿Una espada, decís?

—Naturalmente. En la bolsa hay lo suficiente para compraros cada uno una docena de espadas. En otro país no se os despreciará por ser hakens, como aquí. En muchos lugares seríais hombres libres y podríais compraros una espada. Iniciad una nueva vida, un nuevo trabajo, un nuevo todo. Con el dinero podéis conocer a mujeres agradables y cortejarlas como es debido.

—Pero nosotros nunca hemos salido de Fairfield —objetó Morley, casi llorando.

Dalton Campbell apoyó las manos en el escritorio y se inclinó hacia ellos.

—Si os quedáis, moriréis. Los guardias tienen vuestros nombres y sin duda ya han empezado a buscaros. Es muy probable que os estén pisando los talones. Rezo al Creador para que no os hayan visto subir aquí. Si queréis vivir, coged el dinero y corred. Buscad una nueva vida.

Fitch lanzó una rápida mirada por encima del hombro. No vio ni oyó a nadie, pero los guardias podían caer sobre ellos en cualquier momento. Aunque no sabía qué hacer, sí captó que tenía que hacer caso a Dalton Campbell y huir.

—Maese Campbell —dijo cogiendo apresuradamente la bolsa con el dinero—, sois el mejor hombre que he conocido. Ojalá pudiera trabajar para vos el resto de mi vida. Gracias por avisarnos que nos buscan y darnos la oportunidad de escapar.

Dalton Campbell le tendió una mano. Fitch nunca había estrechado la mano a un ander, pero le gustó. Se sintió un hombre. Luego Dalton Campbell estrechó la mano también a Morley.

—Os deseo buena suerte a ambos. Os aconsejo que consigáis caballos, pero no los robéis, pues os seguirían la pista. Sé que no será fácil, pero procurad actuar con normalidad o despertaréis sospechas.

»Sed prudentes con el dinero. No os lo gastéis en prostitutas o en ron, o se os acabará antes de que os deis cuenta. En ese caso, os atraparían y no viviríais lo suficiente para morir a causa de las enfermedades que transmiten las ramerías.

»Si sois sensatos y gastáis el dinero frugalmente, os ayudará a salir adelante algunos años, hasta que os establezcáis sea donde sea.

Fitch tendió de nuevo la mano a Campbell y se la estrechó.

—Gracias por vuestros consejos, maese Campbell. Los seguiremos. Compraremos caballos y nos iremos.

»No os preocupéis por nosotros. Tanto Morley como yo hemos vivido antes en la calle. Sabemos cómo escapar de anders que nos quieren mal.

Dalton Campbell sonrió.

—Sí, supongo que sí. Que el Creador os guarde.

Cuando Dalton regresó al banquete, encontró a Teresa sentada en la silla que antes ocupaba él, enfrascada en una apasionante conversación con el Ministro. La risa cantarina de Teresa sonaba más aguda que el zumbido de la fiesta, mientras que la de Bertrand resonaba en tonos más graves. Hildemara, Stein y los mercaderes sentados al otro extremo de la mesa hablaban en susurros, ajenos a todo.

Una risueña Teresa tendió la mano a Dalton y tomó la suya.

—Por fin has vuelto, querido. ¿Te podrás quedar? Por favor. Bertrand, decid a Dalton que trabaja demasiado. Tiene que comer.

—Claro que sí. Dalton, nunca he conocido a nadie que trabaje tanto como tú. Tu esposa se siente terriblemente sola sin ti. He intentado entretenerla con mis historias, pero no le interesan. Es demasiado educada para decirlo, claro, pero ella sólo desea cantarme tus alabanzas, como si yo no te conociera.

Bertrand y Teresa lo animaron a ocupar de nuevo su asiento, mientras que Teresa se desplazaba al que tenía antes. Dalton le imploró un poco más de paciencia con un gesto, apoyó una mano sobre el hombro del Ministro, la otra sobre el hombro de Hildemara y se inclinó entre ambos. Los dos inclinaron la cabeza hacia adelante.

—Acabo de recibir una información que confirma mis sospechas. Resulta que las primeras noticias del crimen eran sensacionalistas. En realidad, Claudine Winthrop fue asesinada sólo por dos hombres. —Tendió al Ministro un papel doblado y asegurado con lacre—. Aquí tenéis los nombres.

Bertrand cogió el papel, mientras que en el rostro de su esposa florecía una amplia sonrisa.

—Ahora, escuchadme con atención, os lo ruego. Casi los tenía, pero antes de poder arrestarlos robaron una importante cantidad de dinero de la cuenta de la cocina y escaparon. Ya hemos puesto en marcha una operación de búsqueda exhaustiva.

Dalton enarcó una ceja y los miró a ambos significativamente para asegurarse de que entendían que si inventaba esa historia era por una buena razón. Las expresiones de Bertrand y Hildemara le dijeron que comprendían el significado de lo que callaba.

—Mañana, cuando os plazca, anunciad los nombres escritos en este pedazo de papel. Trabajaban en la cocina. Violaron y asesinaron a Claudine Winthrop y también violaron a una chica haken que trabaja para el carnicero Inger. Ahora han robado dinero y han huido.

—Pero ¿la chica haken no tendrá algo que decir? —preguntó Bertrand, preocupado de que la chica, si la obligaban a hablar, pudiera negar que ellos fueran los culpables y lo acusara a él.

—Por desgracia, no logró reponerse de la terrible experiencia y se ha marchado. Ignoramos adónde ha ido; seguramente ha buscado refugio con familiares que viven muy lejos. Sea como sea, no volverá. La guardia de la ciudad tiene su nombre. Si algún día intenta volver, yo seré el primero en saberlo y la interrogaré personalmente.

—En ese caso, no está aquí para impedir la condena de los asesinos. —Hildemara puso de nuevo mala cara—. ¿Por qué esperar a mañana y dejarlos escapar? Es absurdo. El pueblo exige una ejecución pública. No hay nada como una buena ejecución pública para contentar a la gente.

Dalton tomó aire y se armó de paciencia.

—La gente quiere saber quién lo hizo. Bertrand se lo dirá. Eso demostrará a todos que la oficina del Ministro ha descubierto a los asesinos. El hecho de que huyeran antes de que se anunciaran sus nombres demuestra que son culpables.

»Cualquier otra cosa nos causaría problemas con la Madre Confesora —prosiguió, torciendo también él el gesto—. Y ése sería un problema que no podríamos resolver.

»Una ejecución no serviría de nada y supondría un gran riesgo. La gente se contentará con que hayamos resuelto el crimen y con saber que los asesinos ya no están entre ellos. Ir más allá supondría arriesgarlo todo, sobre todo ahora, que se aproxima la elección de un nuevo Soberano.

Hildemara comenzó a protestar, pero su marido la hizo callar con autoridad.

—Dalton tiene razón.

—Supongo que sí —concedió Hildemara.

—Mañana haré el anuncio, con Edwin Winthrop a mi lado, si es que ya está bien —declaró el Ministro—. Muy bien, Dalton. Muy pero que muy bien. Esto merece una recompensa.

Dalton sonrió al fin.

—Oh, eso también lo he previsto, Ministro.

—No lo dudo, Dalton, no lo dudo —replicó Bertrand con una risita ladina que se convirtió en carcajadas, las cuales contagiaron incluso a su esposa.

Fitch se secaba las lágrimas mientras él y Morley avanzaban por los pasillos del Ministerio. Iban tan a prisa como podían sin correr, pues, siguiendo el consejo de Dalton Campbell, procuraban actuar con normalidad. Cada vez que veían guardias cambiaban rápidamente de rumbo para que no les vieran la cara. De lejos Fitch no era más que un mensajero, y Morley un empleado más de la finca.

Si los guardias trataban de detenerlos, echarían a correr. Por suerte, el jaleo del festín enmascaraba el ruido de sus pies sobre los suelos de madera.

A Fitch se le ocurrió algo para escapar. Sin explicárselo, tiró de la manga de Morley para que lo siguiera. Con Fitch en cabeza bajaron los escalones de dos en dos hasta el sótano.

Después de girar dos veces, encontró la estancia que buscaba. Estaba desierta. Llevando una lámpara, ambos se deslizaron dentro y cerraron la puerta.

—Fitch, ¿es que te has vuelto loco al encerrarnos aquí? Ya podríamos estar a medio camino de Fairfield.

Fitch se humedeció los labios.

—¿A quién buscan, Morley?

—¡A nosotros!

—No. Quiero decir, ¿a quién creen que buscan? A un mensajero y un friegaplatos, ¿cierto?

Morley se rascó la cabeza sin quitar el ojo a la puerta.

—Pues sí.

—Bueno, éste es el almacén de la finca, donde se guardan las libreas. Antes de que una modista me hiciera un uniforme a medida, me trajeron aquí para darme uno provisional.

—Si ya tienes tu uniforme, ¿qué estamos haciendo...?

—Quítate la ropa.

—¿Por qué?

Fitch gruñó de frustración.

—Morley, están buscando a un mensajero y un friegaplatos. Si te pones uno de estos uniformes, seremos dos mensajeros.

—Oh —dijo comprendiendo al fin—. Es una buena idea.

Rápidamente Morley se despojó de sus harapos de friegaplatos. Iluminándose con la lámpara, Fitch buscó en los estantes uniformes de mensajero de Dalton Campbell y arrojó a su amigo unos pantalones marrón oscuro.

—Pruébatelos.

Morley metió los pies en las perneras y tiró hacia arriba.

—Me van bien.

A continuación Fitch escogió una camisa blanca con cuello de volantes.

—¿Y esto?

Morley trató de abrochársela, pero tenía los hombros demasiado anchos.

—Vuelve a doblarla —le dijo Fitch mientras buscaba otra.

—Bah, ¿para qué molestarse? —replicó Morley arrojando la prenda a un lado.

—Recógela y vuelve a doblarla. ¿Quieres que nos pillen? No quiero que nadie sepa que hemos estado aquí abajo. Si no saben que les hemos cogido ropa, nos será más fácil escapar.

—Oh. —Morley recogió la camisa y comenzó a doblarla con sus manazas.

Fitch le tendió otra camisa. Esa le quedaba casi perfecta, sólo un poco grande. A continuación localizó rápidamente un jubón con mangas, guateado con un dibujo de una cornucopia respunteado. Los bordes se adornaban con una banda color trigo con trenzado marrón y negro que distinguía a los mensajeros de Dalton Campbell.

Morley metió los brazos en las mangas. Le quedaba bien.

—¿Qué aspecto tengo?

Fitch levantó la lámpara y silbó por lo bajo. Morley era mucho más corpulento que él y con el uniforme de mensajero parecía casi un noble. Fitch nunca había pensado que su amigo fuese apuesto, pero vestido de ese modo era digno de ver.

—Morley, tienes mejor aspecto que Rowley.

Morley sonrió, pero fue una sonrisa efímera.

—¿De veras? Bueno, salgamos de aquí.

—Espera. Necesitas botas o te verás ridículo. Toma, ponte estos calcetines para que no te salgan ampollas.

Morley cogió al vuelo los calcetines y luego se sentó en el suelo para comparar suelas de botas con la planta de su pie hasta encontrar un par que le fuese bien. Fitch le dijo que se llevara sus harapos para que nadie supiera que habían estado allí robando un uniforme. Aunque descubrieran que faltaba uno, en ese almacén se guardaban muchas libreas y no estaban muy ordenadas.

Oyeron unos pasos de botas en el pasillo. Fitch apagó la lámpara de un soplido. Los dos muchachos hakens se quedaron petrificados en la oscuridad, demasiado asustados incluso para respirar. Las botas se acercaban. Fitch sentía deseos de correr, pero solamente podían escapar hacia el pasillo por donde se acercaban los pasos.

Distinguió el ruido de dos pares de botas. Era guardias haciendo la ronda.

Una vez más lo invadió el pánico de ser ajusticiado delante de una muchedumbre mofándose de él. El sudor le corría por la espalda.

La puerta se abrió.

Fitch pudo ver la silueta del hombre recortada contra la tenue luz del pasillo. Apoyaba una mano en el pomo de la puerta y llevaba espada.

Fitch y Morley se habían refugiado en un pasillo entre estanterías, bastante dentro. La luz que entraba por la puerta formaba un rectángulo largo que acababa casi a los pies de Fitch. El muchacho contuvo el aliento. No se atrevía a mover ni un solo músculo.

Tal vez el guardia tenía los ojos acostumbrados a la luz y no los vería, allí, de pie en la oscuridad.

El guardia cerró la puerta y se reunió con su compañero, que abría otras puertas que daban al pasillo. El sonido de sus pasos se fue perdiendo en la distancia.

—Fitch —dijo Morley en un tembloroso susurro—, necesito urgentemente hacer pis. ¿Podemos salir de aquí? Por favor.

Fitch tuvo que hacer un esfuerzo para recuperar el habla.

—Pues claro.

Avanzaron en la oscuridad total hacia donde recordaban haber visto la puerta. Fue un alivio encontrarse de nuevo en el pasillo iluminado. Los dos se dirigieron apresuradamente hacia la salida más próxima: la entrada de servicio cerca de las dependencias del cervecero. Por el camino arrojaron los viejos harapos de Morley en un cubo para trapos que encontraron cerca de la zona de carga.

Oyeron al viejo cervecero cantar una canción de borracho. Morley quería detenerse y birlar algo para beber. Fitch se lamió los labios, de pensarlo. Parecía buena idea. También él necesitaba un trago.

—No —dijo al fin en susurros—. No quiero que me maten sólo por un trago. Tenemos mucho dinero. Ya compraremos algo más tarde. No quiero quedarme aquí ni un segundo más de lo necesario.

Morley asintió de mala gana. Ambos salieron precipitadamente por la puerta de servicio a la zona de carga. Con Fitch delante, bajaron los escalones; eran los escalones que Claudine había subido la primera vez que él y Morley tuvieron una charla con ella. Si los hubiera escuchado y hubiese hecho caso del aviso...

—¿No recogemos nuestras cosas? —preguntó Morley.

Fitch se detuvo para mirarlo. La luz que se filtraba por las ventanas de la finca lo iluminaban.

—¿Tienes algo por lo que merezca la pena morir?

—Pues no. Supongo que no —contestó Morley rascándose una oreja—. Sólo tengo un palo para juego tallado muy bonito que me regaló mi padre. Aparte de eso, sólo tengo ropa, y supongo que no son más que harapos. El uniforme que llevo es mucho mejor incluso que la ropa que me pongo para ir a la asamblea.

Fitch se dio cuenta, con súbita alegría, de que no tendría que asistir nunca más a una asamblea de penitencia.

—Bueno, yo tampoco tengo nada que merezca la pena llevarme. En el arcón guardo unas pocas monedas de cobre, pero eso no es nada comparado con la fortuna que tenemos ahora. Propongo que vayamos a Fairfield y compremos caballos.

Morley hizo una mueca.

—¿Tú sabes montar a caballo?

Fitch miró alrededor para asegurarse de que no había guardias y propinó un ligero empujón a Morley para que se pusiera en marcha.

—No, pero supongo que aprenderemos rápido.

—Supones. Será mejor comprar caballos mansos.

Mientras caminaban por la carretera ambos miraron hacia atrás para ver la finca por última vez.

—Me alegro de irme —declaró Morley—. Especialmente después de lo que ha pasado hoy. Me alegro de no tener que entrar nunca más en esa cocina.

Fitch lo miró con extrañeza.

—¿De qué estás hablando?

—¿No te has enterado?

—¿Enterarme de qué? He estado fuera, en Fairfield, entregando mensajes.

Morley lo agarró por un brazo y lo obligó a detenerse. Ambos jadeaban.

—El fuego. ¿No te has enterado de lo del fuego?

—¿Fuego? —Fitch se sentía desconcertado—. ¿De qué estás hablando?

—En la cocina. Esta mañana los hornos y los fuegos se han vuelto completamente locos.

—¿Locos? ¿Cómo?

Morley levantó los brazos mientras imitaba el rugir de las llamas con saliva en la garganta. Al mismo tiempo extendió los brazos para simbolizar las llamas que se expandían hacia afuera.

—El fuego estalló. Fue horrible. Quemó el pan. Las llamas hicieron aumentar tanto la temperatura que rompieron un caldero.

—No —repuso un atónito Fitch—. ¿Hay algún herido?

Morley esbozó una sonrisa diabólica.

—Gillie tiene quemaduras muy graves. —El muchacho dio un codazo a Fitch en las costillas—. Estaba preparando una salsa cuando el fuego se volvió loco. Tiene su fea cara de ciruela pasa totalmente quemada. El pelo se le prendió y se le propagó el fuego al resto del cuerpo.

Morley se rió con la satisfacción de alguien que ha esperado durante años sentir alegría.

—Dicen que probablemente morirá. Pero, mientras viva, sufrirá un dolor atroz.

Fitch tenía sentimientos encontrados. Gillie no le inspiraba ninguna simpatía, pero...

—Morley, no deberías alegrarte de la desgracia de una ander. Eso demuestra que los hakens somos odiosos.

Morley lo miró con desdén. Siguieron adelante. Corrían y se ocultaban en los campos cada vez que oían el ruido de un carruaje. Se escondían en el trigo o el sorgo, en función del lado de la carretera que los tapara mejor. Se quedaban tumbados en el suelo y recuperaban el aliento hasta que el carruaje pasaba.

Para Fitch la experiencia de escapar corriendo de la finca era más bien una liberación que una huida aterradora. Lejos de la finca tenía menos miedo de que los atraparan, al menos de noche.

—Creo que durante el día tendríamos que escondernos —dijo a Morley—. Al menos los primeros días. Buscaremos sitios seguros en los que ocultarnos y desde los que podamos ver si alguien se acerca. Viajaremos por la noche, cuando nadie pueda vernos para que, si nos ven, no puedan reconocernos.

—¿Y si alguien nos sorprende durante el día, mientras dormimos?

—Tendremos que montar guardias, como hacen los soldados. Uno de nosotros vigilará mientras el otro duerme.

Morley parecía maravillado por el razonamiento de Fitch.

—A mí nunca se me habría ocurrido.

Al acercarse a las calles de Fairfield dejaron de correr. Allí sabían cómo desaparecer de manera tan efectiva como cuando se escondían de los carruajes en los campos.

—Podemos comprar caballos y ponernos en marcha esta misma noche —propuso Fitch.

Morley se quedó un minuto pensativo.

—¿Cómo saldremos de Anderith? Maese Campbell nos ha dicho que hay lugares en los que no importa que seamos hakens. Pero ¿cómo pasaremos entre las filas del ejército que vigila? ¿Cómo pasaremos entre el Dominie Dirtch?

Fitch dio un tirón al hombro del jubón de su amigo.

—Somos mensajeros, ¿recuerdas?

—¿Y?

—Pues que diremos que nos envían en misión oficial fuera de Anderith.

—¿Los mensajeros tienen misiones oficiales en el extranjero?

Fitch reflexionó.

—Bueno, ¿y quién dice que no? Si decimos que el asunto es urgente, no podrán retenernos hasta comprobarlo. Perderían demasiado tiempo.

—¿Y si piden ver el mensaje?

—No podemos enseñar a nadie unos mensajes secretos, ¿no crees? Diremos que es una misión secreta en un país que no podemos nombrar y que llevamos un mensaje muy importante que nadie puede ver.

Morley sonrió.

—Creo que funcionará. Confío en que lo lograremos.

—Puedes apostar por ello.

De repente Morley detuvo a su amigo.

—Fitch, ¿adónde iremos? ¿Se te ocurre alguna idea?

Esta vez fue Fitch el que sonrió.

8

Biata entrecerró los ojos, deslumbrada por el sol, y dejó la bolsa en el suelo. Entonces se retiró el pelo que el viento le impulsaba hacia los ojos. Puesto que no sabía leer, no tenía modo de saber qué decía el cartel que colgaba de la imponente puerta, pero antes de las letras había un número: el veintitrés. Biata conocía los números y supo que había llegado a su destino.

Se quedó mirando la palabra escrita después del número, tratando de grabarla en su memoria por si algún día podía leerla. Sin embargo, le parecía un galimatías sin sentido; marcas incomprensibles grabadas en una pieza de madera. Las letras le decían tan poco como los arañazos de un pollo. A ella le resultaba imposible acordarse de los arañazos de un pollo y no entendía cómo alguna gente podía recordar los signos aparentemente indescifrables que componían las palabras. Pero los recordaban.

Una vez más levantó la bolsa que contenía todas sus pertenencias. Era una carga pesada que además le iba golpeando el muslo, pero podía con ella y, cuando el brazo que la sostenía se le cansaba, la sujetaba con el otro.

De hecho, sus pertenencias eran escasas: algo de ropa, los zapatos que pertenecieron a su madre y que Biata sólo se ponía en ocasiones especiales para no desgastarlos, un peine de cuerno, jabón, algunos recuerdos que le habían dado amigos, un poco de agua, encaje que le habían regalado y útiles de costura.

Inger le había dado mucha comida. Llevaba todo tipo de embutidos elaborados con diferentes carnes, algunos gruesos como su brazo, otros largos y finos, y los demás enrollados sobre sí mismos. Era lo que más pesaba. Aunque había regalado varios a personas hambrientas con las que se había topado, y otro a un campesino y a su mujer que la llevaron en su carro durante dos días, tenía la impresión de que aún le quedaba embutido para un año más.

Además del embutido, Inger le había dado una carta. Estaba escrita en papel de vitela muy fino doblado en dos. Biata no sabía leer, pero Inger se la leyó en voz alta para que supiera qué decía.

Cada vez que Biata hacía un alto en el camino para descansar, sacaba la carta, la desplegaba cuidadosamente en el regazo y fingía leerla. Intentaba recordar las palabras exactas que le leyó Inger para tratar de adivinar a qué letras correspondían, pero no lo lograba. Para ella eran como arañazos de pollo.

En una ocasión Fitch dibujó unos signos en el suelo y le dijo que significaban «verdad». Fitch. La muchacha sacudió la cabeza.

A Inger le había costado dejarla marchar. Según él, la necesitaba. Biata había respondido que podía emplear a muchas otras personas, por ejemplo a un hombre que tuviera más fuerza que ella. No la necesitaba.

Pero Inger arguyó que ella era buena en su trabajo y que la quería casi como a una hija. Le contó que cuando sus padres empezaron a trabajar para él, Biata no era más que un bebé que gateaba. Inger tenía los ojos enrojecidos cuando le pidió que se quedara.

Biata estuvo a punto de llorar de nuevo, pero se contuvo. Le dijo que lo quería como si fuera su tío favorito y que justamente por eso debía irse. Si se quedaba, tendría problemas y él saldría mal parado. Inger afirmó que podría hacerles frente, pero Biata le replicó que si se quedaba él acabaría herido o incluso muerto, y que tenía miedo. A eso Inger no supo qué responder.

El carnicero siempre la había obligado a trabajar duro, pero era justo. Siempre se ocupaba de que tuviera suficiente comida y nunca la pegaba. Algunas veces había dado un bofetón a los chicos por replicarle, pero a las chicas, nunca. Claro que las chicas nunca le replicaban.

En una o dos ocasiones se había enfadado con ella, pero jamás la había golpeado. Si Biata cometía una estupidez que enojaba a Inger, éste le ordenaba que destripara y deshuesara pollos hasta bien entrada

la noche. Pero eso no había ocurrido muchas veces. Biata se esforzaba por hacer bien su trabajo y no causar problemas.

Si algo procuraba de verdad Biata era obedecer y no crear conflictos. Sabía que, por ser haken, era mala por naturaleza e intentaba comportarse de un modo mejor.

Muy de vez en cuando Inger le guiñaba un ojo y la felicitaba por su trabajo. Biata estaba dispuesta a casi todo por esos guiños.

Antes de irse, Inger la abrazó mucho rato y luego la hizo sentarse mientras él escribía la carta. Cuando se la leyó, a Biata le pareció descubrir lágrimas en los ojos del ander y ya no pudo contener las suyas.

Su madre y su padre le habían enseñado a no llorar delante de los demás, pues si no pensarían que era débil y estúpida. Biata sólo lloraba por la noche, cuando nadie podía oírla. Contenía el llanto hasta que llegaba la noche y entonces le daba rienda suelta en la oscuridad, sola.

Inger era un buen hombre. Biata lo iba a echar mucho de menos, incluso aunque la hiciera trabajar hasta que tuviera las manos en carne viva. A ella no le asustaba el trabajo duro.

La muchacha se limpió la nariz y se apartó para dejar paso a un carro que se aproximaba a la entrada. Parecía un sitio enorme y a la vez solitario, pues se alzaba solo en mitad de la nada, azotado por el viento, en lo alto de una única y solitaria colina. La puerta abierta en el baluarte era el único modo de entrar, a no ser que uno intentara escalar los empinados terraplenes de tierra.

Siguiendo al carro, Biata atravesó las altas puertas y penetró en el patio interior de la fortaleza. Era un hervidero de gente; como una ciudad. A Biata le sorprendió ver tantos edificios con calles y callejones entre ellos.

Un guardia apostado junto a la puerta acabó de hablar con el conductor del carro y le franqueó el paso con un gesto. A continuación se fijó en Biata y la miró rápidamente de la cabeza a los pies. Sus ojos no revelaban lo que podía estar pensando.

—Buenas tardes —dijo usando el mismo tono educado pero formal que había empleado para dirigirse al conductor del carro.

Detrás de Biata llegaban más carros, y el soldado estaba ocupado. Biata le devolvió el saludo educadamente.

El pelo oscuro del ander se veía húmedo de sudor en la nuca. Llevaba un uniforme pesado que seguramente le daba calor.

—Por allí. Segundo edificio a la derecha. —Levantó una mano y señaló—. Buena suerte —añadió con un guiño.

Biata le dio las gracias inclinando la cabeza y se apresuró a pasar entre los caballos antes de que se juntaran y tuviera que dar toda la vuelta. Estuvo a punto de pisar excrementos frescos de caballo con los pies desnudos. Riadas de personas avanzaban en todas direcciones. Caballos y carros recorrían las calles. Olía a sudor, caballos, cuero, polvo, bosta y al trigo tierno plantado alrededor de la fortaleza.

Biata no había salido de Fairfield en toda su vida. Era una experiencia aterradora y a la vez excitante.

No le costó encontrar el segundo edificio de la derecha. Dentro, una mujer ander estaba sentada detrás de un escritorio y escribía en un trozo de papel arrugado y ya usado. En un lado del escritorio tenía una buena pila de papeles, algunos muy usados y otros nuevos. Cuando levantó la vista, Biata hizo una reverencia.

—Buenas tardes, querida. —Miró a Biata de la cabeza a los pies, tal como había hecho el guardia—. ¿Vienes de muy lejos?

—De Fairfield, señora.

La mujer dejó un momento la pluma.

—¡Fairfield! Pues sí que vienes de lejos. No es de extrañar que estés cubierta de polvo.

Biata hizo un gesto de asentimiento.

—Han sido seis días de viaje, señora.

La mujer puso ceño. Tenía el aspecto de ser una persona que fruncía el entrecejo a menudo.

—¿Por qué has venido aquí si eres de Fairfield? Hay muchos otros regimientos más cercanos.

Biata lo sabía, pero no le interesaba un regimiento más cercano. Lo que ella quería era alejarse de Fairfield y de su problema. Inger le había aconsejado que se dirigiera al regimiento veintitrés.

—Trabajaba para un carnicero llamado Inger, señora. Cuando le dije qué quería, él me dijo que había estado aquí y que aquí sus miembros eran buena gente. Si he venido ha sido porque él me lo aconsejó, señora.

La ander sonrió sólo con un lado de la boca.

—No recuerdo a ningún carnicero llamado Inger, pero supongo que estuvo aquí porque no se equivocaba respecto a nuestra gente.

Biata dejó la bolsa en el suelo y sacó la carta.

—Como ya os he dicho, señora, él me aconsejó que viniera.

Inger le había recomendado que se alejara lo más posible de Fairfield, y el regimiento veintitrés estaba estacionado muy lejos. Como no se atrevía a acercarse al escritorio, se inclinó hacia adelante y extendió un brazo para entregar la valiosa carta a la mujer.

—Me escribió esta carta de presentación.

La mujer desplegó la carta y la leyó recostada en la silla. Mientras observaba cómo los ojos de la ander seguían las líneas escritas, Biata trataba de recordar las palabras de Inger, pero ya no se acordaba de las palabras exactas. No pasaría mucho tiempo antes de que solamente recordara la idea central.

—Bueno —dijo la mujer al acabar de leer—, parece que maese Inger te tiene en muy buen concepto, señorita. ¿Por qué has dejado un empleo en el que las cosas te iban tan bien?

Biata no esperaba que nadie le preguntara por qué quería unirse al ejército. En sólo un segundo decidió ser sincera, aunque no del todo.

—Siempre he soñado con hacerlo, señora. Supongo que una tiene que intentar hacer realidad sus sueños. No tiene sentido vivir la vida sin tratar de realizarlos.

—¿Y por qué sueñas con ingresar en el ejército?

—Porque deseo hacer el bien. Y porque el Mi... porque gracias al Ministro aquí las mujeres son respetadas y se consideran iguales.

—El Ministro es un gran hombre.

Biata se tragó el orgullo. El orgullo no servía de nada; era un estorbo para avanzar.

—Sí, señora, lo es. Todo el mundo respeta al Ministro. Fue él quien aprobó la ley que permite a las mujeres hakens servir en el ejército junto a hombres y mujeres anders. Esa ley también dice que todo el mundo debe mostrar respeto hacia esas mujeres hakens que sirven a nuestro país. Las mujeres hakens estamos en deuda con él. El Ministro Chanboor es un héroe para nosotras.

La mujer la miró sin emoción.

—Tuviste problemas con un hombre, ¿me equivoco? Había un hombre que no te podía quitar las manos de encima, tú te hartaste y finalmente encontraste el coraje para huir.

Biata carraspeó antes de responder.

—Sí, señora. Es cierto. Pero también es cierto que el ejército siempre ha sido mi gran sueño. Ese hombre simplemente me impulsó a decidirme antes, eso es todo. Éste es mi sueño, si es que me queréis.

La mujer sonrió.

—Muy bien. ¿Cómo te llamas?

—Biata, señora.

—Muy bien, Biata. Trataremos de seguir el ejemplo del Ministro Chanboor y hacer el bien.

—Por eso he venido, señora: para hacer el bien.

—Soy la teniente Yarrow. Llámame teniente.

—Sí, seño... teniente. Así pues, ¿me admitís?

La teniente señaló con la pluma.

—Coge ese saco de allí.

Biata cargó con el saco de arpillera. Parecía estar lleno de leña hasta la mitad. La joven hizo un giro con la muñeca y lo sostuvo contra la cadera con un brazo.

—¿Qué queréis que haga con él, teniente?

—Póntelo a la espalda.

Biata lo levantó y curvó el brazo alrededor y por delante del saco, de modo que el músculo se le marcara y la leña no descansara sobre el omoplato. Esperó sin moverse.

—Muy bien —dijo la teniente Yarrow—. Puedes dejarlo.

Biata lo dejó donde estaba antes.

—Estás admitida. Felicidades. Tu sueño acaba de hacerse realidad. Ahora perteneces al ejército de Anderith. Aunque los hakens no pueden purificarse nunca por completo, aquí se te valorará y podrás hacer buenas acciones.

Biata sintió una súbita oleada de orgullo. No pudo evitarlo.

—Gracias, teniente.

La teniente agitó la pluma y señaló con ella por encima de su hombro.

—Ve por ese callejón de atrás hasta el final, justo por debajo del terraplén, y encontrarás el muladar. Coge tu bolsa y tírala allí con el resto de la basura.

Biata se quedó muda de impresión. Dentro llevaba los zapatos de su madre. Eran zapatos caros. Sus padres habían ahorrado durante años para poder comprarlos. Y además llevaba los recuerdos de sus amigos. La joven tuvo que contener las lágrimas.

—¿También debo tirar la comida que me dio Inger, teniente?

—La comida también.

Biata sabía que si una mujer ander se lo ordenaba, tenía razón y debía obedecer.

—Sí, teniente. Si me excusáis, lo haré ahora mismo.

La mujer se quedó mirándola un momento. Cuando habló, su tono se había dulcificado un poco.

—Es por tu propio bien, Biata. Esas cosas son de tu vida anterior. No te hará ningún bien recordar esa vida. Cuanto antes la olvides, comida incluida, mejor.

—Sí, teniente, lo entiendo. —Biata se obligó a sí misma a ser audaz—. ¿Y la carta, señora? ¿Puedo conservar la carta que Inger me escribió?

La teniente Yarrow miró la carta de encima del escritorio. Finalmente la dobló en dos y se la devolvió.

—Puesto que se trata de una carta de recomendación y no de un recuerdo de tu antigua vida, te la puedes quedar. Te la has ganado por todos los años que trabajaste para él.

Biata se llevó una mano al alfiler que le cerraba el vestido al cuello. Era el alfiler con la punta en espiral, el que Fitch le había devuelto. Su padre se lo regaló cuando era niña, antes de morir de unas fiebres. Biata lo había perdido cuando el Ministro y esa bestia, Stein, se lo arrancaron y lo arrojaron fuera, al pasillo, para abrirle el vestido y verla desnuda.

—¿Y este alfiler, teniente Yarrow? ¿Lo tiro también?

Mientras observaba a su padre fabricar ese sencillo alfiler, éste le iba explicando que representaba la conexión de todo con todo, aunque ella no pudiera verlo, y que si seguía el camino que daba vueltas y más vueltas, un día llegaría al final. Su padre le dijo que no renunciara nunca a sus sueños y que, si era

buenos, los sueños irían hasta ella, aunque fuese en la otra vida, pues los buenos espíritus colmarían sus deseos. Biata sabía que era una historia para niños, pero le gustaba.

La teniente contempló el alfiler con ojos entornados.

—Sí —dijo al fin—. A partir de ahora el pueblo de Anderith te proporcionará todo lo que necesites.

—Sí, teniente. Espero con ilusión poder servir bien al pueblo para corresponder a esta oportunidad que sólo él podría darme.

Una sonrisa suavizó el rostro de la teniente.

—Eres más lista que la mayoría de los que vienen aquí, Biata. Hombres y mujeres. Entiendes las cosas rápidamente y aceptas lo que se te pide. Es una buena cualidad.

»Creo —añadió poniéndose en pie detrás del escritorio— que con entrenamiento puedes llegar a ser una buena líder, tal vez sargento. El entrenamiento es más duro que para ser sólo soldado, pero si estás a la altura, en una o dos semanas podrías mandar tu propio escuadrón.

—¿Mandar yo un escuadrón? ¿En sólo una o dos semanas?

La teniente se encogió de hombros.

—No es tan difícil, si estás en el ejército. Estoy segura de que es mucho más fácil que aprender a ser carnicera.

—¿No tendremos que aprender a luchar?

—Sí, pero aunque es importante que aprendáis los rudimentos de la lucha, en su mayor parte es una función trivial del ejército que ha quedado anticuada. En el pasado el ejército era el refugio de extremistas. Los guerreros fanáticos simplemente asfixian la sociedad que se supone deben proteger.

»Lo que se necesita realmente es inteligencia, y en eso las mujeres son iguales a los hombres —prosiguió la teniente con una sonrisa—. Gracias al Dominie Dirtch, la fuerza bruta sobra. La misma arma en sí es fuerza bruta y, por tanto, invencible.

»Las mujeres poseen la compasión necesaria para ser oficiales. Por ejemplo, te he explicado por qué es preciso que te desprendas de todas tus cosas; los hombres no se toman la molestia de explicar a sus tropas por qué algo es necesario. Mandar significa cuidar de las personas que están bajo tu mando. Las mujeres aportan un vigor sano a lo que antes no era más que una fraternidad salvaje de destrucción.

»Las mujeres que defienden Anderith reciben el reconocimiento que se merecen, el reconocimiento que se han ganado. Gracias a nosotras, el ejército ya no es una simple amenaza sino que también contribuye a la cultura.

Biata echó un vistazo a la espada que colgaba de la cadera de la teniente Yarrow.

—¿Llevaré espada y todo lo demás?

—Sí, Biata, y todo lo demás. Las espadas se usan para herir y así desalentar al enemigo. Te enseñaremos cómo. Serás un valioso miembro del Regimiento Veintitrés. Todos nos sentimos orgullosos de servir a Bertrand Chanboor, el Ministro de Cultura.

Regimiento Veintitrés era al que Inger le había aconsejado que se uniera. Eso era lo que ponía en el cartel colgado en la puerta.

El Regimiento Veintitrés era el encargado de custodiar y utilizar el Dominie Dirtch. Inger le había explicado que los soldados que custodiaban el Dominie Dirtch tenían el mejor trabajo posible en el ejército y eran los más respetados. Según él, eran la «elite».

Al pensar en Inger le parecía estar recordando otra vida. Cuando se marchaba, Inger la cogió suavemente por un brazo y la obligó a darse la vuelta. Entonces le comunicó que sospechaba que un hombre de la finca había abusado de ella y le pidió que le dijera si era verdad. Biata asintió. Entonces Inger le pidió que le dijera quién había sido.

Biata le contó la verdad.

Al acabar, Inger carraspeó y le dijo que por fin entendía por qué tenía que marcharse. Probablemente Inger era el único ander que la hubiera creído o que le hubiese importado lo que decía.

Después le deseó que todo le fuera bien.

—Otra vez —ordenó el capitán.

Biata, por ser la primera de la fila, alzó la espada, arremetió y clavó el acero en la figura humana de paja que colgaba de una cuerda. En esa ocasión le atravesó limpiamente una pierna.

—¡Perfecto, Biata! —la felicitó el capitán Tolbert. El capitán siempre los felicitaba cuando hacían algo a su gusto. Por ser haken, Biata no estaba acostumbrada a los elogios.

Casi cayó al suelo al tratar de arrancar la espada que había atravesado en la pierna del hombre de paja. Por fin lo consiguió, aunque torpemente. A veces sus compañeros no lo lograban.

Por suerte para ella, tenía muchos años de experiencia manejando cuchillos. Aunque eran más pequeños que una espada, sabía empuñarlos y clavarlos donde quería.

A pesar de que ella era haken y se suponía que ningún haken podía manejar cuchillos, pues eran armas, Biata trabajaba para un carnicero y se le permitía. Además, los carniceros eran siempre anders y controlaban muy de cerca a sus trabajadores hakens. Los carniceros sólo permitían a hakens mujeres cortar carne junto con los anders. Los varones hakens se dedicaban casi por entero a levantar cargas y transportar pesos, es decir, tareas que no requerían manejar cuchillos.

Tres de las otras chicas —Carine, Emmeline y Annette— también eran hakens y nunca habían empuñado otra arma que cuchillos para cortar pan con el borde romo. Los cuatro chicos anders —Turner, Norris, Karl y Bryce— no pertenecían a familias adineradas y tampoco habían blandido nunca una espada, aunque por ser chicos habían jugado con espadas de madera.

Biata sabía que los anders eran mejores que los hakens en todo, pero le costaba no caer en el error de ponerlos en evidencia. Lo que mejor hacían Turner, Norris, Karl y Bryce era sonreírse como imbéciles. Lo cierto era que no hacían otra cosa. La mayor parte del tiempo se la pasaban pavoneándose y fanfarroneando.

Las otras dos reclutas anders —Estelle Ruffin y Marie Fauvel— tampoco tenían ninguna experiencia con espadas. Al igual que al resto de sus compañeros, les gustaba blandir sus nuevas espadas. Las dos demostraban más habilidad que los cuatro chicos anders. Aunque, de hecho, incluso las hakens —Carine, Emmeline y Annette— eran mejores soldados que los chicos anders.

Si bien ellos tenían más fuerza, ellas tenían más puntería. El capitán Tolbert se lo dijo a la cara para que no se creyeran mejores que las chicas. Luego añadió que no importaba que blandieran las espadas con mucha fuerza si no le acertaban a nada.

Karl se hizo un corte profundo en la pierna el primer día, y tuvieron que darle puntos. Todavía renqueaba y sonreía muy orgulloso de sí mismo; era un soldado con una cicatriz.

Emmeline arremetió a todo correr contra una pierna del hombre de paja. No obstante, no acertó en la pierna, que se balanceaba, y la punta de la espada se enganchó con la cuerda colocada alrededor de la cintura del muñeco. Emmeline cayó de bruces en el suelo.

Los cuatro chicos anders rompieron a reír a carcajadas. Las chicas, tanto hakens como anders, callaron. Los chicos se burlaron de Emmeline llamándola vaca torpe y otras lindezas por el estilo.

El capitán Tolbert, furioso, cogió por el cuello de la chaqueta al que tenía más cerca: Bryce.

—¡Ya te he dicho que aunque en tu anterior vida te burlases de los demás, aquí no puedes! Uno no se ríe de sus compañeros soldados, ni siquiera si son hakens. ¡Aquí todos somos iguales!

»Has cometido una falta de respeto hacia tus compañeros, y eso merece un castigo. Quiero que todos me propongáis un castigo justo —sentenció apartando a Bryce de un empujón.

El capitán señaló a Annette y le pidió que sugiriera un castigo justo. Ella se quedó un momento pensativa y luego respondió que los chicos debían disculparse. Carine y Emmeline, las otras dos hakens, se mostraron de acuerdo. A continuación le tocó a Estelle. Retirándose de la cara su típico pelo moreno ander, dijo que deberían expulsarlos del ejército. Marie Fauvel se mostró de acuerdo con la idea, aunque

añadió que deberían ser admitidos pasado un año. Cuando preguntaron a los cuatro anders sobre cuál era un castigo justo, respondieron que prometer no volver a hacerlo más.

La última era Biata.

—Biata, esperas llegar a sargento —dijo el capitán—. Si fueses sargento, ¿qué castigo les impondrías?

Biata respondió sin dudar.

—Si todos somos iguales, todos deberíamos recibir el mismo trato. Puesto que ellos cuatro piensan que es tan divertido, creo que todo el escuadrón debería dedicarse a cavar una letrina en vez de cenar. Y si a alguno nos entra hambre mientras cavamos, bueno, se lo agradeceremos a ellos cuatro.

El capitán Tolbert sonrió con satisfacción.

—Biata acaba de proponer un castigo justo. Que así sea. Si alguien tiene algo que objetar, ya puede ir recogiendo sus cosas y volver a casa junto a su mamaíta, porque demostrará que le falta valor para ser soldado y dar la cara por sus compañeros.

Estelle, Marie —las dos anders— miraron torvamente a los cuatro chicos. Éstos agacharon la cabeza y clavaron la vista en el suelo. Aunque las chicas hakens tampoco se mostraban muy contentas, los chicos estaban más preocupados por la expresión hostil de las anders.

—Ahora acabemos con el ejercicio para que, cuando suene la campana de la cena, podáis empezar a cavar —dijo el capitán.

Nadie dijo nada. Sabían qué les esperaba si protestaban.

Biata notaba cómo el sudor le corría por el cuello. Marchaban en columna de dos en fondo por la estrecha carretera. En realidad, no era más que un camino; sólo dos roderas dejadas por los carros que transportaban las provisiones. El capitán Tolbert los guiaba. Biata iba a la cabeza de los cinco soldados por el surco de la izquierda, con Marie Fauvel a su derecha, al frente de otros cinco soldados.

Biata se sentía muy orgullosa marchando al frente de su escuadrón. Había trabajado duro durante las dos semanas de entrenamiento y había sido nombrada sargento, tal como le dijo la teniente Yarrow que podía pasar. En los hombros llevaba los galones de sargento. Marie, pese a ser ander, había sido nombrada cabo, es decir, segunda en el mando del escuadrón. Los otros ocho se habían ganado el rango de soldados.

En realidad, lo único que habían ganado había sido completar el entrenamiento sin que los echaran. Sin embargo, ninguno de los que empezó había sido expulsado.

El uniforme resultaba incómodo con el calor de la tarde, aunque Biata ya se estaba acostumbrando. Todos llevaban pantalones verdes y, encima, una túnica larga enguatada y acolchada de color habano ceñida a la cintura con un cinturón ligero. Sobre la túnica llevaban cota de malla.

Puesto que la cota de malla pesaba bastante, las mujeres vestían una cota sin mangas, mientras que los hombres cargaban con las mangas de ese material, y su cota era asimismo más larga. El uniforme incluía también capuchas de malla que les cubrían cuello y cabeza. Cuando iban de marcha se la enrollaban alrededor del cuello. Cuando tenían que llevarla puesta, se cubrían la cabeza con un yelmo de piel. Todos tenían un yelmo de piel.

Biata se congratulaba de que las mujeres no tuvieran que llevar el equipo completo. Por ser sargento, a veces cogía la cota de malla de algún soldado para revisarla y pensaba que no sería capaz de andar todo el día con tanto peso encima. Con lo que llevaba ya tenía más que suficiente. Marchar con una espada pesada al cinto había pasado de ser una novedad divertida a una mera obligación.

Todos poseían una capa larga, pero el tiempo era tan caluroso que solamente se las abrochaban en el hombro derecho y dejaban que les colgara al costado. Encima de la cota de malla se ceñían el cinto de la espada. Adicionalmente, cada uno de ellos cargaba con una mochila y, por supuesto, con dos lanzas y un cuchillo que les colgaba del mismo cinto de la espada, pero al otro lado.

Biata pensó que formaban un escuadrón de aspecto elegante. Los lanceros que había visto mientras estaba en el Regimiento Veintitrés eran los más apuestos de todos. Eran dignos de verse. Los hombres adquirirían un aspecto muy gallardo con el uniforme de lancero. Biata tenía sueños muy agradables sobre ellos. En comparación, las mujeres parecían sosas aunque llevaran el mismo uniforme.

Biata distinguió algo oscuro delante de ellos que se elevaba por encima de la pradera. Al acercarse más pensó que parecía un bloque de piedra muy antiguo. Detrás de él, a cierta distancia, se levantaban tres edificaciones achaparradas de piedra con los tejados cubiertos de guijarros, tal vez de pizarra.

La joven sintió una punzada de temor al contemplar esa cosa enorme, silenciosa y terrible: el Dominie Dirtch.

El Dominie Dirtch era la única cosa haken que los anders seguían usando. Biata recordó que los hakens habían matado a innumerables anders con esas armas. Eran unas cosas terribles. Su aspecto traicionaba su antigüedad; el tiempo, el viento y las manos que lo cuidaban habían suavizado sus bordes.

Al menos, bajo el gobierno de los anders el Dominie Dirtch era únicamente un instrumento de paz.

El capitán Tolbert ordenó que se detuvieran entre las construcciones. Biata vio a soldados en lo alto de la base de piedra del Dominie Dirtch, que tenía la forma de una colosal campana. También había soldados en las edificaciones. El escuadrón de Biata iba a relevar a los soldados que llevaban meses estacionados allí.

—Éstos son los barracones —les dijo el capitán—. Uno para las mujeres y el otro para los hombres. Procura que no se mezclen, sargento Biata. Las otras edificaciones son para la cocina, para comer, reunirse, efectuar reparaciones, etcétera. Y ese de ahí —añadió señalando el edificio más alejado— es el almacén.

Les ordenó que lo siguieran. Los soldados marcharon detrás de él, pasando junto al Dominie Dirtch, en dos columnas impecables. Éste se alzaba por encima de ellos como una oscura amenaza. Las tres mujeres y el hombre apostados en la base que rodeaba la parte con forma de campana los observaban.

A cierta distancia por delante del Dominie Dirtch el capitán se detuvo y les dio permiso para que descansaran y se desplegaran. El escuadrón formó una fila suelta hombro contra hombro.

—Ésta es la frontera; el límite de Anderith. —El capitán señaló hacia la pradera en apariencia infinita—. Y eso de ahí es la Tierra Salvaje. A partir de aquí se extienden los territorios de otros pueblos. Nuestra misión es impedirles que nos invadan y nos arrebaten nuestra tierra.

Biata se hinchó de orgullo. Ella era una de las encargadas de proteger la frontera de Anderith. Estaba haciendo una buena cosa.

—Durante los siguientes dos días yo y el escuadrón estacionado aquí os enseñaremos todo lo que debéis saber sobre el Dominie Dirtch y sobre cómo proteger la frontera.

El capitán recorrió la fila, se paró frente a Biata y la miró a los ojos. Le sonreía orgulloso.

—Luego os quedaréis al mando de la competente sargento Biata. Seguiréis sus órdenes al pie de la letra y, si ella está ausente, las órdenes del cabo Marie Fauvel. Cuando el escuadrón regrese al Regimiento Veintitrés haré un informe y castigaré duramente a cualquier soldado que haya desobedecido las órdenes de su sargento.

»Recordadlo —les advirtió fulminándolos a todos con la mirada—. Y recordad también que la sargento debe cumplir con la responsabilidad que se espera de su rango. Si fracasa, debéis informar de ello cuando seáis relevados.

»Los carros con provisiones vendrán cada dos semanas. Mantened las provisiones ordenadas y recordad cuánto deben duraros.

»Vuestro deber principal es vigilar el Dominie Dirtch. Vosotros sois la defensa de nuestro amado país. Desde lo alto del puesto de vigilancia del Dominie Dirtch podréis ver las dos campanas más próximas a ambos lados. El Dominie Dirtch se extiende a lo largo de todo el límite para guardar la frontera. Los escuadrones en servicio no se relevan todos al mismo tiempo, de modo que tendréis soldados experimentados a ambos lados.

»Sargento Biata, una vez que el escuadrón esté entrenado y nos marchemos, tú te encargarás de supervisar que los soldados custodien el Dominie Dirtch y de reunirte con los escuadrones de ambos lados para coordinaros en todos los asuntos de defensa.

—A vuestras órdenes —repuso Biata llevándose una mano a la frente a modo de saludo.

—Estoy orgulloso de todos vosotros —les dijo el capitán con una sonrisa—. Sois buenos soldados anderianos, y sé que cumpliréis con vuestro deber.

Detrás de Biata se alzaba la terrible arma haken de destrucción. El capitán se la había confiado para que hiciera el bien. La joven notó que se le formaba un nudo en la garganta. Por primera vez en su vida hacía el bien. Vivía su sueño, y era bueno.

9

El corpulento soldado le propinó un puntapié en el trasero. La mujer trató de evitar la bota pero no fue suficientemente rápida. Apretó con fuerza los labios por el dolor.

Si al menos conservara el don, le daría su merecido. Pensó en usar el bastón, pero por mucho que la situación lo pidiera no era el mejor momento para hacer justicia.

Haciendo sonar tres monedas de cobre en la taza de hojalata Annalina Aldurren, antigua Prelada de las Hermanas de la Luz y la mujer más poderosa del Viejo Mundo durante más de setecientos cincuenta años, se dirigió al grupo de soldados reunidos en torno a la siguiente fogata para mendigar.

Como la mayor parte de los soldados de ese campamento, en un primer momento se mostraron interesados en ella pensando que era una prostituta, pero su ardiente deseo de compañía femenina se apagó en el instante en que la luz del fuego la iluminó, y ella les saludó con una sonrisa desdentada que no era más que una ilusión creada con la ayuda de un poco de hollín grasiento.

Junto con los harapos que cubrían su vestido, el astroso pañuelo atado a la cabeza remojado en estiércol —por si acaso algún soldado pensaba que podía prescindir de la sonrisa desdentada— y el bastón para caminar, ofrecía una imagen muy convincente. Lo peor era tener que andar apoyándose en el bastón; de tanto fingir que tenía mal la espalda se la iba a estropear de verdad.

En dos ocasiones los soldados pensaron que, en vista de la escasez de mujeres en el campamento, harían caso omiso de sus defectos. Pese a que eran bastante apuestos para quien le gustaran los hombres más bien brutos, Ann declinó educadamente sus proposiciones. No le había resultado nada fácil, pues ellos se mostraban insistentes. Afortunadamente, en la ajetreada vida del campamento nadie prestaba atención a los casos de muerte súbita por un tajo en el cuello. Entre soldados como los de la Orden Imperial, nadie se extrañaría.

A Ann le repugnaba quitar la vida, pero teniendo en cuenta cuál era la misión de esos soldados y lo que pensaban hacerle antes de matarla, superó esa repugnancia.

Al igual que ocurrió con los soldados agrupados en torno a la siguiente fogata comiendo y explicándose historias, a nadie le llamaba la atención verla merodear por el campamento. Muchos le echaban un vistazo, pero rápidamente volvían a centrarse en su estofado y el pan basto de campamento que regaban con cerveza e historias picantes. Una mendiga no obtenía de ellos más que un gruñido de advertencia para que continuara su camino.

Era un ejército tan numeroso que se había desarrollado una verdadera cultura de seguidores del campamento. Los comerciantes viajaban en sus propios carros o los compartían con colegas. Seguían la estela del ejército ofreciendo un amplio abanico de servicios que la Orden Imperial no proporcionaba. Ann había visto incluso a un artista muy ocupado dibujando retratos de oficiales que se mostraban muy ufanos en esa campaña histórica. Como cualquier artista que busca un empleo fijo y conserva el uso de todos los dedos, utilizaba su talento para más gloria de sus clientes; los dibujaba en poses triunfales, con mirada sabia y sonrisas encantadoras o con miradas enfurecidas de gran conquistador, según las preferencias del cliente.

Los mercachifles vendían todo tipo de mercancías, desde carne y verdura a frutos exóticos del Viejo Mundo. A Ann se le hacía la boca agua cuando veía esos succulentos recordatorios del hogar. La venta de amuletos de la buena suerte iba viento en popa. Si a un soldado no le gustaba la comida de la Orden Imperial y tenía dinero, siempre había gente dispuesta a prepararle casi todo lo que deseara. Como una nube de mosquitos, los jugadores, los buhoneros, las rameras y los mendigos zumbaban alrededor de ese ejército colosal.

Disfrazada de mendiga, Ann recorría fácilmente el campamento de la Orden y lo inspeccionaba a capricho. Tan sólo le costaba algún que otro puntapié en el trasero. No obstante, inspeccionar un campamento de esas dimensiones no era empresa fácil, ni mucho menos. Después de casi una semana se sentía exhausta y cada vez más impaciente.

A lo largo de esas semanas podría haber vivido razonablemente bien con lo que obtenía con el disfraz de mendiga, siempre y cuando no le importara comer carne medio putrefacta e infestada de gusanos y verdura pasada. Ann aceptaba esos regalos gentilmente y los tiraba cuando no la veían. Los soldados se divertían cruelmente a su costa dándole la basura que pensaban tirar. No obstante, algunos mendigos del campamento la habrían salpimentado bien para luego comérsela.

Cada día, cuando era ya demasiado tarde para seguir buscando, regresaba junto a los civiles que seguían al ejército y se gastaba parte de su dinero en comprar alimentos humildes pero más sanos. Todos pensaban que ganaba esas pocas monedas mendigando aunque, a decir verdad, a Ann no se le daba demasiado bien el negocio de la mendicidad, porque se trataba de un negocio. Unos pocos mendigos, cuando la veían actuar, le daban consejos sobre cómo mejorar su técnica.

Aunque eso la distraía de su objetivo, Ann lo toleraba por temor a ser descubierta. Algunos mendigos se ganaban bien la vida. Tenían que ser muy hábiles para sacar alguna moneda a soldados como éstos.

Ann era consciente de que, a veces, el cruel destino empujaba a la mendicidad a algunas personas en contra de sus deseos. Pero tras centenares de años intentando ayudarlos, también sabía que la mayor parte de los mendigos se aferraba tenazmente a ese tipo de vida.

La Prelada no se fiaba de nadie en el campamento, y mucho menos de los mendigos. Eran más peligrosos que los soldados. Los soldados eran lo que eran y no fingían; si querían que se marchara, se lo ordenaban o le daban un puntapié. Otros se limitaban a mostrarle el arma en gesto de advertencia. Si pretendían matar o hacer daño, lo manifestaban bien a las claras.

Por el contrario los mendigos vivían en la mentira. Mentían desde que abrían los ojos por la mañana hasta que mentían al Creador en sus oraciones antes de acostarse.

De entre todas las criaturas miserables del Creador Ann detestaba sobre todo a los mentirosos, así como a aquellos que ponían repetidamente su confianza y su seguridad en manos de los mentirosos. Los mentirosos eran los chacales de la creación. Si engañar por una buena causa era lamentable aunque necesario en ocasiones, mentir por razones egoístas era la tierra de cultivo de la inmoralidad, de la cual surgían los brotes del mal.

Quien confiaba en personas que demostraban propensión hacia la mentira era un estúpido, y para los mentirosos los estúpidos no eran más que el polvo en sus botas; es decir, personas a las que pisotear.

Ann sabía que los mentirosos eran tan hijos del Creador como ella misma y que su deber era tratarlos con paciencia y perdonarlos, pero no podía. Simplemente no soportaba a los mentirosos, y ya se había resignado a que en la otra vida tendría su castigo por ello.

Mendigar era una actividad que requería tanto tiempo que, para cubrir el mayor terreno posible, procuraba dedicarse a ella lo mínimo. Cada noche el campamento se montaba de nuevo, por lo que no servía de nada remitirse a búsquedas de días previos. Así pues, estaba decidida a obtener el máximo partido de cada incursión. Afortunadamente, puesto que el ejército era tan extenso, los soldados procuraban mantener un orden más o menos similar y formaban una hilera de carromatos que se detenía cada noche junto al camino para pernoctar.

Por las mañanas, la retaguardia no comenzaba a ponerse en marcha hasta una hora después de que la cabecera partiera. Y por la noche, los que avanzaban en cabeza ya estaban preparando la cena cuando la retaguardia se detenía. Aunque avanzaban lentamente, su avance era inexorable.

Además de su objetivo, Ann se sentía muy inquieta por la dirección en la que viajaban. La Orden había agrupado sus fuerzas durante bastante tiempo en torno a puerto Grafan, en el Viejo Mundo. Cuando finalmente se pusieron en camino ascendieron en masa desde la costa y penetraron en el Nuevo Mundo,

pero luego habían tomado dirección oeste siguiendo la costa, donde Ann se topó con ellos inesperadamente.

Aunque ella no era ninguna estrategia militar, en seguida le pareció muy extraño. Ella había supuesto que la Orden se internaría hacia el norte del Nuevo Mundo. Jagang debía de tener una buena razón para conducir su ejército en una dirección aparentemente absurda; Jagang no hacía nada al buen tuntún. El emperador era despiadado, seguro de sí mismo, audaz y nunca se precipitaba.

Jagang era todo un maestro en el exquisito arte de la paciencia.

Los habitantes del Viejo Mundo nunca habían conformado una sociedad homogénea. Ann los había observado durante más de nueve siglos y consideraba que era muy caritativa si los calificaba de diversos, rebeldes e intratables. Las diferentes regiones del Viejo Mundo nunca se habían puesto de acuerdo en nada de nada.

Durante los casi veinte años que había tenido en su punto de mira a Jagang, éste había transformado metódicamente lo que parecía una población ingobernable en una sociedad cohesionada. Que además fuese una sociedad brutal, corrupta e injusta era harina de otro costal; Jagang había unido el Viejo Mundo y, al hacerlo, había forjado una fuerza de un poder sin precedentes.

Gran parte de los soldados y oficiales de la Orden Imperial eran bebés o niños de corta edad cuando la Orden accedió al poder. Si bien sus padres habían sido independientes y leales únicamente a su terruño, ellos eran distintos. Ellos habían crecido bajo la autoridad de Jagang y, como siempre ocurre con los niños, creyeron lo que les enseñaban sus superiores y adoptaron los valores y los principios morales que les inculcaron.

No obstante, las Hermanas de la Luz servían a un propósito más alto que los asuntos de gobierno. Ann había visto gobiernos, reyes y tiranos llegar a lo más alto y caer. Ellos pasaban, pero el Palacio de los Profetas y las Hermanas que vivían en él, dentro del antiguo hechizo que retardaba el envejecimiento de manera espectacular, permanecían. Si bien la Prelada y las Hermanas trabajaban para sacar a la luz lo mejor de la naturaleza humana, se dedicaban al don, no a gobernar.

No obstante, Ann vigilaba a los gobernantes para impedir que interfiriesen con el don del Creador. Recientemente Jagang se había comprometido a eliminar la magia y, por tanto, había rebasado sus límites. Desde entonces su reinado era de importancia capital para Ann. Y en esos momentos Jagang se adentraba en el Nuevo Mundo para proseguir con sus esfuerzos de eliminar la magia.

La experiencia le decía que cada vez que Jagang se anexionaba un nuevo país o un nuevo reino, se instalaba en él e inmediatamente comenzaba a infiltrarse en el siguiente y luego en el de más allá. Jagang siempre encontraba a personas dispuestas a escucharlo y, prometiendo una buena tajada en los chanchullos, los convencía para que debilitaran sus defensas, enmascarándose en la virtud y en la paz.

Algunos países poseían una disciplina y unas defensas ya tan desmoronadas desde el interior, que en vez de desafiar a Jagang le ofrecían el país en bandeja de plata. Los cimientos de naciones que antes habían sido fuertes estaban tan corroídos por las termitas de la falta de rumbo, tan deteriorados por la decadencia de la moderación petulante y tan consumidos por los objetivos fluctuantes de los apaciguadores que, incluso si veían al enemigo acercarse y le plantaban cara, caían fácilmente cuando la Orden Imperial finalmente atacaba.

Debido al inesperado rumbo oeste que tomaba el ejército de Jagang, Ann comenzó a preocuparse de que hubiese sucedido lo inimaginable: que Jagang hubiese enviado emisarios a bordo de naves de manera encubierta alrededor de la gran barrera años antes de que Richard destruyera las Torres de Perdición. Desde luego habrían sido misiones increíblemente arriesgadas. Ann lo sabía, pues ella misma lo había hecho.

Entraba dentro de lo posible que Jagang tuviera en su poder libros de profecías, o magos profetas, que le indicaran que esa barrera caería. Después de todo, Nathan se lo anunció a ella.

Si ése era el caso, Jagang no había emprendido esa operación solamente para explorar, explotar y conquistar. Después de tantos años de haberlo observado y haber visto cómo dominaba todo el Viejo Mundo, Ann sabía que Jagang casi nunca tomaba un camino que antes no hubiera ensanchado y allanado.

La Prelada se detuvo en la oscuridad entre varios grupos de soldados. Con ojos entrecerrados miró alrededor. Por increíble que pareciera, ni siquiera había visto aún las tiendas de Jagang. Ann quería encontrarlas con la esperanza de que le dieran una pista para localizar a las Hermanas de la Luz; seguramente Jagang las tendría cerca.

Suspiró con exasperación al no ver nada más que hogueras y tropas. En medio de la oscuridad y la confusión que reinaban en el campamento de la Orden, sabía que, por cerca que estuviera de las tiendas de Jagang, las podría pasar por alto.

Lo peor era no poder ayudarse con el don. Con sus poderes podría haber oído fácilmente conversaciones lejanas, lanzar encantamientos simples y conjurar pequeñas ayudas. Sin el don la búsqueda era una experiencia frustrante e infructuosa.

No podía creer que estuviera tan cerca de las Hermanas de la Luz y no lograra dar con ellas. Con el don podría haber sentido su presencia cuando las tuviera cerca.

No obstante, si lamentaba haber perdido la magia no era por su utilidad. Ser incapaz de usar el don era como si el Creador le negara su amor. Había vivido una vida muy gratificante consagrada por entero a hacer la obra del Creador, lo cual iba asociado con la gloria de acceder a su magia interior, a su han: la fuerza vital. Naturalmente había experimentado frustraciones, temores y fracasos, pero todos los sufrimientos quedaban compensados con la experiencia de abrirse a su han.

Durante más de nueve siglos el han había sido su compañero fiel en la vida. Más de una vez había estado a punto de llorar por no poder acceder a él.

Siempre y cuando no pensara en ello, no se sentía distinta por dentro. Pero cuando intentaba acceder a esa luz interior y no podía, sentía como si su mente se estuviera asfixiando lentamente.

Mientras no tratara de utilizar el don, le parecía que aún estaba allí, esperando, como un amigo que ofrece consuelo y uno ve por el rabillo del ojo. Pero cuando intentaba acceder a él, cuando concentraba todo su pensamiento en ello, se sentía como si el suelo se abriera a sus pies y ella cayera en un abismo negro y aterrador.

Sin el don y sin la protección del hechizo que rodeaba el Palacio de los Profetas, Ann no era distinta a los demás. De hecho, era poco más que una mendiga. Se había convertido en una anciana que envejecía como todo el mundo, y con la misma falta de fuerza que cualquier otra anciana. Sus únicas ventajas eran la perspicacia, el conocimiento y, ojalá, la sabiduría de sus más de novecientos años.

Hasta que Zedd no lograra desterrar a los repiques, estaría desvalida. Hasta entonces, si es que lo lograba.

Ann eligió una ruta equivocada entre carros colocados muy próximos entre sí y se topó de cara con alguien que iba en dirección contraria a la suya. Ann se disculpó y comenzó a retroceder para dejarle paso. Los mendigos se mostraban obsequiosos, aunque no fuese una actitud sincera.

—¿Prelada?

Ann se quedó inmóvil.

—¿Prelada, sois vos?

Ann levantó la mirada y vio la cara asustada de la hermana Georgia Cifaro. Hacía más de cinco siglos que se conocían. Georgia movía los labios, pero se había quedado sin habla.

La Prelada dio palmaditas sobre la mano que sostenía un balde lleno de gachas humeantes. La hermana Georgia se estremeció.

—Hermana Georgia, gracias al Creador que he encontrado por fin a una de vosotras.

La hermana extendió una mano con cautela y tocó la faz de Ann, como para comprobar que fuese real.

—Estáis muerta. Yo asistí a vuestro funeral. Os vi... a vos y a Nathan... Vuestros cuerpos fueron enviados a la Luz en la pila funeraria. Lo vi. Rezamos toda la noche mientras mirábamos cómo vuestros cuerpos se consumían.

—¿De veras? Qué amable de tu parte. Siempre has sido muy considerada, hermana Georgia. Es propio de ti quedarte en vela toda la noche, en la oscuridad, rezando por mí. Te lo agradezco mucho.

»No obstante, no era yo.

La hermana Georgia se estremeció de nuevo.

—Pero, pero, Verna fue nombrada Prelada.

—Sí, lo sé. Yo misma escribí las órdenes, ¿recuerdas? —Georgia hizo un gesto afirmativo—. Tenía una razón. De todos modos estoy vivita y coleando, como ya ves.

Por fin la hermana dejó el balde en el suelo y arrojó los brazos alrededor de Ann.

—¡Oh, Prelada! ¡Oh, Prelada!

Fue todo lo que la hermana Georgia pudo decir antes de romper a llorar como una niña. Ann logró calmarla en seguida con unas pocas palabras bruscas. No podían arriesgarse a que las vieran. Sus vidas estaban en juego; Ann no iba a permitirse perderlas sólo porque una mujer no pudiera contener el llanto.

—Prelada, ¿qué os ocurre? ¡Oléis a estiércol y tenéis el pelo hecho un desastre!

Ann se rió entre dientes.

—Si exhibiera mi belleza ante todos estos hombres, tendría más ofertas de matrimonio de las que podría rechazar.

La hermana Georgia se rió, pero las risas se convirtieron rápidamente en lágrimas.

—Lo sé, hermana Georgia. Lo sé —la consoló Ann. Levantando la barbilla de la mujer, añadió—: Eres una Hermana de la Luz. Vamos, ponte bien derecha. No importa lo que le hagan a este cuerpo, sino lo que le ocurra a nuestra alma inmortal. Estas bestias pueden hacer con tu cuerpo lo que les plazca, pero no pueden mancillar tu alma pura. Ahora actúa como lo que eres: una Hermana de la Luz.

Georgia sonrió entre las lágrimas.

—Gracias, Prelada. Necesitaba oír una de vuestras reprimendas para recordar mi vocación. A veces es demasiado fácil olvidar.

Ann fue directamente al grano.

—¿Dónde están las otras?

La hermana Georgia señaló a la derecha de Ann.

—Por ahí.

—¿Estáis todas juntas?

—No, Prelada. Algunas de las Hermanas sirven al Innombrable. —La hermana Georgia se mordió el labio inferior y se retorció las manos—. En nuestra orden hay Hermanas de las Tinieblas.

—Sí, lo sé.

—¿Lo sabéis? Bueno, Jagang las tiene en otro lugar. Las Hermanas de la Luz están todas juntas, pero no sé dónde están las Hermanas de las Tinieblas, ni me importa.

—Gracias al Creador —dijo Ann con un suspiro—. Ésa era mi esperanza: que no hubiera ninguna de ellas entre las Hermanas de la Luz.

La hermana Georgia miró por encima de los hombros de la Prelada.

—Prelada, debéis iros pues si no os matarán u os harán prisionera. —Con estas palabras empezó a empujarla para que se diera la vuelta y se marchara.

Ann la cogió por una manga para que la escuchara.

—He venido a rescatar a las Hermanas. Ha ocurrido algo que nos da una oportunidad única de escapar.

—Es imposible...

—Silencio —susurró Ann bruscamente—. Escúchame bien: los repiques están libres.

La hermana Georgia ahogó un grito.

—No es posible.

—¿De veras? Pues te digo que lo es. Si no me crees, ¿por qué crees que tu poder ha desaparecido?

La hermana Georgia se quedó callada. Ann escuchó las estentóreas carcajadas de unos soldados que jugaban no lejos de donde estaban ellas. Georgia no dejaba de escrutar la zona más allá de los carros, por miedo a que alguien las descubriera.

—¿Y bien? —insistió Ann—. ¿Cómo te explicabas que hubieses perdido tu poder?

La Hermana se humedeció rápidamente los labios.

—No se nos permite abrimos a nuestro han. Jagang solamente nos deja hacerlo cuando quiere algo. Si no, nos lo tiene prohibido. Jagang está en nuestra mente; es un Caminante de los Sueños, Prelada. Él sabe si utilizamos el han sin su permiso, y eso es algo que una no osa hacer dos veces.

»Jagang nos controla. Si le contrariamos en lo que sea, nos lo hace pagar muy caro. —Georgia volvía a deshacerse en lágrimas—. Oh, Prelada...

Ann apoyó la cabeza de la Hermana en su hombro.

—Vamos, vamos. Chsss. Ya ha pasado todo, Georgia. Chsss. He venido para sacaros a todas de esta locura.

La hermana Georgia se apartó.

—¿Sacarnos de aquí? Es imposible. El Caminante de los Sueños está en nuestra mente. Es posible que nos esté observando ahora mismo. Puede hacer eso, ¿sabéis?

Ann negó con la cabeza.

—No, no puede. Los repiques, ¿recuerdas? Tu magia ha desaparecido, y la suya también. Ya no está en tu mente. Te has librado de él.

La Hermana quiso objetar algo, pero Ann la agarró por un brazo y echó a andar.

—Llévame junto a las otras Hermanas. No me discutas. Debemos aprovechar la oportunidad e irnos de aquí.

—Pero Prelada, no podemos...

Ann asió el aro que atravesaba el labio de Georgia.

—¿Quieres seguir siendo la esclava de esa bestia? ¿Quieres que tanto él como sus hombres continúen abusando de ti? ¿Lo quieres? —preguntó dando un ligero tirón al aro.

—No, Prelada —respondió la Hermana con lágrimas en los ojos.

—En ese caso, condúceme a la tienda que compartes con las demás Hermanas de la Luz. Os alejaré de Jagang esta misma noche.

—Pero, Prelada...

—¡Muévete antes de que nos pillen!

La hermana Georgia recogió el balde con las gachas y echó a andar apresuradamente. Ann la seguía pegada a sus talones. Cada pocos pasos Georgia lanzaba miradas fugaces por encima del hombro. La Hermana avanzaba a un buen paso, dando rodeos para eludir las fogatas y los grupos de soldados.

No obstante, de vez en cuando los hombres se fijaban en ella e intentaban atraparla agarrándole las faldas. Luego reían cuando Georgia chillaba y huía.

Un soldado la cogió por la muñeca. Ann se interpuso entre ellos y sonrió al hombre. Éste se quedó tan sorprendido que soltó a la Hermana. Las dos mujeres escaparon a toda prisa.

—Vais a conseguir que nos maten —susurró la hermana Georgia mientras avanzaba apresuradamente entre los carros.

—Bueno, me pareció que no te apetecería lo que ese tipo pensaba hacerte.

—Si un soldado insiste, no podemos negarnos. Si lo hacemos... Jagang nos da una lección que...

Ann la empujó hacia adelante.

—Lo sé. Pero voy a sacaros de aquí. De prisa. Debemos llegar junto a las Hermanas y escapar mientras podamos. Por la mañana ya estaremos muy lejos, y Jagang no sabrá dónde buscarnos.

Georgia abrió la boca para protestar, pero Ann volvió a empujarla para que continuara.

—Pongo al Creador por testigo que en los últimos diez minutos te he visto titubear más que en tus primeros quinientos años de vida, hermana Georgia. Ahora llévame junto a las Hermanas o desearás estar entre las garras de Jagang sólo para librarte de mí.

10

Cuando la hermana Georgia levantó la solapa de la tienda, Ann miró rápidamente alrededor. Después de asegurarse de que nadie prestaba atención, se agachó para entrar.

Dentro de la tienda en penumbra se apiñaban un montón de mujeres, algunas tumbadas, otras sentadas en el suelo rodeándose las rodillas y otras abrazadas las unas a las otras como niñas asustadas. La mayoría de ellas ni siquiera se molestó en mirar. Ann no recordaba haber visto a mujeres más parecidas a gallinas asustadas.

Rápidamente se corrigió a sí misma; esas mujeres habían sido víctimas de abusos atroces.

—Fuera de aquí, mendiga —dijo la hermana Rochelle, sentada cerca de la abertura de la tienda, sin mirar a Ann a los ojos.

—Muy bien, hija mía. Te felicito por evitar que los mendigos entren en vuestro humilde hogar, hermana Rochelle.

La mitad de las mujeres alzaron la vista al oír la voz de Ann y la miraron con ojos abiertos como platos. Luego llamaron la atención a las que no miraban empujándolas, dándoles un manotazo en el brazo o tirándoles de una manga.

Ann apenas daba crédito a cómo iban vestidas algunas; aunque los vestidos las cubrían del cuello a los pies, la tela era transparente por lo que era como si fuesen desnudas. Otras Hermanas conservaban su ropa, aunque en muy mal estado. Y otras llevaban directamente harapos.

Ann las saludó con una sonrisa.

—Fionola, tienes buen aspecto teniendo en cuenta por lo que has pasado. Hermana Kerena. Hermana Aubrey. Hermana Cherna, parece que empiezas a encanecer. Nos ocurre a todas, pero tú lo llevas muy bien.

Las Hermanas la miraban incrédulamente.

—Es ella de verdad —dijo la hermana Georgia—. Está viva. No murió como pensábamos. La prelada Annalina Aldurren está viva.

—Bueno —objetó Ann—, ahora la Prelada es Verna, pero...

Las Hermanas se arremolinaron a sus pies. Eran como ovejas que al ver a un lobo bajar la colina están a punto de salir disparadas.

Las Hermanas de la Luz eran mujeres fuertes, mujeres con entereza, mujeres con firme inteligencia. Ann no se atrevía a imaginarse lo que habrían sufrido antes de quedar reducidas a un estado tan lamentable. Acarició tiernamente la cabeza de una de las Hermanas.

—Hermana Lucy, verte es como un bálsamo para mis ojos cansados. —Sonrió con sincera alegría—. Todas estáis aquí. Mis muy queridas Hermanas, qué alegría veros. —También a ella se le escapó una lágrima—. Doy gracias al Creador por haberme conducido hasta vosotras.

Todas las Hermanas cayeron de hinojos, inclinaron la cabeza y, sin dejar de llorar incrédulamente, susurraron sus plegarias al Creador pidiendo que protegiera a la Prelada.

—Vamos, vamos. No lloréis, no lloréis —dijo secando con sus propios dedos las lágrimas que derramaba la hermana Lucy—. Tenemos asuntos importantes y no podemos perder tiempo con llantinas. No digo que no tengáis derecho a llorar, pero más tarde podréis hacerlo con tranquilidad. Ahora no.

Las Hermanas le besaron el dobladillo del vestido. Todas se le acercaban de rodillas para hacerlo. Eran como caminantes perdidos que encuentran de nuevo el camino. A Ann casi se le rompió el corazón.

Exhibió su mejor sonrisa de Prelada y se mostró condescendiente. Les fue imponiendo las manos en la cabeza una a una; las bendecía llamándolas por el nombre y daba las gracias al Creador en voz alta por permitir que siguieran vivas y haber guardado sus almas. Era una audiencia formal con la Prelada de las Hermanas de la Luz organizada de manera informal.

No era el momento adecuado para recordarles que ella ya no era la Prelada, pues había confiado el cargo a Verna. En ese momento de dicha, era un detalle sin importancia.

Ann permitió que la reunión se prolongara unos pocos minutos antes de ponerle fin.

—Ahora escuchadme todas. Silencio. Después nos sobrará tiempo para compartir la alegría del reencuentro. Ahora debo deciros por qué he venido.

»Ha ocurrido algo terrible. Como sabéis mejor que nadie, es preciso que todo esté en equilibrio. Ese terrible suceso es el que, gracias al equilibrio del Creador, os permitirá escapar.

—La Prelada afirma que los repiques están libres —se le adelantó la hermana Georgia. El sobresalto fue general—. Ella lo cree.

Era evidente que la hermana Georgia no lo creía, sino que pensaba que era imposible y que había que ser muy necia para dar crédito a algo como eso.

—Ahora escuchadme bien todas. —Ann frunció el entrecejo y adoptó una expresión que todas las Hermanas conocían lo suficiente para empezar a sudar—. ¿Recordáis a Richard? —Las mujeres asintieron—. Bueno, es una historia muy larga, pero Jagang desató una plaga que mató a miles de personas. Fue una muerte horrible para innumerables seres, entre ellos muchos niños, que murieron o se quedaron huérfanos.

»La hermana Amelia...

—¡Sirve al Custodio! —exclamaron entrecortadamente varias Hermanas del fondo.

—Lo sé —dijo Ann—. Ella fue al inframundo a buscar la plaga para entregársela a Jagang. Amelia asesinó a miles de inocentes que... En resumen, Richard usó su poder para poner fin a la plaga.

Las Hermanas intercambiaron miradas de asombro acompañadas por murmullos. Ann se dijo que les estaba contando demasiadas novedades a la vez, pero era preciso para que comprendieran lo que se jugaban.

—Richard contrajo la enfermedad y, para salvarlo, la Madre Confesora usó magia. —Ann levantó un dedo para silenciar a sus Hermanas—. Nathan escapó. —Nuevamente los gritos ahogados llenaron la tienda. Ann les impuso silencio, por temor a que comenzaran a lamentarse en voz alta—. Nathan dijo a la Madre Confesora los nombres de los repiques para salvar a Richard. La suya fue una decisión terrible, pero estoy convencida de que únicamente lo hizo para salvar a Richard. La Madre Confesora pronunció en voz alta los nombres de los tres repiques para completar el hechizo que salvó a Richard.

»Ahora los repiques están aquí. Ella los llamó a este mundo. Lo sé de primera mano. Los he visto y he visto cómo matan.

Esa vez nadie protestó. Incluso la hermana Georgia parecía convencida. Ann vio justificada su decisión de darles tanta información.

—Como todas sabéis, la presencia de los repiques puede causar un cataclismo sin precedentes. Ya ha empezado. La magia está desapareciendo. Nuestra magia ha disminuido hasta el punto de que no nos sirve de nada. No obstante, también Jagang se ha quedado sin su magia.

»Mientras la situación se mantenga, podéis escapar.

—No entiendo qué tiene que ver eso con los repiques —objetó una de las Hermanas.

Ann se armó de paciencia.

—Los repiques están absorbiendo la magia, lo cual significa que al igual que nuestro don nos falla, a Jagang le falla su magia de Caminante de los Sueños. Ahora vuestras mentes están libres de él.

La hermana Georgia la miró con incredulidad.

—Pero ¿y si los repiques regresan al inframundo? Podría pasar de repente y sin aviso previo. En ese caso Jagang se apoderaría de nuevo de nuestras mentes. Es imposible saber si está o no, Prelada.

»Tal vez los repiques no han logrado hacerse con un alma y se han refugiado de nuevo en el mundo de los muertos. Es posible que hayan huido buscando la protección del Innombrable. Ahora mismo el Caminante de los Sueños podría estar dentro de mi cabeza, escuchando lo que decimos.

Ann la cogió por los brazos.

—No, Georgia, no está aquí. Prestadme atención. Mi magia ha desaparecido, la vuestra también. Todas nos hemos quedado sin el don. Cuando lo recuperemos, lo notaré, y vosotras también. De momento se ha ido, al igual que el Caminante de los Sueños.

—Pero no podemos usar el don sin permiso —dijo una Hermana situada a la derecha—. Cuando los repiques huyan de este mundo, no lo sabremos.

—Yo lo sabré al instante. Jagang no puede impedirme el acceso a mi han —repuso la Prelada.

La hermana Kerena se adelantó.

—Pero si realmente los repiques regresan al inframundo, su Excelencia...

—No. Escuchad —la atajó Ann—. Hay un modo de impedir que el Caminante de los Sueños vuelva a penetrar en vuestra mente.

—Eso es del todo imposible. —La hermana Cherna no dejaba de mirar en todas direcciones, como si temiera que Jagang las estuviera espiando oculto en las sombras—. Prelada, debéis iros. Os cogerán. Es posible que alguien os haya visto y que ahora mismo se lo esté comunicando a Jagang.

—Por favor, marchaos —imploró la hermana Fionola—. Nosotras estamos perdidas. Olvidadnos y escapad. Nada bueno saldrá de que estéis aquí.

Ann volvió a enfurecerse.

—¡Escuchadme todas! Es posible evitar que el Caminante de los Sueños penetre en vuestra mente. Todas podemos librarnos de su malvado control.

La hermana Georgia volvía a dudar.

—No veo cómo...

—¿Por qué creéis que no entra en mi mente? ¿Realmente pensáis que no le gustaría? ¿Creéis que no me controlaría si pudiera, a mí, a la Prelada en persona?

Todas se quedaron en silencio.

—Bueno, supongo que sí le gustaría —dijo al fin la hermana Aubrey—. ¿Por qué no lo consigues?

—Porque estoy protegida. Eso es lo que trato de deciros. Richard es un mago guerrero. Todas sabéis lo que eso significa: posee ambos lados de la magia.

Las Hermanas parpadearon, atónitas, y volvieron a intercambiar murmullos.

—Además —prosiguió Ann imponiendo silencio en la tienda atestada de mujeres—, es un Rahl.

—¿Y qué importancia tiene eso? —preguntó Fionola.

—Los Caminantes de los Sueños fueron creados durante la gran guerra. Un mago que vivió en ese tiempo, un mago guerrero de la casa Rahl y antepasado de Richard, conjuró un vínculo para proteger a su pueblo de los Caminantes. Todos los descendientes de la casa Rahl que nacen con el don heredan ese vínculo para proteger a su pueblo de los Caminantes de los Sueños.

»Todos los habitantes del país de Richard están vinculados a él, que es su lord Rahl. Debido a eso y a la magia del vínculo que Richard ha heredado, están a salvo del Caminante de los Sueños. Eso impide a Jagang penetrar en su mente. Un Caminante de los Sueños no tiene acceso a la mente de nadie vinculado a lord Rahl.

—Pero nosotras no pertenecemos a su pueblo —objetaron las Hermanas.

—Eso no importa. Sólo tenéis que jurar lealtad a Richard, jurar sinceramente en vuestros corazones, y entonces os libraréis del Caminante de los Sueños.

»Yo hace tiempo que hice ese juramento. Richard es nuestro líder en la lucha contra ese monstruo que es Jagang, que pretende acabar con la magia de este mundo. Mi fe en Richard, el vínculo que me une a él y el hecho de haberle jurado lealtad en mi corazón me protege de Jagang.

—Pero si realmente los repiques andan sueltos en este mundo, como decís, la magia del vínculo también fallará y no tendremos protección —gimió una Hermana en el fondo.

Ann suspiró e hizo un esfuerzo por ser paciente con mujeres asustadas e intimidadas. Tenía que recordar que llevaban mucho tiempo en las garras de un enemigo salvaje.

—Ambos se anulan el uno al otro. ¿Es que no lo veis? —Ann puso las palmas de las manos hacia arriba como si fuesen los platillos de una balanza y las movió arriba y abajo en sentido contrario.

»Mientras los repiques permanezcan en este mundo, la magia de Jagang no funcionará y, por tanto, no puede entrar en vuestra mente. —Movié las manos en sentido contrario y añadió—: Cuando los repiques sean desterrados, habréis jurado lealtad a Richard, y el vínculo impedirá a Jagang acceder a vuestra mente. En ambos casos estaréis a salvo.

»¿Lo entendéis ahora? Lo único que tenéis que hacer es jurar lealtad a Richard, que nos guía en la lucha contra Jagang y lidera nuestra causa, la causa de la Luz. Si lo hacéis, ya nunca deberéis temer que el Caminante de los Sueños os alcance.

»Hermanas, podemos escapar. Esta noche. Ahora mismo. ¿Os dais cuenta por fin? Podéis ser libres. Todas la miraban sin decir nada. Finalmente la hermana Rochelle tomó la palabra.

—Pero faltan algunas Hermanas.

Ann miró a su alrededor.

—¿Dónde están las que faltan? Las reuniremos y nos iremos. ¿Dónde están?

Nuevamente las Hermanas se encerraron en un silencio temeroso. Ann hizo chasquear los dedos en dirección a la hermana Rochelle para que respondiera. Finalmente lo hizo.

—En las tiendas.

Todas las mujeres bajaron la mirada. Los aros dorados que les atravesaban el labio inferior relucían a la luz de las velas.

—¿Qué quieres decir con que están en las tiendas?

La hermana Rochelle carraspeó mientras luchaba por contener las lágrimas.

—Cuando Jagang se disgusta con una de nosotras, se enfada, quiere castigarnos, darnos una lección o simplemente quiere ser cruel, nos envía a las tiendas. Los soldados nos utilizan. Nos van pasando de unos a otros.

La hermana Cherna se derrumbó, llorando.

—Nos obliga a ser las putas de sus hombres.

Ann se armó de determinación.

—Escuchadme todas. Eso se ha acabado. A partir de ahora mismo sois libres. Volvéis a ser Hermanas de la Luz. ¡Ya no sois las esclavas de Jagang!

—Pero ¿y las otras? —inquirió la hermana Rochelle.

La hermana Georgia se irguió rígidamente.

—Esperad aquí, Prelada. Las hermanas Rochelle, Aubrey y Kerena me acompañarán para ver qué podemos hacer. ¿No es cierto? —dijo mirando a las aludidas—. Nosotras sabemos lo que hay que hacer.

Las tres asintieron.

—Vos esperad aquí. ¿Lo haréis? Esperad hasta que regresemos.

—De acuerdo, pero daos prisa. Tenemos que salir de aquí cuanto antes. Si recorremos el campamento en plena noche mientras todo el mundo duerme, levantaremos sospechas. No podemos esperar a...

—Vos esperad —repitió Rochelle con voz calmada—. Nosotras nos ocupamos. Todo saldrá bien.

—Procurad que espere, ¿de acuerdo? Tiene que esperar —dijo la hermana Georgia a sus compañeras que atestaban la tienda.

Todas hicieron un gesto afirmativo. Ann puso las manos en jarras.

—Si tardáis demasiado, tendremos que irnos sin vosotras. ¿Entendido? No podemos...

La hermana Rochelle apoyó una mano en el hombro de la Prelada y le aseguró:

—Volveremos a tiempo. Esperad.

Ann suspiró.

—Que el Creador os acompañe.

Ann se sentó entre las Hermanas, que parecían haberse encerrado de nuevo en la prisión de sus pensamientos privados. Ya no quedaba ni rastro del gozo que habían manifestado al verla; se mostraban nuevamente distantes y frías.

Mientras Ann les contaba las partes más agradables de sus aventuras, las Hermanas permanecían con la mirada perdida y no la escuchaban. La Prelada se reía entre dientes mientras les relataba momentos incómodos con la esperanza de interesar a alguna de ellas y tal vez arrancarle una sonrisa. Fue en vano.

Ninguna le preguntó nada. En realidad, no la escuchaban y rehuían su mirada. Eran como animales atrapados que solamente deseaban escapar del terror.

El nerviosismo de Ann aumentaba con cada segundo que pasaba. Sentada en medio de esas mujeres que tan bien conocía, comenzaba a pensar con gran inquietud que tal vez no las conocía tanto como creía.

A veces, un animal atrapado no sabe que debe correr hacia la puerta abierta para escapar.

Cuando la solapa de la tienda se abrió, las Hermanas se alejaron rápidamente de la Prelada. Ann se levantó.

Cuatro hombres descomunales cubiertos con placas de cuero, cinturones, correas, pieles sobre los hombros y armas colgadas al cinto se agacharon para entrar, seguidos por las hermanas Georgia, Rochelle, Aubrey y Kerena. Los hombres miraron a derecha e izquierda agitando su pelo greñado y grasiento de un lado al otro. Por su comportamiento, Ann supuso que no eran simples soldados.

—Es ésa —dijo la hermana Rochelle señalando a Ann—. Es la Prelada de las Hermanas de la Luz.

—Rochelle, ¿qué pasa aquí? —preguntó Ann con un gruñido—. ¿Qué crees que estás...?

El hombre que parecía estar al mando la asió bruscamente por la mandíbula y le giró la cabeza primero a la izquierda y luego a la derecha, evaluándola. Su mirada torva y oscura se posó en Rochelle.

—¿Estás segura? A mí me parece una mendiga como tantas.

—Es ella. Seguro —afirmó la hermana Georgia, provocando que la mirada del hombre recayera sobre ella—. Simplemente se ha disfrazado de mendiga para poder entrar.

El hombre hizo un gesto a los otros soldados, que llevaban esposas y cadenas. Ann trató de rechazarlos o escapar, pero el soldado que la tenía cogida le agarró tranquilamente las muñecas y se las ofreció a su compañero para que le pusiera las esposas.

A continuación, dos de ellos la sujetaron contra el suelo mientras un tercero acercaba un yunque. Los soldados sujetaron las esposas sobre el yunque, amartillaron clavos en los agujeros y luego aplastaron las cabezas de los clavos, de forma que aseguraron permanentemente las esposas. Se las apretaron tanto que el metal se le clavaba en la carne, pero los soldados no hicieron caso al involuntario grito de dolor de Ann.

Sabiendo que era inútil resistirse, la Prelada se obligó a calmarse. Sin su han era como una niña indefensa contra esas bestias. La mayor parte de las Hermanas se habían refugiado en los rincones. Ninguna de ellas la miraba.

Los soldados acabaron de cerrar a martillazos los eslabones sueltos en el extremo de las cadenas. Ann dejó escapar un gruñido cuando la lanzaron de bruces al suelo. A continuación, le pusieron grilletes

en los tobillos y cadenas. Unas manazas la levantaron. Una cadena alrededor de la cintura acabó de inmovilizarla.

No podría siquiera comer sola. Uno de los hombres se rascó la tupida barba.

—¿Ha venido sola?

Las hermanas Georgia y Rochelle hicieron gestos afirmativos.

—¿Cómo ha podido llegar a Prelada siendo tan tonta? —se mofó el hombre.

Georgia le hizo una reverencia sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—No lo sabemos, señor, pero lo es.

El hombre se encogió de hombros. Ya se marchaba cuando, de repente, se detuvo y recorrió con la mirada el grupo de mujeres que temblaban en el suelo. Finalmente señaló con un dedo muy grueso a una de las Hermanas cubiertas con el ridículo vestido transparente.

—Tú.

La hermana Theola se estremeció y cerró los ojos. Ann vio que movía los labios, articulando una oración fútil al Creador.

Theola se levantó temblando. Los otros tres hombres sonrieron, manifestando así que aprobaban la elección de su jefe. Se la llevaron a empujones.

—Prometisteis que no lo haríais —protestó mansamente la hermana Georgia.

—¿Eso hice? —replicó el hombre con una sonrisa malvada—. Pues he cambiado de idea.

—Dejad que vaya yo en su lugar —se ofreció la Hermana cuando el hombre ya se marchaba.

—Vaya, vaya —dijo volviéndose—. Ésta nos ha salido generosa. Puesto que tienes tantas ganas —añadió agarrando a Georgia por una muñeca y llevándosela a rastras—, puedes acompañarla.

Después de que los hombres se marcharan llevándose a las dos Hermanas, en la tienda se hizo un silencio terrible. Nadie osaba mirar a Ann, encadenada.

—¿Por qué? —preguntó la Prelada suavemente, aunque su voz resonó por toda la tienda como la enorme campana que tañía desde lo más alto del Palacio de los Profetas. Varias Hermanas se echaron a temblar. Otras lloraban.

—No somos tan estúpidas para intentar escapar —dijo al fin la hermana Rochelle—. Al principio todas lo intentamos. De veras que sí, Prelada. Algunas murieron en el intento. Fue una muerte larga y horrible.

»Su Excelencia nos demostró que era inútil intentar escapar. Ayudar a alguien en la huida es una falta muy grave. Ninguna de nosotras desea que nos castiguen de nuevo por eso.

—¡Pero yo os ofrecía la libertad!

—Eso es imposible. No podemos ser libres. Pertenece a Su Excelencia.

—Al principio como víctimas, pero ahora por elección. He arriesgado voluntariamente la vida para daros la libertad. Os di la opción, y vosotras habéis decidido que preferís seguir siendo esclavas antes que luchar por vuestra libertad.

»Y lo peor es que me habéis mentido. Habéis mentido para contribuir a la causa del mal. —Las Hermanas se ocultaron de la mirada hiriente de su Prelada—. Todas sabéis lo que pienso de las mentirosas, qué piensa el Creador de aquellas que mienten para oponerse a su obra.

—Pero, Prelada... —gimió la hermana Cherna.

—¡Silencio! Ya no quiero oíros más. Ya no tenéis ningún derecho a que os escuche.

»Si logro quitarme estas cadenas, será con la ayuda de quienes sinceramente sirven a la Luz. Vosotras no sois mejores que las Hermanas de las Tinieblas. Al menos ellas son honestas y admiten que sirven al Custodio.

Ann calló al ver entrar a un hombre en la tienda. Era de estatura media y de complexión recia, con brazos y pecho muy musculosos. Llevaba un chaleco de piel abierto, dejando al descubierto docenas de

cadenas de oro engarzadas con piedras preciosas que le colgaban del grueso cuello. En cada dedo llevaba una sortija digna de un rey.

En la cabeza, afeitada, se reflejaba la luz de las velas. Una cadena de oro muy fina unía un aro de oro que le atravesaba la aleta izquierda de la nariz con otro aro en la oreja izquierda. Los extremos trenzados de su largo mostacho le llegaban hasta más abajo de la mandíbula, a juego con la trenza debajo del labio inferior, en el centro.

Pero eran los ojos las ventanas abiertas a la pesadilla del Caminante de los Sueños. No tenía blanco de ojos. Sus ojos eran turbios, ensombrecidos por formas oscuras que se movían en un campo de oscuridad total. No obstante, Ann no tuvo ninguna duda de que la miraba directamente. Seguramente ni la mirada del mismísimo Custodio podría ser peor.

—Hmmm. Ya veo que tenemos visita. —La voz era recia, como el cuerpo.

—El cerdo habla. Qué interesante —repuso Ann.

Jagang se echó a reír. No era un sonido agradable.

—Oh, preciosa. Eres del tipo respondón. Georgia me ha dicho que eres la Prelada en persona. ¿Es eso cierto?

Ann vio por el rabillo del ojo que todas las Hermanas se habían arrodillado y se inclinaban hasta tocar con la cabeza en el suelo. No las culpaba por querer evitar la mirada perturbadora del Caminante.

—Annalina Aldurren, antigua Prelada de las Hermanas de la Luz, a tu servicio —dijo con una sonrisa amable.

La hendidura que se abría entre los prodigiosos músculos del pecho del hombre se hizo más profunda cuando apretó las manos en gesto de oración e inclinó la cabeza hacia ella, burlándose de su rango.

—Emperador Jagang, a tu servicio.

Ann soltó un suspiro de irritación.

—Bueno, ¿qué va a ser, Jagang? ¿Tortura? ¿Violación? ¿Me colgarás? ¿Me cortarás la cabeza? ¿Me quemarás viva?

Jagang esbozó de nuevo su lúgubre sonrisa.

—Vaya con la Prelada. Tú sí que sabes cómo tentar a un hombre. Verás —dijo agarrando a la hermana Cherna por un mechón de pelo y levantándola—, la cuestión es que tengo muchas Hermanas normales y corrientes como ésta, y también de las otras, de las que sirven al Custodio. Confieso que prefiero a las otras. —Jagang enarcó una ceja. Su mirada era adusta—. Al menos su magia aún funciona.

Los ojos de la hermana Cherna se anegaron de lágrimas cuando Jagang le atenazó la garganta.

—Pero solamente tengo una Prelada.

Los pies de Cherna estaban a varios centímetros por encima del suelo. Aunque no podía respirar, no se resistía. Los terribles músculos de Jagang se hinchaban y brillaban a la luz de las velas.

El emperador tensó un bíceps. Cherna abrió los ojos desorbitadamente a medida que Jagang aumentaba la presión en su garganta. La mujer abrió la boca para lanzar un silencioso grito de terror.

—¿Y bien? —preguntó Jagang a las demás—. ¿Ha confirmado todo lo relativo a los repiques? ¿Os lo ha contado todo sobre ellos?

—¡Sí! —respondieron varias al mismo tiempo con la esperanza de que soltara a Cherna.

Ann pensó que no se lo había contado todo. Si Zedd iba a tener alguna vez éxito en algo, Ann deseó que fuese con los repiques.

—Bien. —Jagang soltó a la mujer.

La hermana Cherna se desplomó y se llevó las manos a la garganta, intentando respirar desesperadamente. Pero no podía coger aire; Jagang le había aplastado la tráquea. Los dedos de Cherna arañaban el aire. Tendida a los pies de Jagang comenzó a ponerse azul.

Con un esfuerzo desesperado se arrastró hasta el regazo de Ann. En un súbito acceso de compasión la Prelada acarició la cabeza de la pobre condenada. Ann le susurró palabras de amor y de perdón, tras lo cual rezó en silencio al Creador y a los buenos espíritus.

Los brazos de Cherna, que se agitaban en la agonía, abrazaron la cintura de la Prelada en gesto de gratitud. Ann no podía hacer más que implorar al Creador que perdonara a su pupila. Cherna se ahogaba emitiendo sonidos borboteantes. Finalmente la muerte le llegó como una liberación.

Jagang apartó de un puntapié a la Hermana muerta, cogió la cadena que Ann llevaba a la garganta y con una sola mano la levantó. A Ann se le revolvió el estómago al ver cómo se movían las formas borrosas en esos ojos negros como la noche.

—Me parece que me serás útil. Podría arrancarte los brazos y enviárselos a Richard Rahl sólo para provocarle pesadillas. O podría intercambiarte por algo de valor. Pero no temas; ya se me ocurrirá qué hacer contigo. Ahora eres de mi propiedad, Prelada.

—Puedes poseer mi vida en este mundo —le replicó Ann con lúgubre determinación—, pero no puedes llegar a mi alma. Mi alma es un don del Creador que es mío y sólo mío.

Jagang se rió.

—Bonito discurso. Pero ya lo he oído antes. —De un brusco tirón acercó la cara de la Prelada a la suya. El emperador se mostraba encantado—. Creo que todas las presentes me dijeron lo mismo. Pero ¿sabes qué, Prelada? Hoy han renegado de sus palabras.

»Te han entregado cuando podrían haber escapado. Como mínimo te podrían haber salvado la vida sin correr ellas ningún riesgo. Pero han preferido la esclavitud a la libertad que les ofrecías.

»Yo diría, Prelada, que sus almas también me pertenecen.

—La hermana Cherna quiso morir en mi regazo, Jagang, y no en el tuyo. Aunque me había traicionado, Cherna buscó la bondad y el amor. Eso demuestra lo que realmente albergaba su alma, emperador.

Jagang se encogió de hombros.

—Tenemos opiniones distintas, ya veo. Propongo que matemos a todas las demás, una a una, y que mientras agonizan digan a quién son leales y después contemos los puntos. Aunque, para ser justos, deberíamos matarlas por turnos. Yo ya he matado. Ahora te toca a ti.

Ann se limitó a fulminar con la mirada a esa bestia. Jagang se carcajeó.

—¿No? Está claro que no confías en el alma de tus Hermanas. Habéis tenido suerte, preciosas —dijo dirigiéndose a las mujeres, que seguían arrodilladas—. Parece que la Prelada cede vuestras almas.

Su oscura mirada se posó en Ann para añadir:

—Por cierto, seguramente confías en que los repiques sean desterrados. Yo también confío en eso. Necesito la magia aunque, si es preciso, también puedo vencer sin ella.

»Pero a ti de nada te servirá que los repiques sean desterrados. Las esposas, los grilletes y las cadenas están imbuidos de un encantamiento invocado por mis otras Hermanas. Ya sabes, las Hermanas de las Tinieblas. Como ya sabes, poseen Magia de Resta y ésa, mi querida Prelada, aún funciona.

»Te lo digo para que no albergues esperanzas vanas.

—¿Qué considerado eres!

—Tú no te preocupes; ya se me ocurrirá algo creativo para ti.

Jagang levantó un brazo, y los músculos del hombro desnudo sobresalieron del chaleco de piel. Tenía unos bíceps mayores que la cintura de muchas de las presentes.

—De momento, creo que te prefiero inconsciente.

Ann trató de acceder a su poder, pero el don no le respondió. Entonces vio acercarse el puño y no pudo hacer nada para detenerlo.

11

Zedd se rascó la barbilla mientras miraba alrededor. No vio a nadie. Era un callejón extraño, muy estrecho y oscuro. Escudriñó la casita al fondo del callejón. Tenía un aspecto sombrío y parecía desierta.

Eso era buena señal.

—Tú espera aquí —dijo a *Araña* acariciándole el hocico—. ¿Entendido? Espérame aquí.

La yegua sacudió la cabeza y relinchó con un sonido agradable. Zedd le rascó una oreja sonriendo. En respuesta, el animal apretó la frente contra el pecho del mago y la mantuvo allí, indicándole que, por ella, podía seguir el resto de la tarde rascándole la oreja.

Araña, bautizada así porque tenía una inquietante mancha negra que recordaba a una araña en la grupa color crema, había resultado ser una excelente compra pese al elevado precio. Era una yegua joven, fuerte, rebosante de entusiasmo equino y a la que le gustaba trotar y, de vez en cuando, cabalgar con brío.

Al llegar, Zedd se enteró de que Toscla había sido rebautizado como Anderith. De hecho, un hombre que se había tomado como una afrenta que usara el nombre antiguo a punto había estado de tirarlo del caballo. Por suerte, *Araña*, que no sabía nada de la susceptibilidad humana hacia las palabras, no tuvo inconveniente en salir huyendo al galope.

Zedd, que había perdido el uso del don, era vulnerable y, además, notaba los efectos de la edad; se había resignado a emprender un viaje largo y arduo a pie por la Tierra Salvaje. Pero la rueda de la fortuna le sonrió, y al tercer día después de partir de la aldea de la gente barro se topó con un hombre que resultó ser un intermediario de acuerdos comerciales. Puesto que viajaba con frecuencia para ver a sus clientes, llevaba varios caballos. A cambio del dinero que Zedd le ofreció decidió que podía pasar sin uno de ellos hasta llegar a su destino. Así fue como Zedd obtuvo a *Araña*.

El tremendo viaje que Zedd anticipaba se quedó en un trayecto muy corto y bastante agradable, siempre y cuando no pensara demasiado en los motivos que lo llevaban a Anderith.

Al llegar a la frontera Zedd se mezcló entre los carros, los mercaderes y comerciantes de todo tipo para pasar el control. Vestido con la elegante túnica granate y negra con puños de brocado plateados y brocado dorado alrededor del cuello y en la pechera, además del cinturón de satén rojo con hebilla de oro, le fue fácil fingirse un mercader. Contó a los soldados de la frontera que poseía campos de árboles frutales en el norte y que se dirigía a Fairfield por negocios.

Por el aspecto de los soldados que vio en la frontera dedujo que la gente de Anderith se fiaba demasiado del Dominie Dirtch. Había transcurrido mucho tiempo desde su última visita al país antes llamado Toscla, y por aquel entonces un ejército formidable y perfectamente entrenado defendía la frontera. Ese ejército se había deteriorado hasta convertirse en una fuerza disuasoria inútil y llena de una confianza nacida de la ignorancia.

Zedd se fijó en que *Araña* giraba las orejas hacia la casa en apariencia vacía situada al final del callejón. La yegua tenía todos los músculos del cuerpo en tensión. Zedd se dijo que quizá los caballos eran tan buenos en algunas cosas como lo era antes su magia. La idea lo disgustó; el mago quería recuperar su magia.

Después de tranquilizar a *Araña* con una palmadita y pedirle otra vez que lo esperara allí, Zedd recorrió el estrecho callejón. Pese a que las altas paredes construidas con tablas de madera impedían el paso de la luz, en el estrecho callejón crecía una amplia variedad de hierbas. A muchas de las plantas que vio Zedd no les llegaba ni pizca de luz, y otras eran muy poco comunes; por lo general reaccionaban con hostilidad ante la luz, pero en esos momentos tenían un aspecto enfermizo.

Zedd se aseguró de pisar los tres escalones que conducían a la puerta sin saltarse ninguno. Si ése era el lugar que esperaba que fuera, sería un error tratar de ser sigiloso. Al atisbar entre las cortinas vio que

dentro estaba oscuro. Aunque no vio a nadie que lo vigilara, el sentido común, que no la magia, le dijo que alguien lo observaba.

Echó un último vistazo por encima del hombro a *Araña*, que se mantenía alerta y con las orejas levantadas hacia él. La yegua alzó la cabeza, abrió la boca y relinchó. Zedd estiró un brazo y llamó. La puerta se abrió con un crujido. Dentro no vio a nadie.

—Entra y dime qué te trae aquí —dijo una voz femenina que hablaba desde las sombras.

Zedd se internó en una estancia estrecha y en penumbra. Por el hueco entre las pesadas cortinas apenas se filtraba luz, y la luz que entraba por la puerta se apagaba antes de osar penetrar demasiado. Zedd no vio ningún mueble, sólo tablas en el suelo entre él y la mujer que permanecía a distancia, en la oscuridad.

El mago se volvió y levantó la vista hacia la parte superior de la puerta.

—Buena idea eso de usar una cuerda para abrir la puerta desde lejos —dijo apuntando con un dedo huesudo—. Muy efectivo.

—¿Quién osa enojarme?

—¿Enojarte? Oh no, querida, lo has entendido mal. He venido en busca de una hechicera.

—Ten cuidado con lo que desees, forastero. A veces los deseos se cumplen de manera muy desagradable. ¿Cómo te llamas?

Zedd se inclinó haciendo una reverencia exagerada.

—Zeddicus Zu'l Zorander. —Ladeó la cabeza y miró con un solo ojo a la mujer que se ocultaba entre sombras—. Soy ese Zeddicus Zu'l Zorander que es Primer Mago.

La mujer se aproximó a la zona iluminada con paso inseguro. Su expresión era de estupefacción.

—Primer Mago...

—Franca Gowenlock, espero —repuso Zedd con una sonrisa encantadora.

La mujer, que se había quedado con la boca y los ojos abiertos, tan sólo pudo asentir.

—Vaya, vaya, pero cómo has crecido. La última vez que te vi apenas me llegabas hasta aquí. —Con la mano indicaba por debajo de la cintura—. Te has convertido en una mujer preciosa —añadió con admiración sincera.

Franca se ruborizó y se atusó el pelo.

—¡Vamos, vamos! Pero si ya tengo canas.

—Pues te sientan muy bien. De verdad te lo digo.

Era sincero. Franca Gowenlock era una mujer muy atractiva. Se había retirado hacia la espalda la melena que le llegaba casi hasta los hombros de un modo que resaltaba sus rasgos orgullosos. El toque de gris en las sienes simplemente realzaba su belleza madura.

—Y vos...

—Sí —repuso él con un suspiro—. Lo sé. No sé con exactitud cuándo ocurrió, pero resulta que ya soy un viejo.

Franca se le acercó con una sonrisa cada vez más amplia y le hizo una reverencia, sosteniendo con las manos la falda del sencillo vestido marrón que llevaba.

—Es un honor recibiros en mi humilde hogar, Primer Mago.

—Déjate de formalismos —repuso Zedd agitando una mano—. Somos viejos conocidos. Llámame Zedd y tutéame.

Franca se levantó.

—Como quieras, Zedd. Apenas puedo creer que el Creador haya respondido a mis plegarias de un modo tan directo. Oh, cómo me gustaría que mi madre estuviera aún viva para verte.

—Ella era también una mujer preciosa. Que los buenos espíritus velen por su alma.

Una Franca radiante le cogió la cara con ambas manos.

—Y tú eres tan apuesto como te recordaba.

—¿De veras? —Zedd se irguió—. Vaya, gracias, Franca. Procuro cuidarme; bañarme regularmente y cosas por el estilo con hierbas y aceites especiales que de vez en cuando añado al agua. Creo que por eso tengo una piel tan flexible.

—Oh, Zedd, no te puedes imaginar cuánto me alegro de verte. Gracias al Creador. —Franca aún le sostenía la cara entre las manos. Tenía los ojos anegados en lágrimas—. Necesito ayuda. Oh, Primer Mago, necesito tu ayuda desesperadamente.

Zedd le cogió las manos entre las suyas.

—Es curioso que digas eso.

—Zedd, en una ocasión ayudaste a mi madre. Ahora tienes que ayudarme a mí. Por favor. He perdido el poder. He intentado todo lo que se me ha ocurrido. He consultado libros de hechizos, encantamientos y embrujos, pero ninguno me ha servido de nada. He tenido que atar la cuerda a la puerta para engañar a la gente y que me siga temiendo.

»Estoy enferma de preocupación. Apenas duermo. He intentado...

—Los repiques andan sueltos.

La mujer pestañeó repetidamente mientras lo miraba como si no comprendiera. Parecía en estado de choque y confusión.

—No. No puede ser eso. Creo que una bruja con menos talento que yo pero muy ambiciosa me ha echado un maleficio que me calienta la sangre. Probablemente es una mujer celosa y también vengativa. Aunque intento no ofender a nadie, algunas veces...

Zedd la asió por los hombros.

—Franca, he venido porque espero que puedas ayudarme. La Madre... la esposa de mi nieto liberó involuntariamente los repiques. No tuvo más remedio que invocar urgentemente la ayuda de magia poderosa como último recurso para salvar la vida de mi nieto.

»Necesito tu ayuda. Por eso estoy aquí. Yo también he perdido el don. Toda la magia está fallando. El mundo de la vida corre gran peligro. No es preciso que explique a una mujer de tu talento las consecuencias de algo como eso. Tenemos que averiguar si podemos hacer algo para desterrar a los repiques. Como Primer Mago que soy, he venido para pedirte ayuda.

—¿Tu nieto? ¿Se... recuperó? ¿Sobrevivió?

—Sí. Afortunadamente, con la ayuda de la mujer con la que iba a casarse, sobrevivió y ahora está perfectamente.

Franca se mordió durante un momento una uña mientras que sus ojos oscuros miraban en todas direcciones, pensativa.

—Es una suerte que sobreviviera. Pero, a cambio de la ayuda, los repiques atravesaron el velo que... —Franca se interrumpió con la frente fruncida.

»Has dicho que es tu nieto. ¿Posee el don?

Por la mente de Zedd pasaron miles de pensamientos en un segundo. Finalmente respondió con un simple sí.

Franca esbozó una sonrisa breve y educada para demostrar que se alegraba por Zedd, e inmediatamente pasó a la acción: corrió las cortinas, lo cogió por un brazo y lo condujo hasta una mesa en el fondo. Allí descorrió las pesadas cortinas que cubrían una ventana de pequeño tamaño para que entrara luz. El tablero de la mesa era de caoba oscura y mostraba una Gracia de plata taraceada.

Gentilmente lo invitó a sentarse. Mientras Zedd tomaba asiento, ella cogió dos tazas. Luego sirvió té de una tetera que colgaba encima de las brasas del hogar, colocó una taza delante del mago y se sentó en una silla frente a él. Titubeó antes de decir:

—Sospecho que hay algo más.

Zedd suspiró.

—Pues sí, hay mucho más, pero se nos acaba el tiempo.

—¿Te importaría esbozar al menos lo principal?

—Bueno, de acuerdo. —Antes Zedd tomó un sorbo del té—. ¿Recuerdas D'Hara?

La taza de la hechicera se quedó a medio camino de su boca.

—¿Quién podría olvidar D'Hara?

—Sí, bien, la cuestión es que mi hija fue la madre de Richard. Richard es mi nieto. Richard fue engendrado en una cruel violación.

—Lo lamento mucho —dijo Franca con simpatía sincera—. Pero ¿qué tiene eso que ver con D'Hara?

—El hombre que lo engendró fue Rahl el Oscuro, de D'Hara.

Las manos de Franca comenzaron a temblar. Aún no había podido acercarse ni una vez la taza a la boca. Dejó con cuidado la taza llena en la mesa por temor a verter el té que no había ni probado.

—¿Me estás diciendo que ese nieto del que me hablas descende de dos linajes de magos y que es el mismo lord Rahl que exige la rendición de todos los países de la Tierra Central?

—Pues sí. Ése es él.

—¿Y ese nieto tuyo, lord Rahl en persona, es el mismo que va a casarse con la Madre Confesora, nada menos?

—Fue una ceremonia preciosa. Realmente preciosa. Con muy pocos invitados, la verdad, pero con clase.

Franca hundió la cabeza entre las manos.

—Por todos los espíritus, cuesta asimilar todo eso.

—Sí, lo sé. Y además se me ha olvidado mencionarte que es un mago guerrero. Nació con ambos lados de la magia.

—¿Qué? —La mujer alzó de nuevo la cabeza.

—Ya sabes, ambos lados: no sólo Magia de Suma como todos nosotros, sino también Magia de Resta. Ambos lados.

—Sé qué significa «ambos lados».

—Oh.

—Espera un momento. Los repiques... ¿Quieres decir que los invocó la Madre Confesora?

—Bueno, ella...

Franca se levantó de golpe arrastrando la silla por el suelo.

—Que los buenos espíritus nos ayuden. ¿Fue lord Rahl el que... la misma Madre Confesora prometió el alma de lord Rahl, de un mago guerrero con ambos lados de la magia, a los repiques?

—No es tan terrible como parece. Ella no tenía ni idea del hechizo; no lo hizo a propósito. La Madre Confesora es una buena persona y jamás haría algo como eso queriendo.

—Queriendo o no, si los repiques llegan hasta él...

—Los he enviado a ambos a un lugar seguro, donde los repiques no los podrán alcanzar. No debemos temer por eso.

—Gracias al Creador —suspiró Franca.

Zedd bebió otro sorbo.

—No obstante, queda el asunto de que hemos perdido nuestro poder, que el mundo no tiene magia y seguramente está al borde del desastre. Como ya he dicho, necesito ayuda.

Zedd señaló con la cabeza la silla de Franca. La mujer se dejó caer en ella. El mago sonrió, le dijo que preparaba un té excelente y que debería tomar un poco también ella.

—Zedd, me parece que necesitas la ayuda del mismísimo Creador en esto. ¿Qué puedo hacer yo, pobre de mí? Soy sólo una hechicera insignificante, común y corriente, sin nada especial, que vive en un país situado en los confines de la Tierra Central. ¿Por qué has acudido a mí?

Zedd entrecerró los ojos y señaló el cuello de Franca.

—¿Qué quieres esconder con esa cinta?

—Una cicatriz —respondió ella—. ¿Recuerdas la Sangre de la Virtud? —Zedd hizo un gesto afirmativo—. Bueno, en casi todas partes hay hombres como éstos, hombres que odian la magia, hombres que creen que los magos y las hechiceras son responsables de todas sus desgracias.

—Sí, en todas partes hay fanáticos.

—Aquí el fanatismo tiene un nombre: Serin Rajak. Es como todos los fanáticos: cruel y vengativo. Se le da bien expresar sus quimeras de un modo que agita las emociones de los demás y los empuja a cometer actos malvados.

—¿Y su idea de librar al mundo del mal fue matarte a ti?

—A mí y a otros como yo.

Franca se bajó un segundo la cinta para mostrarle la cicatriz.

—Me colgó del cuello y luego él y sus seguidores comenzaron a amontonar leña debajo de mí. Le encanta quemar a la gente. Cree que es un modo de purificar el mundo de la magia de esa persona, que así impide que ese poder se prolongue después de la muerte.

Zedd suspiró.

—Nunca se acaba. ¿Y tú le convenciste de que te dejara en paz?

—Sí. Sacándole un ojo —replicó ella sonriendo.

—No te culpo.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo.

—Supongo que ya sabes que estamos en guerra con el Viejo Mundo —dijo Zedd cambiando de tema.

—Naturalmente. La Orden Imperial ha enviado emisarios para hablar de ese tema con nuestra gente.

Zedd se sorprendió.

—¿Qué? ¿La Orden tiene gente aquí?

—Eso es lo que he dicho. Algunas personas del Gobierno escuchan muy atentamente lo que la Orden Imperial tiene que decir. Me temo que la Orden ha hecho ofertas a algunos dirigentes. Es una situación que dura desde hace un tiempo.

Franca lo observó mientras bebía y se decidió a decirle más.

—Algunas personas están pensando en enviar un mensaje secreto a la Madre Confesora para pedirle que venga a investigar.

—Ahora que los repiques están libres, ha perdido su poder, como tú y como yo. Hasta que no los desterremos, la Madre Confesora no podrá ser de ayuda.

Franca suspiró.

—Sí, ya veo lo que quieres decir. Es preciso que expulsemos a los repiques.

—Mientras tanto, tal vez la misma gente de Anderith podría investigar ese asunto.

La mujer dejó la taza en la mesa.

—¿Quién va a investigar la oficina del Ministro de Cultura?

—¿Los Directores?

—Tal vez —respondió Franca mientras hacía girar la taza encima de la mesa. En vista de que Zedd no decía nada, añadió—: En Anderith a veces hay que hacer cosas que te desagradan para salir.

—Seguro que encontramos a alguien. —Zedd se repantigó en la silla—. De todos modos, será irrelevante. Si Anderith quiere oponerse a la invasión de la Orden Imperial, tendrá que rendirse a Richard y al nuevo imperio de D'Hara que está forjando. ¿He mencionado que Richard es también el Buscador de la Verdad? —añadió tras dar otro sorbo al té.

—No. También se te ha olvidado.

—Richard no permitirá que en Anderith se sigan cometiendo irregularidades, como parece que ha estado sucediendo. No permitirá que dirigentes corruptos actúen en connivencia con la Orden. Él y la Madre Confesora acabarán con esas intrigas tan peligrosas. Ésa es una de las razones por las que Richard tuvo que tomar el poder. Tiene la intención de consolidar su autoridad bajo una ley justa y abierta.

—Ley justa —reflexionó Franca, como si se tratara de un deseo infantil—. Anderith es un país muy próspero, Zedd. Los anderianos viven bien. Podría entender que los hakens prestaran oídos a la Orden Imperial, pues tienen razones, pero son los anders los que escuchan, pese a que ya tienen el poder.

Zedd contempló unos segundos el té antes de replicar.

—Nada irrita más a algunas personas que la libertad de sus semejantes. Del mismo modo que ese tal Serin Rajak odia a los que poseen magia, la elite dirigente y quienes aspiran a pertenecer a ella desprecian la libertad. Les encanta perpetuar el sufrimiento.

»Pero hablemos de cosas más agradables. ¿Estás casada o los hombres apuestos aún tenemos una oportunidad de cortejarte?

Franca sonrió para sí y se tomó su tiempo antes de contestar.

—Mi corazón pertenece a alguien...

Zedd estiró un brazo y le dio palmaditas en una mano.

—Me alegro por ti.

Pero Franca negó con la cabeza al tiempo que su sonrisa se marchitaba.

—No. Está casado. Tengo que mantener mis sentimientos ocultos. Me odiaría eternamente a mí misma si por mi culpa abandonara a su bella esposa, con la que se casó hace poco tiempo, para unirse a una solterona madura como yo. Ni siquiera me atrevo a dejarle entrever lo que siento.

—Lo siento, mucho, Franca. La vida, o mejor dicho, el amor a veces parece muy injusto. Al menos ahora nos lo parece, pero puede ser que un día...

Franca lo desestimó con un gesto que a Zedd le pareció más destinado a ella misma que a él. Finalmente lo miró de nuevo a los ojos.

—Zedd, me halaga que hayas acudido a mí. Me halaga simplemente que recuerdes mi nombre, pero no entiendo por qué piensas que te puedo ayudar. Tú tienes más poder que yo o, al menos, lo tenías.

—Para ser sincero, no he venido hasta aquí solamente para pedirte ayuda. He venido porque cuando era un joven mago aprendí que los repiques fueron sepultados aquí, en Toscla o Anderith, como ahora lo llamáis.

—¿De veras? No lo sabía. ¿Dónde exactamente?

—Esperaba que tú lo supieras. Tú eres la única persona que conozco aquí, y por eso he venido a verte. Necesito que me ayudes.

—Lo siento, Zedd, pero no tenía ni idea de que los repiques estuviesen sepultados aquí. —Nuevamente cogió la taza y dio un sorbo, pensativa—. No obstante, como tú mismo has dicho, los repiques no podrán hacerse con el alma de tu nieto y más pronto o más tarde regresarán al mundo de los muertos. Es posible que nosotros no debamos hacer nada. Seguramente el problema se solucionará solo.

—Sí, siempre nos queda esa esperanza, pero no debes olvidar la naturaleza del inframundo.

—¿Qué quieres decir?

Zedd dio leves toques al círculo externo de la Gracia incrustada en el tablero de la mesa.

—El inframundo empieza aquí, donde la vida cruza al otro lado. —Deslizó la mano hasta más allá del borde de la mesa y añadió—: Más allá está la eternidad.

»Puesto que el inframundo es eterno, el tiempo no tiene significado. Es posible que cuando cruzamos sea el principio, pero no hay fin. Allí el concepto de tiempo desaparece. Es sólo aquí, en el mundo de los vivos, donde el tiempo tiene significado y se define según dos puntos de referencia: principio y final.

»Los repiques pertenecen a ese lugar eterno que existe más allá y extraen su poder de allí, por lo que para ellos no existe el tiempo.

»Es posible que si no obtienen el alma que han venido a buscar deban regresar al inframundo pero, por tratarse de seres eternos, lo que ellos pueden considerar un instante mientras se mantienen a la expectativa o mientras disfrutan matando y destruyendo, para nosotros es un milenio. Incluso diez milenios no serían más que un suspiro insignificante en el tiempo, especialmente porque no poseen alma y, por tanto, no pueden sentir realmente la vida.

Franca se embebía de sus palabras como si tuviera sed de hablar de cosas que solamente los dotados con el don podían comprender.

—Sí, ya entiendo lo que quieres decir. Pero, de igual modo, una vez que descubran que deben funcionar dentro de los límites para ellos desconocidos del tiempo y de un calendario, cuando sientan una frustración infinita en este mundo en el que existe el tiempo, pueden decidir desaparecer. Tal vez se desvanezcan hoy mismo, o ahora, mientras hablamos. Después de todo, el alma que buscan sólo tiene una existencia finita en este mundo. Los repiques sólo pueden perseguir su alma para tratar de capturarla mientras siga vivo.

—Muy bien pensado. Tus palabras son dignas de consideración, pero ¿cuánto tendremos que esperar? A partir de cierto punto será ya imposible recuperar la magia. Estoy seguro de que ahora mismo algunas criaturas mágicas están enfermas. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que perezcan para siempre?

»Ya me imagino a los astrólogos que te consultan languideciendo de camino a tu casa. Pero pregúntate algo: ¿cuánto tardará en fallar la magia, por ejemplo, del gambit? ¿Y si los cultivos que están creciendo se contaminan?

Franca desvió la mirada. Arrugas de preocupación surcaban su rostro. Como no la conocía bien, Zedd prefirió no mencionar que, en un mundo sin magia, Jagang y la Orden Imperial eran mucho más poderosos. Sin magia que los ayudara, se perderían muchas más vidas en la lucha contra él, y era muy posible que tanta sangre derramada al final no sirviera de nada.

—Franca, como guardianes del velo, protectores de las criaturas mágicas desvalidas y como representantes del compromiso de la magia con la humanidad, debemos actuar con la celeridad debida. No sabemos a partir de cuándo será inútil toda ayuda.

Franca asintió con aire reflexivo.

—Sí, sí. Tienes razón, por supuesto. ¿Por qué necesitas saber dónde fueron sepultados los repiques? ¿Qué quieres conseguir con eso?

—Cuando fueron desterrados, en tiempos antiguos, fue preciso anular el conjuro original que los trajo a este mundo y, por tanto, rasgar de nuevo el velo. Un contrahechizo como ése necesariamente tuvo que equilibrarse con un encantamiento auxiliar que permitiera su regreso al mundo de la vida. Seguramente era un encantamiento muy restrictivo, invocación de tres y cosas por el estilo, pero eso no importa. El hechizo de destierro no necesitaba más equilibrio que la mera existencia de un mecanismo de retorno.

»Por lo que sé, creo que la misma naturaleza de los repiques dicta que solamente pueden regresar al mundo de la vida a través de la misma puerta por la que fueron desterrados, si se cumplen los requisitos estrictos del mecanismo de equilibrio. Por esa razón he venido hasta aquí.

Franca reflexionaba con la mirada perdida.

—Sí, tiene sentido. Esa puerta, esté donde esté, tiene que estar abierta.

—Aunque no sepas dónde están sepultados los repiques, tal vez puedas ser mi guía.

La mirada de la mujer se trabó de nuevo con la de Zedd.

—¿Por dónde podemos buscar? ¿Sabes por dónde podemos empezar?

Después de beber otro sorbo de té, Zedd dejó la taza.

—Pensaba que tal vez tú podrías ayudarme a entrar en la biblioteca.

—¿En la Biblioteca de Cultura del Ministerio?

—Esa misma. Allí se guardan, o al menos se guardaban, textos muy antiguos. Puesto que los repiques fueron desterrados aquí, en Anderith, es posible que la biblioteca contenga registros u otro tipo de información que indique dónde ocurrió y, por tanto, dónde se encuentra la puerta. E incluso podemos hallar otra información de interés.

—¿Cuáles son esos libros que buscas? Tal vez los conozco.

—No sé qué libros pueden ayudarnos, ni siquiera si esos libros existen y, en ese caso, donde están. Simplemente tengo que empezar a examinar los libros de la biblioteca y ver qué averiguo.

—Zedd, allí se guardan miles de libros.

—Lo sé. He estado antes allí.

—Supongamos que encuentras un libro que nombra el lugar. ¿Luego qué?

Zedd se encogió de hombros haciéndose el distraído.

—Vayamos paso a paso.

Si no conseguía información sobre cómo fueron desterrados los repiques, tenía una ligera idea de lo que debería hacer para descubrir el lugar de su sepultura. Incluso si encontraba esa información fácilmente, sin su magia no podría hacer nada para solucionar el problema. Seguramente tendría que recurrir a medidas desesperadas.

—¿Y bien? ¿Puedes conseguir que entre en la Biblioteca de Cultura?

—Sí, creo que en eso podré ayudarte. Como ander que soy y persona conocida en el Ministerio, tengo acceso. No todos pueden entrar. Los gobernantes han alterado la historia hasta tal punto que quienes hemos vivido parte de ella ni siquiera reconocemos nuestro pasado y mucho menos todo lo demás que nos han contado. —Franca despertó de sus cavilaciones y se irguió con una sonrisa corajosa—. ¿Cuándo quieres ir?

—Cuanto antes mejor.

—¿Crees que podrás pasar por un sabio que está de visita?

—No me costará nada fingir que me cuesta recordar incluso mi propio nombre.

12

—¡Oh, pero qué amable sois! —exclamó Zedd con fingido deleite cuando la mujer colocó frente a él, en el círculo de luz que emitía la alta lámpara, un volumen muy pesado—. Ahora ya no me cabe la menor duda: sois un buen espíritu que ha venido a ayudarme, señora Firkin.

La mujer se volvió bruscamente, tímida como una adolescente, y se ruborizó.

—Es mi trabajo, maese Rybnik.

Zedd se inclinó hacia ella y bajó la voz hasta convertirla en un susurro juguetón:

—Prefiero que las mujeres hermosas me llamen Ruben.

Cuando las circunstancias requerían que usara un alias, Zedd usaba el de Ruben Rybnik, pues le parecía un nombre muy elegante. En una vida sencilla como la suya de vez en cuando le asaltaba el impulso de ser extravagante. Zedd consideraba que divertirse era esencial para conservar el equilibrio. Algo tan simple como usar el nombre de Ruben Rybnik satisfacía esa necesidad.

La mujer parpadeó. No se daba cuenta de que Zedd flirteaba. Al mago le sorprendió, pues se trataba de una mujer bonita y suponía que habría tenido pretendientes ardientes toda la vida. Zedd tuvo que explicarse.

—Por esa razón, señora Firkin, preferiría que me llamaseis Ruben.

En un primer momento ella no reaccionó, pero luego Zedd vio en sus ojos castaño oscuro que establecía conexiones, y una risita nerviosa resonó en la sala larga. Algunas personas sentadas en las otras mesas alzaron la vista. Zedd reparó en que los ojos de un guardia se fijaban en ellos. La señora Firkin se tapó la boca con una mano, y su cara se puso escarlata.

—Ruben. —Lllamarlo por su nombre de pila le pareció una travesura y soltó otra risita nerviosa. Antes de inclinarse hacia él miró alrededor—. Vedetta.

—Ah —susurró Zedd—. Vedetta. Es un nombre precioso.

La mujer se marchó apresuradamente riéndose entre dientes. Sus pasos resonaron suavemente en la enorme sala, situada en el piso inferior de los dos que ocupaba la elegante Biblioteca de Anderith. Desde donde estaba sentado, Zedd había contemplado hacía ya bastante rato la puesta de sol. Las numerosas lámparas bañaban con luz cálida el roble color miel de la sala y proporcionaban iluminación a quienes estaban más interesados en devorar palabras que una buena cena.

Zedd arrastró frente a sí el pesado volumen que Vedetta Firkin había encontrado. Le bastó un somero vistazo para comprobar que no le servía. No obstante, lo abrió y fingió leerlo con interés.

En verdad no leía ése, sino otro colocado en la parte superior derecha. Incluso con la cabeza inclinada podía volver los ojos hacia la derecha y leer el otro, de forma que engañaba a cualquier curioso que pasara junto a él. En la biblioteca había localizado a un puñado de esos curiosos.

Había armado un buen alboroto con su aparición espectacular; de pie en la entrada de la biblioteca anunció dramáticamente que tenía una hipótesis acerca de la ley referente a la responsabilidad que tenían los proveedores secundarios de mercancías con los firmantes de acuerdos comerciales invalidados por cláusulas que implicaban actos de Creación no especificadas específicamente en el subtexto, pero implícitas en el derecho consuetudinario emanado de los antiguos principios del comercio. Además estaba seguro de que podría demostrarlas basándose en los espléndidos casos de derecho racional que se exponían en los ejemplos hallados en la historia del derecho de Anderith.

Nadie había osado rebatirlo, y todos en la biblioteca le habían dejado llevar a cabo su investigación. El hecho de que lo acompañara Franca, alguien conocido en la biblioteca, ayudó.

Ya era tarde, y los empleados de la biblioteca querían irse a casa, pero temían incurrir en las iras de alguien tan versado en leyes como él. Puesto que Zedd no se iba, unos pocos lo imitaron, tal vez para aprovechar ese tiempo extra de estudio o para vigilar a Zedd.

Franca ocupaba la misma mesa que el mago pero estaba sentada al otro lado y no directamente frente a él, para dejar espacio a todos los libros que habían esparcido. Estudiaba minuciosamente los libros y de vez en cuando le señalaba informaciones que pensaba podrían interesarle. Franca era lista y le llamaba la atención sobre cosas que pocos de los presentes podían comprender, cosas que podían ser significativas, pero que hasta entonces no les habían sido de utilidad. Zedd ignoraba lo que buscaba exactamente, pero sabía que aún no lo había encontrado.

Tan concentrado estaba en la lectura que se sobresaltó al notar una mano en el hombro.

—Perdón —susurró Vedetta.

Zedd dirigió una sonrisa a la tímida dama.

—No pasa nada, mi querida Vedetta. —Alzó las cejas en gesto interrogativo.

—Oh. —Ella introdujo una mano en el bolsillo del delantal. Mientras rebuscaba se ruborizó de nuevo—. Ya lo tengo —anunció al fin.

—¿El qué? —susurró Zedd.

La mujer se acercó más a él y bajó la voz. Zedd se fijó en que Franca los observaba desde el otro lado de la mesa fingiéndose enfrascada en la lectura de un libro.

—Se supone que no debemos enseñar esto a nadie. Es muy raro y valioso. —Se sonrojó otra vez—. Pero tú eres un hombre especial, Ruben, tan brillante y demás, que lo he sacado de la cripta para que lo vieras un momento.

—¿De veras? ¡Qué amable eres, Vedetta! ¿De qué se trata?

—No lo sé exactamente, pero perteneció al mismísimo Joseph Ander.

—¿No me digas? —repuso Zedd arrastrando las palabras.

Vedetta asintió muy seria.

—Así es. La Montaña.

—¿Cómo?

—La Montaña. Así lo llamaban algunos de sus contemporáneos. A veces, cuando no tengo nada que hacer, leo los textos antiguos de esa época para saber más cosas de nuestro venerado antepasado, Joseph Ander. Por lo que he deducido, en su época algunos lo apodaban la Montaña.

Zedd la miraba absorto mientras ella sacaba la mano del delantal. Sostenía un objeto pequeño. El mago pensó que era demasiado pequeño para ser un libro y sufrió una decepción.

Inmediatamente notó como si el corazón le hubiera dejado de latir un segundo al comprobar que se trataba realmente de un libro negro de reducidas dimensiones: un libro de viaje. Aún conservaba el grabado en el lomo.

Zedd se humedeció los labios. Vedetta sostenía el libro delante de él con ambas manos. El mago apoyó un dedo en el labio inferior. Por mucho que Zedd fuese un erudito vestido lujosamente, la mujer no tenía ninguna intención de perder de vista una posesión tan valiosa. Cerca de la puerta de la cripta dos guardias armados vigilaban, aunque no parecían especialmente interesados en Zedd.

—¿Puedo ver qué pone, Vedetta? —le preguntó en un tenso susurro.

—Bueno... bueno, supongo que no puede pasar nada malo.

La mujer abrió la tapa cuidadosamente. El libro de viaje se había conservado en un estado impecable, aunque el que Ann solía llevar era igual de antiguo y estaba igual de impecable. Los libros de viaje eran objetos mágicos, lo cual explicaba, probablemente, que parecieran nuevos pese a haber sido usados durante miles de años. Eso y el cuidado con el que las Hermanas los manejaban. Vedetta lo trataba con igual cuidado.

Zedd se quedó paralizado. Montaña. Entonces lo entendió; *El Gemelo de la Montaña* era la pareja de ese libro de viaje. En su cabeza todo encajó. *El Gemelo de la Montaña* había sido destruido y con él, posiblemente, cómo deshacerse de los repiques.

Pero el libro que tenía delante era el libro de viaje de Joseph Ander y debía de contener las mismas palabras, a no ser que hubiesen sido borradas con el estilo.

Observó, embelesado, cómo Vedetta Firkin giraba la primera página, que estaba en blanco. Un mago muerto tres mil años atrás estaba a punto de hablarle.

Zedd se quedó mirando las palabras escritas en la página siguiente. Por mucho que se fijara no tenían sentido. Se temió que fuese un hechizo para impedir que alguien las leyera.

Pero no lo era. Además, la magia había fallado. De existir ese hechizo, ya no funcionaría. Al estudiar más detenidamente lo escrito se dio cuenta de que se trataba de un idioma que desconocía.

Entonces tuvo una inspiración: era d'haraniano culto. A Zedd se le cayó el alma a los pies. Era una lengua que casi nadie conocía. Richard le contó que la aprendió, pero se hallaba de camino a Aydindril. Sería inútil tratar de encontrarlo y mucho menos de atraparlo.

Además, los responsables de la biblioteca no le permitirían llevarse ese libro y, sin magia, Zedd no podía hacer nada contra eso.

—Es espléndido —susurró Zedd mientras miraba a la mujer que lentamente volvía las hojas del libro.

—Sí que lo es, ¿verdad? —replicó ella en tono de profunda veneración—. A veces voy a la cripta, me siento y me limito a mirar las cosas escritas por Joseph Ander. Siento escalofríos al imaginarme sus dedos pasando las hojas —confesó.

—A mí me ocurre lo mismo.

Vedetta se alegró de oírlo.

—Es una lástima que nadie haya podido traducirlo. Ni siquiera sabemos de qué idioma puede tratarse. Algunos de nuestros estudiosos creen que está escrito en una clave antigua que usaban los magos.

»Joseph Ander era un mago —le reveló en voz muy baja—. Poca gente lo sabe, pero lo era. Era un gran hombre.

Zedd se preguntó cómo sabían que era un gran hombre si no tenían ni idea de lo que había dicho. Entonces cayó en la cuenta de que justamente por eso lo reverenciaban.

—Un mago —repitió Zedd—. Lo normal sería que un mago quisiera que sus palabras se conocieran.

Vedetta se rió tontamente.

—Oh, tú no sabes nada sobre magos, Ruben. Ellos son así: misteriosos.

—Supongo que tienes razón —replicó Zedd distraídamente mientras buscaba una palabra que pudiera tener significado entre las que pasaban fugazmente ante sus ojos.

Fue inútil.

—Excepto esto de aquí —le confesó Vedetta en un susurro casi inaudible, mientras que se aseguraba de que nadie miraba. Señalaba una página casi al final—. Por casualidad he logrado descifrar estas palabras de aquí. Sólo estas dos.

—¿De veras? «Fuer Owbens» —leyó Zedd para sí. Alzó la mirada hacia los excitados ojos de Vedetta—. Vedetta, ¿sabes de verdad lo que significa «Fuer Owbens» o es una suposición?

—Lo sé de verdad. Por casualidad me topé con un pasaje en otro libro titulado *El Dominio de la Yesca* que menciona ambas palabras y utiliza las dos versiones. Trata de...

—¿Y descifraste estas palabras? ¿Qué significan?

—Los Hornos —le dijo al oído.

Zedd giró la cabeza y clavó la mirada en los ojos oscuros de la mujer.

—¿Los Hornos?

—Eso es. Los Hornos.

—¿Tienes idea de lo que significa? —preguntó Zedd extrañado.

Vedetta cerró de golpe el pequeño libro negro.

—No, lo siento. —Se irguió—. Se está haciendo tarde, Ruben. Los guardias me dijeron que después de enseñártelo querían cerrar.

Zedd no trató de disimular su decepción.

—Pues claro. Supongo que todos quieren irse a casa, cenar e irse a dormir.

—Pero puedes volver mañana, Ruben. Estaré encantada de ayudarte otra vez.

Zedd se acariciaba los labios mientras su mente revisaba frenéticamente todo lo que había averiguado ese día, hasta el último detalle, tratando de discernir si algo de todo eso le sería útil. No era probable.

—¿Qué? Perdona. ¿Qué has dicho?

—He dicho que espero que vuelvas mañana. Estaría encantada de ayudarte otra vez. —Vedetta sonrió tímidamente—. A diferencia de la mayoría de los que vienen aquí, tú eres un desafío. Pocas personas investigan los libros antiguos como tú haces. Es una lástima. Hoy en día la gente no respeta el conocimiento del pasado.

—No, no lo respetan —confirmó él muy seriamente—. Me encantará volver mañana, Vedetta.

La mujer volvió a ruborizarse.

—Quizá... si quieres, podrías venir a mi apartamento y te prepararía algo para comer.

Zedd sonrió.

—Me encantaría, Vedetta, y eres realmente muy amable, pero no será posible. He venido con Franca. Ella me hospeda, y tenemos que volver juntos a Fairfield para hablar de la investigación. Mi proyecto, ya sabes. La ley.

—Lo comprendo —dijo Vedetta mostrándose abatida—. Bueno, espero verte mañana.

Zedd le cogió una manga cuando ella ya daba media vuelta.

—Vedetta, mañana podría aceptar tu oferta. Si es que mañana aún sigue en pie, claro está.

Vedetta resplandecía.

—Pues claro. Sí, de hecho mañana será mejor. Tendré oportunidad de... bueno, mañana me va bien. Estoy segura de que mañana por la noche mi hija no estará, y podremos cenar los dos solitos.

»Mi marido murió hace seis años —añadió jugueteando con el cuello del vestido—. Era un buen hombre.

—De eso estoy seguro. —Zedd se puso en pie y le hizo una profunda reverencia—. Mañana por la noche. Ah, y gracias por enseñarme el libro especial de la cripta. Ha sido todo un honor.

—Buenas noches, Ruben.

Vedetta dio media vuelta y se marchó sonriendo de oreja a oreja.

Zedd la despidió agitando los dedos y dirigiéndole una amplia sonrisa. Tan pronto como la vio desaparecer en la cripta, hizo un gesto a Franca.

—Vámonos.

Franca cerró los libros y se acercó al mago. Zedd le ofreció el brazo mientras ascendían juntos por la espléndida escalinata. En la baranda de roble, de casi treinta centímetros de ancho y esculpida con un perfil exquisito, se reflejaba la luz de las lámparas que flanqueaban la escalinata.

—¿Has tenido suerte? —susurró Franca cuando ya nadie podía oírlos.

Zedd echó un vistazo por encima del hombro para asegurarse de que ninguna de las personas que habían mostrado interés por ellos los seguía. Sospechaba al menos de tres, pero estaban demasiado lejos, ocupados recogiendo sus papeles y colocando en su sitio los libros. No podrían oírlos a menos que tuvieran el don.

Pero desde que la magia había fallado eso quedaba descartado. Era una pequeña ventaja.

—No —contestó Zedd resignado—. No he visto nada que pueda ayudarnos.

—¿Qué era ese librito que sacó la bibliotecaria de la cripta? Ese que no te dejó ni tocar.

—Bah. Nada que pueda servirnos. Está escrito en d'haraniano culto. —La miró por el rabillo del ojo—. Tú no sabrás d'haraniano culto, ¿verdad?

—No. Sólo lo he visto un par de veces en toda mi vida.

Zedd suspiró.

—La bibliotecaria sólo conocía el significado de dos palabras, sólo dos de todo el libro: «Los Hornos».

Franca se detuvo en medio de la escalera. Casi habían llegado arriba.

—¿«Los Hornos»?

—Pues sí. ¿Sabes qué significa?

Franca hizo un gesto afirmativo.

—Es un lugar que solamente los que tenemos el don conocemos. Mi madre me llevó allí una vez.

—¿Qué es? ¿Qué clase de lugar es?

Franca rebuscó entre los recuerdos.

—Bueno..., es un lugar anormalmente cálido. Una cueva. En esa cueva tan caliente uno siente... el poder de la magia, aunque en realidad está vacía.

—No entiendo.

Franca se encogió de hombros.

—Yo tampoco. Allí no hay nada, pero es un lugar muy extraño que tan sólo los que tenemos el don sabemos apreciar. Te transmite una especie de... no sé cómo definirlo. Es como si te recorriera un estremecimiento de poder. Pero los que no tienen el don no pueden sentirlo.

»No hablo nunca a nadie de Los Hornos —añadió tras asegurarse de que nadie los escuchaba—. Es un lugar secreto. Sólo para los dotados. Puesto que no sabemos qué hay allí, lo mantenemos en secreto.

—Tengo que ir. ¿Podemos ir ahora?

—Está muy arriba, en las montañas, a varios días de viaje. Si quieres, partiremos por la mañana.

Zedd reflexionó.

—No, creo que prefiero ir solo.

Franca pareció sentirse herida, pero si ese lugar era lo que Zedd sospechaba, prefería que ella no fuese. Además, en realidad apenas la conocía y no estaba seguro de si podía confiar en ella.

—Escúchame, Franca, puede ser peligroso, y si algo te ocurriera nunca me lo perdonaría. Ya me has dedicado mucho tiempo y esfuerzos. Ya has arriesgado bastante.

Esas palabras hicieron sentirse mejor a Franca.

—Supongo que alguien tendrá que decir a Vedetta que mañana no podréis cenar juntos. Tendrá una decepción. Si yo fuese ella —añadió con una sonrisa—, me llevaría una buena desilusión.

13

Zedd gruñó por el esfuerzo mientras desensillaba a *Araña*. Se dijo que ya estaba demasiado viejo para ese tipo de tareas. Sonrió ante la ironía de la situación.

Dejó caer la silla encima de un tronco para que no entrara en contacto con el suelo. *Araña* se mostró muy dócil mientras le quitaba el resto del aparejo. Zedd lo fue dejando todo encima de la silla. Luego lo cubrió con la sudadera.

El tronco con el aparejo encima estaba pegado al tronco de un viejo pino, por lo que hasta cierto punto quedaba protegido de los elementos. Zedd apiló ramas de pino encima y las apoyó contra el tronco del pino, entrelazándolas, para tratar de mantener el equipo seco. La lluvia no tardaría en arreciar.

Araña, sin nada que hacer, pastaba cerca de allí, aunque no lo perdía de vista y se mantenía con el oído atento. Habían cabalgado sin descanso cuatro días seguidos cruzando el río Drun y luego ascendiendo hacia las montañas. Zedd había acusado la dureza del viaje más que la yegua; *Araña* era joven, pero él ya no. Después de comprobar que la yegua pastaba alegremente, decidió poner manos a la obra.

Media docena escasa de pinos le tapaban la vista de su meta. Zedd avanzó rápidamente por la silenciosa orilla para bordearlos. Después de dejarlos atrás se subió a una roca que se adentraba en el lago, casi como si se subiera a un podio. Con las manos en jarras inspeccionó el lago.

Era un paraje cautivador. A su espalda el espeso bosque se detenía a poca distancia del lago, sin tocarlo, como si temiera acercarse demasiado. Eso dejaba un acceso fácil, nivelado y casi por completo despejado, excepto por unos pocos pinos valerosos. La península estaba cubierta intermitentemente por maleza, aunque lo que dominaban eran las grandes matas de hierba. Entre la hierba asomaban florecillas silvestres azules y rosadas.

Alrededor del resto del lago de montaña se alzaban paredes escarpadas de roca. Si esa extensión de agua aislada y remota tenía un nombre, Zedd lo desconocía. No había otro modo de llegar hasta allí que esa única orilla.

Las montañas de enfrente y de la izquierda eran recortadas, acogían en su regazo campos inclinados y alcanzaban una altura aún mayor. Tan sólo un puñado de árboles esmirriados y tenaces hundían sus raíces en la roca. A su derecha precipicios de piedra oscura tapaban la vista, aunque Zedd sabía que más allá solamente había montañas.

Al otro lado del lago el agua se precipitaba en cascada por el borde de una pared de roca que sobresalía. Las calmadas aguas del lago reflejaban la apacible escena.

Las aguas heladas de la cascada procedían de las tierras altas, del extenso lago situado en las alturas, un lugar yermo e inhóspito habitado únicamente por el pájaro del valle Nareef. Esas aguas formaban parte de la cabecera del río Dammar, que a su vez desembocaba en el Drun. Las aguas gélidas procedentes de ese lugar de muerte descendían dibujando eses hacia el valle Nareef y daban vida.

Detrás de la cascada estaban Los Hornos. En la pared de roca de detrás del salto de agua, tres mil años atrás, los repiques habían sido sepultados a través de un portal que se abría al inframundo.

Pero volvían a estar libres. Allí aguardaban un alma. A Zedd se le puso la piel de gallina de sólo pensarlo; era como si un millar de arañas le subieran por las piernas.

Por enésima vez trató de invocar su don mágico. Trató de convencerse lo mejor que pudo de que esa vez lo conseguiría. Abrió los brazos y los levantó con las palmas hacia arriba, tratando de producir algo de magia.

Pero el plácido lago no fue testigo de ninguna manifestación mágica. Las montañas fueron testimonios mudos de su fracaso.

Zedd suspiró desde lo más profundo de su ser. Se sentía muy solo y muy anciano. Había imaginado cómo sucedería de mil maneras distintas, pero nunca había pensado que iba a morir de ese modo.

Ésa era la razón por la que no podía permitir que Richard supiera que los repiques andaban sueltos. Richard no habría aceptado lo que Zedd se proponía. Richard le habría impedido cumplir con su deber.

El mago alejó de sí esa melancolía que lo oprimía e inspeccionó el lago con la mirada. Tenía que concentrarse en lo que estaba haciendo o fracasaría, y entonces su sacrificio sería inútil. Si realmente iba a hacerlo, debía actuar correctamente. Zedd creía en la satisfacción que reporta el trabajo bien hecho, incluso si se trataba de un trabajo como éste.

Mientras estudiaba la escena con ojo avezado se dio cuenta de que lo que en un principio le habían parecido aguas mansas ocultaban algo más. El agua hervía de cosas invisibles que se desplazaban en corrientes acechantes llenas de mala intención. El agua hervía de repiques de la muerte.

Zedd observó de nuevo la cascada. Detrás de ella distinguía apenas las fauces negras de la cueva. Tenía que llegar allí cruzando el lago, cruzando las aguas en las que se agitaban los repiques.

—¡Sentrosi! —gritó abriendo los brazos—. ¡He venido a ofrecerte libremente el alma que anhelas! ¡Mi alma! ¡Te entrego lo que es mío!

Las llamas hirvieron en torno a la cortina de agua y la consumieron en grandes gotas de fuego que rugían. Brotaban rodando del lugar llamado Los Hornos. El fuego tiñó la superficie del lago de color naranja con reflejos de su calor. Por un momento la cascada se convirtió en vapor. Del blanco vapor manaban volutas de humo negro como la noche que se enlazaban para formar una columna siniestra que señalaba las fauces de la muerte.

Se oyó un repique límpido que resonó en las montañas. Era la respuesta de Sentrosi. La respuesta era sí.

—¡Reechani! —gritó hacia el agua que tenía delante—. ¡Vasi! —gritó hacia el aire que lo rodeaba—. Dejadme pasar. He venido a entregaros mi alma a todos.

El agua se arremolinó y giró como si un banco de peces se hubiera congregado en la orilla ante Zedd. El agua misma parecía viva, anhelante, hambrienta. Zedd se dijo que seguramente era así.

Notaba el aire denso a su alrededor que le presionaba, animándolo a moverse. El agua se levantó y se rizó en un gesto de invitación hacia Los Hornos. En el aire zumbaban los repiques; innumerables campanas distintas que juntas creaban un sonido cristalino. El aire olía a quemado.

Puesto que había empezado a llover, Zedd se dijo que no importaba mojarse un poco más y se metió en el agua.

En lugar de nadar, como esperaba, descubrió que la superficie era lo suficientemente sólida para sostenerlo. Le recordaba el hielo, pero se movía. Allí donde pisaba se formaban ondas que se tocaban y retrocedían, como si avanzara por un simple charco. A cada paso que daba encontraba algo que lo sostenía.

Lo aguantaban los repiques, Reechani en concreto, que lo conducía hacia su reina: la muerte. Vasi, el repique del aire, lo escoltaba rodeándolo con una mortaja.

Zedd podía sentir el inframundo en el aire y la humedad en los pies. Sabía que cada paso que daba podía ser el último.

Recordó a Juni, el cazador de la gente barro que había muerto ahogado. Se preguntó si habría encontrado la paz que buscaba, la paz que los repiques le habían ofrecido antes de matarlo.

Conociendo el propósito que movía a los repiques, Zedd mucho se temía que después de tentar a sus víctimas con una tranquilidad seductora y antes de arrancarles la vida, las aterrorizaban.

Antes de llegar a la cascada algo invisible atravesó la cortina acuosa. Unas manos intangibles separaron la cascada en dos y dejaron en el centro una abertura por la que Zedd podía adentrarse en la cueva. Zedd supuso que Sentrosi, el repique del fuego, lo prefería razonablemente seco.

Al pisar la abertura en la roca, antes de internarse en la cueva, *Araña* lanzó un resoplido de censura. Zedd se volvió.

Vio la yegua en la orilla del lago con los pies separados y los músculos tensos. Tenía las orejas inclinadas hacia atrás y los ojos encendidos. La cola se agitaba de un lado al otro y le azotaba los flancos.

—No pasa nada, *Araña* —gritó Zedd al agitado animal—. Eres libre. Si no regreso... que tengas una vida muy feliz, amiga mía. Sé feliz.

Araña emitió un grito de enfado interminable. Zedd se despidió de ella con un gesto. El grito se convirtió en un bramido profundo.

Zedd se dio media vuelta y penetró en la oscuridad dejando atrás la cascada. La cortina de agua que se precipitaba desde lo alto se cerró tras él.

El mago no vaciló. Iba a dar a los repiques lo que querían: un alma. Intentaría hacerlo sin dejarse la piel, aunque sin magia tenía pocas esperanzas de lograr lo que se proponía y salir con vida.

Por ser Primer Mago conocía el problema al que se enfrentaba. Los repiques necesitaban un alma para permanecer en el mundo de los vivos; de ese modo habían sido conjurados. Y no sólo eso, sino que necesitaban un alma en concreto: el alma que les había sido prometida.

Pero los repiques eran seres del inframundo y además sin alma, por lo que probablemente no comprendían lo que significaba tener un alma ni tampoco la naturaleza del alma que les había sido prometida. Naturalmente se aplicaban determinados preceptos intrínsecos, pero más allá de eso los repiques se encontraban en un mundo que les resultaba extraño. Esa ignorancia era la única esperanza de Zedd.

Debido al estrecho parentesco que lo unía a Richard y a que indirectamente, a través de su hija, Zedd le había dado la vida, sus almas compartían lazos etéreos. Del mismo modo que existía una relación física, también existía una relación anímica; del mismo modo que compartían algunos rasgos físicos, por ejemplo la forma de la boca, también sus almas presentaban rasgos comunes.

No obstante, cada alma era única e individual, y justamente en eso radicaba el peligro.

Zedd esperaba que los repiques confundieran su alma con el alma que necesitaban, que la tomaran y que, en último término, por tratarse del alma equivocada, se atragantaran con ella. En sentido figurado, naturalmente.

Ésa era su única esperanza. No se le ocurría otra forma de detener a los repiques. Cada día que pasaba, la amenaza que pesaba sobre el mundo de los vivos era más grave. Cada día morían personas. Cada día la magia era más débil.

Por mucho que deseara seguir viviendo, a Zedd no se le ocurría nada más que sacrificar su vida para acabar con los repiques antes de que fuera demasiado tarde.

Cuando los repiques se abrieran al alma que les había sido prometida, serían vulnerables. Zedd esperaba que su alma rompiera el flujo del hechizo que les había permitido entrar en el mundo de los vivos.

No era una esperanza vana, pues Zedd era mago. De hecho era un enfoque razonado. Discutible, pero razonado.

Zedd sabía que, como mínimo, lo que se proponía perturbaría el hechizo hasta cierto punto. Era como si se dispusiera a lanzar una flecha a un animal con la intención de matarlo o, si fallaba, al menos herirlo.

Lo que ignoraba era lo que le ocurriría a él, aunque no se las prometía muy felices. Lo más razonable era pensar que si los repiques no le arrancaban el alma y, por tanto, lo mataban, de todos modos se enfurecerían y se vengarían de él.

Zedd sonrió. El otro plato de la balanza era que por fin volvería a ver a su amada Erilyn en el mundo de los espíritus, donde sabía que su alma lo estaba esperando.

Dentro de la cueva el calor era agobiante. Las paredes giraban lentamente, caían y se retorcían en fuego líquido.

Zedd estaba en el interior de la bestia.

Desde el centro de esa cueva con vida propia Sentrosi, el repique del fuego, fijó en Zedd su mirada letal. Lenguas de fuego paladearon el aire que lo rodeaba. Sentrosi sonrió; una espiral de llamas amarillas.

Por última vez Zedd intentó, en vano, invocar su magia.

Sentrosi corrió hacia él a una velocidad de vértigo, con un anhelo aterrador.

Zedd sintió un dolor atroz en todos y cada uno de sus nervios, al tiempo que el suplicio se adueñaba asimismo de su alma.

El mundo estalló. El grito de Zedd brotó como un repique ensordecedor.

Richard lanzó un grito. El dolor del repique, desgarrador y resonante, fue tal que le pareció que le partía el cráneo.

Mientras caía hacia atrás por los flancos del caballo apenas era consciente de lo que lo rodeaba. Dio la bienvenida al dolor que sintió al estrellarse contra el suelo, pues lo desvió del apabullante tañido que destruía su control e impelía su grito. Se aovilló en la carretera, sosteniéndose la cabeza, llorando de dolor sin poderse controlar. El mundo se había convertido en un suplicio abrasador.

Sus acompañantes desmontaron de un salto y gritaron órdenes. Para Richard eran sólo formas borrosas que se movían raudas como flechas. No entendía lo que decían. No reconocía a nadie. Lo único que era capaz de entender era el dolor. Mientras luchaba contra ese despiadado torrente de sufrimiento no podía hacer nada más que mantener un frágil hilo que lo conectaba con su consciente, con la vida.

Lo único que lo mantenía con vida era haber pasado la prueba de dolor a la que debían someterse todos los futuros magos y haber sobrevivido a ella. Si no hubiese aprendido ciertas lecciones, ya estaría muerto.

Richard estaba solo en su infierno particular. No sabía por cuánto tiempo podría seguir aferrándose a la vida.

El mundo pareció volverse loco de repente. Biata arrancó a correr por la pradera. Corría para salvar la vida. El terror la inundaba.

Turner ya no gritaba. Mientras duró había sido horrible, pero solamente había durado unos segundos.

—¡Basta! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Basta! ¿Os habéis vuelto locos? ¡Basta!

En el aire todavía resonaba el sonido del Dominie Dirtch. El grave tañido había levantado polvo de la hierba, por lo que parecía como si el suelo a su alrededor humeara. Temblaba y formaba pequeñas bolas con la tierra. Incluso había derribado un pequeño árbol solitario plantado por el último escuadrón. El mundo entero vibró con un zumbido espectral.

A Biata se le escapaban las lágrimas mientras corría a toda prisa por la pradera, gritándoles que dejaran de tocar la campana.

Turner iba en cabeza. Era el explorador de una patrulla rutinaria para comprobar que el área frente al Dominie Dirtch estuviera despejada.

El grito de Turner había cesado pocos segundos después de que el Dominie Dirtch sonara, pero el dolor y el horror que transmitía aún resonaba en la cabeza de la muchacha. Sabía que nunca olvidaría ese grito por muchos años que viviera.

—¡Basta! —volvió a gritar agarrándose a la barandilla para girar el cuerpo y enfilar la escalera—. ¡Basta! —repitió mientras subía los escalones a todo correr.

Biata irrumpió en la plataforma con los puños levantados, lista para dar una paliza al idiota que había tocado el Dominie Dirtch. Jadeando como una loca, se detuvo y miró a su alrededor. Vio a Emmeline paralizada, con los ojos desorbitados por la impresión. También Bryce parecía haber perdido la razón y la miraba inmóvil y aterrado.

El largo ariete que se utilizaba para tocar el Dominie Dirtch seguía en su soporte. Ni Emmeline ni Bryce estaban siquiera cerca de él. Ninguno de los dos lo había utilizado para que la mortífera arma entrara en acción.

—¿Qué habéis hecho? —les gritó—. ¿Qué habéis hecho para tocarlo? ¡Os habéis vuelto locos! —Miró por encima del hombro la pila de huesos y sangre que sólo momentos antes era Turner.

»¡Lo habéis matado! —exclamó señalando la sangrienta pila—. ¿Por qué? ¿Qué pasa con vosotros?

Emmeline negó lentamente con la cabeza.

—Yo no me he movido ni un paso de donde estoy ahora.

Bryce empezaba a temblar.

—Yo tampoco, sargento. Ni ella ni yo hemos tocado la campana, lo juro. Ni siquiera estábamos cerca. Nosotros no hemos sido.

En el silencio, mientras los observaba fijamente, Biata oyó gritos lejanos. Miró la llanura en dirección al siguiente Dominie Dirtch; distinguió gente corriendo de un lado a otro, como si el mundo se hubiera vuelto loco de repente.

Giró sobre sí misma y miró en dirección contraria. Vio lo mismo: personas corriendo y gritando. Biata se protegió los ojos del sol y trató de ver más lejos. Vio los restos de dos soldados frente a la campana.

Estelle Ruffin y la cabo Marie Fauvel llegaron a lo que quedaba de Turner. Estelle comenzó a gritar agarrándose el pelo, mientras que Marie se volvió y vomitó.

Biata actuaba conforme al entrenamiento recibido. Ése era el procedimiento. Se decía que se había hecho así desde milenios atrás.

Cada escuadrón a cargo de un Dominie Dirtch enviaba una patrulla al mismo tiempo para explorar la zona. De ese modo, si algo o alguien merodeaba por allí, era imposible que evitara a un soldado y se escondiera en otra parte.

No había sido sólo el suyo; todos los Dominie Dirtch de la línea habían sonado sin que nadie los hubiera tocado.

Kahlan se aferraba a la camisa de Richard. Éste seguía enloquecido de dolor. Se había encogido sobre sí mismo, y Kahlan no lograba que deshiciera el ovillo. Aunque ignoraba qué estaba pasando exactamente, mucho se temía que lo adivinaba.

Richard corría peligro mortal. Lo había oído gritar y luego lo había visto caerse del caballo y darse contra el suelo. Lo que no sabía era por qué.

Su primer pensamiento fue que había sido alcanzado por una flecha. Se aterró al pensar que la flecha de un asesino lo había matado, pero no vio sangre. Conteniendo las emociones hizo un rápido examen inicial en busca de sangre, pero Richard no tenía ninguna herida.

Kahlan alzó la vista y vio que un millar de soldados d'haranianos se desplegaban a su alrededor. En el mismo instante en que Richard gritó y cayó del caballo, se pusieron en acción sin que Kahlan se lo ordenara. En un abrir y cerrar de ojos los soldados empuñaban espadas, blandían hachas que hasta entonces colgaban del cinto y alzaban lanzas.

En el perímetro que los rodeaba, los hombres pasaron rápidamente una pierna por encima del cuello de sus caballos y desmontaron de un brinco, empuñando sus armas y listos para el combate. Otros soldados cerraban filas y formaban el siguiente círculo de protección con las monturas vueltas hacia afuera, listos para la carga. Y las tropas que constituían la periferia de esa fuerza de elite habían partido al galope en busca de los atacantes y para limpiar la zona de enemigos.

Kahlan se había pasado media vida entre soldados y sabía mucho acerca de tropas de combate. Por su reacción supo que realmente eran una fuerza de elite. No fue necesario que diera ninguna orden; los soldados ejecutaban las maniobras defensivas que ella esperaba, y lo hacían más rápidamente que si hubiesen aguardado sus instrucciones.

Alrededor de Richard y de ella misma los maestros de armas baka tau mana formaban un pequeño círculo con las espadas desenvainadas y prestas. Tanto si Richard había sido atacado por una flecha, un dardo u otra cosa, los hombres que lo protegían no iban a permitir que su lord Rahl sufriera un segundo ataque. Rápidamente formaron un muro impenetrable a su alrededor.

En medio del aturdimiento provocado por la súbita confusión que reinaba a su alrededor, Kahlan se inquietó al pensar que Cara se enfurecería si permitían que a Richard le pasara algo malo. Después de todo, Kahlan le había prometido que lo protegería con su vida, como si fuese necesario prometérselo.

Du Chaillu se abrió paso entre sus maestros de armas y se agachó al otro lado de Richard. Llevaba una cantimplora y tela para vendar heridas.

—¿Has encontrado la herida?

—No —dijo Kahlan sin dejar de buscar.

Presionó con una mano la sien de Richard. Era como cuando Richard contrajo la plaga; estaba fuera de sí por la fiebre y ni siquiera sabía dónde se encontraba. Por cómo gritó y cayó del caballo, no podía ser una enfermedad, pero ardía de fiebre.

Du Chaillu le pasó un paño húmedo por la cara. Kahlan vio arrugas de preocupación en el rostro de la chamán.

Ella continuó examinando a Richard, tratando de descubrir si lo había alcanzado un dardo o tal vez un lance de ballesta. Richard temblaba y sufría leves convulsiones. Kahlan buscaba frenéticamente. Lo puso de lado para examinarle la espalda y encontrar la herida. Trataba de concentrarse en lo que estaba haciendo y no pensar en lo preocupada que estaba, o la impresión la paralizaría.

Cuando Kahlan lo tendió de nuevo de espaldas, Du Chaillu acarició la cara de Richard. Era como si no creyera necesario buscar una herida. La guía espiritual de los baka tau mana se inclinó hacia adelante e inició un canto en voz muy baja con palabras que Kahlan no comprendía.

—No encuentro nada —admitió Kahlan al fin, exasperada.

—Ni lo encontrarás —repuso Du Chaillu con voz distante.

—¿Por qué?

La chamán de los baka tau mana murmuraba palabras de cariño a Richard. Aunque Kahlan no comprendía su significado literal, sí entendía la emoción que contenían.

—No es una herida de este mundo —explicó Du Chaillu.

Kahlan echó un vistazo a los soldados que los rodeaban y puso las manos sobre el pecho de Richard en gesto protector.

—¿Qué significa eso?

Du Chaillu le apartó gentilmente las manos.

—Es una herida del espíritu. Del alma. Deja que yo me ocupe.

Kahlan presionó tiernamente con una mano el rostro de Richard.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó a Du Chaillu—. ¿Cómo puedes estar segura?

—Soy una guía espiritual. Sé reconocer estas cosas.

—Sólo porque...

—¿Has encontrado alguna herida?

Kahlan guardó silencio unos instantes y reconsideró sus propios sentimientos.

—¿Sabes cómo podemos ayudarlo? —preguntó al fin.

—Esto queda más allá de tus capacidades. —Du Chaillu inclinó la cabeza coronada por una mata de pelo oscuro y presionó con las manos el pecho de Richard.

»Déjame que lo haga yo o nuestro esposo morirá —murmuró.

Kahlan se sentó sobre los talones y contempló a la guía espiritual de los baka tau mana que, con la cabeza gacha y las manos encima de Richard, cerraba los ojos como para entrar en una especie de trance.

Susurraba palabras más para sí misma que para los demás. Temblaba y los brazos se le agitaban. Contrajo la cara de dolor. De repente se derrumbó hacia atrás y rompió la conexión. Kahlan la cogió en sus brazos para evitar que cayera.

—¿Estás bien?

Du Chaillu asintió.

—Mi poder. Ha funcionado. Lo he recuperado.

Kahlan miraba alternativamente a Du Chaillu y a Richard. Éste parecía más calmado.

—¿Qué has hecho? ¿Qué ha ocurrido?

—Algo trataba de llevarse su espíritu. Yo he utilizado mi capacidad para anular ese poder y evitar que la muerte se lo llevara.

—¿Has recuperado tu poder? —Kahlan vacilaba—. ¿Cómo es posible?

—No lo sé. Lo recuperaré cuando el *Caharin* gritó y se cayó del caballo. Lo supe porque pude sentir de nuevo el vínculo que me une a él.

—Tal vez los repiques han huido al inframundo.

Du Chaillu negó con la cabeza.

—No, fuera lo que fuera, ya ha pasado. Mi poder se desvanece de nuevo. —Se quedó un momento quieta antes de añadir—: Ya está, lo he perdido. Sólo lo he recuperado el tiempo suficiente para ayudarlo.

A continuación ordenó en voz baja a sus hombres que bajaran la guardia, pues el peligro había pasado.

Kahlan no estaba del todo convencida. Miró a Richard y vio que estaba calmado. Su respiración se normalizaba.

De repente el joven abrió los ojos y tuvo que entrecerrarlos para protegerse de la luz.

Du Chaillu se inclinó sobre él y le pasó el paño húmedo por la frente para limpiarle el sudor.

—Ahora ya estás bien, esposo mío —dijo.

—Du Chaillu, ¿cuántas veces tengo que decirte que yo no soy tu esposo? —masculló él—. Estás interpretando mal las leyes antiguas.

Du Chaillu sonrió a Kahlan.

—¿Lo ves? Ya está mejor.

—Gracias a los buenos espíritus que estabas aquí, Du Chaillu —susurró Kahlan.

—Eso díselo a él cuando vuelva a quejarse.

Kahlan no pudo evitar sonreír ante la frustración que Du Chaillu despertaba en Richard y por el alivio de que realmente su amado estuviese mejor. De pronto sintió deseos de echarse a llorar, pero se contuvo.

—Richard, ¿estás bien? ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué te caíste del caballo?

Richard quiso incorporarse, pero tanto Kahlan como Du Chaillu se lo impidieron.

—Tus dos esposas opinan que debes descansar un rato —le dijo Du Chaillu.

Richard no protestó. Sus ojos grises se posaron en Kahlan. Ésta le cogió un brazo con fuerza y dio nuevamente las gracias en silencio a los buenos espíritus.

—No estoy seguro de lo que pasó —dijo al fin—. Fue como si un sonido, el ensordecedor tañido de una campana, explotara en mi cabeza. Sentí un dolor como si... —Richard palideció—. No sé cómo explicarlo. Nunca antes había sentido algo parecido. —Se incorporó rechazando las manos que trataban de impedirle.

»Ahora ya estoy bien. Fuese lo que fuese, ha pasado. Se ha ido.

—Yo no estoy tan segura —objetó Kahlan.

—Yo sí. —Richard parecía poseído—. Fue como si algo me quisiera arrebatar el alma.

—No lo logró —dijo Du Chaillu—. Lo intentó, pero no te la arrebató.
Se mostraba tan seria que Kahlan la creyó.

La yegua se mantenía inmóvil con los cascos clavados en el suelo cubierto de hierba. La piel le temblaba. Su instinto le decía que echara a correr. Aunque oleadas de pánico recorrían su cuerpo, ella no se movía.

El hombre estaba más allá del agua que caía, en el agujero negro. A la yegua no le gustaban los agujeros; a ningún caballo le gustaban.

El hombre había gritado, y después el suelo tembló. Eso había pasado hacía mucho rato. Desde entonces la yegua no se había movido. En esos momentos todo estaba en silencio. Sin embargo, la yegua sabía que su amigo aún vivía. Lanzó un grito largo y grave.

Vivía, pero no salía del agujero. La yegua estaba sola. Y no hay nada peor para un caballo que estar solo.

14

Ann abrió los ojos y se sorprendió de ver, iluminada por una luz tenue, una cara que no había visto durante meses, desde que dejó de ser la Prelada en el Palacio de los Profetas de Tanimura, en el Viejo Mundo.

Una Hermana de mediana edad la miraba, siempre y cuando pudiera calificarse de «mediana edad» alguien que tuviera más de quinientos años.

—Hermana Alessandra.

Le costaba pronunciar las palabras. El labio aún no había sanado, y la mandíbula no le funcionaba del todo bien. Tal vez estuviera rota. Si lo estaba, no podía hacer nada. Tendría que curarse sola; no tenía magia para ayudarse.

—Prelada —la saludó la mujer en tono distante.

Ann recordó que Alessandra solía llevar una trenza larga enrollada que se sujetaba como un moño. Pero lo que vio fue un pelo castaño que empezaba a encanecer cortado a tijeretazos y suelto, aunque no le llegaba ni a los hombros. Ann pensó que de ese modo se disimulaba mejor la nariz algo prominente.

—Os he traído algo para comer, Prelada, si os encontráis con ánimos.

—¿Por qué? ¿Por qué me has traído comida?

—Su Excelencia quiere que os alimentéis.

—¿Por qué tú?

La mujer sonrió apenas.

—Porque no os gusto, Prelada.

Ann se esforzó por poner cara de pocos amigos, pero la tenía tan hinchada que no sabía si lo había conseguido.

—A decir verdad, hermana Alessandra, te amo del mismo modo que amo a todos los hijos del Creador. Simplemente detesto tus acciones, detesto que hayas entregado tu alma al Innombrable.

—Al Custodio del inframundo —la corrigió Alessandra con una sonrisa más amplia—. Así pues, ¿amáis a una mujer que es una Hermana de las Tinieblas?

Ann giró la cara, aunque el olor del cuenco humeante era muy tentador. No le apetecía conversar con una Hermana caída.

Las esposas y las cadenas le impedían comer sola, pero se negaba categóricamente a aceptar ayuda de las Hermanas que le habían mentido y traicionado, aunque ella les ofrecía la libertad. Hasta ese día la habían alimentado diferentes soldados, que detestaban hacerlo. Por lo visto, tanto les desagradaba alimentar a una anciana que ese deber había recaído en la hermana Alessandra.

La Hermana acercó una cucharada de sopa a la boca de Ann.

—Tomad un poco. La he preparado yo misma.

—¿Por qué?

—Porque he pensado que os gustaría.

—¿Te has aburrido ya de arrancar las patas a las hormigas, Hermana?

—Vaya, vaya, Prelada, pero qué buena memoria tenéis. No hago eso desde que era una niña recién llegada al Palacio de los Profetas. Si mal no recuerdo, fuisteis vos quien me convenció de que dejara de hacerlo y que reconociera que me sentía triste por haber abandonado mi hogar.

»Tomad un poco. Probadla, por favor.

Ann se sorprendió de que Alessandra le pidiera algo por favor. Abrió la boca. Aunque comer le dolía, la falta de alimento la estaba debilitando. Podría haberse negado a comer o hacer algo para provocar que la mataran, pero tenía una misión y, por tanto, una razón para vivir.

—No está mal, hermana Alessandra, nada mal.

Alessandra esbozó una sonrisa que parecía de orgullo.

—Ya os lo dije. Tomad un poco más.

Ann comía lentamente tratando de masticar muy suavemente las verduras del caldo para no hacerse más daño en la mandíbula. Los pedazos de carne eran más duros y se los tragaba enteros, por miedo a que la mandíbula no se le curara.

—Creo que os va a quedar una cicatriz en los labios.

—Mis amantes se desilusionarán si mi belleza se echa a perder.

La hermana Alessandra rió. No fue una risa dura ni cínica, sino una risa cantarina de diversión verdadera.

—Siempre habéis sabido cómo hacerme reír, Prelada.

—Sí —repuso Ann con acritud—, por eso me costó tanto darme cuenta de que te habías aliado con el mal. Creí que mi pequeña Alessandra, mi pequeña y feliz Alexandra, no se sentiría atraída hacia el corazón de la maldad. Creí que amabas la Luz.

La sonrisa de Alessandra se marchitó.

—Y la amaba, Prelada.

—Bah. Tú sólo te amabas a ti misma.

Alessandra removiò la sopa antes de ofrecerle otra cucharada.

—Quizá tenéis razón, Prelada. Acostumbráis a tenerla.

Ann masticaba lentamente las verduras de la sopa mientras pasaba revista a la tienda pequeña y mugrienta. Cuando la alojaron junto a las Hermanas de la Luz había organizado tal jaleo que Jagang ordenó que la trasladaran a una tienda pequeña para ella sola. Cada noche clavaban en el suelo una clavija larga de acero y la encadenaban a ella. Luego levantaban la tienda alrededor.

Por la mañana, cuando se preparaban para ponerse en marcha, la metían en una burda caja de madera que cerraban asegurándola con un perno o un cerrojo. Ann no estaba segura de qué era, pues ella estaba dentro cuando la abrían y la cerraban. Luego cargaban la caja con ella dentro en un carro sin ventanas ni ventilación. Lo sabía porque atisbaba por una rendija de la tapa que no ajustaba del todo bien.

Cuando se detenían a pernoctar, finalmente la sacaban de allí y una de las Hermanas la escoltaba hasta las letrinas antes de que la ataran al suelo y levantaran la tienda. Si durante el día tenía una necesidad, no tenía elección; o esperaba o se lo hacía encima.

De vez en cuando no se molestaban en levantar la tienda y la dejaban amarrada al suelo como a un perro.

Ann había tomado gusto a su pequeña tienda y se alegraba cuando la levantaban a su alrededor. Ése era su refugio privado, donde estirar las piernas y los brazos agarrotados, tumbarse y rezar.

La Prelada tragó la cucharada de sopa y preguntó:

—¿Y bien? ¿Te ha dicho Jagang que hagas algo más aparte de darme de comer? ¿Tal vez propinarme una paliza para que se divierta él o tú?

—No. Sólo alimentaros. Por lo que sé, aún no ha decidido qué hará con vos, pero mientras tanto os quiere mantener viva por si le sois útil algún día.

Ann miró a Alessandra remover el cuenco de sopa.

—No puede penetrar en tu mente. Lo sabes, ¿verdad? Ahora no puede.

—¿Por qué decís eso?

—Los repiques andan sueltos.

Alessandra dejó de remover la sopa.

—Eso he oído. —Nuevamente la cuchara comenzó a dar vueltas—. Son sólo rumores.

Ann rebulló para tratar de ponerse más cómoda sobre el suelo duro. Era extraño que con semejante relleno natural le molestaran tanto las irregularidades del suelo.

—Ojalá fuesen sólo rumores. ¿Por qué crees que tu magia no funciona?

—Sí funciona.

—Me refiero a la Magia de Suma.

Alessandra bajó la mirada.

—Bueno, supongo que no he tratado de usarla. Eso es todo. Si lo intentara, funcionaría, de eso no tengo ninguna duda.

—Pues inténtalo y verás que tengo razón.

Alessandra negó con la cabeza.

—Su Excelencia no lo permite, a no ser que él lo pida específicamente. No es... prudente desobedecer a Su Excelencia.

Ann se inclinó hacia la Hermana.

—Alessandra, los repiques están sueltos. La magia ha fallado. En nombre de la Creación, ¿por qué crees que estoy en este aprieto? Si pudiera usar mi magia, ¿crees que me habría dejado capturar tan fácilmente? Piensa, Alessandra. No eres estúpida; no te comportes como tal.

Si una cosa estaba clara sobre Alessandra era que no era ninguna estúpida. Ann no comprendía cómo una mujer inteligente podía dejarse engañar por las promesas del Custodio. Seguramente, ni siquiera los inteligentes eran inmunes a las mentiras.

Ann no la llamaba «Hermana», no sólo porque era un término de respeto, sino porque usar su nombre de pila le parecía una manera más directa y más íntima de hablar con una mujer a la que Ann conocía desde hacía quinientos años y a la que había apreciado. Usar el título de «Hermana» invocaba una conexión con las Hermanas de las Tinieblas.

—Alessandra, Jagang ya no puede entrar en tu cabeza. Su poder de Caminante de los Sueños ha desaparecido, al igual que el mío.

La hermana la miraba sin demostrar ninguna emoción.

—Tal vez su poder funciona en conjunción con el nuestro, incluso a través del nuestro, y aún es capaz de penetrar en la mente de las Hermanas de las Tinieblas.

—Bah. Piensas como una esclava. Si vas a pensar como una esclava, vete. No quiero hablar contigo si eres una esclava como por desgracia son las Hermanas de la Luz.

Alessandra no se mostraba muy dispuesta ni a marcharse ni a poner fin a la discusión.

—No os creo. Jagang es todopoderoso. Seguramente ahora mismo nos vigila, a través de mis ojos, y yo no me doy cuenta.

Ann tuvo que abrir la boca para tragarse la cucharada de sopa que de repente Alessandra le plantó delante de la cara. Masticó lentamente estudiando el rostro de su interlocutora.

—Podrías regresar a la Luz, Alessandra.

—¿Qué? —Al instante los ojos de la mujer centellearon de ira, que en seguida se convirtió en diversión—. Prelada, os habéis vuelto majara.

—¿De veras?

La hermana Alessandra la obligó a tomar otra cucharada de sopa.

—Pues sí. Me debo a mi señor del inframundo. Sirvo al Custodio. Comed.

Sin darle tiempo a tragar Alessandra le endilgó otra cucharada. Así comió media docena de cucharadas antes de poder decir ni media palabra.

—Alessandra, el Creador te perdonaría. El Creador es amor y perdón. Te acogería de nuevo en su seno. Podrías volver a la Luz. ¿No te gustaría refugiarte de nuevo en los amorosos brazos del Creador?

Inesperadamente la hermana le propinó un revés. Ann cayó de lado. Alessandra se alzó ante ella, enfurecida.

—¡El Custodio es mi señor! ¡No digáis blasfemias! Su Excelencia es mi amo en este mundo, y en el siguiente seré del Custodio. No permitiré que profanéis el juramento que he hecho a mi señor, ¿me oís?

Ann temió que el golpe de Alessandra acabara de echar a perder la recuperación de su mandíbula. El dolor era atroz. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Finalmente la hermana Alessandra agarró el mugriento vestido de Ann por el hombro y la sostuvo derecha.

—No permitiré que digáis eso, ¿entendido?

Ann guardó silencio por miedo a provocar otro estallido de ira. Por lo que se veía, el tema era tan delicado como el estado de su mandíbula.

—Apenas queda, pero os la tendríais que acabar —dijo Alessandra cogiendo el cuenco de sopa.

La Hermana se quedó mirando fijamente el cuenco, como si observara la cuchara que daba vueltas. Carraspeó y se disculpó.

—Lamento haberos golpeado.

Ann hizo un gesto afirmativo.

—Te perdono, Alessandra. —La hermana la miró con ojos que ya no reflejaban ira—. Te lo digo en serio, Alessandra —susurró Ann sinceramente, asombrada de las terribles emociones que luchaban en el interior de su antigua discípula.

Alessandra bajó de nuevo la mirada.

—No hay nada que perdonar. Soy lo que soy, y nada va a cambiarlo. No tenéis ni idea de lo que he llegado a hacer para convertirme en una Hermana de las Tinieblas. No tenéis ni idea del poder que he recibido a cambio. No os lo podéis imaginar, Prelada.

Ann a punto estuvo de preguntarle de qué le había servido todo ese poder, pero se mordió la lengua y acabó de tomar la sopa en silencio. Cada vez que tragaba se estremecía de dolor. Al acabar, Alessandra dejó ruidosamente la cuchara dentro del cuenco vacío.

—Estaba muy buena, Alessandra. Ha sido la mejor comida en... en todo el tiempo que llevo aquí. Supongo que deben de ser semanas.

La hermana Alessandra inclinó la cabeza y se levantó.

—Si no estoy ocupada, mañana os traeré más.

—Alessandra. —La hermana se volvió. Ann le buscó los ojos con la mirada—. ¿Podrías quedarte conmigo un rato?

—¿Para qué?

Ann se rió entre dientes amargamente.

—Me paso todo el día metida dentro de una caja, y por la noche me amarran al suelo. Me gustaría poder pasar un rato con alguien que conozco, eso es todo.

—Soy una Hermana de las Tinieblas.

Ann se encogió de hombros.

—Y yo soy una Hermana de la Luz. No obstante, me has traído sopa.

—Fue una orden.

—Ah. Lamento decir que eres más sincera de lo que fueron las Hermanas de la Luz. —Ann deshizo un lazo de la cadena, se dejó caer de lado y giró el rostro—. Siento que te interrumpieran para tener que cuidarme. Seguramente Jagang quiere que sigas siendo la ramera de sus hombres.

Se hizo el silencio en la tienda. Fuera los soldados reían, bebían y jugaban. Los diferentes aromas a carne asada se filtraban dentro. Por lo menos a Ann ya no le hacían ruido las tripas. La sopa estaba sabrosa.

A lo lejos sonó el grito de una mujer que se convirtió en una alegre carcajada. Sin duda era una de las mujeres que seguía al ejército. A veces los gritos eran de terror auténtico, y Ann se angustiaba al imaginarse lo que los soldados debían de estar haciendo a esas pobres mujeres.

Finalmente la hermana Alessandra volvió a sentarse.

—Creo que os haré un poco de compañía.

—Me encantaría, Alessandra. Te lo digo de veras.

La hermana Alessandra la ayudó a incorporarse, y después se quedaron sentadas en un silencio incómodo, escuchando los sonidos del campamento. Al fin Ann habló.

—He oído que la tienda de Jagang es impresionante. Muy lujosa.

—Sí, lo es. Es como un palacio que se levanta cada noche. No obstante, no puedo decir que me guste ir.

—Después de haberlo conocido, no me extraña nada. ¿Sabes adónde nos dirigimos?

Alessandra negó con la cabeza.

—Aquí, allí, ¿qué diferencia hay? Nosotras somos esclavas que servimos a Su Excelencia.

La voz de Alessandra sonaba desesperada. Ann pensó que podría convertir esa desesperanza en esperanza.

—¿Sabes, Alessandra?, él no puede penetrar en mi mente.

La hermana Alessandra la miró frunciendo el entrecejo, y Ann explicó que el vínculo con lord Rahl protegía a todos aquellos que le juraban lealtad. Se esforzó por formularlo en términos de lo que significaba para ella y para el resto de los leales a Richard a escala personal, sin que sonara como una oferta. Alessandra escuchó sin protestar.

—Ahora la magia del vínculo no funciona, pero la magia de Jagang tampoco funciona, por lo que sigo estando a salvo del Caminante de los Sueños. A no ser que venga en persona, claro está —concluyó con una risita.

Alessandra rió con ella. Ann movió las manos esposadas que mantenía en el regazo y acercó un poco más las cadenas para cruzar las piernas.

—Cuando por fin los repiques regresen al inframundo, junto a tu señor, el vínculo con Richard funcionará de nuevo y volveremos a estar protegidos de la magia de Jagang. En esta situación, saber que estoy a salvo del poder de Jagang es lo único que me consuela.

Alessandra permanecía muda.

—Naturalmente —prosiguió Ann—, debes de sentirte muy aliviada al no tener a Jagang en tu mente, al menos de momento.

—Una no sabe cuándo está ahí. No se nota nada a menos que... él lo quiera.

En vista de que Ann no replicaba, se alisó el regazo del vestido.

—Pero creo que desvariáis, Prelada. El Caminante de los Sueños está en mi mente ahora mismo y nos vigila.

Levantó la mirada esperando que Ann la contradijera, pero ésta se limitó a decir:

—Piensa en ello, Alessandra. Piensa en ello.

—Será mejor que regrese —anunció la hermana recogiendo el cuenco.

—Gracias por venir, Alessandra. Gracias por la sopa y gracias por hacerme compañía. Me ha gustado charlar contigo, otra vez.

Alessandra inclinó la cabeza y se marchó.

15

Aunque apenas se apreciaba, la pradera que se extendía hasta el horizonte delante del Dominie Dirtch de Biata estaba ligeramente más elevada que el terreno a ambos lados de la enorme arma de piedra, lo cual proporcionaba un equilibrio más sólido, especialmente para los caballos. Las lluvias habían dejado embarrada la suave hondonada de la derecha, y la de la izquierda también dejaba mucho que desear. Debido a la peculiar configuración del terreno, sobre todo después de las lluvias, la gente mostraba tendencia a aproximarse al puesto de Biata, a su Dominie Dirtch, más que a los otros.

Aunque los viajeros no eran muy numerosos, quienes pretendían entrar en Anderith desde la Tierra Salvaje tendían a aproximarse primero a su puesto. A Biata le gustaba mandar un poco, para variar, evaluar a los viajeros y decidir si podían entrar. Si pensaba que no deberían entrar en el país, los enviaba a un puesto fronterizo donde solicitar la entrada a los guardias.

Biata descubrió que era mucho mejor controlar asuntos importantes que estar indefensa. Era ella quien tomaba decisiones.

También era excitante ver desfilar a los viajeros. Era un cambio, una oportunidad para charlar con personas llegadas de muy lejos o ver sus extrañas vestiduras. Por lo general no viajaban más de dos o tres personas juntas, y todas la miraban con respeto, pues ella estaba al mando.

Pero en esa mañana soleada y radiante Biata notaba cómo el corazón le martilleaba contra las costillas. Esa vez era distinto, pues se acercaban muchos más que dos o tres. Esa vez parecía una amenaza auténtica.

—Carine, mantente preparada junto al ariete —ordenó.

—¿Estáis segura, sargento? —La haken la miró con ojos entrecerrados. Carine tenía una vista pésima y apenas veía nada más allá de treinta pasos. Los desconocidos aún estaban muy lejos.

Eso era nuevo para ella; era la primera vez que ordenaba que prepararan el ariete, al menos cuando alguien se acercaba. Naturalmente practicaban, pero nunca había ordenado que lo retiraran de su soporte en un caso real. En su ausencia, los soldados que estuvieran de servicio debían sacarlo si consideraban que se aproximaba una amenaza. Pero con Biata allí, era responsabilidad suya ordenar que lo prepararan. Ella estaba al mando. Sus hombres confiaban en ella.

Desde que ocurriera el terrible accidente habían añadido otra barra al soporte en el que descansaba el ariete, aunque sabían perfectamente que el ariete no había tocado el arma. Nadie les dijo que lo hicieran, pero Biata se sentía mejor restringiendo un poco más la acción del ariete. Se sentían como si hicieran algo para evitar que el accidente se repitiera, aunque no fuese así. Nadie sabía por qué el Dominie Dirtch había sonado.

Biata se limpió el sudor de las palmas en las caderas.

—Estoy segura. Hazlo.

Otras veces era sencillo decidir si quien se aproximaba era inofensivo o no. Se trataba de vendedores con un carro, nómadas de la Tierra Salvaje que querían intercambiar cosas con los soldados estacionados en la frontera, y a los que Biata nunca dejaba pasar, mercaderes que por una razón u otra cambiaban su ruta habitual, o incluso tropas de la guardia especial anders que regresaban de patrullar muy lejos.

Esos guardias anders no formaban parte de la tropa regular del ejército. Eran especiales; todos hombres. A Biata le parecían hombres acostumbrados a enfrentarse a todo tipo de dificultades. A los soldados regulares, como Biata, no les prestaban la más mínima atención.

En una ocasión, cuando se aproximaron a su puesto, Biata les dio el alto. Sabía quiénes eran porque el capitán Tolbert había hablado a todo el escuadrón de los guardias especiales anders y les dijo que

siempre debían dejarlos pasar. Biata pensó que eran compañeros y simplemente pretendía preguntarles si necesitaban algo.

Los guardias anders no se detuvieron cuando ella se lo ordenó. El hombre que iba en cabeza se limitó a hacer una mueca y pasó, seguido por una columna de hombres fornidos.

Pero los desconocidos que se acercaban no eran guardias anders. Biata era incapaz de clasificarlos, pero sabía que podían suponer una amenaza seria. Pudo distinguir a centenares de soldados a caballo vestidos con uniforme oscuro que se detuvieron y se desplegaron.

Incluso desde la distancia impresionaban.

Biata echó un vistazo a un lado y vio a Carine que impulsaba el ariete hacia atrás. Annette lo cogió también para ayudar a tañer el Dominie Dirtch. Biata brincó hacia ellas y agarró el astil del ariete antes de que pudieran balancearlo.

—¡No he ordenado que tocarais! Pero ¿qué pasa con vosotras? Bajad.

—Pero sargento —protestó Annette—, son soldados, muchos soldados, y no son de los nuestros. Eso está claro.

Biata la apartó de un empujón.

—Nos hacen señales. ¿Es que no lo ves?

—Pero sargento Biata —lloriqueó Annette—, no son de los nuestros. No se les ha perdido...

—¡Ni siquiera sabes qué quieren! —Biata se sentía a la vez asustada y enfadada, porque Carine y Annette habían estado a punto de tocar la campana sin que nadie se lo ordenara—. ¿Estáis locas? Ni siquiera sabéis quiénes son. Podríais haber matado a inocentes.

»Las dos haréis doble turno esta noche y toda la semana que viene por no obedecer las órdenes. ¿Entendido?

Annette agachó la cabeza y Carine saludó. Ni una ni la otra sabían cómo reaccionar al castigo. Biata se hubiera enfadado con cualquiera de su escuadrón que hubiese tratado de tocar el Dominie Dirtch a destiempo, pero en su interior se alegraba de que hubiesen sido dos hakens y no dos anders.

En el horizonte una persona montada a caballo agitaba una bandera blanca atada al extremo de un palo o una lanza. Biata ignoraba hasta qué distancia podía matar el Dominie Dirtch. Tal vez si Carine y Annette lo hubiesen tocado, no habrían hecho ningún daño a los desconocidos, pero después de lo que le ocurrió a Turner esperaba no volver a ver nunca más sus efectos, a no ser que los estuvieran atacando.

Biata observó que el grueso de las tropas extrañas esperaban sin moverse, mientras que sólo unos pocos se aproximaban. Ésas eran las reglas, el modo de proceder que Biata y su escuadrón habían aprendido. Quienes se aproximaban debían agitar una bandera y, si eran muchos, sólo unos pocos debían acercarse para exponer qué les llevaba allí y solicitar permiso para pasar.

No corrían ningún riesgo al permitir que unas pocas personas se acercaran. El Dominie Dirtch podía matar a un enemigo situado incluso solamente a un paso de distancia delante de la campana. No importaba hasta dónde se aproximaran, ni tampoco cuántos fueran.

Cuatro personas, dos a pie y dos a caballo, se adelantaron y dejaron atrás al resto. Cuando estuvieron más cerca Biata comprobó que eran dos hombres y dos mujeres. Un hombre y una mujer cabalgaban, y los otros dos caminaban. Había algo en la mujer a caballo que...

Al darse cuenta de quién era esa mujer, notó como si el corazón le subiera a la garganta.

—¿Lo veis? —dijo a Carine y Annette—. ¿Os imagináis lo que habría pasado si llegáis a tocar? ¿Os lo imagináis?

Las dos soldados miraban fijamente a los desconocidos con la boca abierta. A Biata le flaqueaban las rodillas al pensar en la enormidad que había estado a punto de pasar.

—Guardad eso —ordenó airadamente a las dos hakens, agitando un puño en su dirección—. ¡Y no volváis a acercaros al Dominie Dirtch! ¿Entendido?

Ambas saludaron. Biata dio media vuelta y bajó los escalones de dos en dos. Jamás en toda su vida había imaginado algo como eso. Jamás había imaginado que conocería a la Madre Confesora en persona.

Junto con el resto del escuadrón que había salido a mirar, observó boquiabierta a la mujer cubierta con un vestido blanco largo que se acercaba montada a caballo. A su derecha cabalgaba un hombre. Otro hombre y una mujer los acompañaban caminando. La mujer estaba embarazada. El hombre que caminaba a la izquierda de la Madre Confesora llevaba prendas holgadas de ningún estilo en particular, así como una espada, aunque envainada.

Pero el hombre que cabalgaba a la derecha de la Madre Confesora era otro cantar. Biata nunca había visto a un hombre como ése vestido todo de negro y una capa dorada que ondeaba a su espalda. La imagen la dejó sin aliento.

—¡Bajad aquí! —gritó Biata a las dos mujeres subidas a la plataforma.

Ambas bajaron corriendo, y Biata las hizo formar con el resto del escuadrón. La cabo Marie Fauvel, Estelle Ruffin y Emmeline formaban a su derecha, mientras que las dos soldados que habían bajado de la plataforma se unieron a los tres reclutas anders —Norris, Karl y Bryce— a su izquierda. Juntos formaron en línea recta observando a las cuatro personas que se acercaban.

Cuando la Madre Confesora desmontó, Biata y todo el escuadrón se arrodillaron ante ella e inclinaron la cabeza sin que nadie tuviera que ordenárselo. Mientras se arrodillaba, Biata alcanzó a ver el hermoso vestido blanco de la Madre Confesora y su maravillosa melena larga de color castaño. Biata nunca había visto una melena tan larga y elegante. Estaba acostumbrada al pelo oscuro de los anders o al pelirrojo de los hakens, pero ese pelo que brillaba con una tonalidad de miel oscura bajo el sol era una imagen tan insólita, que la Madre Confesora parecía más que humana.

Biata se alegraba de tener la cabeza gacha, pues le aterraba mirar a la Confesora a los ojos. Sólo ese miedo profundo había impedido que se la quedara mirando con la boca abierta, sobrecogida.

Durante toda su vida había escuchado historias sobre el poder de la Madre Confesora, sobre las proezas mágicas que era capaz de realizar, sobre que transformaba en piedra a las personas que no le gustaban con sólo una mirada y cosas peores.

Biata cogió aire y jadeó, al borde de un ataque de pánico. Ella no era más que una chica haken que de repente se sentía completamente fuera de lugar. No había imaginado que un día estaría frente a la Madre Confesora.

—Levantaos, hijos míos —dijo una voz desde arriba.

El sonido de esa voz tan amable, transparente y gentil apaciguó en gran medida los miedos de Biata. Nunca había pensado que la Madre Confesora tuviera una voz tan... humana. Siempre había imaginado que sería como la voz de un espíritu que se alzaría con estridencia del mundo de los muertos.

Biata se levantó junto al resto del escuadrón, pero mantuvo la cabeza inclinada. No osaba mirar a la Madre Confesora directamente a los ojos. No había recibido instrucciones de cómo tratarla, pues era una eventualidad que nadie creía posible que pudiera sucederle a ella, a una haken. Pero estaba pasando.

—¿Quién está al mando? —La voz de la Madre Confesora sonaba amable, pero el tono de autoridad era inconfundible. Al menos no sonaba como si fuese a fulminar a nadie con un rayo.

Biata dio un paso adelante con la vista clavada en el suelo.

—Soy yo, Madre Confesora.

—¿Y quién eres tú?

Biata no lograba frenar los trepidantes latidos de su corazón ni tampoco dejar de temblar.

—Vuestra humilde servidora, Madre Confesora: la sargento Biata.

Biata estuvo a punto de saltar fuera de su piel cuando unos dedos le levantaron la barbilla. De repente miraba directamente los ojos verdes de la Madre Confesora. Era como contemplar un espíritu bueno, hermoso, alto y sonriente.

Aunque parecía un buen espíritu, Biata se quedó paralizada de nuevo por el terror.

—Encantada de conocerte, sargento Biata. Te presento a Du Chaillu —dijo señalando a su izquierda—, una amiga, y Jiaan, otro amigo. Y éste es lord Rahl, mi marido —añadió apoyando una mano sobre el hombro del hombre corpulento que la acompañaba y sonriendo ampliamente.

Finalmente la mirada de Biata se posó en lord Rahl. También él le sonreía afablemente. Era la primera vez que personajes tan importantes le sonreían de ese modo, y todo porque se había alistado en el ejército de Anderith para convertirse en una malvada haken que por fin hacía el bien.

—¿Te importa si subo y echo un vistazo al Dominie Dirtch, sargento Biata? —le preguntó lord Rahl.

Biata carraspeó.

—Esto... bueno... no, señor. No, señor. Por favor. Será un placer mostraros el Dominie Dirtch. Un honor, quiero decir. Será un honor mostrároslo.

Gracias al Creador la Madre Confesora puso fin a los balbuceos de Biata.

—¿Pueden aproximarse ahora nuestros hombres, sargento Biata?

—Lo siento. Perdonadme. —Biata se disculpó con una reverencia—. Claro que pueden aproximarse, Madre Confesora. Claro que sí. Lo siento. Si me lo permitís, me encargaré de ello.

En respuesta al gesto afirmativo de la Madre Confesora Biata subió corriendo los escalones por delante de lord Rahl. Se sentía estúpida por no haber dado la bienvenida a la Madre Confesora en Anderith. Una vez arriba cogió rápidamente el cuerno y tocó la señal que daba luz verde a los escuadrones que custodiaban los Dominie Dirtch a ambos lados. Luego se volvió en dirección a los soldados que esperaban en la lejanía y tocó una nota muy prolongada para darles permiso de acercarse con toda seguridad al Dominie Dirtch.

Lord Rahl inició el ascenso de la escalera. Biata apartó el cuerno de los labios y retrocedió hasta la barandilla. Había algo en él, su mera presencia, que quitaba el aliento. Ni el mismísimo Ministro de Cultura en persona, antes de hacer lo que hizo, la había impresionado tanto como ese hombre, lord Rahl.

No era sólo su estatura, su corpulencia, sus penetrantes ojos grises ni su vestimenta negra y oro con el ancho cinturón que sujetaba bolsas de cuero repujadas en oro y adornadas con extraños símbolos. Era su presencia.

No tenía un aspecto pulcro y elegante como los oficiales anders, como Dalton Campbell o como el Ministro de Cultura, sino que el suyo era un aspecto noble, decidido y al mismo tiempo... peligroso. Letal.

Aunque parecía amable y era muy apuesto, Biata sabía que si alguna vez posaba en ella con ira esos ojos grises, la intensidad de su mirada la fulminaría al instante.

Si alguna vez había existido un hombre que parecía digno de ser el esposo de la Madre Confesora, ése era lord Rahl.

La mujer embarazada subió también la escalera observándolo todo con atención. También ella despedía un cierto aire de nobleza. Ella y el otro hombre, ambos de pelo moreno, casi parecían anders. No obstante, llevaba el vestido más extraño que Biata había visto en toda su vida, con pequeñas bandas de tela de diferentes colores sujetas a mangas y hombros.

—Esto, lord Rahl —dijo señalando—, es el Dominie Dirtch. —Biata quiso decir también el nombre de la mujer, pero se le había ido de la mente y no lograba recordarlo.

La mirada de lord Rahl examinó la enorme arma de piedra con forma de campana.

—Fue creado hace miles de años por los hakens, para aniquilar a los anders —le continuó explicando la muchacha—, pero ahora es un instrumento de paz.

Con las manos enlazadas a la espalda en actitud relajada lord Rahl inspeccionó las incontables toneladas de piedra que constituían el Dominie Dirtch. No se le escapaba detalle. Biata nunca había visto a nadie observar el Dominie Dirtch como lo hacía él. Casi esperaba que hablara a la campana y que ésta respondiera.

—¿Y cómo fue eso, sargento? —inquirió sin mirarla.

—¿Perdón?

Cuando finalmente la miró con sus ojos grises, Biata se quedó sin respiración.

—Bueno, los hakens invadieron Anderith, ¿no es verdad?

Bajo el escrutinio de esos ojos, no le salía la voz.

—Sí, señor —respondió con un hilo de voz.

Lord Rahl levantó un pulgar y señaló la campana de piedra a su espalda.

—¿Y se supone que los invasores llegaron con estos Dominie Dirtch colgados a la espalda, sargento?

A Biata comenzaron a temblarle las rodillas. Ojalá dejara de hacerle preguntas. Ojalá los dejara en paz y se marchara a Fairfield para hablar con la gente importante capaz de responder.

—¿Señor?

Lord Rahl se volvió y señaló la mole de piedra que se alzaba ante él.

—Es obvio que estas armas no las trajo nadie, sargento. Son demasiado grandes y hay demasiadas. Tuvieron que construirse aquí, en el lugar que ocupan ahora, y sin duda con la ayuda de magia.

—Pero cuando los asesinos hakens invadieron...

—Las campanas apuntan al exterior, sargento, hacia los posibles invasores, no hacia el pueblo de Anderith. Es obvio que se construyeron como armas defensivas.

Biata tragó saliva.

—Pero a nosotros nos han enseñado que...

—Os enseñaron una mentira —afirmó lord Rahl, que no parecía nada complacido con lo que veía—. No hay duda de que se trata de un arma de defensa. —Miró con ojo crítico los Dominie Dirtch de ambos lados—. Funcionan conjuntamente. Fueron colocados aquí como una línea de defensa. No son armas invasoras.

Por como lo dijo casi con pesar, Biata pensó que no pretendía ofender. Era como si hubiese dicho lo que le pasaba por la cabeza al mismo tiempo que lo pensaba.

—Pero los hakens... —objetó Biata en un susurro.

Lord Rahl esperó educadamente que le expusiera sus razones. La mente de Biata daba vueltas con pensamientos confusos.

—No soy una persona con educación, lord Rahl. Soy sólo una haken, malvada por naturaleza. Perdonadme por no haber aprendido más para ser capaz de responder a vuestras preguntas.

Lord Rahl suspiró.

—No se necesita una educación para ver lo que tenemos justo delante, sargento Biata. Usa la cabeza.

Biata se quedó muda, incapaz de aceptar lo que le decía. Lord Rahl era un hombre importante. Ella había oído hablar de lo poderoso que era, de que era un mago capaz de transformar la noche en día y ponerlo todo del revés. No era simplemente el gobernante de un país, como el Ministro de Cultura y el Soberano, sino el hombre que mandaba en el misterioso imperio de D'Hara y que se estaba adueñando de toda la Tierra Central.

Pero también era el hombre casado con la Madre Confesora. Biata se había fijado en cómo lo miraba ella, por lo que sabía que la Madre Confesora lo amaba y respetaba. Eso estaba tan claro como el día.

—Deberías escucharlo —dijo la mujer embarazada—. También es el Buscador de la Verdad.

Biata se quedó con la boca abierta, pero habló antes de que el miedo la amordazara.

—¿Eso significa que esa espada que lleváis es la *Espada de la Verdad*?

A ella le parecía un arma normal y corriente, muy similar a la suya propia. Iba envainada en una funda muy sencilla de cuero negro y tenía una empuñadura recubierta de piel.

Lord Rahl miró la espada, la desenvainó y volvió a bajarla de nuevo.

—¿Ésta? No... no es la *Espada de la Verdad*. En estos precisos instantes no... la llevo encima.

Biata no osó preguntar por qué. Deseaba haber visto la verdadera espada, pues era mágica. Hubiera sido curioso haber visto la espada en la que Fitch pensaba tanto. Desde que había ingresado en el ejército y custodiaba un Dominie Dirtch le habían sucedido más cosas de las que imaginaba.

Lord Rahl observaba, completamente absorto, la imponente campana de piedra cubierta por líquen, como si hubiera olvidado que los demás existían. No movía ni un solo músculo. Era como si se hubiera mimetizado con la piedra.

Extendió una mano para tocar el Dominie Dirtch. Pero la mujer lo agarró por la muñeca y se lo impidió.

—No, esposo mío. No toques esa cosa. Es...

Lord Rahl la miró a los ojos y acabó la frase por ella.

—Malvada.

—¿Puedes sentirlo?

Él hizo un gesto afirmativo.

Biata quiso decirles que por supuesto que era un arma malvada; había sido construida por hakens. Algo de lo que había dicho la mujer la había desconcertado; había llamado a lord Rahl «esposo mío». Pero la Madre Confesora había dicho que lord Rahl era su esposo.

Al ver que sus tropas estaban ya cerca, lord Rahl bajó los escalones de dos en dos. La mujer observó por última vez el Dominie Dirtch antes de seguirlo.

—¿Esposo? —no pudo evitar preguntar Biata.

Ella la miró con la cabeza muy alta.

—Sí. Soy la esposa de lord Rahl, el Buscador de la Verdad, el *Caharin*. Richard...

—Pero la Madre Confesora ha dicho que...

La mujer embarazada se encogió de hombros.

—Las dos somos sus esposas.

—¿Las dos? ¿Tiene dos...?

La mujer comenzó a bajar la escalera.

—Lord Rahl es un hombre muy importante y puede tener más de una esposa. —Se detuvo y miró atrás—. Yo antes tenía cinco maridos.

Biata contempló con ojos que se le salían de las órbitas a la mujer que desaparecía por la escalera. El aire de la mañana retumbaba con el avance de los soldados montados. Biata no había visto ni en sueños a hombres de aspecto más fiero y se alegró del entrenamiento recibido. El capitán Tolbert le había asegurado que con ese entrenamiento podría defender Anderith de cualquier enemigo, incluso de hombres como éstos.

—Sargento Biata —la llamó lord Rahl desde abajo.

Biata se acercó a la baranda, frente a la campana. Lord Rahl se había detenido de camino a su montura. La Madre Confesora, con las riendas en la mano, apoyaba un pie en el estribo.

—¿Sí, señor?

—No tocaríais esa cosa hace una semana, ¿verdad?

—No, señor, no lo hicimos.

—Gracias, sargento —repuso lord Rahl volviéndose hacia su caballo.

—Sonó sin que nadie la tocara.

Lord Rahl se quedó petrificado. La mujer embarazada giró sobre sí misma, y la Madre Confesora, que justamente montaba, volvió a poner pie en el suelo.

Biata bajó los escalones corriendo para no tener que explicarle los terribles detalles a voz en grito. El resto de su escuadrón se había retirado detrás del Dominie Dirtch, temerosos de cruzarse en el camino de personajes tan importantes. Biata suponía que les daba miedo que la Madre Confesora les prendiera fuego con una mirada. Ella misma aún la temía, pero ya no era un miedo tan acusado.

Lord Rahl silbó a sus soldados y agitó el brazo en círculos, ordenándoles que pasaran rápidamente y se alejaran de la zona de peligro, por si acaso el Dominie Dirtch volvía a sonar solo. Mientras centenares de soldados montados pasaban al galope por ambos lados, lord Rahl se apresuró a conducir a la Madre Confesora, la mujer embarazada y el otro hombre hasta la parte posterior de la base de piedra.

Después de ponerlas en lugar seguro, asió a Biata por el hombro y tiró de ella hacia atrás para protegerla del Dominie Dirtch. Biata se cuadró delante de él, asustada.

Al ver su torva expresión, las rodillas le empezaron a temblar.

—¿Qué ocurrió? —preguntó en tono sosegado pero capaz de hacer sonar otra vez al Dominie Dirtch.

La Madre Confesora se colocó a un lado de él, y la esposa embarazada en el otro.

—Bueno, no lo sabemos, señor. —Biata se humedeció los labios—. Uno de mis hombres... Turner estaba... —Con una mano señaló detrás de lord Rahl—. Estaba patrullando cuando la campana sonó. Fue un sonido horrible. Turner...

La muchacha notó una lágrima que le rodaba por la mejilla. Por mucho que quisiera mostrarse fuerte delante de lord Rahl y de la Madre Confesora, no pudo contener esa lágrima.

—¿Fue a última hora de la tarde? —inquirió lord Rahl.

—Pues sí. ¿Cómo sabéis eso?

Lord Rahl hizo caso omiso a la pregunta.

—Y sonaron todos, ¿verdad? No sólo éste sino todos los Dominie Dirtch de la línea. ¿Me equivoco?

—No, señor. Nadie sabe por qué. Unos oficiales los revisaron uno a uno, pero no pudieron decirnos nada.

—¿Murieron muchas personas?

Biata no pudo sostenerle la mirada.

—Sí, señor. Uno de mis hombres y, por lo que sé, muchos otros: mercaderes con sus carros en la frontera, personas que regresaban a casa... cualquiera que estuviera delante del Dominie Dirtch cuando sonó. Fue horrible. Morir de ese modo...

—Lo entendemos —dijo la Madre Confesora en tono compasivo—. Lamentamos vuestra pérdida.

—Así pues, ¿nadie tiene ninguna idea de por qué sonaron? —insistió lord Rahl.

—No, señor. Al menos nadie nos ha dado ninguna explicación. He hablado con los escuadrones de ambos lados, los que custodian los Dominie Dirtch contiguos al nuestro, y tampoco ellos saben por qué sonaron solos. Es posible que los oficiales que se encargaron de la investigación tampoco lo supieran, porque nos lo preguntaban a nosotros.

Lord Rahl asintió. Parecía ensimismado en sus pensamientos. El viento alzó su capa dorada. Tanto la Madre Confesora como la esposa embarazada de lord Rahl se retiraron unos mechones de pelo de la cara. Finalmente lord Rahl señaló al resto del escuadrón.

—¿Esas personas, es todo lo que tenéis aquí para proteger la frontera? ¿Sólo un puñado de... soldados?

Biata levantó la vista hacia la imponente arma.

—Bueno, señor, sólo se necesita una persona para hacer sonar el Dominie Dirtch.

La mirada de lord Rahl volvió a pasar revista al escuadrón.

—Supongo que tienes razón. Gracias por tu ayuda, sargento.

Él y la Madre Confesora montaron ágilmente. La mujer y las personas se retiraron a pie con el resto de sus soldados. Lord Rahl se volvió hacia ella por última vez.

—Dime, sargento Biata, ¿crees que yo y la Madre Confesora somos peores que los anders? ¿Crees que somos malvados por naturaleza?

—Oh, no, señor. Sólo los hakens nacen con un alma impura y malvada. Los hakens nunca podremos ser tan buenos como los anders. Nuestras almas están corrompidas y nunca podrán ser puras, mientras que los anders tienen un alma pura, incapaz de corromperse. Nosotros nunca conseguiremos purificarnos por completo; sólo podemos aspirar a controlar nuestra naturaleza perversa.

Lord Rahl le sonrió con tristeza desde lo alto del caballo.

—Biata —le dijo suavemente—, el Creador no engendra el mal. Él nunca crearía almas malvadas para entregarlas a los hakens. Los hakens pueden ser tan buenos como cualquiera, y los anders pueden ser tan malvados como cualquiera.

—Eso no es lo que nos han enseñado, señor.

La yegua de lord Rahl levantó la cabeza y comenzó a caminar de costado, impaciente por partir tras los demás. Lord Rahl la tranquilizó con una palmadita en su brillante cuello castaño, como si pudiera hablarle a través de esa mano.

—Como ya he dicho, os han enseñado mentiras. Tú eres tan buena como cualquier otra persona, Biata, ya sea haken o ander. Justamente luchamos por eso: para asegurarnos de que todas las personas tengan las mismas oportunidades.

»Mucho cuidado con el Dominie Dirtch, sargento.

Biata le dirigió un saludo militar.

—Sí, señor. Tendremos mucho cuidado.

La mirada de lord Rahl se trabó con la de la muchacha y se golpeó el pecho con un puño para devolverle el saludo. Luego puso su caballo al galope para alcanzar a sus compañeros.

Mientras Biata contemplaba cómo se marchaban, cayó en la cuenta de que, probablemente, acababa de vivir la experiencia más excitante de toda su vida: había hablado con lord Rahl y con la Madre Confesora.

16

Bertrand Chanboor levantó la mirada cuando Dalton Campbell entró en la estancia. La esposa de Bertrand también estaba allí, de pie delante del recargado escritorio del Ministro. Dalton la miró fugazmente a los ojos. Le sorprendió un poco verla allí, pero se dijo que se trataba de un asunto suficientemente importante.

—¿Y bien? —preguntó Bertrand.

—Han confirmado lo que ya sabíamos. Lo vieron con sus propios ojos.

—¿Traen soldados? —preguntó Hildemara—. ¿Esa parte también es verdad?

—Sí. Calculan que unos mil.

Hildemara maldijo entre dientes y fue dando golpecitos al escritorio de Bertrand, pensativa.

—¿Y los idiotas que protegen la frontera los dejaron pasar como si tal cosa?

—Te recuerdo que tenemos un ejército de idiotas porque queremos —replicó su marido—. Después de todo, también dejan pasar como si tal cosa a nuestros «guardias especiales anders».

—Los soldados de la frontera no tienen la culpa —intervino Dalton—. Difícilmente podían negar la entrada a la Madre Confesora. El hombre que iba con ella no puede ser otro que lord Rahl.

En un acceso de rabia el Ministro cogió la pluma de vidrio y la arrojó. La pluma repiqueteó contra el suelo antes de hacerse añicos contra la pared más alejada. Bertrand se dirigió a la ventana y miró afuera apoyado en el antepecho.

—Por amor del Creador, Bertrand, contrólate —le reprendió lady Chanboor.

El Ministro se volvió hacia ella con la cara roja de rabia y agitó un dedo en su dirección.

—¡Esto podría echarlo todo a perder! Hace años que trabajamos en esto cultivando relaciones, plantando las semillas, arrancando las malas hierbas que han ido surgiendo, y justo cuando estábamos a punto de recoger por fin el fruto de toda una vida de esfuerzos aparece ella acompañada de ese... ese... maldito lord Rahl.

Hildemara se cruzó de brazos.

—Bueno, con una pataleta no resolverás el problema. A veces demuestras tener menos sentido que un pescador borracho, Bertrand.

—¡Soy como soy por culpa de una esposa presuntuosa!

El Ministro apretó los dientes y retiró bruscamente su silla. Sin duda se preparaba para lanzar una diatriba. A Dalton casi le pareció ver cómo arqueaba el lomo, se le erizaba el pelo y sacaba las garras.

Cuando el matrimonio comenzaba una de sus discusiones, por lo general trataban a Dalton como si fuese una pieza del mobiliario. Pero en esa ocasión Dalton no podía perder tiempo esperando que la cosa degenerara en una pelea de grandes proporciones. Tenía que impartir órdenes en función de lo que se decidiera. Tenía que posicionar a su gente.

Pensó en Franca y se preguntó si habría recuperado su poder. Últimamente apenas la había visto, y las pocas veces que la vio parecía trastornada. La hechicera había pasado mucho tiempo en la biblioteca. Sería interesante contar con la ayuda de Franca en un momento como ése. Pero sólo podía ayudar si había recuperado la magia.

—La Madre Confesora y lord Rahl cabalgan sin descanso. Mis hombres se les han adelantado por muy poco —dijo antes de que Bertrand pudiera arremeter contra su esposa o ella le lanzara algo a él—. Llegarán en una hora, dos a lo sumo. Debemos prepararnos.

Bertrand fulminó con la mirada a su mujer antes de acercar la silla y tomar asiento.

—Sí —declaró cruzando las manos encima de la mesa—, tienes razón, Dalton. Mucha razón. Lo primero es quitar a Stein y a sus hombres fuera de la vista. No nos conviene que...

—Ya me he tomado la libertad de ocuparme de eso, Ministro. He enviado a algunos a inspeccionar unas instalaciones de almacenaje de grano, y otros querían revisar las rutas estratégicas de entrada a Anderith.

—Perfecto.

—Hemos trabajado durante demasiados años para perderlo todo ahora, cuando estamos tan cerca —dijo Hildemara—. Pero si mantenemos la cabeza fría, no veo por qué no podemos proseguir como estaba planeado.

Su marido asintió. Se había calmado considerablemente, como siempre que se concentraba en problemas de difícil solución. Poseía la extraña habilidad de estar encolerizado un momento y sonreír al siguiente.

—Es posible. ¿A qué distancia está la Orden? —preguntó a Dalton.

—Todavía está lejos, Ministro. Los «guardias especiales anders» de Stein que llegaron anteayer me dijeron que estaba al menos a cuatro semanas de camino. Probablemente un poco más.

Bertrand se encogió de hombros y enarcó una ceja, al tiempo que una sonrisa afloraba a sus labios.

—En ese caso, simplemente tendremos que entretener a la Madre Confesora y a lord Rahl.

—Lord Rahl y la Madre Confesora querrán saber nuestra respuesta —apuntó Hildemara—. Ya hace tiempo que pidieron a nuestros representantes en Aydindril que eligiéramos y los enviaron de vuelta con la oferta de que o nos uníamos al imperio de D'Hara o nos arriesgábamos a ser conquistados, con la consiguiente pérdida de prestigio en nuestro propio país.

Dalton se mostró de acuerdo con ella.

—Si no aceptamos los términos de la rendición, nos atacarán con todas sus fuerzas. Si fuésemos un país pequeño e insignificante, sin duda pasarían por alto nuestra tardanza en tomar una decisión, pero no lo somos. Si nos negamos a unirnos a ellos, nos pondrán inmediatamente en su punto de mira.

—Y, por lo que he oído, tienen tropas en algún lugar del sur —intervino Hildemara—. Lord Rahl no es un hombre que acepte negativas, ni al que se pueda engañar. Algunos de los otros países como Jara, Galea, Herjborgue, Grennidon y Kelton ya han caído o se han rendido pacíficamente. Por sí solo el ejército de D'Hara es considerable, y si encima se suman los ejércitos de esos países es verdaderamente formidable.

—Pero ése ejército no está aquí —objetó Bertrand, que por alguna razón había recuperado la calma totalmente—. La Orden los aplastará. El Dominie Dirtch repelerá cualquier fuerza que envíe D'Hara.

Para Dalton era una confianza infundada.

—Por lo que me cuentan mis fuentes, lord Rahl es un mago de poder formidable. Y además es el Buscador de la Verdad. Me temo que un hombre como ése puede hallar el modo de vencer el Dominie Dirtch.

—Además, la Madre Confesora, lord Rahl y tal vez mil soldados ya han superado la línea del Dominie Dirtch —dijo Hildemara torciendo el gesto—. Exigirán nuestra rendición. Si eso ocurre, perderemos el poder. La Orden no llegará hasta dentro de unas semanas, y para entonces ya será demasiado tarde.

»Hemos trabajado durante demasiados años para perderlo todo ahora —agregó agitando un dedo hacia su marido.

Bertrand tamborileaba con los pulgares y se mostraba muy risueño.

—En ese caso, como acabo de decir, tendremos que entretenerlos. ¿No te parece, querida?

Las tropas de D'Hara formaban una cinta oscura en la carretera detrás de Richard y Kahlan. Era una cinta erizada de acero. Su destino era la finca del Ministerio de Cultura. El sol estaba próximo a ponerse detrás de unas pocas nubes desperdigadas, pero al menos habían llegado.

Richard se separó la camisa húmeda del pecho mientras observaba un cuervo curioso que volaba en círculos por encima de sus cabezas. Anunciaba su arrogante presencia con gritos estentóreos, como solían hacer los cuervos.

El día había sido cálido y húmedo. Richard y Kahlan vestían ropa de repuesto que les habían proporcionado los soldados a fin de que las suyas estuvieran limpias y presentables para la reunión que ambos sabían que se avecinaba.

Al mirar por encima del hombro recibió una mirada asesina de Du Chaillu. Richard la había obligado a montar para poder cubrir la distancia en un solo día. Ya llevaban demasiado tiempo de viaje.

A los baka tau mana no les gustaba montar a caballo. En circunstancias normales Du Chaillu se habría limitado a no hacerle caso y hubiese continuado a pie. Pero esa vez sabía que, si no obedecía, la dejarían atrás.

Por lo visto, a Cara le había costado lo suyo localizar a las fuerzas del general Reibisch y, en consecuencia, la escolta de soldados d'haranianos había tardado en llegar. Richard, Kahlan y los baka tau mana habían avanzado penosamente a pie bajo las lluvias torrenciales de finales de primavera demasiado tiempo. Cuando, finalmente, las tropas d'haranianas a caballo los alcanzaron, habían cubierto muy poca distancia.

También Du Chaillu los había retrasado, aunque no deliberadamente. Argüía sin descanso que montar a caballo perjudicaría al bebé que llevaba en las entrañas, el mismo bebé que Richard había insistido en que tuviera. Debido al bebé, Richard no había querido obligarla.

Para empezar, él no quería que los acompañara. Después de que las tropas d'haranianas llegaran con provisiones y caballos de sobras, Du Chaillu se negó a regresar a su casa tal como había prometido.

También era cierto que nunca se quejaba de las dificultades del viaje. Pero cuando Richard la obligó a montar, se puso de un humor de perros.

Aunque en un principio Kahlan trataba a Du Chaillu con frialdad, desde el día en que Richard cayó del caballo se mostraba más afectuosa con ella. Kahlan pensaba que la chamán había salvado la vida a Richard. Por su parte Richard apreciaba que Du Chaillu tuviera tantas ganas de ayudar, pero no creía que siguiera vivo gracias a ella.

No estaba del todo seguro sobre lo ocurrido. Desde que vio el Dominie Dirtch y supo que había sonado por sí solo al mismo tiempo que él sentía ese dolor atroz, sabía que debía existir una conexión y no creía que Du Chaillu pudiera influir demasiado en los acontecimientos. Se trataba de algo mucho mayor de lo que ella pensaba, y más complejo de lo que Richard podía comprender.

Desde que vio el Dominie Dirtch, Richard no se dejó retrasar por nada, ni siquiera por el embarazo de Du Chaillu. Desde que se había acercado a las enormes campanas y sintió lo que sintió, Du Chaillu entendía mejor sus prisas.

Richard levantó una mano al divisar al jinete que levantaba una estela de polvo. De inmediato oyó las órdenes que se transmitían hacia atrás en respuesta a su señal. La columna se detuvo con estrépito. Hasta que pararon, en el súbito silencio, no se dio cuenta de todo el alboroto que armaban.

—Supongo que vienen a saludarnos —dijo Kahlan.

—¿Cuánto falta hasta la finca del Ministro?

—Muy poco. Estamos a medio camino desde Fairfield. Poco más de un kilómetro.

Richard y Kahlan desmontaron para recibir al jinete que se aproximaba. Un soldado se hizo cargo de las riendas del caballo de Kahlan. Richard entregó también las suyas al hombre y luego se separó del grupo, acompañado únicamente por Kahlan. Los soldados se aprestaban a formar un círculo defensivo a su alrededor, pero Richard se lo impidió con un gesto.

El joven jinete frenó bruscamente su caballo y desmontó de un salto. Sujetando las riendas con una mano, se inclinó en una profunda reverencia. Kahlan lo saludó como Madre Confesora. El jinete se levantó. Llevaba librea con botas negras, pantalones oscuros, camisa blanca con volantes en cuello y puños de fantasía, así como justillo marrón guateado con una banda trenzada negra y marrón en los bordes.

—¿Lord Rahl? —preguntó el joven pelirrojo inclinando la cabeza.

—Sí, soy yo.

—Me llamó Rowley —se presentó—. El Ministro de Cultura me envía para daros la bienvenida a vos y a la Madre Confesora, así como a comunicaros la dicha que siente por que ambos honréis con vuestra presencia a Anderith.

—De eso estoy seguro —repuso Richard.

Kahlan le dio un codazo en las costillas.

—Gracias, Rowley. Necesitamos un sitio para que nuestros hombres acampen.

—Sí, Madre Confesora. El Ministro quiere que os diga que podéis acampar donde gustéis. Si lo deseáis, podéis acampar en la misma finca.

A Richard no le gustaba ni pizca esa idea. No quería que sus hombres quedaran confinados. Los quería cerca, pero con la posibilidad de montar una posición defensiva eficaz. Pese a lo que los demás pudieran pensar, se encontraban en territorio potencialmente hostil.

—¿Y ahí, por ejemplo? —preguntó señalando el trigal—. Naturalmente indemnizaríamos al propietario por los cultivos que estropeemos.

Rowley inclinó la cabeza.

—Como deseáis, lord Rahl. El Ministro desea que elijáis libremente. Se trata de tierras comunales de Anderith, y tenemos excedentes de cultivos, por lo que no poseen un valor verdadero y no hay por qué preocuparse.

»Después de haber dispuesto de vuestra escolta como os plazca, el Ministro os invita a cenar. Me ha pedido que os transmita su entusiasmo por conoceros a vos y por volver a encontrarse con la Madre Confesora.

—No...

Kahlan volvió a propinarle un codazo.

—Estaremos encantados de unirnos al Ministro Chanboor para cenar. Pero esperamos que comprenda que llevamos muchos días de viaje y que nos sentimos cansados. Le agradeceríamos que fuese una cena sencilla, sin más de tres platos.

Era evidente que Rowley no estaba preparado para esa petición, pero prometió transmitirla al instante. Cuando se alejó a caballo, Du Chaillu se les acercó.

—Necesitas un baño —anunció a Richard. Jiaan dice que hay un estanque cerca, al otro lado de esa colina. Vamos, nos bañaremos.

Kahlan tensó la frente. Du Chaillu sonrió dulcemente.

—Normalmente debo sugerirlo yo. Richard es tímido cuando nos bañamos juntos. Cuando nos quitamos la ropa para bañarnos se sonroja, como ahora. —Señaló la cara de Richard—. Siempre que me dice que me desnude, se pone rojo, como ahora.

—¿Ah sí? —replicó Kahlan cruzando los brazos.

Du Chaillu hizo un gesto afirmativo.

—¿A ti también te gusta bañarte con él? Parece que a él le gusta bañarse con mujeres.

Esas palabras dieron medida a Richard de lo enojada que estaba Du Chaillu por haberla obligado a montar y de cómo pensaba arreglarle las cuentas.

—¿Qué pasa contigo, las mujeres y el agua? —le preguntó Kahlan clavando en él sus ojos verdes.

Richard se encogió de hombros. No tenía ninguna intención de jugar el juego de Du Chaillu.

—¿Quieres venir con nosotros? Será divertido. —Le guiñó un ojo, se volvió y agarró a Du Chaillu por un brazo—. Vamos pues, esposa mía. Primero iremos nosotros. Tal vez Kahlan se una a nosotros más tarde.

Du Chaillu se desasíó bruscamente. La broma había ido demasiado lejos para ella.

—No. No quiero acercarme al agua.

Sus ojos dejaban traslucir miedo. No quería dar a los repiques una oportunidad de ahogarla de nuevo.

17

Richard suspiró con impaciencia mientras contemplaba a las personas que disfrutaban de una cena que Bertrand Chanboor había calificado de «íntima». Kahlan le había explicado en susurros que en Anderith cincuenta o sesenta invitados se consideraba una cena íntima.

Cuando Richard miraba a los comensales, muchos de ellos, especialmente los hombres, desviaban la mirada. Pero muchas mujeres se la sostenían. Por cómo lo miraban, flirteando descaradamente con él, era una suerte que Kahlan no fuese celosa. Tampoco había sentido celos de Du Chaillu con lo de los baños, pues sabía que la chamán simplemente pretendía molestar a Richard. No obstante, tendría que explicarle que el único baño que Du Chaillu y él habían compartido había sido del todo inocente.

Era difícil explicarle nada a Kahlan con tanta gente alrededor continuamente. Incluso cuando dormían, los maestros de armas y también soldados d'haranianos velaban por ellos cada minuto. No tenían apenas intimidad, por no hablar del romanticismo. Pasaban tan poco tiempo juntos y a solas que Richard empezaba a olvidar que estaban casados.

No obstante, todo eso carecía de importancia ante el propósito que los movía. Saber que la gente moría porque los repiques andaban sueltos no propiciaba precisamente la intimidad.

Sentado junto a Kahlan, compartiendo la comida del mismo tajadero, contemplando cómo la luz de las lámparas se reflejaba en los ojos verdes de su esposa, mirando cómo espesos mechones de pelo descansaban en la curva de su cuello, Richard pensó en la última vez que le había hecho el amor. Había sido semanas atrás, en la casa de los espíritus. Recordaba el exuberante cuerpo desnudo de Kahlan. Era una imagen imposible de olvidar.

Kahlan carraspeó.

—Acaba de hacerte una pregunta, Richard —le susurró.

Richard parpadeó.

—¿Qué?

—El Ministro Chanboor te ha hecho una pregunta.

Richard se volvió al otro lado.

—Lo siento. Tenía la cabeza en otra parte; pensaba en una operación importante.

—Sí, por supuesto —repuso el Ministro sonriendo—. Simplemente os preguntaba dónde crecisteis.

Un recuerdo largo tiempo atrás olvidado afloró en la mente de Richard: luchaba en broma con su hermano mayor, su hermanastro Michael. A Richard le encantaba retozar con él. Había sido una época de alegría.

—Oh, bueno, en cualquier lugar en el que hubiese una buena pelea.

El Ministro buscaba qué replicar a eso.

—Yo... supongo que tuvisteis un buen maestro.

Cuando crecieron, su hermanastro lo traicionó y lo entregó a Rahl el Oscuro. Michael había traicionado a mucha gente y había causado indirectamente la muerte de muchos inocentes.

—Sí —contestó Richard. El recuerdo sobresalía con toda nitidez entre él y el rostro expectante del Ministro—. Tuve un buen maestro. El invierno pasado ordené que lo decapitaran.

Chanboor palideció.

Richard se volvió hacia Kahlan, la cual disimuló una sonrisa.

—Buena respuesta —le susurró tapándose la boca con una servilleta para que nadie la oyera por encima de la música del arpa situada delante de su mesa, a un nivel inferior.

Si lady Chanboor, sentada al otro lado de Kahlan, se horrorizó ante la respuesta, no lo demostró. Dalton Campbell, situado al otro lado del Ministro, levantó una ceja. A su esposa, Teresa, una mujer que a Richard le parecía muy atractiva, ya no le llegó. Cuando Dalton le susurró las palabras de lord Rahl, abrió mucho los ojos aunque más por excitación que por horror.

Kahlan le había advertido que esas personas respondían al poder y le sugirió que, para ganarse la cooperación de los anders, era preferible dejar entrever su fuerza a ofrecerles un acuerdo.

El Ministro hizo un gesto con un pedazo de rollo de ternera del que goteaba una salsa roja y cambió de tema. Buscó otro asunto menos sangriento.

—Lord Rahl, ¿no deseáis comer carne?

Richard tenía la impresión de que el plato de carne duraba ya una hora y decidió decirle la pura verdad.

—Soy un mago guerrero, Ministro Chanboor. Al igual que mi padre, Rahl el Oscuro, no como carne. —Hizo una pausa para asegurarse de que había captado la atención de todos sus compañeros de mesa—. Los magos deben mantener un equilibrio en su vida. No como carne para compensar el hecho de que mato.

La arpista se saltó una nota. Todos contenían la respiración. El silencio se prolongaba.

—Estoy seguro —dijo Richard al fin—, que ya conocéis mi propuesta para todos los países de la Tierra Central. Quiero que se unan a nosotros. Las condiciones son justas e iguales para todos. Supongo que vuestros representantes ya os las habrán expuesto. Si os unís voluntariamente, seréis bienvenidos. Pero si os oponéis a nosotros... bueno, en ese caso tendremos que conquistaros, y las condiciones serán duras.

—Eso tengo entendido —repuso el Ministro.

En ese momento intervino Kahlan.

—¿Os han informado de que mi palabra respalda a la de lord Rahl? ¿Sabéis que mi consejo para todos los países es que se unan a nosotros?

El Ministro le dirigió una leve inclinación de cabeza.

—Sí, Madre Confesora, y podéis estar segura de que valoramos en lo debido vuestro consejo. Es muy sensato.

—En ese caso, ¿lucharéis con nosotros por la libertad, Ministro?

—Bueno... veréis, Madre Confesora, la cosa no es tan sencilla.

Richard se levantó de la silla.

—Muy bien. En ese caso hablaré con el Soberano.

—No podéis —le dijo Dalton Campbell.

Richard torció el gesto y volvió a sentarse en la silla.

—¿Y eso por qué?

El Ministro se humedeció los labios antes de contestar.

—El Soberano, que el Creador vele por su alma inmortal, está muy enfermo. Está postrado en cama. Ni siquiera a mí se me permite verlo. Por lo que los médicos y su esposa me han dicho, no está en condiciones de hablar. Sería inútil intentarlo, pues está casi siempre inconsciente.

—Lo lamento mucho. No teníamos ni idea —dijo Kahlan.

—Nos gustaría que pudieseis hablar con él, Madre Confesora, lord Rahl —dijo Dalton Campbell con voz que sonaba sincera—, pero está tan enfermo que no podría aconsejar a nadie.

La arpista atacó una pieza más compleja, más dramática, que sonaba más alta y para la que debía pulsar todas las cuerdas, o eso parecía.

—En ese caso tendréis que tomar una decisión sin su consejo —concluyó Richard—. La Orden Imperial ha empezado a invadir el Nuevo Mundo. Necesitamos cuantos más aliados mejor para oponernos a su tiranía, o su sombra negra caerá sobre todos nosotros.

—Bueno —replicó el Ministro quitando cosas invisibles del mantel—. Yo deseo que Anderith se una a vosotros y a vuestra noble causa. De veras que sí. Como la mayor parte de los anderianos, estoy convencido de que...

—Bien. Asunto resuelto.

—No, nada está resuelto. Aunque yo lo desee, y también mi esposa, y por mucho que Dalton me lo ha aconsejado encarecidamente, no podemos decidir nosotros solos algo tan importante.

—¿Los Directores? —preguntó Kahlan—. Hablaremos con ellos ahora mismo.

—Los Directores deben tomar parte en la decisión, pero no son los únicos que deben dar su opinión en un asunto tan trascendental.

—¿Quién más hay? —inquirió Richard, perplejo.

El Ministro se reclinó en el asiento y contempló el salón unos segundos antes de volver a clavar sus ojos oscuros en Richard.

—El pueblo de Anderith.

—Vos sois el Ministro de Cultura. Vos habláis en su nombre —objetó Kahlan acaloradamente—. Lo que vos decidáis, se hará y punto.

Bertrand Chanboor extendió las manos.

—Madre Confesora, lord Rahl, nos estáis pidiendo que os cedamos la soberanía de nuestro país. No puedo hacer algo así yo solo. Sería una crueldad.

—Por eso se llama rendición —gruñó Richard.

—Estáis pidiendo a los anderianos que dejen de ser quienes son y que se unan a vosotros y vuestra gente. Creo que no os dais cuenta de lo que eso significa. No nos pedís solamente que cedamos nuestra soberanía, sino también que renunciemos a nuestra cultura.

»¿Es que no lo veis? Dejaríamos de ser quienes somos. Nuestra cultura posee una tradición de miles de años. Y ahora llegáis vos, un solo hombre, y pedís a los anderianos que echen por la borda toda esa historia. ¿Cómo podéis pensar que olvidar nuestro patrimonio, nuestra cultura, incluso a nuestros antepasados, es algo sencillo?

Richard tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Contemplaba a los invitados que disfrutaban de la cena ajenos por completo al asunto trascendental que se discutía en la mesa principal.

—No exponéis la situación correctamente, Ministro Chanboor. Nada más lejos de nuestro deseo que destruir vuestra cultura, aunque —y aquí Richard se inclinó hacia él— por lo que he oído, contiene algunas injusticias que no serán toleradas. Bajo nuestra ley todos los individuos reciben el mismo trato.

»Siempre que cumpláis las leyes comunes a todos, conservaréis vuestra cultura.

—Sí, pero...

—Para empezar, es imprescindible para algo tan importante como la libertad de centenares de miles de personas del Nuevo Mundo. No vamos a tolerar que se ponga en peligro a todas esas personas. Si Anderith no se une a nosotros, lo conquistaremos. En ese caso, no tendréis ni voz ni voto en las leyes comunes para todos que elaboraremos y pagaréis penalizaciones que paralizarán vuestro país durante una generación.

El Ministro retrocedió unos centímetros ante la vehemencia que reflejaban los ojos de Richard.

—Pero será mucho peor si la Orden Imperial os conquista antes que nosotros. La Orden no impondrá penalizaciones financieras, sino que os aplastará. Os asesinará y os esclavizará.

—La Orden Imperial exigió la rendición de Ebinissia —intervino Kahlan con voz distante—. Yo estuve allí y vi lo que la Orden hizo a esas personas cuando se negaron a rendirse y convertirse en

esclavos. Los soldados de la Orden Imperial torturaron y masacraron a todos los hombres, las mujeres y los niños de la ciudad. No dejaron a nadie con vida. Nadie sobrevivió.

—Bueno, en cualquier ejér...

—Más de cincuenta mil soldados de la Orden participaron en la masacre de los inocentes de Ebinissia —lo corrigió Kahlan con voz fría y decidida—. Yo comandé las tropas que los persiguieron. Matamos a todos y cada uno de los hombres que participaron en esa carnicería.

»Muchos de ellos lloraban suplicando clemencia. Pero como Madre Confesora había declarado la guerra sin cuartel contra la Orden, lo cual incluye a cualquiera que se alíe con ella. Matamos a todos esos hombres, Ministro Chanboor. No dejamos ni uno.

Kahlan hablaba con una voz tan gélida que todos los ocupantes de la mesa guardaron silencio. Teresa, la esposa de Dalton Campbell, parecía a punto de salir corriendo.

—Vuestra única salvación es uniros a nosotros —dijo Richard al fin—. Juntos estamos formando una fuerza formidable capaz de repeler a la Orden Imperial y preservar la paz y la libertad en el Nuevo Mundo.

—Como ya he dicho —insistió el Ministro—, si de mí dependiera accedería a vuestra petición, tal como harían mi esposa o Dalton. El problema es que el emperador Jagang nos ha hecho ofertas muy generosas; ofertas de paz y...

—¿Qué? —exclamó Kahlan poniéndose en pie de un salto—. ¿Habéis hablado con esos asesinos?

Algunos de los presentes en el salón se callaron y miraron hacia la mesa principal. De hecho, Richard se había dado cuenta de que algunos comensales no habían quitado en ningún momento el ojo de encima al Ministro y sus invitados.

El Ministro se mostró impertérrito por primera vez.

—Nuestro país está amenazado de extinción por dos fuerzas opuestas, a las que por cierto no hemos pedido que vinieran, y nuestro deber como gobernantes y asesores es escuchar lo que ambos bandos tienen que decir. Nosotros no deseamos la guerra, pero se nos obliga a tomar partido en ella. A nosotros nos corresponde escuchar cuáles son nuestras opciones. No podéis culparnos por escuchar la alternativa.

—Libertad o esclavitud —declaró Richard, de pie junto a su esposa.

El Ministro también se levantó.

—Aquí, en Anderith, escuchar lo que la gente tiene que decir no se considera un delito. Nosotros no atacamos a quienes no nos amenazan. La Orden Imperial nos ha implorado que no escuchemos a lord Rahl y a la Madre Confesora y, sin embargo, aquí estáis. En Anderith damos a todos la oportunidad de explicarse.

Richard apretó con fuerza la empuñadura de su espada esperando notar las letras en relieve que componían la palabra «Verdad». En un primer instante le sorprendió no encontrarlas.

—¿Y qué mentiras os ha dicho la Orden, Ministro?

Chanboor se encogió de hombros.

—Como ya he dicho, preferimos vuestra oferta.

Con un gesto los invitó de nuevo a tomar asiento. Ambos se sentaron de mala gana.

—Debo deciros algo a la cara, Ministro —dijo Richard—. Sea lo que sea que queréis, no os lo daremos. Ni siquiera nos molestaremos en escuchar vuestras condiciones. Como ya explicamos a vuestros representantes en Aydindril, hemos hecho la misma oferta a todos los países. Para ser justos, no puede haber excepciones ni un trato especial para nadie.

—No pedimos ningún trato especial —lo contradijo el Ministro Chanboor.

Kahlan le tocó suavemente la espalda para indicarle que era el momento de inspirar hondo y contener el genio. Richard respiró profundamente y se recordó a sí mismo cuál era su objetivo. Kahlan tenía razón; no podía actuar sin pensar.

—Muy bien, Ministro, ¿qué os impide aceptar las condiciones de la rendición?

—Como ya he dicho, si dependiera de mí y de...

—¿Qué os lo impide? —Por mucho que tratara de contener el genio, la voz de Richard sonó amenazadora.

Pensaba en la posibilidad de poner en acción a sus tropas acampadas a menos de dos kilómetros de allí. Los guardias de la finca no serían rivales contra soldados d'haranianos de elite. Esperaba no tener que recurrir a eso, pero tal vez se vería obligado a ello. No podían permitir que el Ministro, sin querer o queriendo, se interpusiera en su objetivo de detener a Jagang.

El Ministro carraspeó. Los demás ocupantes de la mesa se habían quedado rígidos, como si les diera miedo moverse o como si leyeran en los ojos de Richard lo que estaba pensando.

—Esto afecta a todos los habitantes de Anderith. Vos y la Madre Confesora nos pedís que renunciemos a nuestra cultura, que es lo mismo que nos pide la Orden Imperial, aunque admito que con D'Hara el cambio sería menor y podríamos conservar algunas tradiciones.

»No puedo imponer algo así por la fuerza a los anderianos. Ellos deben decidir.

—¿Qué? ¿Qué queréis decir? —preguntó un receloso Richard.

—Yo no puedo ordenar algo así a los anderianos. Tendrán que decidirlo ellos mismos.

—Pero ¿cómo lo harán?

—Todos los anderianos decidirán con su voto el destino de su país.

—¿Con su qué? —preguntó Kahlan.

—Con su voto. Debemos dar a todos los anderianos la oportunidad de decir qué desean hacer.

—No —negó Kahlan categóricamente.

—Pero, Madre Confesora, decís que lucháis por la libertad de nuestro pueblo. ¿Cómo es posible que queráis imponerles algo así por la fuerza, sin darles oportunidad de decir lo que piensan? —repuso el Ministro en tono persuasivo.

—No —repitió Kahlan.

Todos los demás ocupantes de la mesa parecían en estado de choque. Al oír la sugerencia de su marido, los ojos de lady Chanboor parecieron querer saltarle de las órbitas. Dalton Campbell se mantenía inmóvil, con la boca ligeramente abierta, mientras que Teresa había alzado mucho las cejas por la impresión. Era evidente que ninguno de ellos conocía de antemano las intenciones de Bertrand Chanboor, ni tampoco las juzgaban prudentes, pero guardaron silencio.

—No —dijo Kahlan de nuevo.

—¿Y cómo esperáis que los anderianos crean que realmente lucháis por la causa de la libertad si no les permitís elegir su propio destino? Si realmente ofrecéis la libertad, ¿por qué teméis que el pueblo ejerza esa libertad a la hora de elegirla? Si vuestra oferta es tan justa y buena, mientras que la de la Orden Imperial es tan brutal e injusta, ¿por qué no permitís que los anderianos escojan libremente unirse a vosotros? ¿Hay algo tan vil en lo que les ofrecéis que no podéis permitir que reflexionen sobre su destino y lo elijan libremente?

Richard miró a Kahlan.

—Lleva algo de razón al...

—No —espetó Kahlan.

Todos seguían sin moverse, pues se estaba discutiendo nada más y nada menos que el futuro de su país.

Richard asió a Kahlan por un brazo, se disculpó brevemente con el Ministro y se alejó con ella de la mesa. La llevó al fondo del salón, cerca de las cortinas situadas detrás de la mesa donde se servían los platos y echó un vistazo por la ventana para asegurarse de que nadie los escuchaba. Los ocupantes de la mesa principal seguían en silencio y no los miraban a ellos dos, sino al salón lleno de personas que comían, charlaban y reían, ajenas al drama que se desarrollaba en la mesa principal.

—Kahlan, no entiendo por qué...

—No. Richard, no. ¿Qué parte del «no» es la que no entiendes?

—La razón de ese no.

Kahlan soltó un suspiro de impaciencia.

—Mira, Richard, no me parece una buena idea, eso es todo. No, eso no es correcto. La verdad es que me parece una idea pésima.

—Muy bien, Kahlan. Sabes que cuento con tu opinión en asuntos como éste...

—Pues hazme caso. No.

Richard se pasó los dedos por el pelo, frustrado. Echó otro vistazo alrededor; nadie les prestaba atención.

—Lo que iba a decir es que me gustaría conocer tus argumentos. Ese tipo lleva algo de razón. Si ofrecemos a los anderianos la oportunidad de que se unan a nosotros para luchar por la libertad de todos, ¿por qué les negamos la opción de elegir libremente si desean colaborar con nosotros? La libertad no es algo que se imponga por la fuerza a personas que no la desean.

Kahlan le estrujó un brazo.

—No puedo darte ninguna razón, Richard. Sí, admito que suena bien, y sí, comprendo el razonamiento que subyace. Sí, sería lo más justo.

»Pero mi instinto me dice claramente que no. En este asunto debo confiar en mi instinto, Richard, y tú también. Y mi instinto habla con voz clara e insistente. No lo hagas.

Richard se pasó una mano por la cara. Trataba de hallar una razón por la que debieran oponerse a la sugerencia del Ministro, pero solamente se le ocurrían motivos que la avalaban, y no únicamente por la mera necesidad de que Anderith se aliara con ellos contra la Orden.

—Kahlan, yo confío en ti, de veras que sí. Tú eres la Madre Confesora, fuiste educada para gobernar y tienes toda una vida de experiencia en eso. Por el contrario yo soy un simple guía de bosque. No obstante, me gustaría que me dieras otra razón aparte de que tu «instinto» te dice que no.

—No puedo ofrecerte más. Conozco a esta gente y sé que son arrogantes y taimados. No me trago que Bertrand Chanboor se preocupe de lo que la gente quiere. Por lo que sé, él y su esposa sólo se preocupan de ellos mismos. Algo en todo esto me huele muy mal.

—Kahlan, te amo y confío en ti —repuso Richard acariciándole una sien—, pero se trata de la vida de los anderianos. Bertrand Chanboor no será quien decida, y eso es lo único que importa. Si nuestra oferta es justa, ¿por qué no damos a los anderianos la oportunidad de decir sí por ellos mismos? ¿No crees que en ese caso defenderán con más ganas la causa que si sus gobernantes eligen por ellos?

»¿Crees que es justo que les pidamos que transformen su cultura, que les digamos qué es lo correcto, pero que les neguemos la libertad de elegir libremente el unirse a nosotros? ¿Por qué solamente el líder puede decidir por todo el pueblo? ¿Y si el Ministro desea aliarse con Jagang? ¿No querrías que el pueblo de Anderith tuviera la oportunidad de derrocar al líder y elegir en su lugar la libertad?

Kahlan hundía los dedos en su melena, incapaz de expresar con palabras sus reservas y frustraciones.

—Richard, lo dices como si fuese, no sé, lo correcto, pero... no sé. Algo dentro de mí me dice que es un error. ¿Y si hacen trampas? ¿Y si intimidan al pueblo? ¿Y si lo amenazan? ¿Cómo lo sabremos? ¿Quién va a vigilar para asegurarnos de que la gente expresa realmente su opinión? ¿Quién velará por la imparcialidad del recuento?

—Bueno, en ese caso pondremos condiciones. ¿Qué te parece? Nos aseguraremos de que nosotros tenemos el control y no ellos.

—¿Qué tipo de condiciones?

—Contamos con un millar de hombres en Anderith. Los podemos enviar a las ciudades y aldeas para vigilar la votación. Cada persona podría hacer una marca en un papel, por ejemplo un círculo si

quiere unirse a nosotros o una equis si no quiere. Luego nuestros soldados podrían custodiar los votos y vigilar el recuento para asegurarse de que es justo.

—¿Y cómo sabrá la gente lo que significa una u otra opción?

—Tendremos que explicárselo. Anderith tampoco es un país tan grande. Podríamos ir a todas partes y explicar a los anderianos por qué deben unirse a nosotros, por qué es tan importante para ellos que lo hagan y qué les ocurrirá si la Orden Imperial los conquista. Tenemos la verdad de nuestro lado. No será tan difícil que la gente lo vea.

Kahlan reflexionó mordiéndose el labio.

—¿Cuándo sería la votación? Los exploradores informan que la Orden estará a distancia de ataque en menos de seis semanas.

—Pues pongamos cuatro. Dentro de cuatro semanas se celebrará la votación. Eso nos dará tiempo más que suficiente para ir a todos lados y hablar con la gente, explicarle lo importante que es esto. Luego, después de que voten unirse a nosotros, tendremos tiempo de sobras para traer a nuestro ejército y detener a Jagang con el Dominie Dirtch.

Kahlan se presionó el estómago con una mano.

—Esto no me gusta, Richard.

El joven se encogió de hombros.

—Bueno, como quieras. El general Reibisch está de camino con su ejército. Llegarán antes que Jagang. Dijimos al general que se mantuviera al norte, fuera de la vista, pero podríamos capturar el Dominie Dirtch con nuestros hombres y derrocar el gobierno de Anderith.

»Por lo que he visto de su ejército, no nos llevaría mucho tiempo.

—Lo sé. —Kahlan se quedó pensativa—. No lo entiendo. He estado en Anderith otras veces, y antes poseía un ejército temible. Los soldados que hemos visto no eran más que niños.

Richard miró por la ventana. La luz que se escapaba por las numerosas ventanas iluminaba el parque y revelaba su belleza. Parecía un lugar muy tranquilo para vivir.

—Niños mal entrenados —dijo Richard—. Yo tampoco lo entiendo. A no ser que, como dijo la soldado de la frontera, Biata, sólo se necesite una persona para hacer sonar el Dominie Dirtch.

»Tal vez no es preciso que inviertan sus recursos en un gran ejército cuando todo lo que necesitan es un puñado de soldados en la frontera que manejen el Dominie Dirtch. Después de todo, tú sabes mejor que nadie los enormes recursos necesarios para mantener un ejército de proporciones considerables. Los soldados comen cada día. Justamente por esa razón Jagang se dirige hacia aquí. Tal vez Anderith no quiere agotar sus recursos.

Kahlan hizo un gesto afirmativo.

—Es posible. Sé que el Ministro de Cultura cuenta con una larga tradición de patrocinadores: prestamistas, mercaderes y gente por el estilo, para ayudar a defender sus intereses. Mantener un ejército resulta tremendamente caro, incluso para un país próspero como es Anderith. Pero creo que hay algo más que explica por qué el ejército anderiano ha degenerado tanto.

—Así pues, ¿qué dices? ¿Votación o conquista?

Kahlan lo miró a los ojos.

—Sigo diciendo no a una votación.

—Sabes que con la conquista habrá heridos y también muertos. No será una operación incruenta. Es posible que tengamos que matar a los soldados que custodian el Dominie Dirtch, por ejemplo a la sargento Biata. Aunque no sean más que niños, no se rendirán sin presentar batalla, y probablemente morirán.

»No podemos dejarlos controlar el Dominie Dirtch. Si queremos que nuestro ejército pase, debemos tomar esas armas. No podemos correr el riesgo de que esas campanas masacren a nuestros hombres.

—Pero la magia está fallando.

—Hace una semana sonaron. Todas las personas que estaban delante murieron. Aún funcionan. No podemos confiar en que fallen.

»La alternativa es atacar o hacer lo que el Ministro sugiere: que los anderianos decidan su propio destino. Incluso si algo sale mal, nos quedará la opción de recurrir a nuestras tropas. Teniendo en cuenta lo que nos jugamos, no vacilaré en atacarlos si es preciso. Hay demasiadas vidas en juego.

—Eso es verdad. Siempre podemos atacar como último recurso.

—Hay otra cosa que debemos tener en cuenta. Tal vez el elemento más importante.

—¿Qué es? —preguntó Kahlan.

—Los repiques. Por eso hemos venido, ¿recuerdas? Este asunto de dejar que la gente decida puede sernos útil con los repiques.

Kahlan no parecía muy convencida.

—¿De qué modo?

—Tenemos que investigar en la biblioteca. Si encontramos lo que necesitamos para detener a los repiques, si descubrimos lo que Joseph Ander hizo en el pasado, podremos desterrarlos antes de que sea demasiado tarde para la magia. Supongo que no habrás olvidado lo de la mariposa gambit y todo lo demás.

—No, claro que no.

—Y tu poder de Confesora y la magia de Du Chaillu y el vínculo y todo lo demás. Sin magia, Jagang podría vencer fácilmente; el peligro que representa la Orden sería mayor. Sin magia que nos proteja y que nos ayude, tú y yo no somos más que dos personas normales. Ningún lugar es tan peligroso como un mundo sin magia.

»En el *impasse* de cuatro semanas antes de la votación tal vez localicemos la información que necesitamos sobre los repiques. Viajar por el país para tratar de convencer a los anderianos de que se unan a nosotros será la tapadera perfecta para que nadie sospeche de lo que estamos haciendo. No podemos arriesgarnos a que esta gente sepa que la magia está desapareciendo. Mejor que estén nerviosos.

»Kahlan, tal vez los repiques sean lo más importante de todo esto. Deberíamos acceder a que los anderianos voten; eso nos daría tiempo para investigar.

—Sigo opinando que es un error, pero si tú quieres intentarlo. —Kahlan se presionó el caballete de la nariz con dos dedos—. No puedo creer que esté accediendo. Confío en tu buen juicio, Richard. Después de todo, eres lord Rahl.

—Pero necesito tus consejos.

—Y también eres el Buscador.

—Un Buscador sin espada —repuso él con una sonrisa.

Kahlan le devolvió la sonrisa.

—Hemos llegado hasta aquí gracias a ti. Si tú dices que lo intentemos, te apoyaré, pero que conste que no me gusta. En lo de los repiques tienes razón; ésa es nuestra primera responsabilidad. La votación nos ayudará a buscar la solución al problema de los repiques.

Richard se sintió aliviado de que al fin Kahlan cediera, aunque le preocupaban las razones que la llevaban a ser reticente. Con Kahlan cogida de su brazo regresaron a la mesa principal. El Ministro, su esposa y Dalton Campbell se levantaron.

—Hay condiciones —anunció Richard.

—¿Como cuáles? —quiso saber el Ministro.

—Nuestros hombres vigilaran el proceso para asegurarse de que nadie hace trampas. Todos votarán al mismo tiempo para evitar que la gente vote más de una vez. Los anderianos se reunirán en ciudades y aldeas, y cada uno de ellos pondrá una marca en un pedazo de papel: un círculo si quiere unirse a nosotros o una equis si prefiere dejar su suerte en manos del cruel destino. Nuestros soldados vigilarán el recuento para que sepamos que ha sido una votación justa.

El Ministro sonrió.

—Son unas sugerencias excelentes. Estoy de acuerdo con todas ellas.

Richard se inclinó hacia el Ministro.

—Una cosa más.

—¿Sí?

—Todos los anderianos votarán. No sólo los anders, sino también los hakens. Los hakens son tan anderianos como los anders. En la votación se decidirá el destino de ambos grupos. Todos los anderianos podrán votar o no habrá votación.

Lady Chanboor y Dalton Campbell se miraron. El Ministro extendió las manos y sonrió ampliamente.

—Naturalmente. Todos votarán. Asunto arreglado.

18

Hildemara estaba furiosa.

—Bertrand, los hombres de Jagang te despellejarán vivo, y a mí me encantará verlo. ¡Lo único que lamento es que me has condenado a mí a una suerte igual!

Bertrand alzó una mano en gesto de rechazo.

—Tonterías, querida. Yo diría que he conseguido poner en punto muerto a la Madre Confesora y lord Rahl mientras Jagang se acerca.

Por una vez Dalton daba la razón a Hildemara. Pese a todos sus defectos, Hildemara era una estrategia brillante. Puestos a elegir, los anderianos en general y los hakens en particular votarían en masa por las libertades del imperio de lord Rahl antes que someterse voluntariamente a la tiranía de la Orden Imperial.

Pero Dalton también sabía que algo se ocultaba detrás de la sonrisa ufana de Bertrand. El Ministro poseía una habilidad especial y asombrosa para efectuar cálculos tácticos con toda frialdad y totalmente desprovistos de emociones hacia el resultado deseado, pues cualquier tipo de parcialidad invalidaría la ecuación. Bertrand sólo saltaba si sabía con certeza que podía cruzar el abismo, no saltaba porque simplemente deseara cruzarlo.

Basándose en su vasto conocimiento de la ley, Dalton sabía que pocas armas eran tan efectivas para aniquilar al adversario como la sencilla táctica de la demora. Esperaba que Bertrand no blandiera un arma que los matara a ellos en lugar de al enemigo.

—Ministro, me temo que será bastante problemático. Merece la pena retrasar a lord Rahl, pero no si es para permitirle que enardecza al pueblo en contra de la Orden Imperial y lo convenza de que abraza su causa. Si eso ocurre, no podríamos cumplir nuestros acuerdos y estaríamos en el epicentro de una feroz guerra.

—Y Jagang nos daría una lección sangrienta para demostrar a los demás lo que les ocurre a quienes no entregan lo que prometen —apostilló Hildemara.

Bertrand bebió un trago de la copa que se habían llevado a su estudio privado. Después dejó la copa de plata encima de una mesita de mármol y saboreó el ron antes de tragarlo.

—Mi querida esposa y mi leal asesor, ¿acaso no veis la espléndida simpleza de todo esto? Retrasaremos a la Madre Confesora y a lord Rahl para que la Orden Imperial tenga tiempo de llegar y ya sea demasiado tarde para que hagan algo. ¿Os imagináis, además, lo agradecido que nos estará Jagang cuando le entreguemos a su mayor enemigo?

—¿Cómo lograremos eso? —preguntó Hildemara.

—Durante el mes que queda antes de la votación, la Orden acabará de posicionar el resto de su avanzadilla. Eso les permitirá tomar el Dominie Dirtch a discreción. Cuando pierdan el apoyo de la gente, las fuerzas de lord Rahl, por cerca que estén, no podrán acudir en rescate de la Madre Confesora y lord Rahl. Jagang será invencible.

»El emperador ganará un país y personas para trabajarlo, tal como le prometimos, y nosotros seremos recompensados generosamente por entregarle a lord Rahl. Nadie cuestionará nuestra autoridad. Nunca más habrá Directores de los que preocuparse. Gobernaremos Anderith de por vida tal como queramos, sin preocupaciones ni oposición.

Dalton sabía que para los anderianos la vida seguiría. Para casi todos ellos la vida apenas cambiaría, aunque bajo la Orden serían un poco más pobres. Naturalmente se producirían trastornos y muertes

inevitables. Algunos deberían marcharse a la fuerza para servir al emperador. Pero la mayoría se alegraría de seguir con vida.

De no haberse convertido en la mano derecha del Ministro y haber sido incluido en el acuerdo tanto por servicio como por necesidad, a saber qué suerte habría corrido. Se estremecía al pensar lo que podría haberle sucedido a Teresa.

—Si es que al final respeta el acuerdo —masculló Hildemara.

—El emperador se sentirá tan feliz de contar con un refugio seguro e invulnerable al ataque que cumplirá los acuerdos —repuso Bertrand—. Lo que nos ha prometido a cambio de ocuparnos de que los anderianos continúen trabajando como hasta ahora supera con creces lo que podremos llegar a gastar en toda una vida. Pero para él no es más que una miseria comparado con lo que ganará. Nosotros simplemente debemos procurar provisiones a la Orden mientras conquista la Tierra Central. Jagang pagará sin protestar el precio pactado.

Lady Chanboor resopló irritada.

—Pero no será nada bueno que lord Rahl convenza a la gente para que vote a favor de unirse a él.

Bertrand se rió.

—¿Estás de guasa? Querida, ésa es la parte más sencilla de todas.

Hildemara cruzó los brazos, pidiéndole silenciosamente que se explicara. También a Dalton le preocupaba ese punto.

—Así pues, ¿no tenéis ninguna intención de permitir que la votación se celebre?

Bertrand los miró a ambos alternativamente.

—¿Es que no lo veis? Ganaremos fácilmente la votación.

—Con los anders tal vez sí, pero ¿y los hakens? —objetó Hildemara—. ¿Vas a poner nuestro destino en manos de los hakens, que nos superan ampliamente en número? Los hakens elegirán la libertad.

—Lo dudo. Mantenemos a los hakens en la ignorancia. No tienen capacidad para entender asuntos como éste. Ellos creen que el único modo de conseguir lo que necesitan, ya sea trabajo, comida o incluso ingresar en el ejército, es gracias a nuestra mano benévola. Los hakens creen que las libertades que tienen o esperan tener solamente se las pueden conceder los anders. La libertad lleva asociada la responsabilidad, y los hakens optarán por el camino más fácil.

Su esposa permanecía impertérrita.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Enviaremos a oradores para que hablen con el pueblo, estrechen manos, lloren y expresen un miedo profundo por lo que les ocurrirá si quedan a la merced del cruel imperio de D'Hara, si se ponen en las manos indiferentes de lord Rahl, que para empezar no sabe nada de las necesidades de los hakens y solamente se preocupa por su magia negra. Los hakens tendrán tanto miedo de perder las migajas que les cedemos que se apartarán de la hogaza que ven delante, si les convencemos de que está envenenada.

La mente de Dalton ya funcionaba a toda velocidad, pensando cómo poner en práctica el plan del Ministro. Apenas comenzaba a darse cuenta del amplio abanico de posibilidades que ofrecía.

—Tenemos que pensar en cómo lo formulamos como es debido —dijo Dalton—. Lo mejor sería que nosotros nos mantuviéramos completamente al margen.

—Justamente eso pensaba yo.

—Sí... —intervino Hildemara arrastrando la voz. También ella se había dejado seducir por el plan—. Debemos dar la impresión de que esperamos que el pueblo nos guíe en esta decisión y no a la inversa.

—Que otros pronuncien las palabras que nosotros concebimos —dijo Bertrand cabeceando hacia ella—. Debemos mantenernos por encima de eso a todo coste, como si tuviésemos las manos atadas por un noble compromiso con la justicia. Debemos dar la impresión de que ponemos nuestro destino en

manos de la sabiduría del pueblo, que situamos ese principio y el deseo del pueblo por encima de cualquier otra cosa.

—Dispongo de hombres que lo expresarán en el tono correcto —sugirió Dalton acariciándose el labio inferior—. Allí donde vaya lord Rahl, nuestros oradores irán detrás y transmitirán nuestro mensaje.

—Exactamente. Será un mensaje más potente, más hiriente y más aterrador.

Dalton agitó un dedo. Estaba totalmente sumido en sus pensamientos, tratando de prever todos los elementos necesarios para que la estrategia funcionara.

—Si sospechan lo que tramamos, lord Rahl y la Madre Confesora actuarán rápidamente contra nosotros. De hecho, deberíamos ocultarles lo que el pueblo escuchará, al menos al principio. Transmitemos nuestros mensajes sólo después de que ellos dos se hayan marchado.

»Dejemos que ofrezcan esperanza. Nosotros iremos detrás y describiremos esas esperanzas como mentiras. Asustaremos a la gente para borrar tales pensamientos de su cabeza.

Dalton sabía lo fácil que era manipular la mente de la gente con las palabras adecuadas, especialmente si la gente se sentía angustiada por otros asuntos y llena de confusión por las contradicciones.

—Si lo hacemos bien, el pueblo nos respaldará de manera rotunda al mismo tiempo que traiciona a lord Rahl y la Madre Confesora. —Dalton sonrió al fin—. Cuando acabemos con ellos, nos animarán para que sigamos como hasta ahora.

Bertrand bebió otro trago de ron.

—Ahora piensas como el hombre que contraté.

—Pero cuando el pueblo rechace su oferta —objetó Hildemara—, es muy posible que lord Rahl se tome muy mal la derrota y recurra a la fuerza.

—Seguramente. Pero para entonces la Orden ya habrá capturado el Dominie Dirtch, y será demasiado tarde para que lord Rahl pueda impedirlo. Él y la Madre Confesora estarán aislados, sin esperanza de recibir refuerzos.

—Lord Rahl y la Madre Confesora quedarán atrapados en Anderith... —Hildemara sonrió al fin y cerró un puño con los dedos como garras—. A merced de Jagang.

—El cual nos recompensará. —El Ministro se volvió hacia Dalton—. ¿Dónde han acampado las tropas d'haranianas?

—Entre aquí y Fairfield.

—Bien. Que lord Rahl y la Madre Confesora tengan todo lo que pidan. Que hagan lo que deseen. Debemos mostrarnos muy complacientes.

Dalton asintió.

—Han dicho que querían ver la biblioteca.

Bertrand cogió de nuevo la copa.

—Perfecto. Que la recorran de arriba abajo y lean todo lo que les plazca. En la biblioteca no hay nada que pueda serles de ayuda.

Un jaleo hizo girar la cabeza a Richard.

—¡Fuera! —gritó Vedetta Firkin. La mujer, ya mayor, extendió los brazos adelante para añadir una amenaza física a la amenaza verbal—. ¡Fuera, ladrón!

El cuervo, posado en el tablón sujeto al alféizar, daba saltitos y agitaba las alas, expresando ruidosamente lo mucho que la mujer lo molestaba. Vedetta miró alrededor y cogió rápidamente un palo apoyado contra la pared que se utilizaba para mantener abierta la ventana contigua. Blandiendo el palo a modo de espada, Vedetta se asomó por la ventana abierta y trató de ahuyentar el cuervo. Pero el ave extendió las alas, erizó el plumaje del cuello, puso de punta las plumas de la cabeza como si fuesen cuernos, dio un salto hacia atrás y chilló.

La bibliotecaria arremetió de nuevo contra el gran pájaro negro. Esa vez el cuervo optó por una retirada estratégica a una rama vecina. Desde esa posición segura comenzó a soltar una charla estridente. Vedetta cerró la ventana de golpe.

Entonces se dio media vuelta, dejó el palo, se limpió las manos con gesto triunfal y volvió a su tarea con la cabeza muy alta.

Richard y Kahlan habían hablado con ella al llegar a la biblioteca para tranquilizarla. Richard prefería que colaborara con ellos y evitar darle la idea de que su deber era ocultarles algunos libros. Vedetta había respondido alegremente a su manera afable e informal de tratarla.

—Lo siento —se disculpó en voz baja como para compensar el alboroto. Se aproximó apresuradamente a Kahlan y Richard—. Clavé ese tablón al alféizar y puse semillas para los pájaros, pero esos repugnantes cuervos vienen y roban las semillas.

—Los cuervos también son pájaros —señaló Richard.

La mujer se irguió algo aturdida.

—Sí, pero... son cuervos. Son un verdadero incordio. Roban todas las semillas y luego los bonitos pájaros cantores no se acercan. A mí me encantan los pájaros cantores.

—Entiendo. —Richard sonrió y centró de nuevo la atención en el libro.

—Sea como sea, lord Rahl, Madre Confesora, lamento la interrupción. No quería que esos cuervos ruidosos os molestaran, cosa que no me extrañaría. Es mejor deshacerse de ellos en seguida. Intentaré que a partir de ahora tengáis silencio.

—Gracias, señora Firkin —le dijo Kahlan con una sonrisa.

La bibliotecaria hizo una pausa antes de irse.

—Perdonad mi atrevimiento, lord Rahl, pero debo deciros que tenéis una sonrisa encantadora. Me recuerda mucho la sonrisa de un amigo.

—¿De veras? ¿Cómo se llama? —preguntó Richard distraídamente.

—Ruben. —Vedetta se sonrojó—. Es un caballero.

Richard le dedicó la sonrisa que tanto le gustaba.

—Es comprensible que ese amigo vuestro sonría al veros, señora Firkin.

—Ruben —dijo entre dientes Kahlan, mientras que la bibliotecaria comenzaba a retirarse—. Me recuerda a Zedd. A veces ha usado el nombre de Ruben.

Richard suspiró de añoranza por su abuelo.

—Ojalá estuviera aquí, ahora —susurró a Kahlan.

—Si necesitáis alguna cosa —dijo Vedetta por encima del hombro mientras se marchaba arrastrando los pies— no dudéis en pedírmelo, os lo ruego. Estoy muy informada sobre la cultura de Anderith y sobre nuestra historia.

—Sí, gracias —dijo Richard. Al mismo tiempo aprovechó que Vedetta les daba la espalda para dar un apretón íntimo a Kahlan en la pierna por debajo de la mesa.

—Richard, piensa sólo en el trabajo —le reprendió Kahlan.

Richard le palmeó el muslo en señal de conformidad. Le sería más fácil concentrarse en lo que leía si no percibiera el dulce calor de Kahlan tan cerca de él. El joven cerró un libro y cogió otro. Se trataba de un viejo libro de archivos de la ciudad. Lo hojeó buscando alguna información remotamente útil.

Aunque no habían encontrado mucha información, Richard halló lo suficiente para conectar hechos que podrían ayudarlos. Sin duda merecía la pena pasar tiempo en la biblioteca, pues Richard comenzaba a hacerse una idea de Anderith. Era verdaderamente una biblioteca de cultura. Debido a sus actitudes y a sus creencias declaradas, Richard dudaba de que muchas personas sospecharan siquiera que bajo sus narices se ocultaba una oscura historia, oculta a la vista de todos.

Empezaba a comprender que antes de que los hakens invadieran Anderith el país se benefició de una dirección que eclipsó el desarrollo propio de la gente. Una mano benevolente los había protegido.

Según las canciones y las plegarias antiguas que había encontrado escritas, así como relatos posteriores del homenaje que se rendía a su protector y guía, Richard sospechaba que esa mano benevolente había sido la mano de Joseph Ander. Por lo que Kolo dejó escrito sobre él, a Joseph Ander le habría gustado tal adoración. Richard reconoció en la milagrosa guía el posible trabajo de un mago. Cuando Joseph Ander murió, los habitantes de Anderith quedaron huérfanos. Estaban perdidos, sin el socorro de los ídolos que adoraban pero que ya no les respondían. Se sentían desconcertados y estaban a merced de fuerzas que no comprendían.

Richard se reclinó y bostezó al tiempo que se estiraba. La biblioteca olía a moho por los libros antiguos. Era un aroma intrigante en el sentido que escondía un misterio que llevaba mucho tiempo oculto, pero no resultaba muy agradable. Richard deseaba tanto respirar el aire fresco y soleado del otro lado de las ventanas como deseaba resolver el misterio. Du Chaillu, sentada cerca, se acariciaba con una mano el abultado vientre mientras estudiaba un libro decorado con minuciosas iluminaciones en muchas de sus páginas. Eran dibujos de animales de pequeño tamaño: hurones, comadreja, zorros, etcétera. Aunque Du Chaillu no sabía leer, sonreía con los numerosos dibujos. Nunca había visto nada igual. Richard tampoco había visto antes ese brillo en los ojos oscuros de Du Chaillu. Se mostraba tan encantada como una niña.

Jiaan estaba tranquilamente repantigado cerca de ella, o al menos lo fingía hábilmente, porque Richard sabía que el maestro de armas en realidad lo observaba todo discretamente. Media docena de soldados d'haranianos se paseaban por la sala. Y guardias anders custodiaban las puertas.

Algunas personas habían abandonado inmediatamente la biblioteca por miedo a molestar a la Madre Confesora y a lord Rahl, pero un puñado seguía allí. Kahlan sugirió que podían ser espías enviados para vigilarlos. Richard opinaba lo mismo.

Confiaba tan poco en el Ministro como Kahlan. Desde el primer momento que surgió el tema de Anderith, el evidente desagrado de Kahlan hacia ese país le había influido a él. El Ministro de Cultura no había hecho nada para mejorar esa impresión, sino que había dado más peso a las prevenciones de Kahlan respecto a él.

—Aquí —dijo Richard dando golpecitos a la página—. Aquí está otra vez.

Kahlan se arrimó para mirar y emitió un sonido grave y gutural al ver el nombre: Arroyo Oeste.

—Lo que dice aquí confirma lo que ya hemos descubierto —comentó Richard.

—Conozco el sitio. Es una ciudad pequeña. Por lo que recuerdo, allí no hay nada.

Richard levantó un brazo para llamar la atención de la madura bibliotecaria. Vedetta se acercó en seguida a toda prisa.

—¿Sí, lord Rahl? ¿Os puedo ayudar?

—Señora Firkin, habéis dicho que conocéis a fondo la historia de Anderith.

—Oh, sí, es cierto. Es mi materia favorita.

—Bueno, he encontrado varias menciones a un lugar llamado Arroyo Oeste. Parece que Joseph Ander vivió allí.

—Sí, es correcto. Está situado en las estribaciones de las montañas, más arriba del valle Nareef.

Kahlan ya se lo había dicho, pero era prudente comprobar que la bibliotecaria no trataba de engañarlos ni de ocultarles información.

—¿Quedan vestigios de él en Arroyo Oeste? ¿Algo que le perteneciera?

Vedetta sonrió entusiasmada, complacida de que lord Rahl se interesara por Joseph Ander, la persona que daba nombre a su país.

—Por supuesto que sí, existe un pequeño santuario levantado en honor a Joseph Ander. Muchas personas van en peregrinación para ver la silla en la que solía sentarse y varias pertenencias suyas.

»La casa en la que habitó se incendió hace poco. Fue un incendio terrible, pero algunas cosas se salvaron porque habían sido retiradas mientras se reparaba la casa. Tenía goteras que estropeaban las cosas, y el viento arrancaba las tejas. Se supone que las ramas de los árboles rompieron las ventanas, y rachas de viento muy fuertes se colaron dentro y transportaron lluvia que lo mojó todo. Estropeó muchas cosas valiosas que pertenecieron a Joseph Ander. Luego un incendio provocado por un rayo quemó la casa hasta los cimientos.

»Pero, como he dicho, algunas de sus cosas se salvaron porque se habían retirado mientras se efectuaban reparaciones; eso fue antes del fuego. Así pues, ahora esas cosas se exhiben para que la gente pueda verlas. Por ejemplo, la silla en la que se sentaba.

»Y, sobre todo —añadió inclinándose hacia él—, algunos de sus escritos, que se conservan intactos. Eso despertó el interés de Richard.

—¿Escritos?

La canosa bibliotecaria hizo un gesto afirmativo.

—Los he leído todos. No contienen nada importante, sólo sus observaciones sobre las montañas entre las que vivía, la ciudad y algunas personas que conocía. Nada importante, aunque tienen interés, naturalmente.

—Entiendo.

—Desde luego, nada tan importante como las cosas que guardamos aquí.

—¿De qué se trata? —preguntó Richard, que no podía estar más interesado.

—Conservamos algunos de sus escritos aquí, en la cripta. Sus transacciones, cartas, libros en los que escribía sus creencias. Escritos de ese tipo.

»¿Os gustaría verlos?

Richard trató de disimular su extremo interés. No quería que esa gente supiera qué andaba buscando. Justo por eso no había pedido nada específico.

—Sí, sería interesante. Siempre me ha interesado la historia. Me gustaría ver sus escritos.

Tanto él como Vedetta Firkin repararon en una figura que bajaba por la escalera. Se trataba de un tipo u otro de mensajero; Richard había visto bastantes, todos vestidos igual. El hombre pelirrojo, al ver a la señora Firkin hablando con Richard y Kahlan, separó los pies, enlazó las manos a la espalda y esperó sin acercarse.

Richard no quería hablar sobre los escritos de Joseph Ander mientras un mensajero esperaba.

—¿Por qué no vais a ver qué desea? —sugirió a la señora Firkin.

Ésta le agradeció con una inclinación de cabeza que fuese tan indulgente.

—Disculpadme sólo un momento.

Kahlan cerró su libro y lo colocó encima de una pila de otros que ya había examinado.

—Richard, debemos irnos. Tenemos que reunirnos con los Directores y otras personas. Luego volveremos.

—Muy bien. —Richard suspiró—. Al menos no tenemos que reunirnos otra vez con el Ministro. No podría soportar otro banquete.

—Estoy seguro de que él está encantado de que hayamos declinado la invitación. No sé por qué, pero tú y yo somos unos aguafiestas.

Richard se mostró de acuerdo y fue a buscar a Du Chaillu. La señora Firkin regresó cuando Du Chaillu se levantaba.

—Me encantaría localizar los libros en la cripta y traéroslos, lord Rahl, pero antes debo hacer un recado urgente. No tardaré. Tal vez podáis esperar un poco. Estoy segura de que los escritos de Joseph Ander os deleitarán. No mucha gente tiene la oportunidad de verlos, pero tratándose de alguien tan importante como vos y como la Madre Confesora...

—A decir verdad, señora Firkin, me encantaría ver esos libros, pero ahora mismo debemos ir a hablar con los Directores. No obstante podría regresar esta tarde o esta noche, ¿qué os parece?

—Sería perfecto. Eso me dará tiempo para localizarlos y sacarlos. Cuando volváis los tendré listos.

—Muchas gracias. La Madre Confesora y yo estamos ansiosos por ver unos libros tan excepcionales.

»Por cierto, señora Firkin —añadió cuando ya se iba—, os sugiero que deis algunas semillas a ese cuervo. El pobre parece desesperado.

—Si vos lo decís, lord Rahl —dijo la bibliotecaria a modo de despedida agitando los dedos.

Se levantó cuando la mujer mayor entró del brazo de uno de sus mensajeros.

—Señora Firkin, gracias por venir.

—Bueno, señori..., maese Campbell, tenéis un despacho precioso. —La mujer miró alrededor como si estuviera interesada en adquirirlo—. Sí, realmente precioso.

—Gracias, señora Firkin.

Ladeó la cabeza para ordenar al mensajero que se retirara. El hombre salió y cerró la puerta.

—Oh, y mirad esto —dijo la mujer uniendo las manos en gesto de plegaria debajo de la barbilla—. Cuántos libros y qué magníficos. Jamás sospeché que aquí arriba se guardaran libros tan espléndidos.

—En su mayor parte son libros de leyes. Es mi especialidad.

—Una vocación muy noble, maese Campbell, muy noble. Os felicito. Seguid con ella.

—Sí, ésa es mi intención. Hablando de leyes, señora Firkin, eso me recuerda por qué os he hecho subir.

La bibliotecaria lanzó una larga mirada de soslayo a la silla. Deliberadamente Dalton no le ofreció asiento, sino que la mantuvo de pie.

—He recibido informes de un visitante de la biblioteca también interesado en las leyes. Al parecer, armó un buen alboroto. —Dalton apoyó los puños en la superficie de piel incrustada en su escritorio y se inclinó hacia adelante, clavando los ojos en la mujer—. Me han informado que sacasteis un libro restringido de la cripta y se lo mostrasteis sin pedir antes autorización.

En un abrir y cerrar de ojos la señora Firkin pasó de ser una anciana parlanchina a una anciana aterrorizada.

Aunque no había hecho nada fuera de lo común, había infringido las normas y, por lo tanto, la ley. Muchas de las leyes como ésa se aplicaban solamente de manera selectiva, y los infractores no eran castigados o se les imponían penas muy leves. Pero de vez en cuando alguien se veía en un buen aprieto por violar una de esas normas. Como hombre de leyes, Dalton conocía el valor de las normas que casi nadie respetaba; todos caían en la trampa, lo cual le daba poder sobre las personas. La infracción cometida por Vedetta Firkin era un delito grave casi comparable al robo de tesoros culturales, si es que Dalton decidía inculparla.

—Pero en ningún momento le dejé que lo tocara, maese Campbell —se justificó ella jugueteando con un botón del cuello—. Lo juro. Lo tuve siempre en mis manos. Incluso yo pasaba las páginas. Simplemente le permití echar un vistazo a la letra de nuestro glorioso padre fundador. No pretendía...

—De todos modos no está permitido, y he sido informado. Así pues, debo tomar medidas.

—Sí, señor.

—Traedme el libro —ordenó dando golpecitos encima del escritorio—. Traédmelo en seguida. En seguida, ¿está claro?

—Sí, señor. En seguida.

—Traédmelo y ponedlo sobre mi mesa para que pueda examinarlo. Si no contiene información valiosa para un espía, no recomendaré que se os apliquen medidas disciplinarias... por esta vez. Pero será mejor que no os pillen infringiendo otra vez las normas, señora Firkin. ¿Entendido?

—Sí, señor. Gracias, señor —dijo al borde del llanto—. Maese Campbell, la Madre Confesora y lord Rahl han estado en la biblioteca.

—Sí, lo sé.

—Lord Rahl pidió poder ver los libros y escritos de Joseph Ander. ¿Qué hago?

Dalton apenas podía creer que lord Rahl perdiera el tiempo revisando libros inútiles. Era tan ignorante que casi le daba lástima. Casi.

—La Madre Confesora y lord Rahl son invitados de honor además de personajes muy importantes. Pueden ver cualquier libro de nuestra biblioteca que deseen sin restricciones. Ninguna restricción. Os autorizo a mostrarles cualquier libro que tengamos.

»Excepto ese libro que mostrasteis a ese tal Ruben —agregó tamborileando de nuevo sobre el escritorio—. Quiero ese libro sobre mi mesa y lo quiero ahora.

La mujer rebullía inquieta, como si estuviera a punto de orinarse encima.

—Sí, señor. Ahora mismo, maese Campbell. —Salió disparada del despacho de Dalton Campbell como si toda su vida estuviera centrada en conseguir el libro en cuestión.

En realidad a Dalton no le interesaba el libro, fuese lo que fuese, pero no podía tolerar que los empleados de la biblioteca bajaran la guardia y comenzaran a violar las normas. No podía encomendar la custodia de objetos valiosos a personas en las que no podía confiar.

En la telaraña que llevaba años tejiendo se cocían asuntos más importantes que un libracó viejo y polvoriento escrito por Joseph Ander, pero no podía pasar nada por alto por nimio que pudiera parecer. Echaría un vistazo al libro, aunque lo que importaba era que se lo llevara.

De vez en cuando era necesario infundir miedo a la gente para recordarles quién mandaba y quién decidía sobre su vida o su muerte. El incidente llegaría a oídos de los demás empleados de la mansión, y el miedo los pondría a todos tiesos. Y, si no, la siguiente vez pondría al infractor de patitas en la calle para dar ejemplo.

Dalton se dejó caer en su butaca y volvió a la pila de mensajes. El más inquietante era uno que informaba de la mejoría del Soberano. Volvía a tomar alimentos. No era buena señal, pero tampoco podía durar eternamente. Más pronto o más tarde Bertrand Chanboor sería Soberano.

Otros mensajes informaban de casos de muertes. Los campesinos estaban asustados por extraños incidentes, fallecimientos que se salían de lo común: por fuego, ahogamientos, caídas. Buscaban un refugio seguro en la ciudad, aterrados de visiones que tenían por la noche.

También se habían recogido casos de muertes en la ciudad en circunstancias similares a éstas, y causaban el mismo temor. Algunos ciudadanos huían de la ciudad hacia el campo en busca de un refugio seguro.

Dalton sacudió la cabeza ante los estúpidos miedos de la gente. Hizo un montón con los mensajes. Cuando estaba a punto de acercarlos a la llama de la vela, se le ocurrió algo. Se detuvo y alejó el fajo de mensajes de la llama.

Algo que Franca le dijera una vez le dio una idea. Podrían ser de utilidad. Abrió el cajón y los metió allí.

—¿Sigues trabajando, amor mío?

Dalton alzó la vista ante el sonido de esa voz familiar. Teresa, ataviada con un vestido rosa muy seductor que Dalton no recordaba haberle visto, entró majestuosamente en el despacho.

—Tess, querida. ¿Qué te trae aquí arriba? —preguntó Dalton risueño.

—He venido a pillarte con una amante.

—¿Qué?

Teresa pasó junto al escritorio, se detuvo frente a la ventana y miró afuera. Un fajín de terciopelo verde le ceñía la cintura, el cual resaltaba sus curvas. Dalton se imaginó sus manos justo donde el fajín la ceñía.

—Anoche me sentí muy sola —dijo Teresa mirando a la gente en los prados.

—Lo sé y lo siento, pero recibí mensajes que tenía que...

—Pensé que estabas con otra mujer.

—¿Qué? Tess, te envié un mensaje en el que te explicaba que tenía trabajo.

Teresa se volvió hacia él.

—Cuando me avisaste de que trabajarías hasta tarde, no me preocupé, pues lo haces cada noche. Pero cuando me desperté, casi al amanecer, y no te vi a mi lado... bueno, estuve segura de que estabas en la cama con otra.

—Tess, yo nunca...

—Entonces se me pasó por la cabeza la idea de lanzarme a los pies de lord Rahl para pagarte con la misma moneda, pero él ya tiene a la Madre Confesora, que es más hermosa que yo, por lo que pensé que se reiría de mí y me rechazaría.

»Así pues, me vestí y subí para poder afirmar que no estabas trabajando cuando más tarde me mintieras diciéndome que pasaste la noche en tu despacho. Pero en lugar de encontrarme con una oficina vacía, vi a todos tus mensajeros correr de un lado a otro, como si se prepararan para ir a la guerra. También te vi a ti entregando papeles e impartiendo órdenes. Me quedé un rato mirando.

—¿Por qué no entraste?

Teresa se le acercó como si se deslizara por el aire y se le sentó en el regazo. Entonces le echó los brazos al cuello y lo miró directamente a los ojos.

—No quería molestarte estando tan ocupado.

—Tú nunca molestas, Tess. Tú eres lo único en mi vida que no es una molestia.

Teresa se encogió de hombros.

—Me daba vergüenza confesar que pensaba que me engañabas.

—¿Y por qué lo confiesas ahora?

Ella le dio un beso que solamente ella podía dar: sin aliento, apasionado, húmedo. Al acabar se apartó de él y sonrió al verlo con la vista fija en su escote.

—Porque te quiero —susurró— y porque te echo de menos. Acabo de recibir este vestido y he pensado que con él tal vez podría arrastrarte a la cama.

—Creo que eres mucho más hermosa que la Madre Confesora.

Teresa sonrió y depositó un beso leve en la frente de Dalton.

—¿Y si vienes a casa un ratito?

—En seguida voy —repuso él dándole una palmada en el trasero mientras ella se levantaba.

Ann miró a hurtadillas y vio a Alessandra que la observaba rezar. La Prelada le había preguntado si le molestaría que rezara antes de comer.

—No —contestó Alessandra cogida por sorpresa—. ¿Por qué tendría que molestarme?

Sentada en la tierra dentro de la tienda mugrienta, Ann se consagró sinceramente a la oración. Se dejó colmar por la dicha del Creador. Era una dicha muy similar a la que sentía cuando se abría a su han. Dejó que la Luz la llenara de gozo, que su corazón sintiera la paz del Creador en ella y dio las gracias por todo lo que tenía mientras otros estaban mucho peor.

Rezó por que Alessandra sintiera aunque sólo fuera un rayo de esa Luz cálida y abriera su corazón.

Al acabar se acercó las manos lo máximo que le permitían las cadenas y trató de besarse el dedo anular, para demostrar así su fidelidad al Creador, con quien estaba casada simbólicamente.

Sabía que Alessandra recordaría la indescriptible satisfacción que provocaba rezar al Creador, abrir el corazón en acción de gracias hacia aquel que le había dado un alma. En la vida de toda Hermana había momentos en que lloraba de dicha en silencio, en privado y piadosamente.

Ann percibió un atisbo de anhelo en Alessandra cuando, casi sin darse cuenta, se acercó el dedo anular a los labios. Como Hermana de las Tinieblas que era, si se lo besaba estaría traicionando al Custodio.

Alessandra había entregado al Custodio del inframundo, es decir al mal, el alma que le había dado el Creador. Para Ann era inimaginable que el Custodio le ofreciera a cambio algo comparable a la simple dicha de rezar para dar las gracias al Único, del cual emanaban todas las cosas.

—Gracias, Alessandra. Has sido muy amable al permitirme rezar antes de comer.

—Nada de amabilidad. De ese modo tragaréis más rápido la comida y podré seguir antes con mis asuntos.

Ann inclinó la cabeza, satisfecha por haber sentido al Creador en su corazón.

19

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Morley.

—Chsss —dijo Fitch rascándose una oreja—. Estoy pensando.

En realidad no tenía ni idea de qué hacer, pero no quería que Morley lo supiera. Su amigo estaba impresionado porque había encontrado el sitio y confiaba en que Fitch siempre supiera qué hacer.

Tampoco había mucho que saber. Casi todo el tiempo lo pasaban viajando a caballo. Con todo el dinero que les había entregado Dalton Campbell no necesitaban saber mucho. Podían comprar comida; no era preciso cazarla ni recolectarla, y también podían comprar cualquier cosa que necesitaran; no tenían que fabricársela ellos mismos.

Fitch había aprendido que el dinero compensaba en gran medida todo aquello que uno ignoraba. Por haberse criado en las calles de Fairfield sabía cómo guardar el dinero y evitar que lo estafaran, se lo robaran o se lo birlaran con engaños. Era muy cuidadoso con el dinero y no lo usaba nunca para comprar ropa ostentosa, ni ninguna otra cosa que pudiera dar la idea de que valía la pena dejarlos fuera de combate o algo peor.

La gran sorpresa había sido que a nadie le importaba demasiado que fuesen hakens, ni siquiera parecían saberlo. Casi todo el mundo los tomaba por dos jóvenes educados y los trataba amablemente.

Aunque Morley trataba de convencerlo, Fitch evitaba las tabernas; sabía que era un modo seguro de anunciar a tipos muy poco recomendables que disponían de dinero y, además, si se emborrachaban olvidarían toda cautela. En vez de ir a las tabernas compraban una botella y se emborrachaban cuando acampaban para pasar la noche en algún lugar donde probablemente nadie topara con ellos por casualidad. Al principio lo hacían a menudo. A Fitch le ayudaba a olvidar que la gente pensaba que él había violado a Biata.

Morley quiso gastar parte del dinero en prostitutas en una ciudad por la que pasaron, pero Fitch se negó. Finalmente cedió y permitió que Morley lo hiciera pues, después de todo, el dinero también era suyo. Fitch esperó con los caballos y sus pertrechos fuera de la ciudad. Sabía lo que a veces les ocurría a los viajeros que acudían a las prostitutas en Fairfield.

Después, un sonriente Morley se ofreció a vigilar sus cosas mientras Fitch regresaba a la ciudad y visitaba a una mujer. Fitch se sintió tentado, pero la idea lo ponía muy nervioso. Cuando le parecía que ya había reunido el coraje necesario, se imaginaba a la mujer riéndose de él, las rodillas empezaban a temblarle y sudaba por las palmas de las manos. Sabía que la mujer se burlaría de él.

Morley era alto, fuerte y varonil. Las mujeres no se reían de Morley. Pero Biata siempre se reía de Fitch. El muchacho pensaba que no podría soportar que una mujer desconocida se burlara de su cuerpo flacucho cuando se desnudara.

Finalmente decidió que no quería arriesgarse a que los pillaran, ni tampoco gastar ni una sola moneda en eso. No sabía cuánto les costaría llegar a su destino y temía que se les acabara demasiado pronto. Morley le llamó idiota y le dijo que merecía la pena arriesgarse. Durante toda una semana no habló de otra cosa, hasta el punto que Fitch deseó haberlo hecho sólo por callarle la boca.

Al final resultó que no tendría que haberse preocupado por el dinero. Después de todo no gastaron tanto, al menos comparado con el que tenían. Gracias al dinero viajaron rápidamente. El dinero les permitía cambiar los caballos por otros de refresco y seguir adelante sin tener que preocuparse de que los animales los retrasaran.

—Después de un viaje tan largo y cuando estamos ya tan cerca, ¿no podemos seguir? —dijo Morley meneando la cabeza.

—He dicho que te calles. ¿Quieres que nos cojan?

Morley guardó silencio y no emitió otro sonido que el de rascarse la barba de tres días. Fitch deseó tener más que unos pocos pelos en la barbilla. A Morley ya le empezaba a crecer la barba. A veces Fitch se sentía un crío al lado de Morley, con esos hombros tan anchos y la barba incipiente.

El muchacho observó a los guardias que patrullaban. No había modo de entrar excepto cruzando el puente. Franca ya se lo había advertido, y en esos momentos lo comprobaba con sus propios ojos. O cruzaban el puente o todo habría acabado.

Fitch notó una brisa extraña y susurrante que le acariciaba la nuca. Se estremeció. La brisa siguió su camino.

—¿Qué crees que está haciendo ése? —susurró Morley.

Fitch entornó los ojos para tratar de ver mejor en la distancia. Parecía que uno de los guardias del puente trepaba al pretil de piedra del puente.

El muchacho se quedó boquiabierto.

—¡Por todos los espíritus! ¿Has visto eso?

Morley lanzó un grito ahogado.

—¿Por qué lo habrá hecho?

Fitch sacudió la cabeza. Iba a hablar cuando se fijó en otro soldado al otro lado del puente que también trepaba al pretil de piedra.

—¡Mira! —señaló—. ¡Ahí va otro!

El soldado extendió los brazos abrazando el aire mientras saltaba del puente hacia el abismo.

Entonces, mientras sus compañeros corrían hacia ese lado, un tercero saltó al vacío. Era una locura. Fitch observaba la escena tumbado boca abajo, sin habla.

En la distancia, los gritos de los soldados a medida que más compañeros saltaban del puente sonaban como repiques de campana. Algunos desenvainaban sus armas, pero las soltaban inmediatamente y trepaban a su vez al pretil de piedra.

Fitch notaba que algo lo empujaba, como si su imaginación lo espoleara a aprovechar la oportunidad que se presentaba. La sensación le provocaba un hormigueo en la nuca. El muchacho se puso en pie apresuradamente.

—Vamos, Morley. Adelante.

Morley le siguió. Fitch corría hacia los caballos, que habían dejado escondidos entre los árboles. Entonces introdujo un pie en el estribo y saltó a la silla. Sin perder ni un segundo espoleó el caballo y lo lanzó al galope.

Ascendían por un camino con curvas muy pronunciadas, por lo que no podía ver entre los árboles si los soldados se estaban reagrupando o si aún seguían tan trastornados y confusos como para que él y Morley pudieran pasar entre ellos. Ésa era su única oportunidad. Aunque no sabía qué estaba pasando, no era muy probable que los guardias se dedicaran a saltar del puente cada día. Era entonces o nunca.

Al doblar la última curva galopaban rápidos como el viento. Fitch pensó que en el puente reinaba tal confusión que podrían cargar contra el último de los guardias y cruzar el puente.

Pero el puente estaba vacío. Ya no quedaba ningún soldado. Fitch frenó el caballo hasta ponerlo al paso. Sentía escalofríos en la columna vertebral al recordar a todos los guardias que había visto pocos momentos antes. Con ellos desaparecidos, sólo el viento guardaba el puente.

—¿Fitch, estás seguro de que quieres subir allí?

La voz de su amigo temblaba ligeramente. Fitch siguió la mirada de Morley y también lo vio. Sobresalía de la roca de la montaña como si hubiera brotado a partir de ésta, como si formara parte de la misma montaña. Era oscuro y de aspecto siniestro. Era el lugar más maligno que Fitch hubiera visto o imaginado. Había terraplenes, torres y muros que se alzaban muy por encima de la imponente muralla exterior con almenas.

Fitch se alegró de estar sentado, pues dudaba que las piernas le hubieran sostenido al ver eso. Nunca había visto nada tan enorme ni siniestro como el Alcázar del Hechicero.

—Vamos, antes de que descubran lo ocurrido y envíen más guardias.

Morley miró a su alrededor en el puente vacío.

—¿Y qué ha ocurrido?

—Es un lugar mágico. Puede haber ocurrido cualquier cosa.

Fitch adelantó el trasero en la silla y animó a su caballo a continuar. Al animal no le gustaba el puente y le encantó poder echar a correr. Siguieron corriendo mientras atravesaban a toda velocidad la abertura en la muralla exterior, bajo el rastrillo.

Dentro encontraron un patio vallado para los caballos. Antes de soltarlos, Fitch advirtió a Morley que los dejaran ensillados, para así poder huir rápidamente. Ni uno ni otro querían entretenerse más de la cuenta. Juntos subieron a la carrera la docena de escalones anchos de granito que los pies de incontables magos a lo largo de los siglos habían ido desgastando, especialmente por el borde, hasta dejarlos lisos.

Dentro era tal como Franca le había descrito, aunque no existían palabras para expresar tal envergadura. Un techo de cristal de treinta metros de altura dejaba pasar la luz del sol. En el centro del suelo de baldosas había una fuente en forma de trébol. Un surtidor lanzaba el agua a unos cinco metros de altura por encima de la pila superior, caía y después el agua manaba a la pila inmediatamente inferior. Cada pila era mayor que la anterior, hasta que el agua llegaba a una especie de piscina rodeada por un muro de mármol blanco que podía ser un banco.

Las columnas de mármol rojo eran tan grandes como Franca había dicho. Sostenían arcos que a su vez sustentaban una galería que rodeaba toda esa sala ovalada. Morley silbó. El eco le devolvió el sonido desde la distancia.

—Vamos —dijo Fitch sobreponiéndose a su propio asombro y temor.

Corrieron por el corredor del que Franca le había hablado y, tras ascender por varios tramos de escalera, irrumpieron por una puerta situada en lo alto. A continuación siguieron una pasarela alrededor de edificios cuadrados sin ventanas y subieron una escalera que rodeaba la mitad de una torre hasta llegar a otra pasarela, la cual discurría por debajo de lo que parecía un camino. Luego cruzaron un puente de piedra que salvaba a gran altura un patio pequeño y verde.

Finalmente llegaron a una muralla enorme, tan ancha como una carretera. Fitch se asomó por la derecha entre los huecos de las almenas, que eran tan grandes que tenían espacio suficiente para un hombre. Pudo ver, en la lejanía, la ciudad de Aydindril. Para un muchacho criado en un país tan llano como era Anderith era una vista que daba vértigo. A lo largo del viaje muchas cosas habían impresionado a Fitch, pero nada podía compararse con ese lugar.

En el otro extremo de la muralla, una docena de inmensas columnas de piedra roja jaspeada sostenían un entablamento prominente realizado con piedra oscura. Seis de las columnas flanqueaban una puerta revestida de oro. Por encima de la puerta podían admirarse más capas de elegante mampostería, algunas decoradas con placas de latón y discos redondos de metal, todos ellos cubiertos con símbolos extraños.

Mientras cruzaban la larga muralla Fitch calculó que la puerta medía al menos tres o cuatro metros de altura y un metro de ancho. Las planchas de oro también se habían decorado con algunos de los símbolos que podían apreciarse en las placas y los discos.

Al empujar la puerta, ésta se abrió silenciosamente hacia adentro.

—Es aquí —susurró Fitch. Ignoraba por qué hablaba en susurros. Tal vez temía despertar a los espíritus de los magos que rondaban por el Alcázar.

No quería que esos espíritus lo impulsaran a saltar desde la muralla, como los soldados que habían saltado del puente. Desde la muralla la montaña caía centenares de metros al vacío.

—¿Estás seguro? —preguntó Morley.

—Yo voy a entrar. Puedes esperar aquí o acompañarme. Tú eliges.

Morley miraba todo lo que lo rodeaba. Era incapaz de fijar la mirada en una única cosa.

—Voy contigo —decidió.

Dentro, a ambos lados, unas esferas de cristal del tamaño de cabezas descansaban encima de pedestales de mármol verde, como estatuas sin brazos que aguardaran para dar la bienvenida a los visitantes que entraban en la enorme sala de piedras labradas y decoradas. En el centro, cuatro columnas de mármol negro pulido con un perímetro al menos igual a la longitud de un caballo desde la cabeza a los pies formaban un cuadrado que sostenía arcos en los bordes externos de una bóveda central.

Por toda la sala se veían apliques de hierro forjado con velas, pero en la parte superior de la bóveda una hilera de ventanas dejaba pasar la luz, por lo que no era necesario encender las velas. Fitch se sentía en un lugar digno de albergar al mismísimo Creador. Tenía deseos de postrarse de hinojos y empezar a rezar.

Una alfombra roja partía del ala en la que se encontraban. Sendas hileras de pedestales de mármol blanco flanqueaban la alfombra. Cada uno de ellos medía más de contorno que la barriga de maese Drummond, y cada uno sostenía un objeto distinto: hermosos cuencos, suntuosas cadenas de oro, una botella negra como la noche y otros objetos de madera vetada. Fitch no reconoció algunos objetos.

De todos modos, no les prestó mucha atención. Él observaba el otro lado de la bóveda central que remataba la inmensa sala. Vio una mesa atiborrada de todo tipo de objetos y, apoyada contra la mesa, lo que había ido a buscar.

De la vasta cámara central partían diversas alas entre cada par de columnas negras adornadas con oro. La de la izquierda parecía una biblioteca en desorden, con libros apilados en altas columnas por el suelo. El ala de la derecha estaba oscura.

Fitch siguió la alfombra roja. Al llegar al final, casi una docena de escalones anchos descendían hasta el suelo, situado en un nivel más bajo. Era de mármol color crema y ocupaba el centro del enclave del Primer Mago, debajo de la bóveda. Fitch subió de dos en dos los escalones que ascendían al otro lado, hacia la mesa colocada delante de una ventana muy grande rematada en arco.

Encima de la mesa se habían apilado cosas sin orden ni concierto: cuencos, velas, rollos de pergamino, libros, tarros, esferas, escuadras y cartabones de metal, incluso una calavera. El suelo estaba abarrotado de objetos de mayor tamaño.

Morley quiso coger la calavera, pero Fitch se lo impidió dándole un cachete en la mano.

—No toques nada. Eso —añadió señalando la calavera que los miraba fijamente desde sus cuencas vacías— podría ser el cráneo de un mago que, si se toca, podría volver a la vida. Los magos pueden hacer eso, ¿sabes?

Morley retiró la mano bruscamente.

Con dedos temblorosos, después de tanto tiempo, por fin Fitch extendió los brazos y recogió lo que había ido a buscar al Alcázar. Era justo como se había imaginado que sería. El trabajo en oro y plata era lo más hermoso que había visto en su vida, y eso que en la finca del Ministro se había hartado de ver filigranas en oro y plata. Ningún ander poseía nada que se aproximara siquiera a la belleza de eso.

—¿Qué es? —preguntó Morley.

Fitch pasó los dedos por encima de las letras en relieve de la empuñadura. Formaban la única palabra que Fitch podía leer.

—Es la *Espada de la Verdad*.

Fitch se sentía como si hubiera echado raíces en ese lugar mientras sostenía la magnífica arma y acariciaba la empuñadura con alambre de oro y plata enroscado, la cruz que describía un pronunciado arco descendente, la funda de oro y plata primorosamente cincelados. Incluso el tahalí de piel era muy hermoso y suave. Fitch lo acarició entre el pulgar y el corazón.

—Bueno, si tú te llevas eso, ¿qué me puedo llevar yo? —preguntó Morley.

—Nada —respondió una voz a sus espaldas.

Ambos dieron un respingo y se les escapó un grito simultáneamente. Juntos se dieron la vuelta.

Lo que vieron los asombró tanto que creyeron estar soñando. Era una estupenda mujer rubia, de ojos azules, vestida con ropas de cuero rojo que se ceñían a su cuerpo como una segunda piel y que mostraban sus curvas femeninas hasta un punto que Fitch nunca había visto. Las damas anders solían llevar vestidos muy escotados que dejaban al descubierto la parte superior de los senos, pero ese traje, aunque la cubría del cuello a los pies, de algún modo era más revelador. Al caminar hacia ellos se le marcaron unos músculos delgados pero perfectamente definidos.

—Eso no es tuyo. Devuélvemelo antes de que alguno de vosotros salga malparado, chicos.

Morley ya no soportaba que lo llamaran chico, y mucho menos que lo hiciera una mujer sin escolta. Fitch vio que tensaba sus fuertes músculos.

La desconocida puso los brazos en jarras. Hacía gala de mucho valor tratándose de una mujer sola que se enfrentaba a dos hombres que la superaban. Fitch se dijo que pocas mujeres podrían poner una cara de tan pocos amigos como ésta, aunque él no tenía miedo. Se consideraba a sí mismo todo un hombre que no debía responder ante nadie.

Recordó a la indefensa Claudine Winthrop y lo fácil que había sido contenerla. Ésa era una mujer como Claudine, nada más.

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos aquí? —preguntó la mujer.

—Podríamos preguntarte lo mismo a ti —replicó Morley.

La mujer lo fulminó con la mirada y después tendió una mano hacia Fitch.

—Eso no te pertenece. Dámelo antes de que me enfade y te haga daño.

En el mismo instante Fitch y Morley salieron disparados en direcciones opuestas. La mujer persiguió a Fitch. El muchacho lanzó la espada a Morley. La atrapó riendo y la agitó hacia la mujer a modo de provocación.

Fitch avanzó por detrás de ella y se dirigió a la puerta. La mujer se abalanzó sobre Morley. Morley arrojó la espada por encima de la cabeza y los brazos extendidos de la mujer.

Los tres cruzaron a toda velocidad el suelo hundido en el centro de la bóveda. La mujer se zambulló, atrapó una pierna de Fitch y le hizo perder el equilibrio. Mientras caía, Fitch le tiró la espada a Morley.

La mujer ya estaba de pie y corría antes de que Fitch rodara sobre sí mismo y se levantara. Morley empujó con el hombro una de las columnas de mármol blancas y la volcó sobre la alfombra roja delante de la mujer. El cuenco situado encima de la columna se estrelló contra el suelo y se hizo mil pedazos, que resbalaron por el mármol y la alfombra con un tintineo suave, casi musical.

—¡No tenéis ni idea de lo que estáis haciendo! —les gritó la mujer—. ¡Parad ahora mismo! ¡Eso no es vuestro! ¡Esto no es un juego de niños! ¡No tenéis derecho a tocar nada de aquí! ¡Podríais causar un desastre! ¡Basta ya! ¡Hay vidas en juego!

La mujer y Morley danzaban alrededor de otra columna. Cuando la mujer se lanzó hacia él, Morley empujó la columna hacia ella. La mujer soltó un grito cuando el pesado jarrón dorado colocado encima de la columna se tambaleó y le cayó en un hombro. Fitch no supo distinguir si fue un grito de dolor o de rabia.

Los tres serpenteaban entre las columnas que flanqueaban la alfombra roja y se acercaron lentamente a la puerta. Fitch y Morley se iban pasando la espada uno al otro, sin darle oportunidad de actuar. Fitch empujó una de las columnas para frenar el avance de la mujer y comprobó con sorpresa que era muy pesada. Al ver a Morley volcarla había pensado que sería fácil. No lo era, por lo que no volvió a intentarlo.

La mujer les gritaba que dejaran de destruir esos objetos mágicos de valor incalculable, pero cuando Morley volcó la columna que sostenía la botella negra, la mujer gritó con mucha más fuerza. La botella voló por los aires.

La mujer se zambulló hacia el suelo. Su larga trenza rubia voló a su espalda mientras ella aterrizaba y se deslizaba por el suelo. La botella le rebotó entre las manos, se le escapó, cayó sobre la alfombra y rodó, pero no se rompió.

Por la expresión de su cara, fue como si acabara de salvar su propia vida en lugar de evitar que una botella se rompiera.

La mujer se puso de pie apresuradamente y arremetió contra ellos, que ya atravesaban la puerta. Fuera, Morley lanzó la espada a Fitch riéndose burlonamente. Ambos corrían por el borde de la muralla.

—No tenéis ni idea de lo que está en juego, chicos. Necesito esa espada. Es muy importante. No es vuestra. Por favor, devolvédmela y os dejaré ir.

Morley tenía una mirada en los ojos que decía que quería hacerle daño a la mujer, mucho daño. Era la misma mirada que tenía con Claudine Winthrop.

Fitch solamente quería la espada, pero era evidente que tendrían que ponerse serios para detenerla, o les causaría un sinfín de problemas. Él no tenía ninguna intención de entregar la espada; les había costado demasiado conseguirla.

—Eh, Fitch —gritó Morley—. Ya es hora de que cates a una mujer. Y ésta es gratis. Yo te la sujetaré, ¿vale?

Desde luego era una mujer muy atractiva. Y les estaba causando problemas. Ella misma se había buscado todo lo que le ocurriera. No dejaba de acosarlos. Se estaba metiendo en asuntos que no eran de su incumbencia. Se lo tenía bien merecido.

Fitch sabía que puesto que estaba haciendo eso por las razones correctas, por buenas razones, merecía ser el Buscador de la Verdad. Esa mujer no tenía ningún derecho a interponerse.

Bajo el sol brillante el cuero rojo de la mujer era aún más rabioso. Y su cara se había puesto del mismo color. Parecía que alguien la hubiera levantado por la larga trenza rubia y la hubiera sumergido en sangre.

—He tratado de hacerlo a su modo —mascullaba la mujer—. He tratado de complacerlo. —Fitch pensó que estaba loca. De pie con las manos en las caderas hablaba hacia el cielo—. ¿Y qué he conseguido? Esto. Ya basta. Ya he tenido suficiente.

La mujer soltó un resoplido de furia y cogió los guantes de cuero rojo que llevaba metidos detrás del cinturón de doble vuelta que le ceñía la parte superior del traje a la cintura. Se puso los guantes, moviendo los dedos para adaptarlos bien, con una determinación que daba miedo.

—Éste es el último aviso, chicos —dijo con un gruñido que hizo que a Fitch se le erizaran los pelillos de la nuca—. Dadme esa espada. Ahora.

Aprovechando que miraba a Fitch echando chispas, Morley la atacó. Con el brazo describió un arco, dispuesto a descargar un terrible puñetazo contra un lado de su cabeza. Luego impulsó el puño con tal velocidad que Fitch pensó que la mataría de un solo golpe.

La mujer ni siquiera miró a Morley, paró el puñetazo con la palma de la mano, tiró del puño de su rival y, en un abrir y cerrar de ojos, giró por debajo de él y le retorció el brazo hacia la espalda. Apretando los dientes elevó el brazo de Morley. Fitch se quedó horrorizado al oír un chasquido escalofriante que indicaba que le había desenchajado el hombro. Morley cayó de rodillas por el dolor.

Esa mujer era distinta a todas las que Fitch hubiese visto antes. E iba por él. No corría, sino que caminaba con una determinación que dejó a Fitch sin respiración.

Se quedó paralizado, sin saber qué hacer. No quería abandonar a su amigo, pero los pies le gritaban que corriera. Tampoco quería entregar la espada. Fue retrocediendo por el muro almenado tanteando a ciegas.

Morley se levantó y se lanzó contra la mujer. Ésta seguía avanzando hacia Fitch y hacia la espada. Fitch decidió que tendría que clavarle la espada en la pierna, por ejemplo, o algo por el estilo. Podría herirla.

De repente pareció que ya no sería necesario, porque Morley ya estaba muy cerca de la mujer y cargaba contra ella como un toro enfurecido. Esa vez no podría detenerlo.

Sin siquiera volverse hacia su rival, la mujer lo esquivó hábilmente y no apartó la mirada de Fitch ni por un segundo mientras levantó un brazo y propinó un tremendo codazo a Morley en plena cara.

La cabeza de Morley hizo un gesto muy brusco hacia atrás. La sangre manó a chorros.

Sin ni siquiera respirar con dificultad, la mujer se volvió y agarró la mano buena de Morley: la izquierda. Sujetando la palma con los dedos y el dorso de la mano con el dedo pulgar, fue flexionando la muñeca hacia atrás hasta que a Morley le fallaron las rodillas. La mujer lo conducía hacia el muro.

Morley gimoteaba como un niño y le suplicaba que parase. Tenía el brazo derecho inutilizado, la nariz aplastada de un modo horrible y sangraba por la cara. Seguramente la mujer tenía que estar cubierta de sangre, pero con el cuero rojo no se veía.

Implacablemente fue conduciendo a Morley hacia atrás, hacia el muro. Sin decir ni media palabra lo agarró por el cuello con la otra mano y, con mucha calma e indiferencia, lo empujó hacia atrás, a través del hueco de la almena, hacia el vacío.

Fitch se quedó con la boca abierta. Ni por un momento había pensado que la mujer pudiera hacer tal cosa. No había imaginado que iría tan lejos.

Morley gritó con toda la fuerza de sus pulmones mientras caía a plomo por el precipicio. Fitch escuchó, inmóvil, cómo su amigo del llano Anderith caía en picado por el lado de una montaña. El grito cesó abruptamente.

La mujer ya no hablaba ni exigía nada. Simplemente caminaba hacia Fitch clavando sus ojos azules en él. Fitch sabía sin lugar a duda que si lo atrapaba, lo mataría.

Esa mujer no era Claudine Winthrop. Esa mujer no iba a llamarlo «señor».

Finalmente fue capaz de moverse. Si en algo aventajaba Fitch al forzado Morley era en que corría como el viento. En esos momentos avanzaba como un vendaval.

Miró brevemente por encima del hombro y se quedó de piedra; la mujer corría más que él. Era alta y tenía las piernas más largas. Iba a atraparlo. Y, si lo hacía, le rompería la cara tan fácilmente como a Morley. Y luego lo arrojaría al vacío. O le arrebataría la espada y le atravesaría el corazón.

Fitch notó que las lágrimas le corrían por las mejillas. Nunca había corrido tan rápidamente, pero ella era más veloz.

Bajó volando los escalones; más que correr, caía. En el descansillo se zambulló a un lado y atacó el siguiente tramo de escalera. Lo veía todo borroso. Muros de piedra, ventanas, barandas, escalones; todo pasaba ante su vista en una mancha de luz y oscuridad.

Apretando contra el pecho la *Espada de la Verdad* atravesó a la carrera una entrada, agarró el borde de la gruesa puerta con la mano que tenía libre y la cerró de golpe. La puerta aún temblaba en el marco cuando volcó un gran pedestal de piedra en el suelo, detrás de la puerta. Pesaba más que las columnas de mármol blanco, pero el terror le infundía fuerzas.

Justo cuando el pedestal de granito se estrellaba contra el suelo, la mujer se lanzó contra la pesada puerta de roble. El impacto la abrió unos pocos centímetros. Se levantó una nube de polvo. Por un segundo reinó la calma; luego la mujer dejó escapar un gruñido de aturdimiento, y Fitch supo que estaba herida.

Fitch aprovechó la oportunidad y siguió corriendo por el Alcázar del Hechicero, cerrando puertas y obstruyéndolas con lo que encontraba a mano. Ni siquiera sabía si avanzaba en la dirección correcta. Corría tan rápido que los pulmones le dolían y lloraba por su amigo. Se resistía a creer lo que había pasado, que Morley estuviera muerto. No podía quitarse esa imagen de la cabeza. Esperaba que en cualquier momento ese bobo estúpido y grandote lo alcanzara, sonriera y le dijera que había sido una broma.

La espada que apretaba contra el pecho había costado la vida a su amigo. Fitch tenía que secarse las lágrimas para poder ver. Miró por encima del hombro y vio un pasillo largo y sinuoso totalmente vacío.

Pero oía puertas que se abrían con estrépito. La mujer lo perseguía. No iba a darse por vencida. Era un espíritu vengador que pretendía quitarle la vida por haber cogido la *Espada de la Verdad* del lugar que le correspondía en el Alcázar del Hechicero. Fitch corrió aún más rápidamente.

Al salir a la luz del sol se quedó desorientado por un momento. Se volvió en redondo y vio los caballos. Tres. El suyo, el de Morley y el de la mujer. De la valla colgaban alforjas con las pertenencias de la mujer.

Para tener las manos libres Fitch agachó la cabeza por debajo del tahalí y se lo puso en bandolera, de modo que la espada le colgara de la cadera izquierda, como debía ser. Entonces cogió las riendas de los tres caballos, se agarró a la silla del que tenía más cerca y montó de un salto.

A continuación lanzó un grito de ánimo y espoleó al animal. Era el caballo de la mujer. Los estribos le quedaban demasiado largos, y no llegaba con los pies, por lo que rodeó con las piernas el vientre del animal y se agarró a él con todas sus fuerzas, mientras el enorme caballo atravesaba al galope la puerta del cercado, seguido por los otros dos, que Fitch arrastraba por las riendas.

Justo cuando los caballos embocaban el camino a toda velocidad, la mujer de rojo salió del Alcázar tambaleándose. Tenía todo un lado de la cara cubierto de sangre. En una mano aferraba una botella negra. Era la botella que había caído del pedestal y no se había roto.

Fitch se inclinó sobre el cuello del caballo, que se alejaba al galope. Miró por encima del hombro y vio a la mujer correr tras ellos. Pero él se había llevado su caballo. La mujer iba a pie y le sacaba mucha ventaja.

Intentó dejar de pensar en Morley. Por fin tenía la *Espada de la Verdad*. Con ella podía volver a casa y utilizarla para demostrar que él no había violado a Biata y que lo que había hecho a Claudine Winthrop fue para proteger al Ministro de sus mentiras.

Al mirar de nuevo por encima del hombro vio que había dejado a la mujer muy atrás, pero seguía corriendo. Sabía que a partir de entonces no osaría detenerse por nada. La mujer iba tras él y tampoco iba a detenerse ante nada ni nadie.

La mujer no iba a arrojar la toalla. No iba a descansar. No iba a parar. Si lo atrapaba, le arrancaría el corazón.

Fitch espoleó el caballo con los talones para que corriera más rápido.

20

Kahlan se inclinó por encima del hombro de Richard y le frotó la espalda mientras se sentaba en la mesita.

—¿Has encontrado algo? —preguntó.

Richard se apartó el pelo de la frente.

—Aún no estoy seguro —respondió dando golpecitos al rollo de papel de vitela—, pero aquí hay algo. Contiene información más específica que la mayor parte de escritos anders que se guardan en la biblioteca del Ministerio.

—Eso espero —repuso Kahlan con una sonrisa—. Voy a estirar un poco las piernas y a ver qué hacen los otros.

Del fondo de la garganta de Richard brotó un sonido de asentimiento mientras seguía estudiando el rollo.

Habían pasado dos días enteros en la Biblioteca de Anderith revisando todos los libros sobre Joseph Ander o escritos por él mismo. Se habían centrado especialmente en lo que Joseph Ander escribió sobre sí mismo y sus supuestos descubrimientos sobre el comportamiento humano. Según él, sus observaciones eran más relevantes para la humanidad que las de ningún otro que le hubiera precedido.

Leyendo sus escritos no podían menos que enarcar las cejas. Era casi como escuchar a un adolescente que creía saberlo todo y no se daba cuenta de su profunda ignorancia. Lo único que podían hacer ellos era leer las palabras de Joseph Ander sin poder corregir algunas de las declaraciones más grandilocuentes que cualquier adulto debería haber superado mucho tiempo atrás.

Joseph Ander creía haber encontrado el lugar ideal para guiar a la gente a una vida ideal y crear una «comunidad equilibrada» que ninguna fuerza exterior pudiera perturbar. Según explicaba él mismo, se había dado cuenta de que ya no necesitaba ni el apoyo ni el consejo de los demás —refiriéndose, supuso Richard, a los magos del Alcázar de Aydindril—, y afirmaba que las contaminaciones externas como ésas eran muy perjudiciales, pues corrompían a la gente de su comunidad con el mal del egoísmo.

Joseph Ander no había dejado ningún nombre escrito excepto el suyo propio. Se refería a «un hombre» o «una mujer» para hablar de sus semejantes, o decía que «la gente» construía, sembraba, recogía o adoraba.

Parecía que Joseph Ander había encontrado su paraíso particular: un país en el que nadie tenía más poderes que él y cuyos habitantes lo adoraban. Richard temía que Joseph Ander hubiera confundido el temor con la adoración. En cualquier caso, la situación le permitió convertirse en un líder estimado y celebrado, a todos los efectos un rey, con autoridad total sobre una sociedad en la que nadie más podía mostrar su individualismo ni imponer su superioridad.

Joseph Ander creía que había fundado un país en el que la dicha era absoluta, donde el sufrimiento, la codicia y la envidia habían sido eliminados, y en que la avaricia había sido reemplazada por la cooperación. Mediante la purificación de la cultura, entendiéndose ejecuciones públicas, se alcanzaba el equilibrio en ese estado armonioso de la comunidad. Él lo llamaba «quemar la broza».

Joseph Ander se convirtió en un tirano. Aquel que no creía en él o no vivía como él quería, moría.

Richard apretó a Kahlan una mano antes de dejarla ir. La casa era tan pequeña que los demás no cabían dentro. Sólo había espacio para la mesita y la silla de Joseph Ander que, para horror del anciano cuyo deber era vigilar esos objetos tan valiosos, en esos momentos ocupaba Richard. El anciano no había tenido valor para rechazar la petición de Richard.

Richard quería sentarse en la silla de Joseph Ander para tratar de conocerlo mejor. Pero Kahlan decidió que ya conocía lo suficiente a ese déspota totalitario.

A cierta distancia de la casa se habían congregado habitantes de Arroyo Oeste. Miraron sobrecogidos a la Madre Confesora cuando ésta levantó una mano para agradecerles su presencia. Muchos hincaron una rodilla en el suelo simplemente porque Kahlan los miró.

Los soldados ya habían informado tanto a la población de Arroyo Oeste como a la de muchos otros lugares de la próxima votación. Teniendo allí a Richard y Kahlan, la gente esperaba oírlos hablar sobre por qué debían unirse al imperio de D'Hara como había hecho la mayor parte de la Tierra Central. Para esas personas la Tierra Central era un lugar extraño y muy lejano, aunque su país formase parte de ella. Ellos vivían sus vidas en una ciudad pequeña a la que apenas llegaban noticias del mundo exterior, sólo rumores.

Los soldados d'haranianos mantenían amablemente a la multitud a distancia mientras Richard examinaba los objetos que pertenecieron a su iluminado fundador y quien dio nombre a su país. Los maestros de armas baka tau mana apoyaban a los d'haranianos. Richard había advertido a los soldados que fuesen amables y «simpáticos».

Siguiendo por el camino Kahlan divisó a Du Chaillu sola, sentada en un banco fabricado con un tronco partido situado bajo la sombra de un enorme cedro. Kahlan había aprendido a respetar la resolución inquebrantable de Du Chaillu. La chamán había insistido en acompañarlos en ese viaje por la única razón de ayudar a Richard, su «marido» y *Caharin* de su gente. Después de que Du Chaillu ayudara a Richard el día que cayó del caballo, a Kahlan ya no le molestaba su presencia.

Pese a que había recordado varias veces a Richard que, como esposa suya que era, estaba disponible si la deseaba, no se le había insinuado. Era como si simplemente tratara de ser educada a su extraña manera. Aunque Du Chaillu estaría encantada de servirlo y someterse a él en todo como su esposa, ofrecía sus servicios más porque era su deber y por respeto a las leyes de su pueblo que por deseo personal.

Du Chaillu reverenciaba aquello que Richard representaba, pero no reverenciaba a Richard como persona. Aunque a Richard eso no le consolaba, a Kahlan sí.

Mientras las cosas siguieran de ese modo Du Chaillu y Kahlan mantenían una precaria tregua. Kahlan aún no confiaba enteramente en Du Chaillu cuando hacía a Richard objeto de sus atenciones, ya fuese por deber o por otra cosa.

Por su parte, Du Chaillu no consideraba a Kahlan su superior sino su igual. Ambas eran líderes de su gente, poseían magia y eran esposas de Richard. A Kahlan le avergonzaba admitir que, de todo, eso era lo que más le irritaba.

—¿Te importa que me siente contigo?

Du Chaillu se reclinó y se estiró para apoyar los hombros contra el árbol. Con una mano señaló el espacio vacío junto a ella, invitando a Kahlan a tomar asiento. Kahlan alisó el vestido blanco de Madre Confesora detrás de las rodillas y se sentó.

Sentadas en ese banco, situado entre árboles y algo apartado del sendero, eran invisibles a cualquier transeúnte. Era un lugar íntimo, más apropiado para dos amantes que para las dos esposas del mismo hombre.

—¿Estás bien, Du Chaillu? Pareces... no sé... rendida.

En un primer momento Du Chaillu no comprendió esa expresión de preocupación, pero al fin sonrió. Entonces cogió una mano de Kahlan, la colocó encima de su vientre redondo y firme y la mantuvo allí, plana, apretándola con sus dos manos. Cada día que pasaba Du Chaillu estaba más gorda.

Kahlan notó la vida que se movía en el interior de la chamán; sintió el bebé. Du Chaillu sonrió con orgullo. Kahlan retiró la mano.

Con las manos en el regazo, Kahlan contempló las nubes que se congregaban. No era de ese modo como debía ser. Ella siempre había imaginado que sentiría alegría.

—¿Te desagrada?

—¿Qué? No, claro que no. Es maravilloso.

Du Chaillu acercó una mano a la cara de Kahlan y la obligó a mirarla.

—Kahlan, estás llorando.

—No. No es nada.

—¿Te sientes infeliz porque yo tengo un bebé?

—No, Du Chaillu, no me siento infeliz...

—Te sientes infeliz porque yo tengo un bebé y tú no.

Kahlan se mordió la lengua para no perder el control de sí misma.

—No deberías sentirte infeliz, Kahlan. Tú también tendrás un hijo algún día. Ya lo verás.

—Du Chaillu... estoy embarazada.

Du Chaillu se llevó una mano a la parte baja de la espalda y se estiró.

—¿De veras? Me sorprende. Jiaan me ha dicho que tú y nuestro marido no habéis estado juntos de ese modo.

A Kahlan le escandalizó que Du Chaillu se mantuviera informada sobre esos temas. Por un lado se sintió aliviada de que no hubiera nada que saber, aunque por el otro deseaba que fuese al contrario, sólo para irritarla. Era ella la que se empeñaba en competir como esposa.

—Nuestro esposo debe ser muy feliz. Parece que le gustan los niños. Será un buen...

—Richard no lo sabe. Du Chaillu, prométeme que tú no se lo dirás.

Du Chaillu frunció el entrecejo.

—¿Por qué debería prometer algo como eso?

—Porque yo fui la que convenció a Richard de que te dejara venir con nosotros. Porque yo soy la que dijo que podías quedarte con nosotros después de que llegaran nuestros hombres. Tú prometiste a Richard que te irías cuando llegaran los soldados, pero quisiste quedarte, y yo le convencí. ¿Recuerdas?

Du Chaillu se encogió de hombros.

—Si es lo que quieres, no le diré nada. De todos modos deberías guardar el secreto y darle la sorpresa cuando tú quieras. Las esposas del *Caharin* deben mantenerse unidas.

—Gracias —susurró Kahlan.

—Pero ¿cuándo...?

—En nuestra noche de bodas. En la aldea de la gente barro, justo antes de que tú llegaras.

—Ah. Ahora entiendo por qué no sabía nada.

Kahlan lo dejó pasar.

—Pero ¿por qué no quieres que Richard lo sepa? Se alegraría.

Kahlan negó con la cabeza.

—No, no se alegraría. Es un problema grave. —Kahlan levantó el colgante con la piedra—. Esto nos lo dio una bruja para que, por el momento, no concibiéramos un hijo. Es una historia muy larga, que se resume en que, de momento, no debemos tener ningún hijo o nos buscaremos un grave problema.

—Entonces no entiendo por qué estás embarazada.

—Por los repiques. La magia ha fallado. Pero antes de que lo supiéramos... Bueno, no sabíamos que el colgante no funcionaría la noche de bodas. Se suponía que la magia impediría que me quedara embarazada, pero la magia falló. Esto no debería haber ocurrido.

Kahlan tuvo que morderse el interior de la mejilla para contener las lágrimas.

—Sigo diciendo que Richard se alegraría —trató de consolarla Du Chaillu.

—No, tú no entiendes lo que todo esto supone. Si algunas personas se enteraran, su vida correría un grave peligro. La bruja ha jurado matar al hijo que tuviera con Richard. Y lo peor es que la conozco, y es probable que decidiera matarme a mí o a Richard para evitar que volviera a suceder.

Du Chaillu reflexionó sobre el problema.

—Bueno, pronto se celebrará esa estúpida votación en la que la gente dirá a Richard lo que ya debería saber: que él es el *Caharin*. Después todo se arreglará. Podrás esconderte para tener el bebé. Vendrás conmigo, con los baka tau mana. Nosotros te protegeremos hasta que tengas al hijo del *Caharin*. Os protegeremos a ti y a tu hijo.

Kahlan inspiró hondo para ahogar un sollozo.

—Gracias, Du Chaillu. Eres muy amable, pero eso no serviría de nada. Tengo que deshacerme del bebé; buscar una mujer que entienda de hierbas o una comadrona. Tengo que perder el bebé antes de que sea demasiado tarde.

Du Chaillu volvió a coger una mano de Kahlan y la colocó encima de su vientre. Kahlan cerró los ojos con fuerza al notar los movimientos del bebé.

—No puedes deshacerte de la vida que está en tu interior. Es una vida fruto del amor. No lo hagas. Aún será peor.

Richard salió de la casa sosteniendo el rollo y la llamó por su nombre. Ella podía verlo entre los árboles, pero él no podía verla a ella en el banco.

—Me has dado tu palabra de que no le dirías nada —dijo a Du Chaillu.

La chamán sonrió y acarició la mejilla de Kahlan del mismo modo que una abuela podría acariciar compasivamente a su nieta. Kahlan supo que quien la acababa de tocar no era la primera esposa de Richard, sino la guía espiritual de los baka tau mana.

Se levantó y adoptó su cara inexpresiva de Confesora. Richard la vio y corrió hacia ella. Al llegar, miró alternativamente a las dos mujeres. Finalmente desechó su desconcierto y le mostró el rollo.

—Sabía que tenía algo que ver con la palabra «disciplinar».

—¿Qué? —preguntó Kahlan.

—El Dominie Dirtch. Mira aquí —le indicó dando golpecitos al papel de vitela—. Dice que Joseph Ander no temía la intervención de colegas celosos porque estaba —Richard seguía las palabras con un dedo a medida que leía— «protegido por los demonios».

Kahlan no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—¿Y eso es importante porque...?

Richard leía de nuevo.

—¿Qué? Oh, sí. Bueno, la primera vez que me dijiste el nombre Dominie Dirtch pensé que era d'haraniano culto, pero no se me ocurrió qué significaba. Es una de esas locuciones difíciles y multidimensionales de las que te ha hablado.

»Sea como sea, "Dominie" se refiere a disciplinar en el sentido de enseñar, adiestrar o, sobre todo, controlar. Al ver esta otra parte de repente se me ocurrió la traducción.

»Dominie Dirtch quiere decir "Disciplinar Demonios".

Kahlan se quedó un momento sin habla.

—Pero... ¿qué significa eso?

—No lo sé, pero todo está relacionado. Estoy seguro.

—Bueno, muy bien.

Richard se fijó más en ella.

—¿Qué pasa? Tienes una expresión en la cara... no sé, rara.

—Gracias.

—No quería decir que tuvieras mal aspecto —se defendió Richard ruborizándose.

Kahlan le quitó importancia con un gesto.

—No es nada. Simplemente estoy cansada. Hemos estado viajando sin parar y hablando continuamente con la gente.

—¿Conoces un lugar llamado Los Hornos?

—¿Los Hornos? —Kahlan se quedó pensativa—. Sí, lo recuerdo. De hecho, no está lejos de aquí. Un poco más arriba del valle Nareef.

—¿A qué distancia?

Kahlan encogió un solo hombro.

—Podríamos estar allí en un par de horas, a media tarde, si es que por alguna razón es importante.

—Joseph Ander habla de Los Hornos en estos rollos. Lo menciona indirectamente junto con los demonios, es decir, con el Dominie Dirtch. Fue el pasaje que me permitió atar cabos.

Richard contempló al grupo de personas congregadas en el camino que esperaban pacientemente.

—Después de hablar con ellos me gustaría subir a ese lugar y echar un vistazo.

—Es un sitio muy bonito. No me importaría verlo de nuevo. Bueno, vamos a decir a esas personas por qué las necesitamos y convencerlas así de que marquen un círculo para unirse a nosotros.

La mayoría de quienes los esperaban con expresión expectante eran hakens que trabajaban en granjas próximas a Arroyo Oeste. Como todos los que se habían acercado a escucharlos durante su periplo por Anderith, se mostraban inquietos y preocupados. Sabían que soplaban vientos de cambio y, para la mayoría de ellos, los cambios significaban peligro.

En lugar de dirigirse a ellos fríamente, Richard caminaba entre los reunidos, les preguntaba su nombre, sonreía a sus hijos y acariciaba a los más pequeños. Los niños se daban cuenta de que no fingía, de que se mostraba tal cual era, y en pocos minutos se veía rodeado por una bandada de chiquillos. Las madres sonreían al ver a lord Rahl rozar las cabezas de sus niños, tanto las morenas de los anders como las pelirrojas de los hakens. También las arrugas de preocupación en las frentes de los padres se suavizaban.

—Buena gente de Anderith —comenzó Richard situado entre ellos—, la Madre Confesora y yo hemos venido a hablar con vosotros no como gobernantes sino como vuestros humildes paladines. No hemos venido a ordenar, sino a ayudaros a comprender la alternativa que se nos plantea y la oportunidad que tenéis de decidir por vosotros mismos cómo queréis que sea vuestro futuro.

Llamó a Kahlan con un gesto. Ésta se abrió paso gentilmente entre la bandada de niños para llegar hasta él. Kahlan pensaba que los pequeños tendrían miedo de un hombre corpulento como Richard vestido con ropas negras y doradas que le daban un aspecto impresionante, pero muchos niños se arrimaban a él como si se tratara de su tío preferido.

Lo que temían era el vestido blanco de la Madre Confesora pues, como a tantos otros niños de la Tierra Central, les habían advertido desde la cuna que se cuidaran de la Madre Confesora y de su poder. Los niños le dejaban paso procurando que el vestido blanco no los tocara, aunque sin alejarse mucho de Richard. Kahlan anhelaba que se arremolinaran en torno a ella como lo hacían en torno a Richard, pero lo entendía. Llevaba toda una vida entendiéndolo.

—La Madre Confesora y yo nos casamos porque nos amamos. También amamos a la gente de la Tierra Central y de D'Hara. Del mismo modo que nos unimos en matrimonio porque deseábamos afrontar juntos el futuro, deseamos que los anderianos se unan a nosotros y al resto de la Tierra Central para encaminarnos hacia un futuro fuerte y seguro, un futuro en el que vosotros y vuestros hijos tengáis esperanza de una vida mejor.

»La tiranía quiere conquistarnos desde el Viejo Mundo. La Orden Imperial quiere esclavizaros. La única alternativa que os ofrece es someteros o morir. Solamente estaréis a salvo si os unís a nosotros.

»La Madre Confesora y yo creemos que si la gente de la Tierra Central y de D'Hara se unen, podremos conservar nuestra libertad y rechazar este ataque contra nuestros hogares, nosotros mismos y el futuro de nuestros hijos.

»Si por miedo nos sometemos a la tiranía, jamás tendremos la oportunidad de probar nuestras alas. Nuestros espíritus no desplegarán nunca más con orgullo las alas de la esperanza. Nadie podrá criar a su familia en paz o soñar con que sus hijos tengan un futuro mejor o prosperen.

»Si no plantamos cara a la Orden Imperial, viviremos bajo el yugo de la esclavitud. Si eso ocurre, nos sumiremos para siempre en las tinieblas de la opresión.

»Por eso hemos venido a hablar con vosotros. Necesitamos que nos apoyéis, que apoyéis a las personas que quieren la paz, a quienes saben que el futuro puede ser bueno y esperanzador.

»Necesitamos que os unáis a nosotros y que completéis nuestra alianza por la libertad marcando un círculo.

Kahlan escuchaba, como desde hacía semanas, mientras Richard les exponía con el corazón en la mano lo que significaría abrazar la causa de la libertad.

En un principio los lugareños se mostraban tensos y cautelosos, pero Richard no tardó en ganárselos. Primero los hizo reír y después les mostró el poder que tendrían si tanto a ellos como a sus hijos se les permitía aprender y se les enseñaba a leer, y cómo eso les daría la libertad que tanto anhelaban.

Al principio eso los puso nerviosos, hasta que Richard se lo explicó en términos que pudieran comprender: una carta escrita a un pariente que viviera lejos o a un hijo que hubiera marchado en busca de una vida mejor. Les hizo comprender el valor del conocimiento y cómo podría mejorar su vida permitiéndoles acceder a un trabajo mejor o llegar más lejos en el que ya tenían.

—Pero la Orden Imperial no os permitirá aprender, porque el conocimiento es peligroso para los opresores. Quienes os dominen opinarán que es preciso aplastar el conocimiento, porque las personas que entienden son personas capaces de alzarse contra la injusticia impuesta por unos pocos.

»Conmigo todo el mundo tendría acceso a la educación para poder decidir por sí mismo lo que quisiera. Ésa es la diferencia: yo confío lo suficiente en vosotros para que aprendáis, mejoréis y os esforcéis por alcanzar vuestras metas, grandes y pequeñas. La Orden Imperial no confía, sino que ordena.

»Juntos construiremos un país con un conjunto de leyes que protegerán a todos, en el que nadie, ya sea magistrado, Ministro o emperador, esté por encima de la ley. Sólo cuando todos debamos acatar las mismas leyes seremos libres.

»No busco el poder, sino defender el principio de la libertad. Mi propio padre, Rahl el Oscuro, fue un dictador que gobernó con las armas de la intimidación, la tortura y el asesinato. Ni siquiera él estaba por encima de la ley a la que espero que todos nos sometamos. Yo arrebaté el poder a Rahl el Oscuro para que no abuse más de su gente. Yo soy el líder de personas libres, no de súbditos.

»No pretendo deciros cómo debéis vivir, sino que deseo que todos vosotros viváis en paz y seguridad la vida que elijáis. No desearía otra cosa para mí mismo y para la Madre Confesora, mi esposa, que criar a nuestra familia juntos, en paz y seguridad, sin necesidad de consagrarme por entero a gobernar.

»Os pido que marquéis un círculo y os unáis a nosotros por vuestro propio bien y por el bien de quienes han de venir.

Dalton apoyó un hombro en la esquina del edificio y cruzó los brazos mientras escuchaba. El director Prevot de la Oficina de Concordia Cultural se dirigía desde un balcón a la multitud congregada en una de las plazas de la ciudad. El discurso duraba ya un rato.

La muchedumbre, formada en su mayoría por hakens, se había reunido en busca de noticias. Por toda la ciudad circulaban rumores, y la gente estaba asustada. No habían acudido a la plaza para averiguar cómo evitar una calamidad, sino para comprobar si debían preocuparse por esos rumores.

A Dalton la situación lo inquietaba.

—¿Queréis sufrir mientras unos pocos se benefician? —gritó el director Prevot a la multitud. La respuesta colectiva fue un contundente no.

»¿Queréis trabajar hasta reventar mientras los elegidos por D'Hara se hacen cada vez más ricos?

—¡No! —gritó de nuevo la multitud.

—¿Permitiremos que un solo hombre acabe con nuestros esfuerzos por ayudar a todos los hakens a que se eleven por encima de su naturaleza? ¿Permitiremos que el cruel engaño de la educación pervierta de nuevo a nuestra gente?

La muchedumbre se manifestó ruidosamente a favor de lo que decía Prevot. Siguiendo indicaciones de Dalton, algunos agitaban el sombrero. Había infiltrado a casi cincuenta de sus mensajeros hakens quienes vestidos con sus viejas ropas, hacían lo posible para contagiar emoción a la muchedumbre.

Sin duda algunos se habían dejado atrapar por la vehemencia de las palabras, pero la mayor parte de los presentes se limitaba a observar en silencio, juzgando si sus vidas se verían alteradas por lo que estaban oyendo. La mayoría de la gente sopesaba las cosas en una balanza, poniendo en un lado su vida y en el otro los acontecimientos que se avecinaban. Por lo general, la gente no quería cambiar y solamente se preocupaba si los acontecimientos colocados en un platillo de la balanza amenazaban con desequilibrar o cambiar sus vidas.

Dalton no estaba contento. Aunque esa gente se mostrara de acuerdo, no comprendía que los acontecimientos del otro lado de la balanza afectaban profundamente su vida. Era evidente que tenían un problema; el mensaje se difundía, pero caía en oídos poco más que indiferentes.

—Tiene buenos argumentos —señaló Teresa.

—Sí, así es —replicó Dalton pasándole un brazo por los hombros.

—Yo opino que tiene razón. Si no nos ocupamos nosotros del bienestar de los hakens, los pobres saldrán malparados. No están preparados para enfrentarse solos a la crueldad de la vida.

Dalton examinaba con la mirada a los reunidos que, quietos como estatuas, miraban cómo el Director continuaba con su vehemente discurso.

—Sí, querida, tienes razón. Tenemos que hacer más para ayudar a la gente.

En esos momentos Dalton cayó en la cuenta de lo que faltaba y de lo que debía hacer.

21

—No —dijo Richard a Du Chaillu.

La chamán cruzó los brazos. En esa pose y con ese vientre tan redondo y protuberante, resultaba casi divertida.

Richard se inclinó hacia ella y bajó la voz.

—¿Du Chaillu, no puedes entender que me gustaría estar a solas con mi... con Kahlan, aunque sólo sea por poco tiempo? Te lo ruego.

La furia de Du Chaillu se desinfló y el ceño desapareció de su rostro.

—Oh, ya veo. Quieres intimidar con tu otra esposa. Bien. Ha pasado mucho tiempo.

—Eso no... —Richard apoyó los puños en las caderas—. ¿Y cómo sabes tú eso?

En lugar de responder, Du Chaillu sonrió.

—Bueno, vale, si prometéis que no tardaréis.

Richard sentía deseos de replicar que tardarían lo que les diera la gana, pero temía la reacción de la mujer. Así pues, se irguió y se limitó a decir:

—Lo prometemos.

Al capitán Meiffert, un oficial d'haraniano fornido y rubio que estaba al mando de las tropas enviadas para escoltar a Richard y Kahlan a Anderith, le gustó tan poco como a Du Chaillu la idea de que se marcharan solos, pero fue más circunspecto a la hora de expresar sus objeciones. Al parecer, el general Reibisch le había indicado que podía decir lo que pensaba a lord Rahl si se trataba de un asunto importante sin miedo a ser castigado.

—Lord Rahl, estaremos demasiado lejos para responder en el caso de que nos necesitéis... Para ayudar a proteger a la Madre Confesora —añadió en último momento, pensando convencer a Richard con ese argumento.

—Gracias, capitán. Sólo hay una senda que sube hasta allí. Puesto que nadie sabe adónde nos dirigimos, nadie nos habrá tendido una emboscada. No está lejos, y no tardaremos. Vos y vuestros hombres patrullad por aquí abajo mientras Kahlan y yo vamos a echar un vistazo.

—Como ordenéis —repuso el capitán, resignado. Inmediatamente comenzó a dar órdenes a sus hombres para que se desplegaran y envió a otros a explorar.

Richard se volvió hacia los dos mensajeros enviados por el general Reibisch.

—Decid al general que me complace que avance tan rápidamente, así como saber que piensa que podrá llegar antes que las fuerzas de Jagang. Decidle que siguen en pie las mismas órdenes que hasta ahora: que se mantenga a distancia.

Casi a diario los mensajeros iban y venían, atravesando la frontera por diferentes Dominie Dirtch a fin de no llamar la atención. Richard había ordenado al general Reibisch que se mantuviera bien al norte, lejos de los exploradores, los centinelas y los espías de Jagang. Si al fin era preciso luchar, la sorpresa sería una de las principales bazas del ejército d'haraniano. El general acató las órdenes, aunque odiaba la idea de dejar a Richard con tan sólo un millar de hombres en territorio potencialmente hostil.

En las cartas que le escribía Richard le explicó que, aunque comprendía su inquietud, era preciso ocultar su ejército hasta que él lo llamara, si es que eso era necesario. Asimismo le había expuesto, sin ahorrarse los detalles truculentos, la muerte horrible e inútil que les esperaba en la frontera si trataban de romper la defensa del Dominie Dirtch. Hasta que no ganaran la aprobación de los anderianos, el grueso del ejército no podía aproximarse a la frontera con garantías.

Además, Richard no confiaba en el Ministro Chanboor, porque tenía mucha labia. Richard sabía que la verdad no gusta de adornos y florituras, pero la mentira sí.

El Dominie Dirtch era como una telaraña esperando atrapar a los incautos. La apariencia de conquista fácil podría atraer a los soldados d'haranianos a la muerte. Lo que más temía Richard era que todos esos jóvenes valientes fueran masacrados delante del Dominie Dirtch, especialmente porque su sacrificio sería inútil. Ellos morirían, pero el Dominie Dirtch permanecería intacto.

El general Reibisch le había asegurado por escrito que, una vez situados en el norte, descenderían al sur a toda prisa si Richard los llamaba, pero que hasta entonces permanecerían a la espera.

—Sí, lord Rahl —respondió el espigado mensajero golpeándose el pecho con un puño—. Transmitiré vuestras palabras al general. —Ambos mensajeros dieron media vuelta a sus monturas y se alejaron al trote.

Richard comprobó la posición del arco y la aljaba antes de montar. Kahlan le dedicó su sonrisa única mientras dirigían los caballos hacia la senda que ascendía. Richard sabía que también ella se sentía aliviada de poder estar por fin a solas, aunque sólo fuese durante un corto trayecto a caballo por una estrecha senda.

Resultaba agotador estar siempre rodeados de gente. Cuando se cogían de las manos, invariablemente había alguien que no se perdía detalle. Si lo hacían delante de los demás, Richard se daba cuenta por sus miradas de que se convertiría en una noticia que llegaría a los oídos de miles de personas en pocos días, y que incluso se comentaría durante años. Al menos era un chismorreó agradable. Mejor que hablaran de que lord Rahl y la Madre Confesora, marido y mujer, se cogían de las manos que hablar de algo horrible.

Richard observaba con atención el bamboleo de Kahlan en la silla de montar, cautivado por la silueta de su cuerpo, que se afinaba en la cintura para luego dibujar las curvas de las caderas. A Richard le parecía la silueta más hermosa que hubiese visto. A veces se extrañaba de que una mujer como Kahlan pudiera amar a alguien como él, un hombre que se había criado en un recóndito paraje de la Tierra Occidental.

Echaba de menos su hogar. Seguramente a floraba la nostalgia porque esa senda en el bosque que remontaba la montaña le recordaba muchos lugares conocidos. En la Tierra Occidental, donde él creció, abundaban las colinas y las montañas, así como lugares remotos muy similares al bosque y las montañas en las que se encontraban.

Ojalá pudiera ir a visitar su hogar en el valle del Corzo. Desde que partió, el otoño anterior, había visto cosas extraordinarias, pero ninguna lo conmovía tanto a uno como el escenario de la infancia.

Cuando la senda pasó cerca de un declive pronunciado desde el que se disfrutaba de buena vista, Richard miró en dirección noroeste atisbando entre las cimas. Probablemente nunca había estado tan cerca de su tierra natal desde que se marchó de allí. Habían entrado en la Tierra Central a través del Límite, cuando aún existía, por esas mismas montañas, en un lugar llamado Puerto Rey, situado hacia el noroeste, no muy lejos de donde se encontraban entonces.

Pese a la cercanía, debido al peso de las responsabilidades, su hogar en la Tierra Occidental era un sitio muy lejano.

Además de la responsabilidad que comportaba ser lord Rahl y de que todos dependieran de él, estaba Jagang, que a la menor oportunidad esclavizaría el Nuevo Mundo tal como había hecho con el Viejo. La gente dependía de Richard para todo, desde que los protegiera del Caminante de los Sueños mediante el vínculo hasta que los cohesionara en una sola fuerza para hacer frente a los enormes ejércitos de Jagang.

A veces, cuando pensaba en ello, le parecía estar viviendo la vida de otro. A veces se sentía un impostor. Temía que un día la gente se plantara y dijera: «Eh, un momento, ese lord Rahl no es más que un guía de bosque llamado Richard. ¿Y le estamos escuchando? ¿Vamos a la guerra bajo su mando?».

Y luego estaban los repiques. Richard y Kahlan estaban complicados con los repiques de un modo inextricable. Aunque involuntariamente, habían sido ellos quienes habían llevado los repiques al mundo de los vivos.

En su periplo por Anderith para hablar con la gente, habían oído historias de muertes en extrañas circunstancias. Los repiques se lo estaban pasando a lo grande matando a personas.

Como reacción al peligro, la gente creía de nuevo en viejas supersticiones. En algunos lugares los habitantes se reunían para rendir homenaje a los malos espíritus desatados en el mundo. Incluso les dejaban ofrendas de comida y vino en claros del bosque o en campos en barbecho. Algunas personas creían que la humanidad había violado los límites morales, se había vuelto demasiado corrupta y, para castigarla, el Creador les había enviado espíritus vengadores.

Otros dejaban piedras a modo de regalo en medio de los caminos y formaban pilas en las encrucijadas. Nadie fue capaz de explicar a Richard por qué, y les molestaba que cuestionara sus antiguas costumbres. Algunos ponían flores muertas delante de sus puertas a medianoche. Los hechizos de buena suerte iban muy buscados.

Pese a todo, los repiques seguían matando.

Lo único que le permitía aguantar el peso de todo eso era Kahlan. Ella conseguía que el esfuerzo de la lucha fuese soportable. Por ella Richard estaba dispuesto a aguantar lo que fuera.

—Es justo ahí arriba —dijo Kahlan señalando.

Richard desmontó con ella. La mayor parte de los árboles eran pinos. Miró en torno hasta encontrar un arce joven de hojas plateadas y ató las riendas de ambos caballos a una rama baja. Si se ataban las riendas a un pino, después casi siempre estaban pegajosas.

Al oír un relincho levantó la vista. No muy lejos, una yegua con las orejas levantadas hacia adelante los observaba. De ambos lados de la boca le colgaba hierba, pero había dejado de masticar.

—Eh, hola, chica —la llamó Richard.

La yegua sacudió la cabeza hacia atrás con recelo y retrocedió algunos pasos para aumentar la distancia que los separaba. Cuando Richard intentó acercarse, el caballo reculó más, por lo que se detuvo. Era una yegua de un castaño cremoso con una extraña mancha semejante a una araña en la grupa. Cuando Richard volvió a llamarla para lograr que se acercara, dio media vuelta y huyó.

—Me pregunto qué hace aquí.

Kahlan le tendió una mano con gesto invitador. Richard la cogió.

—No lo sé. Tal vez ha escapado. Desde luego no quería nada de nosotros.

—Supongo que no —repuso Richard dejando que Kahlan lo guiara.

—Éste es el único camino de entrada —le explicó Kahlan mientras caminaban por la orilla del lago alrededor de un reducido grupo de pinos.

Era un día encapotado que amenazaba tormenta. Pero mientras se encaminaban hacia una agrupación de rocas que sobresalía en el extremo de la lengua llana de tierra, el sol apareció entre los nubarrones.

La imagen era de una gran belleza: un rayo de cálido sol atravesaba nubes ambarinas y pasaba sesgado entre las montañas para ir a rozar las aguas tranquilas del lago. Al otro lado, el agua caía en cascada desde un saliente rocoso, levantando en el aire cálido una bruma movediza que relucía por encima del agua dorada. Richard inspiró hondo, saboreando el dulce aroma del bosque y el lago. Se sentía casi como en casa.

—Éste es el lugar —señaló Kahlan—. Más arriba se encuentra el paraje desolado en el que crecen las pakas y donde vive la mariposa nocturna gambit. Esta agua tan pura proviene de esa zona emponzoñada.

El aire titilaba en la luz vespertina.

—Es un lugar muy hermoso. Podría quedarme aquí para siempre. Siento deseos de explorar nuevas sendas.

Se quedaron un rato allí con las manos entrelazadas, disfrutando de la vista.

—Richard, quería decirte que en estas últimas dos semanas que hemos pasado hablando con la gente... me he sentido muy orgullosa de ti. Orgullosa de cómo dabas a la gente esperanza para el futuro.

»Pase lo que pase, quiero que sepas que estoy muy orgullosa de cómo has manejado la situación.

Richard frunció el entrecejo.

—Por cómo hablas, parece que crees que no ganaremos.

Kahlan se encogió de hombros.

—Eso da igual. Lo que deba ser, será. La gente no siempre hace lo correcto. A veces es incapaz de reconocer el mal. Y otras, las personas se decantan por el mal porque les conviene, porque tienen miedo o porque creen que podrán obtener algún beneficio.

»Lo más importante es que hemos hecho todo lo posible y que hemos mostrado a los anderianos la verdad. Has puesto su bienestar y su seguridad por encima de todo lo demás, por lo que si triunfamos será por las razones correctas. Les has dado la oportunidad de demostrar lo que albergan en sus corazones.

—Venceremos —afirmó Richard contemplando las aguas tranquilas—. La gente se dará cuenta de la verdad.

—Eso espero.

Richard le pasó un brazo alrededor del cuello y la besó en la coronilla. Luego suspiró del gozo que sentía al contemplar ese lago de montaña y disfrutar de esa paz.

—En el oeste, donde crecí, conozco rincones escondidos en las montañas que creo que nadie más que yo ha visitado. Son lugares en los que el agua cae en cascadas más altas que esta de aquí y pinta arco iris en el aire de la tarde. Después de nadar en las aguas cristalinas te puedes tumbar en las rocas detrás de la cascada y observar el mundo a través de la cortina de agua.

»Sueño a menudo con llevarte allí.

Kahlan le enlazó la cintura.

—Un día me mostrarás tus lugares especiales, Richard.

Richard se resistía a romper el ensueño que se había creado entre ellos contemplando la cascada muy juntos, especialmente si era para hablar de su objetivo, pero era necesario.

—¿Y bien? ¿Por qué lo llaman Los Hornos?

—Detrás de la cascada hay una cueva cálida. Según me han dicho, a veces llega a hacer mucho calor.

—Me preguntó por qué Joseph Ander mencionó este lago.

—Tal vez incluso él sabía apreciar la belleza de este lugar.

—Es posible —masculló Richard mientras examinaba la escena con la mirada en busca de una señal que explicara qué podría haber interesado al mago. Richard no tenía a Joseph Ander por un hombre sensible ni un amante de la belleza natural. Aunque había escrito mucho sobre la belleza de la naturaleza, siempre era en relación a la estructura ordenada de la sociedad.

Richard reparó en que toda la roca de las montañas que los rodeaban era de una tonalidad verdosa muy peculiar, excepto la roca del precipicio que se alzaba al otro lado del lago, que era más oscura. La diferencia no era exagerada, pero definitivamente existía. Era más gris que verde porque, probablemente, el granito tenía manchas negras, aunque desde lejos era difícil distinguirlo.

El joven levantó un brazo y señaló hacia la pared desde la cual el agua se precipitaba al lago en un arco majestuoso.

—Mira esa roca y dime qué piensas.

Richard pensó que Kahlan, vestida con su vestido blanco de Madre Confesora que relucía al sol, era como una imagen de ensueño de un buen espíritu. Kahlan pestañeó.

—¿Qué quieres decir? Es una roca.

—Lo sé, pero mírala y dime lo que te llama la atención.

Kahlan miró la roca y luego a él.

—¿Que es muy grande?

—No, vamos, Kahlan, un poco de seriedad.

Kahlan suspiró y estudió el precipicio con atención así como las montañas de alrededor, sobre todo la más cercana de la izquierda, la que se alzaba de manera tan destacada por encima del borde del lago.

—Bueno —dijo al fin—, es más oscura que la roca de las montañas de alrededor.

—Bien. ¿Qué más te llama la atención?

Kahlan observó la roca un rato más.

—Es de un color poco habitual. Lo he visto antes. —De repente alzó la vista hacia Richard—. El Dominie Dirtch.

—Eso creo yo también —dijo Richard con una sonrisa—. El Dominie Dirtch es de la misma tonalidad que esa roca de allí y que ninguna otra montaña tiene.

—¿Estás diciendo que el Dominie Dirtch fue tallado en esa roca, aquí arriba en las montañas, y que después fue transportado hasta su emplazamiento actual? —preguntó Kahlan con gesto de incredulidad.

—Podría ser. Aunque no sé mucho de cómo mover piedras a gran escala, estudié el Dominie Dirtch y parecía tallado en una única roca. No estaba formado por diferentes partes ensambladas. Al menos, el que yo vi.

—¿Entonces... qué?

—Joseph Ander era un mago, y los magos de esa época eran capaces de hazañas que incluso a Zedd le parecen increíbles. Tal vez Joseph Ander simplemente usó esta roca como punto de partida.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo?

—No lo sé. Yo no sé tanto de magia como tú. Quizá tú podrías decírmelo. Pero ¿y si simplemente cogió una roca pequeña de aquí para cada Dominie Dirtch y cuando llegó a donde están hoy las hizo grandes?

—¿Cómo las hizo grandes?

Richard abrió las manos en un gesto de impotencia.

—No lo sé. Pongamos que usó magia para que la roca creciera, o que usó la estructura del grano en la roca como una especie de guía para reproducirla en el Dominie Dirtch con Magia de Suma.

—Pensaba que ibas a sugerir algo disparatado —dijo Kahlan—. Pero, por lo que sé de magia, lo que dices tiene sentido.

Richard se sintió aliviado de no haberse puesto en ridículo.

—Creo que nadaré hasta la cueva para echarle un vistazo.

—Por lo que sé, allí no hay nada. Es sólo una cueva caliente y no demasiado profunda; poco más de quinientos metros.

—Bueno, no me gustan especialmente las cuevas, pero no hará ningún daño echarle un vistazo.

Richard se quitó la camisa y se volvió hacia el lago.

—¿No piensas quitarte los pantalones? —le preguntó Kahlan.

Richard miró hacia atrás y la vio sonreír maliciosamente.

—He pensado que el agua me quitaría el olor a caballo.

—Oh —repuso Kahlan fingiéndose muy decepcionada.

Sonriendo, Richard se dispuso a saltar al agua. Justo en el último segundo un cuervo se lanzó sobre él gritando. Richard tuvo que saltar hacia atrás para evitar al pájaro grande y negro.

El joven extendió un brazo hacia atrás para obligar a Kahlan a retroceder. El cuervo graznó. Fue un grito tan fuerte que resonó en las montañas. Nuevamente descendió en picado delante de ellos y falló por poco la cabeza de Richard. Luego ganó altura y empezó a describir círculos. El aire silbó entre sus plumas cuando se lanzó otra vez contra ellos y los alejó del agua.

—¿Es que se ha vuelto loco? —preguntó Kahlan—. ¿Está protegiendo un nido o es que todos los cuervos se comportan de ese modo?

Richard la asió con firmeza de un brazo y la obligó a retroceder hacia los árboles.

—Los cuervos son pájaros inteligentes y protegen su nido, pero también pueden comportarse de manera extraña. Me temo que ése es más que un cuervo.

—¿Más que un cuervo? ¿Qué quieres decir?

El pájaro se posó en una rama y erizó el plumaje negro y brillante. Como es propio de los cuervos, parecía muy satisfecho de sí mismo.

Richard aceptó la camisa que le ofrecía Kahlan.

—Yo opino que es un repique.

Pese a la distancia, el cuervo dio muestras de oírlos pues aleteó y brincó adelante y atrás en la rama, muy agitado.

—¿Recuerdas el cuervo que armó tanto alboroto en la biblioteca?

—Por todos los espíritus —murmuró Kahlan—. ¿Crees que se trata del mismo? ¿Crees que nos ha seguido hasta aquí, tan lejos?

—¿Y si es un repique, nos oyó y vino hasta aquí esperándonos?

—¿Qué hacemos? —inquirió una Kahlan alarmada.

Llegaron junto a los caballos. Richard cogió rápidamente el arco de la silla y sacó de la aljaba una flecha con la punta de acero.

—Creo que debería matarlo.

En el mismo instante en que Richard salió de detrás de su caballo, el cuervo divisó el arco, pareció estremecerse y saltó en el aire con un sonoro graznido, como si no esperara que Richard recurriera a un arma.

Cuando el joven colocó la flecha, el pájaro alzó el vuelo y huyó lanzando gritos y graznidos frenéticos.

—Vaya cuervo tan extraño —murmuró Richard.

—Al menos ahora sabemos que era un repique. El repique contra el que disparaste en la aldea de la gente barro, ese que se fingía pollo, debe de habérselo contado a sus compañeros.

—Es posible.

—Richard, no quiero que nades en ese lago. Podría haber repiques acechando dentro. Sería una estupidez nadar en él sabiendo que andan repiques sueltos.

—Pero parece que me tienen miedo.

Kahlan posó una mano en un lado del cuello de Richard para que no desviara la mirada.

—¿Y si te engañan para que te confíes y te atacan cuando estás en medio del lago? ¿Te lo imaginas? Zedd nos aconsejó que nos mantuviéramos alejados del agua.

Kahlan se frotó los brazos. De pronto sentía frío.

—Richard, por favor, vámonos de aquí. Hay algo en este lugar que...

Richard se puso la camisa en un rápido movimiento y la abrazó.

—Creo que tienes razón, Kahlan. Sería estúpido tentar más a la suerte, sobre todo después del incidente con ese cuervo que no es un cuervo. Además, si nos matan Du Chaillu se enfurecería tanto que tendría al bebé antes de tiempo.

Kahlan le agarraba de la camisa con expresión súbitamente afligida.

—Richard... ¿crees que nosotros...?

—¿Nosotros qué?

Kahlan le soltó la camisa y le dio palmaditas en el pecho.

—¿Podríamos irnos de aquí?

—Creo que deberíamos.

Regresaron rápidamente; tenían prisa por alejarse del lago. Richard la ayudó a montar.

—De todos modos, hemos encontrado lo que vinimos a buscar —comentó Richard—: la roca con la que se hizo el Dominie Dirtch. Tendremos que cambiar los planes.

—¿En qué sentido?

—Será mejor que volvamos a Fairfield y analicemos de nuevo todos esos libros a la luz de lo que hemos descubierto.

—Pero ¿y la votación? Aún nos quedan sitios por visitar.

—Pensábamos dividir nuestras fuerzas y enviar a nuestros hombres por todo el país para vigilar la votación y el recuento, y después que regresaran a Fairfield con los resultados. Podemos enviarlos ahora y que sean ellos los que hablen a la gente. Entre ellos hay hombres en los que podemos confiar para que hablen en nuestro nombre. Después de todo, lo han oído suficientes veces.

»Podríamos dividirlos ya mismo, y que se pongan en camino mientras nosotros regresamos al Ministerio. Además, sería conveniente tratar de convencer a todos los habitantes de Fairfield de que voten por nosotros.

Kahlan hizo un gesto afirmativo.

—Nuestra primera responsabilidad son los repiques. No nos servirá de nada ganar la votación si los repiques matan a todo el mundo.

Richard vio algo de refilón. Rápidamente desmontó y arrojó a Kahlan las riendas de su caballo. Luego retrocedió por la hierba hasta el grupo de pinos.

—¿Qué has visto? —gritó Kahlan impaciente por irse de allí.

Richard levantó una rama casi seca y contestó:

—Una silla de montar. Alguien ha dejado sus cosas aquí y las ha cubierto con ramas para que no se mojen.

—Probablemente es la silla del caballo que vimos.

—Deben de ser las posesiones de un trampero o algo así —aventuró Richard—. Parece que llevan aquí un tiempo.

—Bueno, vámonos ya, a menos que pretendas robar las pertenencias de otro.

Cuando el cuervo lanzó un grito, Richard volvió apresuradamente a su caballo.

—Me parece extraño, eso es todo.

Cuando enfilaban la senda, Richard miró por encima del hombro y vio varios cuervos volar en círculos en el cielo a gran altura. Era imposible distinguir cuál de ellos era el repique. Tal vez todos lo eran.

El joven cogió el arco de la silla de montar y se lo colgó del hombro.

22

Dalton miraba por la ventana de su despacho mientras Stein le informaba del número de soldados de la Orden Imperial estacionados como tropas especiales anders dentro de Anderith, así como de su localización. El Dominie Dirtch ya podía considerarse en manos de Jagang. Si a lord Rahl se le ocurría dirigir sus fuerzas contra Anderith, si es que las tenía suficientemente cerca, pronto se convertiría en un líder sin ejército al que liderar.

—El emperador desea que exprese personalmente en su nombre su agradecimiento por la cooperación tan eficiente que está recibiendo. Según me informan mis hombres, el Ministerio está haciendo un buen trabajo al arrancar los colmillos al ejército anderiano para que no muerda. Presentará incluso menos resistencia de la que pensábamos.

Dalton miró por encima del hombro pero no vio que Stein se sonriera. El enviado de Jagang apoyó las botas encima del escritorio de Dalton y se reclinó en la silla para limpiarse las uñas con una daga. Parecía muy satisfecho de sí mismo.

Dalton cogió el librito inútil pero muy valioso que Vedetta Firkin le había llevado de la biblioteca, el libro que perteneció a Joseph Ander y lo colocó en el otro extremo del escritorio para que las botas de Stein no lo estropearan.

Por lo que Teresa le había contado, a Stein le sobraban las razones para sentirse satisfecho. Eran muchas las mujeres que habían hecho realidad sus sueños y explicaban a oídos ansiosos el placer en estado crudo que habían descubierto en el lecho del salvaje llegado de otras tierras. Cuanto peor las trataba él, más les gustaba a ellas cotorrear sobre lo ocurrido.

Con tantas mujeres que se le ofrecían libremente, a Dalton le extrañaba sobremanera que Stein recurriera tan frecuentemente a la violación. Seguramente a Stein le excitaba conquistar a una mujer por la fuerza.

—Sí, el ejército anderiano que custodia el Dominie Dirtch parece de lo más real —comentó Stein con una amplia sonrisa—. Pero el falso orgullo de esos soldados no les servirá de nada cuando vean la verdadera cara de la guerra.

—Nosotros hemos cumplido nuestra parte del trato.

—Creedme, Campbell, sé cuánto valéis vos y el Ministro. Aunque cultivar la tierra tiene mucho menos encanto que conquistarla, un ejército sin comida no puede avanzar. Ninguno de nosotros quiere dedicarse al pasatiempo de trabajar la tierra, pero todos queremos seguir comiendo. Apreciamos en lo que vale vuestro conocimiento de cómo conseguir que el sistema siga funcionando. Seréis un valioso activo para nuestra causa.

»Y el emperador Jagang desea que os asegure que está impaciente por llegar cuanto antes y recompensaros por vuestra excelente labor.

Dalton decidió guardarse los problemas para sí.

—¿Cuándo está prevista su llegada? —preguntó.

—Pronto —dijo Stein sin entrar en detalles—. Pero le preocupa la situación con lord Rahl. Recela, porque no comprende cómo es posible que confiéis en algo tan voluble como la opinión del pueblo llano.

—Debo admitir que comparto su preocupación —repuso Dalton con un suspiro. Deseaba que el Ministro hubiese elegido un camino menos arriesgado, pero con el tiempo había aprendido que a Bertrand Chanboor le encantaba el riesgo, del mismo modo que Stein prefería compañeras de lecho que se le resistieran.

»No obstante, como ya he explicado, atraparemos a lord Rahl y a la Madre Confesora con nuestras tácticas. Sin ellos para liderar las fuerzas enemigas, no tardaremos en aplastar al enemigo, y Jagang tendrá toda la Tierra Central a su disposición.

—Por esa razón al emperador le complace que sigáis con la farsa.

—Claro que hay riesgos.

—¿Riesgos? ¿Puedo ayudar en algo?

Dalton tomó asiento y acercó la silla al escritorio.

—Creo que debemos hacer más para desacreditar a lord Rahl, pero es arriesgado. Después de todo, las Madres Confesoras han gobernado la Tierra Central durante miles de años y no se han mantenido en el poder por su bonita sonrisa. Son mujeres temibles.

»Se dice que lord Rahl también es mago. Debemos ser cautos, pues nos arriesgamos a que rechacen la idea de la votación y pasen a la acción. Si eso ocurriera, podría echar por tierra los planes en los que todos hemos invertido tanto.

—Ya os he dicho que nuestras tropas están en posición. Incluso en el caso de que tengan un ejército cerca, sus fuerzas no podrán entrar en Anderith porque el Dominie Dirtch se lo impide. Claro que sería divertido que lo intentaran —añadió riéndose entre dientes.

—Ojalá. La cuestión es que lord Rahl y la Madre Confesora ya están dentro, y que representan un buen problema.

—Ya os he dicho que no debéis preocuparos por la magia, Campbell. El emperador le ha cortado las garras.

Dalton entrelazó calmosamente los dedos encima del escritorio.

—No dejáis de repetir eso, Stein, y aunque me gustaría, necesito más que palabras para tranquilizarme. Yo también os podría prometer muchas cosas, pero vosotros esperáis resultados visibles.

Stein agitó la daga.

—El emperador pretende acabar con la magia para que los hombres con visión de futuro puedan conducir al mundo a una nueva era. Vos seréis parte de eso. El tiempo de la magia ha pasado; la magia agoniza.

—Al igual que el Soberano, pero aún no está muerto.

Stein empezó de nuevo a limpiarse las uñas desplegando un cuidado exagerado. Parecía que las dudas de Dalton no le daban ni frío ni calor.

—Os gustará saber —prosiguió tratando de disipar esas dudas— que a diferencia de vuestro amado Soberano, la magia ha perdido sus colmillos. Es como un oso que no puede morder. No es un arma que debamos temer.

»Los poseedores de poderes mágicos contribuirán a mi colección —dijo levantando el borde de la capa elaborada con cabelleras humanas—. Les arranco la cabellera mientras aún están vivos. Me encanta oír sus chillidos cuando les corto el cuero cabelludo.

Dalton no se dejó impresionar por las fanfarronadas de Stein y sus intentos de asustarlo, aunque deseó saber a qué se refería Stein cuando aludía al fin de la magia. Sabía por la incapacidad de Franca de usar el don que algo pasaba, pero ignoraba el qué y, sobre todo, hasta qué punto afectaba a la magia. No sabía si Stein decía la pura verdad o le estaba vendiendo una ilusión envuelta en alguna superstición del Viejo Mundo.

De un modo u otro, había llegado el momento de actuar. No podían permitir que las cosas siguieran como hasta entonces. El problema al que se enfrentaba Dalton era hasta qué punto podían demostrar su oposición a unirse a lord Rahl sin correr demasiado peligro. Era preciso adoptar una postura para enardecer al pueblo en contra de lord Rahl, pero una posición débil no serviría. Por otro lado, era demasiado peligroso meter las manos entre los barrotes y retorcer el hocico del oso si éste aún conservaba las garras y los colmillos.

Dalton se preguntó si podría presionar a Stein para que fuese más explícito.

—Parece que tenemos un problema muy serio.

Stein alzó los ojos.

—¿Qué problema? —preguntó.

Dalton abrió las manos en gesto de aturdimiento.

—Si la magia ya no funciona, el Dominie Dirtch, en el que todos hemos puesto tantas esperanzas, ya no sirve y todos nuestros planes fracasarán. Yo diría que es un problema muy serio.

Stein quitó los pies del escritorio de Dalton y envainó la daga. Entonces apoyó un codo en la mesa y se inclinó hacia adelante.

—No hay nada de que preocuparse. Veréis, el emperador controla a las Hermanas de las Tinieblas y su magia. Por lo que nos han dicho, algo ha ocurrido. Supongo que algo mágico salió muy mal y, en consecuencia, la magia de los que apoyan a lord Rahl ha fallado.

»Jagang ha averiguado que lord Rahl ya no tiene magia que lo respalde. Su magia desaparecerá. Muy pronto estará a merced de nuestras espadas, si es que no lo está ya.

Dalton lo escuchaba con toda su atención. Si lo que decía Stein era cierto, eso lo cambiaba todo. Significaba que podía poner en práctica sus planes en seguida en toda su extensión. Quería decir que podía actuar como era necesario sin preocuparse de las repercusiones ni de que lord Rahl tomara represalias.

Pero lo mejor era que lord Rahl y la Madre Confesora tendrían que poner todas sus esperanzas en la votación, al mismo tiempo que Dalton se aseguraba de que la perdieran sin miedo a lo que pudieran hacerle.

Claro que todo eso dependía de que realmente la magia estuviera fallando. Dalton sabía cómo averiguar si era cierto.

Pero antes había llegado el momento de visitar al Soberano enfermo. Era la hora de actuar. Lo haría esa misma noche, antes del banquete planificado para el día siguiente.

Por mucha hambre que tuviera, Ann no esperaba la comida con ganas. Hacía ya rato que la habían amarrado al suelo y que habían levantado a su alrededor la tienda mugrienta, por lo que sabía que ya no faltaba mucho. En cualquier momento un corpulento soldado de la Orden Imperial entraría hecho una furia llevándole pan y agua. Ignoraba lo que le había ocurrido a la hermana Alessandra; hacía más de una semana que no la veía.

Los soldados cumplían de muy mala gana el deber de alimentar a una anciana. Seguramente sus camaradas se reían de ellos por realizar tareas de mujer. El soldado de turno entraba, la cogía por el pelo y le embutía el pan en la boca con dedos gruesos y asquerosos, como si cebara a un ganso destinado a la olla. Mientras Ann trataba de tragar esa masa seca antes de asfixiarse, el soldado comenzaba a verterle agua en la garganta para que el pan pasara mejor.

Era una experiencia muy desagradable y sobre la que Ann no tenía ningún control. Por mucho que le gustara comer, temía que un día se asfixiaría.

En una ocasión el soldado que le llevó la comida se limitó a arrojar el pan al suelo y dejar al lado un cuenco de madera lleno de agua, como si Ann fuese un perro. El soldado pareció muy satisfecho por haber hallado el modo de demostrarle su desprecio y al mismo tiempo ahorrarse molestias.

Lo cierto era que Ann prefería ese método, aunque el soldado no lo sabía. Después de reírse de ella, se marchó. Ann se dejó caer de lado, se arrastró hasta el pan y se lo comió a su ritmo, aunque sin poder darse el lujo de quitarle antes la tierra.

La solapa de la tienda se abrió. Entró una figura oscura que tapó la luz de las hogueras del campamento. Ann se preguntó qué le esperaba: que la cebaran como un ganso o comer del suelo como un perro. Para su sorpresa resultó ser la hermana Alessandra con un cuenco que olía a sopa con salchichas. Incluso llevaba una vela.

La hermana Alessandra clavó la vela en el suelo, a un lado. No sonreía, permanecía muda y rehuía la mirada de la Prelada.

A la débil luz de la vela Ann vio que Alessandra tenía la cara llena de moretones y arañazos, además de un corte de feo aspecto en la mejilla izquierda, justo debajo del ojo, aunque parecía estarse curando. En cuanto a las heridas de menor importancia, las había tanto recientes como otras que ya casi estaban curadas.

No era necesario preguntar por qué estaba en ese estado. Tanto sus mejillas como ambos lados de la mandíbula se veían enrojecidos e irritados por efecto de la barba incipiente de innumerables rostros sin afeitar.

—Alessandra, qué alivio verte... viva. Temía por ti.

Alessandra levantó un hombro en gesto de indiferencia fingida. Sin perder tiempo, acercó una cucharada de sopa humeante a la boca de la Prelada.

Ann tenía tanta hambre que tragó sin darse tiempo a saborearla. Simplemente el calor de la comida en el estómago la consoló.

—También temía por mi vida —continuó Ann—. Temía que esos hombres me mataran embutiéndome la comida como lo hacían.

—Sé qué se siente —repuso Alessandra en voz muy baja.

—¿Alessandra estás... estás bien?

—Perfectamente. —Alessandra parecía haberse refugiado en un lugar donde las emociones no existían.

—Entonces, ¿no estás malherida?

—Estoy mejor que algunas de las otras. Si nos... hieren, nos rompen algún hueso o algo por el estilo, Jagang nos permite usar la magia para curarnos las unas a las otras.

—Pero la magia que cura es la Magia de Suma.

Alessandra acercó otra cucharada de sopa a la boca de Ann.

—Por eso me considero afortunada; no tengo ningún hueso roto, como algunas de mis compañeras. Hemos intentado ayudarlas, curarlas, pero ha sido imposible. Ahora están sufriendo. —Alessandra buscó la mirada de la Prelada—. Un mundo sin magia es un lugar peligroso.

Ann sintió deseos de recordarle que eso mismo le había dicho ella, que los repiques estaban libres y que la magia, al menos la Magia de Suma, ya no funcionaba.

—Sé que tratasteis de advertirme, Prelada —añadió Alessandra mientras le daba otra cucharada.

Ann se encogió de hombros.

—Cuando me enteré de que los repiques estaban libres, al principio yo también me negué a creerlo. Tenemos eso en común. Eres más tozuda que una mula, hermana Alessandra, por lo que hay esperanzas de que un día llegues a Prelada.

Alessandra sonrió con Ann muy a su pesar. Ann se fijó en que la cuchara, con un pedazo de salchicha encima, permanecía en el cuenco.

—Prelada, ¿realmente pensabais que las Hermanas de la Luz os creerían cuando les dijerais que la magia había desaparecido y que trataran de huir con vos?

Ann miró a Alessandra a los ojos.

—No del todo. Esperaba que confiaran en mi palabra, pues siempre he sido una persona que valora la verdad. Pero sabía que existía la posibilidad de que tuvieran tanto miedo que, aunque me creyeran, se negaran a huir.

»Los esclavos, ya sea de una cosa o de una persona, por mucho que detesten su condición de esclavos se aferran a la esclavitud porque temen que la alternativa sea insoportable. Fíjate en un borracho, es decir, en un esclavo del alcohol, que cree que somos crueles por intentar que abandone su esclavitud.

—¿Y qué planeabais hacer en caso de que las Hermanas de la Luz se negaran a abandonar su esclavitud?

—Jagang las utiliza. Utiliza su magia lo mismo que usa la tuya. Cuando los repiques sean desterrados, la magia volverá, y las Hermanas recuperarán su poder. Aunque sea involuntariamente, causarán la muerte de muchas personas. Si se hubiesen negado a abandonar la esclavitud y huir conmigo, pensaba matarlas.

La hermana Alessandra enarcó una ceja.

—Vaya, vaya, Prelada. Después de todo no somos tan diferentes. Es un razonamiento digno de una Hermana de las Tinieblas.

—No es más que sentido común. Están en juego muchas vidas.

Ann seguía hambrienta y miraba con anhelo la cuchara con el pedazo de salchicha que se mantenía inmóvil a pocos centímetros del cuenco lleno.

—¿Y por qué os atraparon?

Ann suspiró.

—Porque no pensé que me mentirían tratándose de algo tan importante. Aunque eso no sea razón suficiente para ejecutarlas, me facilitará un poco ese deber tan penoso.

Finalmente Alessandra dio a Ann la cucharada con salchicha. Esa vez la Prelada la masticó lentamente para saborearla.

—Podrías escapar conmigo, Alessandra —dijo en voz baja después de tragar.

La Hermana cogió algo del cuenco y lo tiró. Luego removió de nuevo la sopa.

—Ya os he dicho que es imposible.

—¿Por qué? ¿Porque Jagang te lo ha dicho? ¿Te ha dicho que sigue dentro de tu mente?

—Ésa es una razón.

—Alessandra, Jagang te prometió que si me atendías no te enviaría a las tiendas para ser la puta de sus hombres. Tú misma me lo dijiste.

La Hermana se detuvo con la cuchara a medio camino. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Todas pertenecemos a Su Excelencia. —Con la otra mano se tocó el aro de oro que le atravesaba el labio inferior, la marca de los esclavos de Jagang—. Puede hacer con nosotras lo que desee.

—Alessandra, te mintió. Dijo que, si me cuidabas, te librarías. Mintió. No puedes fiarte de un mentiroso, sobre todo cuando se trata de tu vida futura. Yo cometí ese error pero, si alguien me miente, no le doy una segunda oportunidad de que me haga daño. Si Jagang mintió sobre eso, ¿quién te dice que no miente sobre todo lo demás?

—¿A qué os referís? —Sobre que nunca podrás escapar porque sigue dentro de tu mente. No está en tu mente, Alessandra. Del mismo modo que no puede entrar en la mía, por el momento tampoco puede entrar en la tuya. Cuando los repiques sean desterrados sí podrá, pero ahora no.

»Si juras lealtad a Richard, estarás protegida incluso después de que los repiques sean desterrados. Puedes escapar, Alessandra. Podríamos cumplir con nuestro penoso deber con las Hermanas que mintieron y eligieron servir a un mentiroso, y luego escapar.

—Prelada, olvidáis que soy una Hermana de las Tinieblas que ha jurado servir al Custodio —declaró la hermana Alessandra con una voz tan inexpresiva como su cara.

—¿A cambio de qué, Alessandra? ¿Qué te ha ofrecido el Custodio del inframundo? ¿Qué te ha ofrecido que pueda ser mejor que la eternidad en la Luz?

—La inmortalidad.

Ann observó, inmóvil, la mirada inmutable de la Hermana. Fuera, los soldados, algunos de los cuales habían abusado de esa mujer indefensa de quinientos años, seguían disfrutando de sus entretenimientos nocturnos. Los olores del campamento, tanto los agradables como los repugnantes,

entraban en la tienda y volvían a salir: ajo friéndose, estiércol, carne asada, pelo quemado, el dulce aroma de un tronco de abedul en una hoguera cercana, sudor rancio.

Ann le sostuvo la mirada.

—Alessandra, el Custodio te está mintiendo.

Los ojos de la Hermana reflejaron de nuevo emoción. Se puso en pie y vertió el cuenco casi lleno de sopa en el suelo, fuera de la tienda. Entonces, con un pie fuera y otro dentro, se volvió y dijo:

—Por mí te puedes morir de hambre, vieja. Prefiero volver a las tiendas de los soldados que escuchar tus blasfemias.

Inmersa en un silencio solitario y desesperado, en un dolor que era tanto del cuerpo como del alma, Ann rezó al Creador y le pidió que diera a la hermana Alessandra una oportunidad de volver a la Luz. También rezó por las Hermanas de la Luz, que estaban tan perdidas para ella como las Hermanas de las Tinieblas.

Sentada en el suelo de la tienda oscura y solitaria, encadenada, le pareció que el mundo se había vuelto loco.

—Querido Creador, ¿qué nos has traído? —lloró la Prelada—. ¿Acaso todo era mentira?

23

Dalton se aproximó a toda prisa a la mesa principal y sonrió a Teresa. Su mujer parecía triste y abandonada y, aunque ya era muy tarde, se alegró mucho de verlo. En los últimos tiempos Dalton la veía muy poco. Era inevitable, y ella lo entendía.

Antes de sentarse la besó en la mejilla. El Ministro lo saludó con una breve mirada. Estaba demasiado ocupado intercambiando miradas lujuriosas con una mujer sentada en el lado derecho del salón. Parecía que la mujer le hacía gestos muy sugerentes con un pedazo de rollo de ternera. El Ministro sonreía.

En vez de sentirse repelidas por el desenfreno sexual de Bertrand, muchas mujeres experimentaban atracción hacia él justamente por eso, incluso si no tenían ninguna intención de ir más allá de la pura atracción. Una peculiaridad de la mente de algunas mujeres era que se sentían irresistiblemente atraídas hacia la demostración tangible de virilidad masculina, por indecorosa que fuera. Era una bocanada de peligro, algo tentador pero prohibido. Cuanto más canallas eran algunos hombres, más suspiraban por ellos algunas mujeres.

—Espero que no te hayas aburrido demasiado —susurró Dalton a Teresa deteniéndose un momento para apreciar cómo Teresa resplandecía de afecto fiel.

Aparte de la sonrisa fugaz a Teresa, Dalton se esforzaba por mantener su habitual cara plácida, pese a que todo su trabajo estaba a punto de llegar a buen puerto. Bebió un trago largo de vino sin paladearlo, buscando sólo sus efectos.

—Te he echado de menos —le dijo Teresa—. Bertrand ha estado contando chistes, pero no puedo repetirlos. Al menos, aquí no. —Teresa se ruborizó y esbozó su típica sonrisa pícara—. Tal vez cuando lleguemos a casa te los explique.

Dalton fingió sonreír, aunque en realidad su mente ya consideraba asuntos de importancia.

—Eso será si volvemos pronto. Esta misma noche tengo que enviar una pila nueva de mensajes. Ha sucedido algo... —Dalton se obligó a dejar de tamborilear con los dedos sobre la mesa—... algo importante, algo trascendental.

Teresa se inclinó hacia adelante, muerta de curiosidad.

—¿Qué es?

—El pelo te crece muy rápido, Tess. —Era ya tan largo como permitía su posición de esposa de Dalton Campbell. Dalton no pudo evitar dejar caer una indirecta—. Pero creo que aún tendrá que crecer bastante más.

—Dalton... —Teresa puso unos ojos como platos tratando de imaginarse qué había querido decir Dalton, pero su cara también era de confusión pues no lograba imaginarse cómo era posible que aquello que siempre había ambicionado pudiera cumplirse justamente entonces—. Dalton, ¿tiene algo que ver con... con lo que siempre me has dicho sobre...?

La expresión grave de Dalton la dejó sin palabras.

—Lo siento, cariño, no debería adelantarme. De todos modos es posible que haya extraído conclusiones precipitadas. Ten paciencia. Lo oirás en unos pocos minutos. Pero debe ser el Ministro el que informe de algo así.

Lady Chanboor echó una rápida mirada a la mujer que coqueteaba con su marido. La mujer disimuló y fingió que únicamente le interesaban sus compañeros de mesa, se tapó parcialmente la cara con los bucles y desvió la mirada de la mesa principal. Hildemara lanzó a Bertrand una mirada breve, privada y asesina antes de posar la vista en Dalton.

—¿Qué has averiguado?

Dalton se secó el vino de los labios y volvió a colocarse la servilleta en el regazo. Optó por dar primero la información rutinaria. Además, contribuiría a subrayar la importancia de lo que debía hacerse.

—Lord Rahl y la Madre Confesora trabajan desde el alba hasta el ocaso y visitan tantos sitios como pueden. Hablan ante multitudes ansiosas por oírlos.

»La Madre Confesora atrae a mucha gente, que siente gran curiosidad por verla. Me temo que los anderianos están respondiendo con más calidez de lo que deseáramos. El hecho de que se haya casado recientemente le ha ganado el corazón y el amor de muchas personas. El pueblo aclama a la feliz pareja allí donde van. Los campesinos recorren kilómetros hasta las ciudades en las que ella y lord Rahl hablan.

Lady Chanboor cruzó los brazos y maldijo entre dientes a los recién casados con palabras increíblemente vulgares e irreverentes incluso para ella. Dalton se preguntó, divertido, qué obscenidades debía de dirigirle cuando involuntariamente la contrariaba y no lo tenía delante. Conocía algunos de los improprios que dedicaba a su marido.

Aunque parte del personal del Ministerio conocía demasiado bien el lado petulante de lady Hildemara, el pueblo en general la creía tan pura que no podía imaginarse que sus labios pudieran pronunciar vituperios. Hildemara era muy consciente de la importancia de contar con el apoyo del pueblo. Recorría las zonas rurales del país como lady Chanboor —amante esposa del Ministro de Cultura, así como defensora de las esposas y las madres— a fin de promocionar las buenas obras de su marido, por no hablar de cultivar las relaciones con patrocinadores acaudalados. Tal como estaba ocurriendo entonces con la Madre Confesora, la recibían con toda suerte de lisonjas.

Si querían tener éxito, tendría que interpretar ese papel mejor que nunca.

Dalton tomó otro sorbo de vino antes de proseguir.

—La Madre Confesora y lord Rahl se han reunido varias veces con los Directores y, según tengo entendido, los Directores se han mostrado encantados con la oferta de lord Rahl, que consideran muy justa, y están de acuerdo con sus razones e intenciones.

Bertrand apretó un puño y la mandíbula.

—Al menos eso dijeron en presencia de lord Rahl —continuó Dalton—. Después de que lord Rahl se marchara a recorrer el campo, se lo han pensado mejor y han cambiado de opinión.

Dalton buscó los ojos del Ministro y de lady Hildemara para asegurarse de que lo escuchaban con atención antes de proseguir.

—Lo cual nos viene como anillo al dedo teniendo en cuenta lo que acaba de ocurrir.

El Ministro estudió la faz de Dalton antes de dejar que sus ojos volvieran a posarse en la joven dama que lo atraía.

—¿Y qué acaba de ocurrir?

Dalton cogió la mano de Teresa por debajo de la mesa.

—Ministro Chanboor, lady Chanboor, lamento informaros de que el Soberano ha muerto.

Impresionada por la noticia, Teresa lanzó un grito ahogado antes de cubrirse la cara con la servilleta para ocultar las repentinas lágrimas de pesar. Teresa odiaba que la vieran llorar.

—Tenía entendido que estaba mejorando —dijo el Ministro sin apartar la vista de Dalton.

Exponía una sospecha, aunque de ningún modo estaba en contra de la muerte del Soberano. Sospechaba porque no podía creer que Dalton contara con los medios para lograr esa muerte y, sobre todo, no podía creer que, si de verdad contaba con ellos, hubiese sido tan audaz.

Si bien en privado Bertrand Chanboor se mostraría sin duda encantado de que el viejo Soberano hubiese desocupado el trono de manera tan oportuna, el mínimo indicio de que la muerte no era debida a causas naturales pondría en peligro todo aquello por lo que tanto habían trabajado justo cuando tenían la victoria tan cerca.

Dalton se inclinó hacia el Ministro sin rehuir la insinuación.

—Estamos en dificultades. Hay demasiadas personas que desean votar con un círculo para que Anderith se una a lord Rahl. Debemos convertir la votación en una elección personal entre nuestro amado y benévolo Soberano y un hombre que es posible que quiera mal a los anderianos.

»Tal como convinimos, es preciso cumplir los compromisos que suscribimos con... nuestro patrocinador. No podemos correr el riesgo de que la votación salga mal. Es preciso adoptar una postura más enérgica contra lord Rahl, pese a los riesgos que eso comporta.

»Es preciso que vos adoptéis esa posición dando a vuestras palabras todo el peso de la voz del Soberano —agregó bajando aún más la voz—. Debéis ser el Soberano y pronunciar esas palabras.

En la cara de Bertrand afloró una sonrisa de satisfacción.

—Dalton, mi leal y hábil asesor, acabas de ganarte un nombramiento muy importante. El cargo de Ministro de Cultura estará muy pronto vacante.

Por fin todas las piezas encajaban.

El rostro de Hildemara expresaba incredulidad, asombro y también satisfacción. Conocía todas las capas de protección que rodeaban al Soberano, porque había intentado sin éxito traspasarlas. Por su expresión era obvio que ya se imaginaba como esposa del Soberano y, por tanto, recibiendo una adoración casi comparable a la que recibía un buen espíritu en el mundo de la vida. Sus palabras tendrían mucho más peso que las palabras de la simple esposa del Ministro. Una posición que hasta unos pocos instantes antes consideraba muy elevada de repente se le antojaba mezquina e indigna de ella.

Hildemara se inclinó más allá de su marido para asir a Dalton por la muñeca.

—Dalton, muchacho, eres mejor de lo que pensaba, y eso que te tenía en muy buena opinión. Nunca creí que fuese posible... —Hildemara no aludió directamente al acto.

—Yo cumplo con mi deber, lady Chanboor, por difícil que sea. Sé que lo único que cuenta son los resultados.

Hildemara le estrujó la muñeca una vez más antes de soltarlo. Dalton nunca la había visto tan sinceramente agradecida por ninguno de sus anteriores logros. El final de Claudine Winthrop ni siquiera le había ganado una aprobadora inclinación de cabeza.

Dalton miró a su mujer. Había tenido cuidado de que Teresa no oyera lo que había susurrado. Pero Teresa, en su dolor, no prestaba atención a nadie. Dalton le pasó un brazo por encima de los hombros para consolarla.

—¿Estás bien, Tess?

—Oh, Dalton, pobre hombre —sollozó—. Nuestro pobre Soberano. Que el Creador acoja su alma en el lugar bendito que se ha ganado en la otra vida.

Bertrand se inclinó hacia ella por detrás de Dalton para ofrecerle también consuelo.

—Bien dicho, querida, bien dicho. Has expresado a la perfección lo que todos sentimos.

El Ministro adoptó su expresión más triste al tiempo que se ponía en pie. En lugar de levantar una mano, tal como solía hacer, se quedó en silencio, con la cabeza gacha y las manos enlazadas delante del cuerpo. Hildemara alzó un dedo y el arpa enmudeció. Las risas y las conversaciones murieron lentamente a medida que los presentes se daban cuenta de que pasaba algo fuera de lo normal.

—Buena gente de Anderith, acabo de recibir una noticia muy penosa. Esta noche somos un pueblo perdido y sin un Soberano.

En lugar de empezar a murmurar, que era lo que Dalton había anticipado, todos enmudecieron, pasmados. Fue entonces cuando Dalton tomó conciencia por primera vez de que había nacido y había pasado toda su vida bajo el reinado del viejo Soberano. Había acabado una era. Muchos de los presentes debían de estar pensando lo mismo.

Bertrand, sabedor de que todos lo miraban, parpadeó como para contener las lágrimas. Cuando habló de nuevo, su voz sonó acongojada y sosegada.

—Ahora inclinemos todos la cabeza y recemos para que el Creador acoja el alma de nuestro amado Soberano en el lugar de honor que se ha ganado con sus buenas obras. Luego os dejaré que acabéis de cenar, mientras yo renuncio a mi cena para pedir a los Directores que cumplan inmediatamente con su deber.

»Nos encontramos en situación crítica: la negra sombra de la guerra pende sobre nuestras cabezas, y tanto lord Rahl como el emperador Jagang compiten por nuestra lealtad. Así pues, por el bien de todos los anderianos, solicitaré que los Directores nombren un nuevo Soberano esta misma noche y que, sea quien sea el elegido, mañana sea consagrado como nuestro nuevo Soberano. De este modo el pueblo de Anderith volverá a estar directamente conectado con el mismo Creador, y por fin contaremos con la guía que nuestro leal y anciano Soberano no podía proporcionarnos debido a su avanzada edad y a su mala salud.

Teresa se aferró a la manga de su marido.

—Dalton —susurró mirando a Bertrand Chanboor con ojos abiertos como platos de veneración—. Dalton, ¿te das cuenta de que el Ministro podría muy bien ser nuestro próximo Soberano?

Deseoso de respetar la adoración que Teresa sentía hacia la figura de su Soberano, Dalton posó suavemente una mano en su espalda y respondió:

—Esperemos que eso suceda, Tess.

—También podemos rezar —murmuró ella con ojos brillantes de lágrimas.

Bertrand abrió las manos frente a los ojos húmedos de la multitud asustada.

—Buena gente de Anderith, inclinad la cabeza y rezad conmigo.

Tan pronto como Franca entró en el despacho, Dalton, que la esperaba dando vueltas cerca de la puerta, la agarró por un brazo y cerró la puerta.

—Mi querida Franca. Hacía tiempo que no nos veíamos. Gracias por venir.

—Dijiste que era importante.

—Así es. Siéntate, por favor.

Franca se alisó el vestido por detrás mientras se sentaba en una butaca acolchada situada frente al escritorio del hombre. Dalton se reclinó en el escritorio buscando estar más cerca de ella y dar una imagen menos formal que si se sentaba detrás de la mesa.

Notó algo en la espalda. Era el librito de Joseph Ander, que apartó para que no molestara.

Franca se abanicaba.

—¿Puedes abrir una ventana, por favor, Dalton? Aquí falta el aire.

Aunque el sol apenas comenzaba a aparecer en el horizonte, Franca tenía razón; ya hacía calor y prometía ser un día sofocante. Sonriendo, Dalton se acercó a la ventana, detrás del escritorio, y la levantó lo máximo posible. Entonces miró por encima del hombro y, ante el gesto de insistencia de la mujer, abrió otras dos.

—Gracias, Dalton. Eres muy amable conmigo. Vamos a ver, ¿qué es eso tan importante?

Dalton volvió a rodear el escritorio y se recostó de nuevo en él, mirándola.

—¿Pudiste oír algo anoche en el banquete? Fue una velada muy importante porque se hizo un anuncio realmente trágico. Me ayudaría que me informaras de lo que se dijo.

Franca, con aspecto consternado, abrió un pequeño monedero que le colgaba de la cintura escondido bajo una capa de lana marrón. Extrajo cuatro monedas de oro y se las tendió.

—Toma. Es lo que me has pagado desde que... desde que empecé a tener dificultades con el don. No tengo ningún derecho a quedarme con tu dinero. Lamento que me hayas hecho venir por no habértelo devuelto antes.

Dalton sabía cuánto necesitaba Franca el dinero. Si el don no le funcionaba, ella tampoco funcionaba. Como mujer sola que era, tenía que ganarse ella el pan si no quería morirse de hambre. Así pues, ofrecerse a devolver el dinero era una declaración muy seria por su parte.

—No, no, Franca —dijo Dalton apartándole la mano—. No quiero tu dinero.

—¡No es mío! No he hecho nada para ganarlo. No tengo ningún derecho a él.

Franca volvió a ofrecerle las monedas. Dalton le cogió la mano entre las suyas y la sostuvo tiernamente.

—Franca, tú y yo somos viejos amigos y nos tenemos cariño. Te propongo una cosa: si crees que no te has ganado ese dinero, voy a darte ahora mismo la oportunidad de ganarlo.

—Ya te he dicho que no puedo...

—No tiene nada que ver con el don. Es otra cosa que tienes por ofrecer.

Franca se echó hacia atrás y lanzó un grito ahogado.

—¡Dalton! ¡Tienes esposa! Una joven y hermosa...

—No, no —negó Dalton pillado con la guardia baja—. No, Franca. Perdóname si alguna vez te he dado a entender que yo... lamento no haber sido del todo claro.

Dalton veía a Franca como una mujer misteriosa y atractiva, pese a que era mayor que él y un poco extraña. Aunque él jamás había pensado en eso y jamás le haría una oferta como ésa, le dolió que Franca encontrara la idea tan repulsiva.

La hechicera se recostó de nuevo en el respaldo de la butaca.

—¿Pues qué es lo que quieres?

—La verdad.

—Ah. Bueno, Dalton, está la verdad, y la verdad. Algunas verdades son más problemáticas que otras.

—Sabías palabras las tuyas.

—¿Cuál es la verdad que buscas?

—¿Qué le ocurre a tu magia?

—Que no funciona.

—Eso ya lo sé. Lo que quiero saber es por qué.

—¿Estás pensando en meterte en el negocio de la hechicería, Dalton?

—Franca, esto es importante. Necesito saber por qué tu magia no funciona.

—¿Por qué?

—Porque necesito saber si sólo te afecta a ti o si le pasa algo a la magia en general. La magia es un elemento importante en la vida de muchos anderianos. Si no funciona, tengo que saberlo para que el Ministerio esté preparado.

Franca desarrugó el ceño.

—¿Y bien? —insistió Dalton—. ¿Qué le ocurre a la magia y hasta qué punto está extendido el problema?

La mujer se refugió en una coraza de pesimismo.

—No lo sé.

—Franca, tengo que saberlo. Por favor.

—Dalton, no me pidas que...

—Te lo pido.

La hechicera se quedó un rato con la vista clavada en el suelo. Finalmente tomó una mano de Dalton y le puso en la palma las cuatro monedas de oro. Entonces se levantó y lo miró a los ojos.

—Te lo diré, pero no acepto dinero a cambio. Por algo así no acepto dinero. Sólo te lo diré porque... porque eres un amigo.

Dalton pensó que tenía el mismo aspecto que una sentenciada a muerte. Indicó la butaca, y Franca se dejó caer en ella.

—Te lo agradezco, Franca, de veras que te lo agradezco.

Franca asintió sin levantar la cabeza.

—Algo malo le ocurre a la magia. Puesto que tú no sabes nada sobre magia, no te confundiré con los detalles. Lo que debes saber es que la magia agoniza. No sólo mi magia ha desaparecido, sino toda en general. Está muerta y enterrada.

—Pero ¿por qué? ¿No hay nada que pueda hacerse?

Franca se quedó unos minutos pensativa.

—No. Creo que no. No lo sé con certeza, pero estoy bastante segura de que el Primer Mago en persona murió tratando de solucionar el problema.

Dalton se quedó pasmado. Era algo inconcebible. Aunque era cierto que él no lo ignoraba todo sobre la magia, sabía que era muy beneficiosa para la gente. Franca, por ejemplo, curaba no sólo enfermedades del cuerpo sino también del espíritu.

La desaparición de la magia era mucho más trascendental que la muerte de un hombre que era el Soberano. Significaba la muerte de muchas más cosas.

—¿Volverá? ¿Sucederá algo que... no sé, que solucione el problema?

—No lo sé. Como ya he dicho, un hombre mucho más entendido que yo no fue capaz de solucionarlo, por lo que creo que se trata de una situación irreversible. Tal vez podría haber regresado, pero me temo que ya es demasiado tarde para eso.

—¿Cuáles crees que serán las consecuencias?

Franca palideció y sólo pudo responder:

—Ni siquiera me atrevo a imaginarlas.

—¿Has estudiado el problema? Quiero decir, ¿lo has investigado de verdad?

—He estado encerrada estudiando todo lo que caía en mis manos y probándolo todo. Anoche fue la primera noche en semanas que me dejé ver en público. —De repente lo miró ceñuda—. Cuando el Ministro anunció la muerte del Soberano dijo algo sobre lord Rahl. ¿De qué se trata?

Dalton se dio cuenta de que Franca no estaba al corriente de los últimos acontecimientos en la vida de Anderith, por lo que ni siquiera se había enterado de la llegada de lord Rahl y la próxima votación. Después de lo que le había explicado la hechicera, Dalton tenía asuntos urgentes de los que ocuparse.

—Bueno, ya sabes, siempre hay diferentes bandos que compiten por las mercancías que Anderith produce. —Dalton le cogió una mano y la ayudó a levantarse—. Franca, gracias por venir y por confiarme lo que sabes. Me has sido de gran ayuda.

Franca parecía aturrullada por cómo Dalton se la estaba quitando de encima, pero era inevitable. Debía volver al trabajo.

La hechicera se detuvo con la cara a pocos centímetros de la de Dalton y lo miró fijamente a los ojos. Aunque hubiese perdido su poder, fue una mirada fascinante.

—Dalton, prométeme que no lamentaré haberte dicho la verdad.

—Franca, puedes fiarte de...

De repente oyó estrépito a su espalda. Sobresaltado, empujó a Franca hacia atrás. Un enorme pájaro negro había entrado por la ventana abierta. Le pareció que era un cuervo, aunque nunca había visto ninguno de tan cerca.

El pájaro extendió completamente las alas encima del escritorio, de modo que los extremos casi rozaban los bordes. Sirviéndose de las alas desplegadas y del pico, trataba de mantener el equilibrio sobre

la cubierta de piel suave. Soltó un graznido de frustración y enojo, o tal vez de sorpresa, al encontrarse con una superficie tan lisa sobre la que posarse.

Dalton rodeó el escritorio corriendo, hasta el soporte de plata en el que guardaba la espada, y la desenvainó.

—¡No, Dalton! —exclamó Franca, tratando de detener su brazo—. ¡Matar un cuervo trae mala suerte!

Su intervención y el hecho de que el cuervo se agachara inesperadamente hicieron fallar a Dalton.

El cuervo lanzó una ruidosa andanada de graznidos y gritos mientras se retiraba penosamente a un lado del escritorio. Suavemente pero con firmeza, Dalton se desasíó de Franca y enarboló de nuevo la espada.

Al ver con uno de sus grandes ojos negros lo que se le avecinaba, el cuervo cogió apresuradamente con el pico el librito que perteneció a Joseph Ander. Sujetándolo con fuerza, dio un brinco y echó a volar dentro del despacho.

Dalton cerró de golpe la ventana situada detrás del escritorio, por la que había entrado el pájaro. El cuervo se abalanzó sobre él. Sus garras le hirieron en la cabeza mientras cerraba con fuerza la segunda ventana y luego la tercera.

El hombre trató de defenderse blandiendo la espada de esa furia de plumas que batían el aire. Notó que le daba a algo. El pájaro lanzó un graznido muy fuerte, tanto que a Dalton el sonido se le clavó en los oídos, y arremetió contra la ventana.

Tanto Dalton como Franca se taparon la cara con un brazo justo cuando el cristal de la ventana se hacía añicos y enviaba esquirlas de cristal y trocitos del parteluz de la ventana en todas direcciones.

Cuando Dalton volvió a mirar vio que el cuervo se deslizaba hasta una rama de un árbol vecino. Se agarró a la rama, se tambaleó, volvió a agarrarse y finalmente se equilibró. Parecía herido.

Rápidamente, Dalton arrojó la espada sobre el escritorio y empuñó una de las lanzas con el estandarte ander que adornaba su despacho. Con un gruñido de esfuerzo arrojó la lanza al pájaro por la ventana rota.

Viendo sus intenciones, el cuervo alzó el vuelo y se llevó el libro. La lanza le pasó rozando. El pájaro desapareció en el cielo de primera hora de la mañana.

—Menos mal que no lo has matado —comentó Franca—. Ya te he dicho que da mala suerte.

Dalton, con la cara escarlata, señaló el escritorio.

—¡Ha robado el libro!

Franca se encogió de hombros.

—Los cuervos son muy curiosos y suelen robar cosas para llevárselas a su pareja. Los cuervos sólo tienen una pareja en su vida.

—¿No me digas? —Dalton se recompuso la ropa.

—Pero la hembra engaña al macho. A veces, mientras él está fuera recogiendo ramitas para el nido, ella deja que otro macho se aparee con ella.

—¿No me digas? —repitió él, molesto—. ¿Y a mí qué me importa eso?

—Bueno, me pareció un dato interesante que te gustaría conocer. —Se acercó a la ventana para comprobar los daños—. ¿Ese libro era valioso?

Dalton se quitó cuidadosamente pequeños fragmentos de cristal de los hombros.

—No. Por suerte no era más que un libro viejo e inútil escrito en una lengua muerta desde hace mucho tiempo y que en la actualidad ya nadie conoce.

—Ah. Bueno, menos mal. Da gracias de que no fuese un libro valioso.

—Mira todo este desastre. Tú míralo. —Cogió un puñado de plumas negras y las arrojó por la ventana rota. Entonces se fijó en una gota de sangre en su escritorio—. Al menos ha pagado con sangre su tesoro.

24

—¡Ha llegado el momento de oponernos con firmeza al odio! —proclamó Bertrand Chanboor, recién consagrado Soberano de Anderith, ante la multitud que abarrotaba la plaza y llenaba las calles adyacentes. El Soberano hablaba desde un balcón.

Sabiendo que los vítores durarían un rato, Dalton aprovechó para mirar a Teresa. Su esposa le sonrió valientemente mientras se secaba los ojos. Había pasado casi toda la noche en vela rezando por el alma del Soberano fallecido y para que el Creador concediera fortaleza al nuevo.

También Dalton había pasado casi toda la noche en vela discutiendo estrategias con Bertrand y Hildemara, planeando el discurso. Bertrand estaba en su elemento, y Hildemara se sentía en la gloria. Por su parte, Dalton llevaba las riendas.

La ofensiva había comenzado.

—¡Como Soberano vuestro no puedo tolerar la cruel injusticia que se pretende imponer al pueblo de Anderith! Ese lord Rahl viene de D'Hara. ¿Qué sabe él sobre lo que necesita nuestra gente? ¿Cómo es posible que se presente aquí, por primera vez, y espere que le entreguemos nuestras vidas?

La muchedumbre abucheo y silbó. Bertrand dejó que la protesta continuara unos minutos.

—¿Qué creéis que os ocurrirá a vosotros, esforzados hakens, si lord Rahl se sale con la suya? ¿Creéis que dedicará ni un segundo de su tiempo a pensar en vuestro bienestar? ¿Creéis que le importará si tenéis ropa, comida o trabajo? Nosotros nos hemos esforzado mucho para que encontréis trabajo, por ejemplo con la Ley Winthrop de Empleo Justo, pensada para que todos sin excepción os beneficiéis de la prodigalidad de Anderith.

Hizo una pausa para que lo aclamaran.

—Hemos trabajado contra el odio. Hemos luchado contra aquellos que no les importa que los niños se mueran de hambre. Hemos trabajado para mejorar la vida de todos los habitantes de Anderith. ¿Qué ha hecho lord Rahl? ¡Nada! ¿Dónde estaba él mientras nuestros hijos se morían de hambre? ¿Dónde estaba cuando nuestros hombres no encontraban trabajo?

»¿De verdad queremos que ese hombre sin corazón y su privilegiada esposa, la Madre Confesora, destruyan de un plumazo todos nuestros esfuerzos y progresos? ¿Justo ahora que estamos llegando al punto más crítico de nuestras reformas? ¿Cuándo todavía nos queda tanto por hacer en bien de los anderianos? ¿Qué sabe la Madre Confesora sobre niños que se mueren de hambre? ¿Se ha preocupado alguna vez por los niños? ¡No!

Cuando reanudó el discurso lo hizo golpeando con el puño la baranda del balcón para subrayar cada argumento.

—¡La verdad es que lord Rahl sólo se preocupa por su magia! ¡Si ha venido ha sido por pura avaricia! ¡Ha venido para aprovecharse de nuestro país y enriquecerse!

»¡Si pudiera, envenenaría nuestras aguas con sus malvados conjuros! ¡Ya no podríamos pescar, porque su magia convertiría nuestros lagos, nuestros ríos y nuestro océano en aguas muertas! ¡Y todo para crear sus horripilantes armas de guerra!

La gente reaccionó con horror e ira al oír eso. Dalton evaluaba la reacción que provocaba cada palabra a fin de utilizarlas del modo más conveniente en los siguientes discursos y en los mensajes que iba a enviar por todo el país.

—Lord Rahl crea criaturas malvadas para imponer una guerra injustificada. Tal vez habréis oído que algunas personas han muerto de manera extraña y misteriosa. ¿Creéis que se trata de hechos al azar? ¡No! ¡Es la magia de lord Rahl! ¡Lord Rahl crea esas malvadas criaturas mágicas y después las deja libres

para que maten a placer! Esas criaturas mortíferas queman vivos a inocentes, los ahogan o los arrastran hasta los tejados, sin que sus víctimas puedan defenderse, y entonces los arrojan al suelo y les causan la muerte.

La multitud, que escuchaba cautivada, lanzó un grito ahogado.

—¡Lord Rahl nos utiliza para poner a punto su oscuro arte de la guerra! ¡Al final, su magia negra llenará el aire de una neblina repugnante que se filtrará en todos los hogares! ¿Queréis que vuestros hijos respiren la magia de lord Rahl? ¿Quién sabe cuántos niños inocentes sufrirán una muerte atroz por respirar los conjuros que lord Rahl suelta descuidadamente? ¿Quién sabe las deformidades que los afectarán si, por casualidad, nadan en un estanque que él ha utilizado para macerar un hechizo?

»¡Eso es lo que tendremos si no nos oponemos a que nuestro país sea violado! Lord Rahl dejará que muramos de asfixia para que sus amigos vengán y nos roben nuestras riquezas. ¡Ésa es la verdadera razón por la que lord Rahl ha venido a Anderith!

La gente se sentía realmente alarmada. Dalton se inclinó hacia Bertrand y le susurró sin apenas despegar los labios:

—Lo del aire y el agua es lo que más los ha asustado. Insistid.

Bertrand le dirigió una inclinación de cabeza casi imperceptible.

—Eso es lo que significa, amigos míos, dejar que ese dictador siga entre nosotros. Su magia siniestra y su brujería contaminarán el mismo aire que respiramos, y también nuestra agua. Mientras que él y sus seguidores se ríen por los sufrimientos de la gente honesta y trabajadora, ya sean anders o hakens, se enriquecen a nuestras expensas. ¡Lord Rahl usará nuestro aire puro y nuestras aguas límpidas para hacer crecer sus repugnantes criaturas mágicas e imponer una guerra que nadie desea!

La gente gritaba con rabia y agitaba el puño en el aire mientras oía a su Soberano revelar esas verdades tan desagradables. Algunos sentían horror, otros miedo y otros asco, pero la reacción más generalizada era la de ira. Para algunos, su decepción respecto a lord Rahl y la Madre Confesora se añadía a la indignación de que les hubieran tomado el pelo, mientras que otros simplemente veían confirmadas las sospechas que albergaban respecto a unos personajes tan poderosos y despiadados.

Bertrand levantó una mano.

—La Orden Imperial quiere comprarnos nuestros productos a precios mucho más altos que los que recibimos ahora.

La multitud aplaudió y silbó.

—¡Lord Rahl quiere robaros los que es vuestro! Buena gente, la alternativa es vender lo que cultiváis y producís a la Orden Imperial, y así enriqueceros vosotros y vuestras familias como nunca anteriormente, o bien escuchar las mentiras de ese mago malvado llegado de la lejana D'Hara; un hombre que pretende engañaros para que renunciéis a vuestros derechos, un hombre que pretende utilizar nuestro país para propagar sus perversas criaturas mágicas y seguir adelante con una guerra innecesaria, un hombre que dejará que vuestros hijos mueran de hambre o por los efectos dañinos de sus hechizos descabellados.

Esas palabras acabaron de exaltar a la multitud. Gente rebotante de buena voluntad hacia su nuevo Soberano escuchaba por primera vez razones de peso para rechazar a lord Rahl, para temerlo y, sobre todo, para odiarlo.

Dalton iba tachando en una lista que sostenía en las manos aquellos puntos que no tenían el efecto deseado y rodeaba con un círculo aquellos que provocaban una reacción más fuerte. Como él y Bertrand sabían, hablar de hijos levantaba pasiones, y lo que podía ocurrirles casi desataba un motín. La mera mención de las palabras «hijos» o «niños» causaba que la gente perdiera la cabeza.

También la guerra provocaba el efecto esperado. La gente escuchaba, aterrada, que era lord Rahl quien imponía la guerra y que la contienda era innecesaria. La gente deseaba la paz a cualquier precio. Cuando descubrieran el precio, pagarían. Sería demasiado tarde para echarse atrás.

—Anderianos, debemos superar esta situación, dejarla en el pasado y seguir con los asuntos de Anderith. Tenemos mucho trabajo por hacer. No es éste el momento de renunciar a todo lo que hemos conseguido y convertirnos en un país esclavo de ese mago extranjero obsesionado con la riqueza y el poder, un hombre que quiere arrastrarnos a todos a una guerra estúpida. Si lord Rahl quisiera, tendríamos paz, pero él no quiere.

»Sé que un hombre como ése menospreciaría nuestras tradiciones y nuestra religión, y nos dejaría sin un Soberano. Pero temo por vosotros, no por mí. Aún me queda mucho trabajo por hacer. Aún tengo mucho amor que dar al pueblo de Anderith. He sido bendecido, y tengo mucho que devolver a la comunidad.

»Os suplico como orgullosos habitantes de este país que demostréis el desprecio que sentís por ese astuto demonio de D'Hara, que le demostréis que no os engaña.

»¡El mismo Creador, a través de mí, os pide que os opongáis a lord Rahl y que votéis en conciencia contra su maldad poniendo una equis! ¡Una equis contra sus engaños! ¡Una equis contra sus mentiras! ¡Una equis contra su tiranía! ¡Una equis contra él y también contra la Madre Confesora!

La plaza entera rugió e hizo temblar los edificios. El bramido se prolongaba. Bertrand extendió los brazos al frente y los cruzó formando una equis grande para que todos la vieran mientras lo vitoreaban.

Hildemara, situada junto a él, lo aplaudía al tiempo que le dirigía su habitual mirada de adoración de cuando estaban en público.

Cuando finalmente se hizo el silencio en la plaza a petición de Bertrand, éste señaló con una mano a su esposa y la presentó a la concurrencia. Hildemara recibió una ovación casi tan larga como la que había recibido el Soberano. La mujer, que no cabía en sí de contento, extendió las manos pidiendo silencio. Lo obtuvo casi al instante.

—Buena gente de Anderith, no puedo expresar lo orgullosa que me siento por ser la esposa de este gran hombre...

Las aclamaciones ahogaron sus palabras. Finalmente logró imponer de nuevo el silencio con los brazos extendidos.

—No puedo deciros cuántas veces he visto a mi marido trabajar por los anderianos hasta el agotamiento. Ha luchado incansablemente por el pueblo sin buscar reconocimiento, sin pensar siquiera en comer ni en dormir.

»Cuando le pedía que descansara, él me decía: "Hildemara, mientras haya niños hambrientos, no puedo descansar".

La multitud volvió a enloquecer. Dalton aprovechó la oportunidad para volverse y beber un sorbo de vino. Teresa le apretó un brazo.

—Dalton —susurró—, el Creador ha respondido nuestras oraciones y nos ha dado a Bertrand Chanboor para que sea nuestro Soberano.

Dalton a punto estuvo de echarse a reír, pero vio en sus ojos un temor reverencial. Suspiró para sus adentros. No había sido el Creador quien les había dado a Bertrand, sino él.

—Tess, sécate las lágrimas. Lo mejor aún está por venir.

Hildemara prosiguió el discurso.

—¡Y por el bien de esos niños os pido a todos y cada uno de vosotros que digáis no al odio y la división que lord Rahl pretende extender entre los anderianos!

»Decid también no a la Madre Confesora, pues ¿qué sabe ella de la gente corriente? La Madre Confesora ha disfrutado de privilegios y riqueza desde la cuna. ¿Qué sabe ella de lo que es trabajar duro? ¡Demostradle que ya no puede seguir mandándonos sólo por ser quien es! ¡Demostradle que no aceptamos que siga tratando de manera tan aborrecible a la pobre gente trabajadora! ¡Demostradle que rechazamos su vida llena de privilegios! ¡Una equis contra la Madre Confesora y sus exigencias presuntuosas a personas que ni siquiera conoce!

»¡Yo digo que lord Rahl y la Madre Confesora ya tienen suficientes riquezas! ¡No les deis también lo que es vuestro! ¡No tienen ningún derecho!

Dalton bostezó y se frotó los ojos, mientras la multitud aplaudía y cantaba el nombre de Chanboor. No recordaba la última vez que había dormido. Había tenido que retorcer el brazo a uno de los Directores para que su decisión fuese unánime. La unanimidad de los Directores dejaba traslucir que el Creador había intervenido a favor del Soberano elegido y reforzaba su mandato.

Cuando finalmente Bertrand volvió a mostrarse y se dirigió al gentío, Dalton lo escuchó sólo a medias hasta que oyó que mencionaba su nombre.

—Ésa es la razón, entre muchas otras demasiado numerosas para mencionarlas, por la que he intervenido personalmente en el proceso de selección. Me siento muy orgulloso de presentaros al nuevo Ministro de Cultura, a un hombre que os protegerá y os servirá tan bien como cualquiera de sus antecesores. —Bertrand extendió una mano y anunció—: Dalton Campbell.

Teresa cayó de hinojos e inclinó la cabeza hacia Bertrand, diciéndole:

—Oh, Soberano, Vuestra Grandeza, gracias por reconocer a mi marido. Bendito seáis por lo que habéis hecho por él.

En lugar de sentirse orgulloso por el nombramiento, Dalton se sentía algo defraudado. Teresa sabía cuánto había trabajado para llegar hasta donde había llegado y, no obstante, lo atribuía todo a la grandeza de Bertrand Chanboor. Tal era el poder de la palabra del Soberano.

Mientras contemplaba a la multitud de personas que vitoreaban y reflexionaba sobre lo que iba a decir a Bertrand y Hildemara, Dalton se dijo que tenían suerte de que la palabra del Soberano fuese tan decisiva, pues haría decantar la votación contra lord Rahl.

Pero aún había más. Dalton aún tenía que soltar el elemento final.

El olor, como un prisionero que corriera para escapar, le golpeó como un mazazo en cuanto la pesada puerta se abrió. Estaba tan oscuro que no se veía nada. Dalton hizo chasquear los dedos, y el corpulento guardia ander cogió las antorchas de los tederos oxidados.

—¿Estás seguro de que sigue vivo? —preguntó—. ¿Lo compruebas alguna vez?

—Está vivo, Ministro.

Por un segundo Dalton se sintió confuso y estupefacto al oírse llamar de ese modo. Cada vez que alguien se dirigía a él llamándolo Ministro necesitaba una fracción de segundo para darse cuenta de que le hablaban a él. La cabeza le daba vueltas cada vez que oía el sonido de las palabras Ministro de Cultura.

—Por aquí, Ministro Campbell —le indicó el guardia extendiendo la antorcha.

Dalton pasó entre hombres tan mugrientos que casi se confundían con el suelo negro y grasiento. Por un surco en el centro del ladrillo ennegrecido fluían aguas fétidas. Por donde entraba proporcionaba agua para beber pese a la fetidez, y por donde salía era una letrina. Las paredes, el suelo y los prisioneros estaban cubiertos de bichos.

En el extremo más alejado de la sala, al otro lado de la corriente de agua hedionda, un ventanuco con rejas demasiado pequeño para que nadie pudiera escaparse por él daba a un callejón. Si a alguien, familia o amigos, le importaba que un prisionero siguiera vivo, acudían a ese callejón y lo alimentaban.

Puesto que los prisioneros tenían los brazos y los pies sujetos a bloques de madera, no podían luchar para arrebatar la comida. En realidad, apenas podían hacer nada más que estar tendidos en el suelo. Los bloques de madera les impedían caminar; como mucho podían avanzar dando saltos una corta distancia. Y si se estiraban lo suficiente podían acercar la boca al ventanuco y recibir comida. Si nadie los alimentaba, morían.

Todos los prisioneros estaban desnudos. La luz de la antorcha se reflejaba en cuerpos negros y grasientos. Uno de los prisioneros era una anciana flacucha y sin dientes. Dalton dudaba de que algunos siguieran con vida, pues ni se movían cuando los pisaban.

—Me sorprende que siga vivo —comentó al guardia.

—Aún cuenta con seguidores que creen en él. Vienen cada día y lo alimentan. Después él les habla a través de la ventana. Sus seguidores se sientan y escuchan sus desvaríos como si lo que tuviera que decir fuese importante.

Dalton no tenía ni idea de que aún contara con seguidores; eso era una novedad. El movimiento tardaría menos en ponerse en acción si ya existían seguidores.

Un guardia bajó una antorcha para señalar.

—Aquí está, Ministro Campbell. Es ése.

El guardia propinó un puntapié a un hombre tumbado de lado. La cabeza se volvió hacia ellos ni rápida ni lentamente, pero con parsimonia. En vez de encontrarse con una mirada amedrentada, Dalton se encontró con un solo ojo que echaba chispas.

—¿Serin Rajak?

—Sí —gruñó el hombre—. ¿Qué quieres?

Dalton se agachó junto a él. El hedor era tan abrumador que fracasó en su primer intento por coger aire.

—Acabo de ser nombrado Ministro de Cultura, maese Rajak. Hoy mismo. Mi primera acción es reparar la injusticia que se ha cometido con vos.

Entonces Dalton se dio cuenta de que al hombre le faltaba un ojo: tenía una cicatriz hundida y mal curada en la cuenca del ojo vacío.

—Injusticia. El mundo está lleno de injusticias. La magia hace daño a la gente. Estoy aquí por la magia. Pero yo no me he dado por vencido. No señor, de eso nada. Nunca me rendiré al mal de la magia.

»No me importa haber perdido un ojo por la causa. Fue una bruja. Si esperáis que ceje en mi guerra santa contra los perversos hacedores de magia, dejadme donde estoy. Dejadme aquí, ¿me oís? ¡Dejadme! ¡Nunca me rendiré ante ellos!

Dalton se apartó un poco mientras el hombre se debatía en el suelo tratando de liberarse de sus cadenas. Sólo alguien medio loco podría pensar que lo lograría. Serin Rajak forcejeó hasta que las muñecas se le tiñeron de sangre fresca.

—¡No renunciaré a la lucha contra la magia! ¿Lo oís? ¡No me rendiré ante aquellos que nos imponen la magia a nosotros, los que adoramos al Creador!

Dalton puso una mano sobre un hombro mugriento del prisionero para tranquilizarlo.

—Me habéis entendido mal, señor. La magia está causando un gran mal a nuestro pueblo. Algunas personas mueren quemadas y ahogadas. Otros se lanzan de lo alto de edificios y puentes sin motivo...

—¡Brujas!

—Eso es lo que tememos...

—¡Brujas que maldicen a la gente! Si al menos me escucharais, estúpidos. ¡Quise advertiros! ¡Traté de ayudaros! ¡Traté de librar a Anderith de ellas!

—Por eso estoy aquí, Serin. Yo te creo. Necesitamos tu ayuda. He venido para liberarte y suplicarte que nos ayudes.

El blanco del único ojo de Serin Rajak era como un faro en la impenetrable noche de mugre.

—Gracias sean dadas al Creador —murmuró—. Por fin. Por fin he sido llamado para hacer su voluntad.

25

Richard contemplaba la escena pasmado. Los anderianos atestaban la ancha avenida. Casi todos llevaban velas encendidas; una riada de rostros iluminados inundaba la principal avenida de Fairfield. Fluía alrededor de los árboles y los bancos situados en el centro, entre los dos lados de la calle, dándoles la apariencia de islas cubiertas de árboles.

Empezaba a oscurecer. Hacia el oeste, más allá de las cimas de las montañas lejanas, el arbol en el horizonte que asomaba por un delgado hueco entre las nubes era de color púrpura intenso con una pincelada rosada. Se oía el retumbar de truenos esporádicos en la lejanía. El aire olía a humedad, mientras que el polvo que levantaban los cascos de los caballos lo saturaba. De vez en cuando caía alguna gota grande de lluvia que anunciaba más.

Los soldados d'haranianos rodeaban a Richard, Kahlan y Du Chaillu formando un círculo de acero. Los jinetes que los rodeaban recordaban a Richard un bote que flotara en un mar de caras. Los soldados mantenían la posición hábilmente, sin dar la impresión de que empujaban a la gente. Los anderianos no les hacían ni caso, atentos solamente a avanzar hasta donde querían, o tal vez estaba demasiado oscuro y pensaban que se trataba de soldados del ejército de Anderith.

Los maestros de armas baka tau mana se habían esfumado. A veces lo hacían. Richard sabía que simplemente estaban ocupando posiciones estratégicas por si se producían problemas. Du Chaillu bostezó. Era el final de un largo día de viaje.

A Richard no le gustó lo que veía, por lo que alejó a su grupo de la avenida atestada y lo condujo a una calle desierta situada cerca de la principal plaza de la capital. Desmontó en penumbra. Quería echar un vistazo más de cerca, pero no quería que la gente lo viera allí con todos los soldados. Por buenos que fuesen los d'haranianos, no eran rivales contra las decenas de miles de personas congregadas. Después de todo, una colonia de hormigas diminutas podía derrotar a un insecto sólo con que les doblara el tamaño varias veces.

Así pues, dejó a la mayoría de sus hombres atrás para que lo esperaran y vigilaran los caballos mientras iba a ver qué sucedía acompañado de Kahlan. Du Chaillu no preguntó si podía acompañarlos; simplemente se apuntó. Jiaan se unió a ellos después de reconocer la zona y decidir que era razonablemente segura. Amparados en las sombras de edificios de dos plantas que flanqueaban una calle que discurría de norte a sur y desembocaba en la plaza, observaron sin ser vistos.

En el frente de la plaza se había levantado una plataforma de mampostería con una baranda de piedra baja y gruesa en el frente. Desde allí se hacían anuncios públicos. Antes de irse, Richard había hablado desde esa misma plataforma a personas serias e interesadas. Richard y Kahlan habían regresado a Fairfield con la intención de hablar de nuevo en la plaza antes de dirigirse al Ministerio. Pese a que urgía iniciar la labor tediosa de revisar todos los libros escritos por Joseph Ander o que trataban sobre él en busca de una pista que les indicara cómo detener a los repiques, Richard quería reforzar su discurso positivo.

En los últimos días los repiques habían hecho estragos. Parecían estar en todas partes. Richard y Kahlan habían podido impedir que algunos de sus propios hombres, invadidos por la irresistible llamada de la muerte, se lanzaran al fuego o se arrojaran al agua. Pero a otros no habían podido detenerlos. Nadie había dormido mucho.

La multitud comenzó a cantar: «No más guerra», «No más guerra», «No más guerra». Era un sonsonete sordo, grave e insistente, como el temblor de los truenos lejanos.

A Richard le pareció un buen sentimiento al que se adhería de corazón, pero le inquietaban las miradas de ira que veía en la gente y el tono de sus voces. El sonsonete continuó durante un rato, como los truenos que estallan en la llanura, creciendo en intensidad, amenazadores.

Un hombre situado cerca de la plataforma se sentó a su hija pequeña sobre los hombros para que todos la vieran.

—¡Mi hija tiene algo que decir! ¡Dejadla hablar! ¡Por favor! ¡Escuchad a mi hija!

El gentío la animó. La niña, de unos diez o doce años, subió los escalones de un lado y avanzó con decisión por la plataforma hasta colocarse frente a la baranda. La muchedumbre calló para oírla.

—Por favor, Creador, escucha nuestras plegarias. Impide que lord Rahl haga la guerra —dijo con una voz alimentada por un fervor simplista e infantil. Miró a su padre, el cual le hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Nosotros no queremos esta guerra. Por favor, Creador, que lord Rahl dé una oportunidad a la paz.

Richard sintió como si una flecha de hielo le atravesara el corazón. Quería explicar a esa niña miles de cosas, pero sabía que la pequeña no las entendería. La mano de Kahlan sobre su espalda le ofrecía un frío consuelo.

Otra niña, tal vez uno o dos años menor, subió a la plataforma para unirse a la primera.

—Por favor, Creador, que lord Rahl dé una oportunidad a la paz.

Ante los escalones se formó una cola de padres y madres con hijos de todas las edades, todos con un mensaje similar. La mayoría de ellos se limitaba a adelantarse y decir: «Dad una oportunidad a la paz». Algunos de ellos ni siquiera comprendían las palabras que pronunciaban antes de volver junto a sus orgullosos padres.

Era evidente que los niños habían estado practicando todo el día; no eran palabras expresadas en un lenguaje infantil. Pero no por ello dolían menos, pues los pequeños las pronunciaban con convicción.

Algunos niños se mostraban reacios, y otros nerviosos, pero la mayoría de ellos parecían orgullosos y felices de participar en un acontecimiento tan importante. Por la pasión con la que hablaban, Richard se dio cuenta de que los niños más mayores estaban convencidos de que pronunciaban palabras profundas que podrían cambiar la historia e impedir lo que para ellos era una pérdida inútil de vidas, un desastre sin justificación.

Un niño de corta edad preguntó:

—¿Querido Creador, por qué lord Rahl quiere hacer daño a los niños? Por favor, que dé una oportunidad a la paz.

Los reunidos lo ovacionaron como locos. Al ver la reacción el niño repitió la pregunta, y nuevamente la multitud lo aclamó. Muchas personas lloraban.

Richard y Kahlan intercambiaron una mirada que decía más que las palabras. Para ambos era evidente que no asistían a una demostración espontánea de sentimiento, sino que se trataba de un mensaje preparado y ensayado. Habían recibido informes de actos como ése, pero al verlo se les heló la sangre.

Finalmente, un hombre que Richard reconoció como un Director de nombre Prevot se subió a la plataforma.

—Lord Rahl, Madre Confesora —gritó hacia más allá de la muchedumbre—, si ahora pudierais oírme os preguntaría por qué traéis vuestra repugnante magia a nuestro pueblo, que ama la paz. ¿Por qué intentáis arrastrarnos a una guerra que no deseamos?

»¡Escuchad a los niños, pues las suyas son palabras sabias!

»No hay razón para luchar antes de intentar dialogar. Si os importaran las vidas de los niños inocentes os sentaríais con la Orden Imperial y resolveríais vuestras diferencias. La Orden está dispuesta a ello, ¿por qué vosotros no? ¿Tal vez porque queréis esta guerra para así conquistar lo que no es vuestro y para esclavizar a quienes no os aceptan?

»¡Escuchad las sabias palabras de estos niños y, por favor, en nombre de todo lo que es bueno, dad una oportunidad a la paz!

La multitud comenzó a cantar: «Dad una oportunidad a la paz», «Dad una oportunidad a la paz», «Dad una oportunidad a la paz». Prevot los dejó cantar un rato antes de continuar el discurso.

—¡Nuestro Soberano aún tiene mucho trabajo que hacer para nosotros! Necesitamos desesperadamente que su mano nos guíe. ¿Por qué lord Rahl insiste en distraer su atención del trabajo por su gente? ¿Por qué lord Rahl pone en peligro a nuestros hijos?

»¡Por codicia! —gritó en respuesta a sus propias preguntas—. ¡Por codicia!

Kahlan posó una mano sobre el hombro de Richard para ofrecerle consuelo, aunque nada podía consolarlo. Richard estaba viendo cómo las llamas de las mentiras consumían todo su trabajo.

—Querido Creador —gritó el Director Prevot levantando las manos unidas—, te damos las gracias por nuestro nuevo Soberano, un hombre de talento sin igual y de devoción incomparable. El Soberano más ético que hemos tenido. Te lo suplico, Creador, dale fuerzas para luchar contra la maldad de lord Rahl.

El Director abrió los brazos.

—Buena gente, os pido que penséis un momento en ese hombre venido de tan lejos. Un hombre que tomó a la Madre Confesora de toda la Tierra Central para que fuese su esposa.

La multitud gruñó disgustada; después de todo, la Madre Confesora era del pueblo.

—¡Y ese hombre que proclama en voz muy alta que debemos prestar oídos a su liderazgo moral, que sólo desea lo que es correcto, tiene otra esposa! ¡Allí adonde va la lleva con él, embarazada de su hijo! ¡Y estando esa esposa embarazada se casa con la Madre Confesora y también se la lleva consigo, convertida en su concubina! ¿Cuántas mujeres más tomará ese hombre pecador para sembrar su malvada semilla? ¿Cuántos bastardos ha engendrado ya aquí, en Anderith? ¿Cuántas de nuestras mujeres han caído ya víctimas de su lujuria inagotable?

La gente se mostraba sinceramente escandalizada. Además de las implicaciones morales, lo que decía el Director era una vergüenza para la Madre Confesora.

—¡Esa otra mujer admite, orgullosa, que es la esposa de lord Rahl y confirma que lleva al hijo de lord Rahl en sus entrañas! ¿Qué clase de hombre es éste?

»¡Lady Chanboor se quedó tan horrorizada por esa conducta tan poco civilizada que tuvo que refugiarse en su lecho, llorando, para recuperarse! El Soberano está indignado de que se exhiba una conducta tan escandalosa en Anderith. ¡Ambos os piden que rechacéis a ese cerdo en celo de D'Hara!

Du Chaillu dio un tirón a la manga de Richard.

—Eso no es cierto. Iré a explicárselo para que comprendan que no es algo malvado, como dice ese hombre. Yo se lo explicaré.

Richard se lo impidió.

—No, no lo harás. Esta gente no te escucharía.

—Nuestra guía espiritual no cometería nunca actos inmorales. Tiene que explicar que se ha comportado según la ley —intervino Jiaan, muy acalorado.

—Jiaan —dijo Kahlan—, Richard y yo sabemos la verdad. Eso es lo que importa. Esta gente no quiere oír la verdad.

»Así es como los tiranos se ganan la voluntad del pueblo: con mentiras.

Richard decidió que ya había visto bastante y se disponía a marcharse cuando una llamarada naranja brillante apareció entre la muchedumbre. Seguramente una vela había prendido en el vestido de una chica. La muchacha lanzó un chillido desgarrador. Su pelo comenzó a arder.

Por la velocidad del fuego Richard adivinó que no se trataba de un accidente, sino que era obra de los repiques.

A poca distancia, las ropas de un hombre se encendieron. El pánico se apoderó de la multitud; todos gritaban asustados que lord Rahl estaba usando su magia contra ellos.

Resultaba aterrador y horrible ver a la chica y al hombre sacudiendo el cuerpo al tiempo que el fuego crepitante se propagaba tan rápidamente por las ropas de ambos que parecía que se hubieran sumergido en brea. Era como si el fuego tuviera vida propia.

El gentío se dispersó, espantado, tirando al suelo a jóvenes y a mayores. Los padres de la chica que se estaba quemando trataron de cubrirla con una camisa, pero la prenda también prendió y alimentó el fuego. El hombre en llamas se desplomó en el suelo convertido en apenas una figura oscura, como un palo, en el centro de una intensa llamarada amarilla y naranja.

Entonces, como si los buenos espíritus no pudieran soportar eso por más tiempo, los cielos se abrieron y comenzó a llover a cántaros. El rugido del aguacero golpeando la tierra seca ahogaba el rugido del fuego, así como los gritos y el llanto de la gente. La lluvia apagó las velas, y se hizo la oscuridad. En la plaza dos figuras continuaban quemándose: la chica y el hombre. Los repiques bailaban por encima de sus cuerpos en forma de luz líquida. No se podía hacer nada por esas dos almas perdidas.

Si Richard no hacía algo, ya no podría hacerse nada por nadie pues los repiques consumirían el mundo de los vivos.

Kahlan se llevó a Richard a rastras sin apenas esforzarse. Ambos regresaron corriendo en medio de la oscuridad y la lluvia hasta donde esperaban los caballos y el resto de los soldados. Richard, llevando el caballo por las riendas, los condujo por una ruta secundaria que atravesaba Fairfield.

—Los informes no se equivocaban —dijo a Kahlan—. Es evidente que alguien ha puesto a la gente en nuestra contra.

—Por suerte la votación se celebrará en sólo un par de días —repuso Kahlan por encima del estruendo de la lluvia—. Seguramente perderemos votos aquí, pero aún tenemos una oportunidad en el resto de Anderith.

Mientras caminaban con los caballos bajo el aguacero, Richard cogió las riendas con una sola mano y pasó un brazo alrededor de los hombros de Kahlan.

—La verdad prevalecerá —afirmó.

Kahlan no respondió.

—Lo importante son los repiques —intervino Du Chaillu, que presentaba un aspecto triste y asustado—. Pase lo que pase, es preciso pararlos. No quiero que vuelvan a matarme, ni tampoco que maten a nuestro hijo.

»Pase lo que pase aquí, Anderith es sólo un país, y los repiques están en todas partes. No deseo dar a luz a mi hijo en un mundo en el que estén los repiques. Hasta que no sean desterrados no habrá ningún lugar seguro. Ésa es tu verdadera misión, *Caharin*.

Richard le pasó un brazo por los hombros.

—Lo sé. Lo sé. Tal vez encuentre lo que necesito en la biblioteca del Ministerio.

—El Ministro y el Soberano han tomado partido por Jagang —declaró Kahlan—. Es posible que no nos permitan seguir utilizando la biblioteca.

—Lo haremos. De un modo u otro, lo haremos.

Richard los guió por una calle que discurría paralela a la avenida principal. La calle, después de dejar atrás la ciudad, dibujaba una curva para unirse a la carretera que conducía al Ministerio. Era en esa carretera, cerca de la finca, donde estaban estacionadas las tropas de D'Hara.

Richard reparó en que Kahlan miraba fijamente algo en la distancia. Siguió su mirada en medio de la lluvia y la oscuridad hasta topar con un cartel pequeño visible a la luz de una lámpara que surgía de una ventana situada más abajo.

El cartel ofrecía hierbas medicinales y los servicios de una partera.

Du Chaillu estaba enorme, y Richard supuso que debía de estar cerca del parto, tanto si deseaba que su hijo naciera en un mundo como ése como si no.

26

Había sido un día muy largo, y la última hora la habían pasado caminando penosamente bajo el aguacero torrencial hasta el campamento en el que estaban estacionadas el resto de las tropas d'haranianas. Más de la mitad habían sido enviadas a diferentes puntos de Anderith para supervisar la próxima votación. Du Chaillu se sentía mal y no podía cabalgar. Fue una caminata lamentable que acabó con las fuerzas de la chamán, si bien ella se negaba a admitirlo. Richard y Jiaan se turnaron para llevarla en brazos.

No obstante, Richard agradecía la lluvia por una razón: había enfriado la furia de la muchedumbre congregada en Fairfield y la había dispersado.

Normalmente Richard habría insistido en que Du Chaillu fuese directamente a su propia tienda, pero después de los acontecimientos de Fairfield entendía que Du Chaillu estuviera deprimida y que necesitara compañía más que descanso. Kahlan también lo entendió así, pues en lugar de ahuyentar a Du Chaillu de su tienda, como había tenido que hacer en más de una ocasión, le ofreció una galleta seca de tava para que la chupara y le asentara el estómago. Después la sentó en la manta acolchada que hacía las veces de cama y con una toalla le secó la cara y el pelo, mientras Jiaan iba a buscar ropa seca.

Richard se sentó frente a la mesilla plegable que utilizaba para escribir mensajes, órdenes y cartas dirigidas sobre todo al general Reibisch. Después de haber estado en la ciudad sentía la necesidad de escribir al general y ordenarle que se dirigiera a Anderith.

Fuera de la tienda una voz apagada pidió permiso para entrar. Cuando Richard se lo concedió, el capitán Meiffert levantó la pesada solapa y la sostuvo con un palo, de modo que se convirtiera en un tejadillo que alejara la lluvia de la entrada. Antes de entrar, el capitán se sacudió lo mejor que pudo bajo el tejadillo.

—Capitán —dijo Richard—, me gustaría felicitaros a vos y a vuestros hombres por los informes. Han sido tremendamente exactos sobre lo que ocurre en Fairfield. Los espíritus saben que me encantaría echaros un buen rapapolvo y despedir a los mensajeros por haberse equivocado o por haber adornado los hechos, pero no puedo. Eran totalmente correctos.

El capitán Meiffert no parecía muy complacido por no haberse equivocado. La situación no era para sentirse complacido. Con un dedo se apartó un mechón rubio de pelo mojado de la frente.

—Lord Rahl, creo que deberíamos llamar al ejército del general para que venga. La situación se vuelve cada día más delicada. He recibido un puñado de informes sobre guardias especiales anders que no se parecen en nada a los soldados del ejército regular de Anderith que hemos visto.

—Estoy de acuerdo con el capitán —dijo Kahlan hablando desde el suelo junto a Du Chaillu—. Tenemos que ir a la biblioteca a buscar algo que nos ayude contra los repiques. No tenemos tiempo para rebatir lo que se dice por ahí y ha puesto a la gente en nuestra contra.

—Está justo aquí —afirmó Richard.

—¿Cómo estás tan seguro? ¿Y si no? Además, como ya he dicho, el tiempo es un lujo que no nos podemos permitir. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

—La Madre Confesora tiene razón —insistió el capitán Meiffert.

—Tengo que creer que la verdad vencerá. De otro modo, ¿qué otra cosa podríamos hacer? ¿Mentir a la gente para que voten por nosotros?

—Parece que a quienes están contra nosotros les funciona —señaló Kahlan.

Richard se apartó el pelo húmedo de la frente.

—Mira, nada me gustaría más que llamar al general Reibisch y que viniera. De verdad. Pero no podemos hacerlo.

El capitán Meiffert se secó el agua de la barbilla. Había adivinado por qué Richard se mostraba reticente a llamar a Reibisch y tenía ya una réplica a punto.

—Lord Rahl, disponemos de suficientes hombres aquí. Podemos avisar al general y, antes de que aparezca, arrebatarse el Dominie Dirtch al ejército de Anderith para que nuestros hombres no corran peligro.

—He pensado mil veces en esa posibilidad, pero hay algo que me envía una señal de alarma.

—¿Qué es? —quiso saber Kahlan.

Richard, sentado en un pequeño taburete plegable, se volvió a medias a un lado para poder hablar con ella y con el capitán al mismo tiempo.

—No sabemos con seguridad cómo funciona el Dominie Dirtch.

—Pues le preguntaremos a algún anderiano —propuso Kahlan.

—No es un arma que utilicen. No podemos fiarnos de su pericia. Lo único que saben es que si alguien los ataca, sólo tienen que tañerlo, y el enemigo muere.

—Lord Rahl, una vez que todos los hombres regresen de supervisar el recuento de los votos, contaremos con un millar de soldados. Podemos tomar una amplia franja de Dominie Dirtch para que el general Reibisch pase con su ejército sin peligro. Luego, sus hombres pueden tomar el resto de Dominie Dirtch de la frontera, y la Orden Imperial no podrá cruzarla. Quizá incluso se acerque pensando que no hay peligro, y entonces tendríamos la oportunidad de usar el Dominie Dirtch contra ellos.

Richard hacía girar entre los dedos la vela colocada sobre la mesa mientras escuchaba. Continuó haciéndolo en el silencio que siguió.

—Veo un problema en lo que proponéis y es el que ya he dicho: no sabemos con seguridad cómo funciona.

—Sabemos lo principal —objetó Kahlan, que cada vez se sentía más frustrada.

—Pero el problema es que no sabemos lo suficiente. Para empezar no podemos tomar todos los Dominie Dirtch que protegen la frontera. Hay demasiados; recordad que la cubren por completo. Solamente podríamos tomar algunos como habéis sugerido vos, capitán.

»Y ahí radica el problema. ¿Recordáis lo que nos contaron los soldados de la frontera? ¿Recordáis a los que murieron cuando el Dominie Dirtch sonó?

—Sí, pero ignoramos por qué sonó —dijo Kahlan—. Además, ¿qué importancia tiene eso?

—Imaginaos que capturamos parte del Dominie Dirtch —replicó Richard mirando alternativamente a Kahlan y al capitán Meiffert— y avisamos al general Reibisch de que puede pasar con su ejército sin peligro. ¿Y si, cuando todos esos hombres están justo delante, los soldados anderianos de otro Dominie Dirtch tañen la campana?

—¿Y qué? Estarían demasiado lejos.

—¿Estás segura? —Richard se inclinó hacia ella para dar más énfasis a sus palabras—. ¿Y si de ese modo los hacen sonar todos? ¿Y si saben cómo conseguir que toda la línea de campanas suene?

»Recordad que nos dijeron que todos habían sonado y que todas las personas que en ese momento estaban delante murieron. Todos sonaron al unísono.

—Pero no sabían por qué. Los soldados no los tañeron.

—¿Cómo sabes que una sola persona en toda la frontera no hizo sonar su Dominie Dirtch y provocó que toda la línea sonara también? Tal vez fue un accidente y tiene demasiado miedo al castigo para admitirlo, o tal vez esos muchachos y muchachas estacionados en la frontera se aburrían mucho y simplemente quisieron probarlo.

»¿Y si ocurre lo mismo mientras nuestro ejército está delante de esas campanas mortales? ¿Te lo imaginas? El general Reibisch cuenta con casi cien mil hombres, que tal vez ahora sean más. ¿Te imaginas todo ese ejército aniquilado en un instante?

Richard miró de la cara calmada de Kahlan a la expresión de alarma del capitán Meiffert.

—Todo nuestro ejército en el sur muerto en un abrir y cerrar de ojos. Imaginadlo —insistió.

—Pero yo no creo que... —quiso objetar Kahlan.

—¿Vas a arriesgar las vidas de todos esos jóvenes por lo que crees? ¿Tan segura estás? Yo no sé si en realidad el Dominie Dirtch funciona de ese modo conjunto, pero ¿y si es así? Tal vez si se tañe uno con ira, suenan todos. ¿Puedes afirmar que me equivoco?

»Yo no pienso jugarme las vidas inocentes de esos valientes en una apuesta tan mortífera. ¿Y vosotros? ¿Sois un jugador, capitán? ¿Podrías apostar tan fácilmente las vidas de todos esos hombres?

El capitán Meiffert negó con la cabeza.

—Si se tratara sólo de mi vida, lord Rahl, la arriesgaría gustosamente, pero no arriesgaría la vida de tantos hombres.

El aguacero amainó, y el rugir de la lluvia se calmó un poco. Pasaban soldados por delante de la tienda que se ocupaban de alimentar a los caballos. En gran parte del campamento reinaba una oscuridad impenetrable, pues solamente se permitía encender fuego cuando era imprescindible.

—No tengo más remedio que mostrarme de acuerdo —dijo Kahlan, que levantó las manos y después las dejó caer en el regazo, frustrada—. Pero Jagang se acerca. Si no convencemos a los anderianos para que se opongan a él, Jagang conquistará Anderith. Detrás del Dominie Dirtch será invencible y podrá ir atacando lentamente la Tierra Central hasta conquistarla toda.

Richard escuchó cómo la lluvia golpeaba contra la cubierta superior de la tienda y salpicaba fuera de la solapa abierta. Por el sonido adivinó que durante toda esa noche caería una lluvia constante.

—Tal como yo lo veo —dijo al fin suavemente— sólo nos queda una opción: debemos volver a la biblioteca del Ministerio y tratar de encontrar algo útil.

—Aún no hemos encontrado nada —señaló Kahlan.

—Además, ahora que los que tienen el poder están en nuestra contra, es posible que os lo impidan —apuntó el capitán.

Richard apretó un puño y fijó la vista en los ojos azules del d'haraniano. Una vez más deseó llevar encima la *Espada de la Verdad*.

—Si tratan de impedirlo, capitán, vos y vuestros hombres deberéis hacer aquello para lo que os entrenáis sin descanso. Si se resisten y es preciso, mataremos a cualquiera que levante un dedo contra nosotros y después arrasaremos ese lugar. Aunque antes sacaremos los libros.

La cara del capitán reflejó el alivio que sentía. Los d'haranianos albergaban el temor de que Richard se resistía a actuar; Meiffert parecía aliviado de que sus temores fuesen infundados.

—Sí, lord Rahl. Los hombres estarán listos por la mañana, cuando vos lo estéis.

Las palabras de Kahlan en el sentido de que quizá no encontrarían nada de valor en la finca eran preocupantes. Richard recordó los libros de la biblioteca. Aunque no recordaba los detalles de la información, se acordaba bastante de las materias sobre las que trataban y sabía que encontrar la respuesta era una opción remota. No obstante, era su única posibilidad.

—Antes de irme —añadió el capitán Meiffert sacándose un papel del bolsillo—, he pensado que deberíais saber que bastante gente ha solicitado una audiencia cuando tengáis tiempo, lord Rahl. La mayoría de ellos son mercaderes que desean obtener información.

—Gracias, capitán, pero ahora no tengo tiempo.

—Lo comprendo, lord Rahl. Me he tomado la libertad de decirles eso mismo. Había una mujer —agregó rebuscando entre sus notas. Entornó los ojos a la tenue luz de las velas para descifrar el nombre— llamada Franca Gowenlock. Ha dicho que se trata de un asunto muy urgente, pero no ha querido

especificar. Ha estado aquí casi todo el día. Finalmente ha dicho que tenía que regresar a su casa, pero que volvería mañana.

—Si es importante, volverá, y entonces hablaré con ella.

Richard bajó la vista hacia Du Chaillu para comprobar cómo estaba. Parecía confortada por los cuidados de Kahlan.

De repente se armó un buen jaleo a su espalda. El capitán retrocedió precipitadamente con un grito, como si lo hubiera alcanzado una descarga mágica. La llama de la vela se agitó con furia por la intrusión de una ráfaga de viento, pero no se apagó.

Se oyó un golpetazo sordo. Richard giró sobre sus talones. La vela bamboleó encima del tablero de la mesa hasta llegar al borde. Un enorme cuervo se había estrellado contra la mesa.

Richard retrocedió, sorprendido, y desenvainó la espada al tiempo que se ponía en pie, deseando por enésima vez que fuese la *Espada de la Verdad* con su magia. También Kahlan y Du Chaillu se levantaron de un salto.

El cuervo llevaba algo negro en su gran pico. Con toda esa confusión generada por el viento, la vela a punto de volcarse, la llama que se agitaba, la mesa que se tambaleaba y las solapas de la tienda aleteando, no reconoció inmediatamente el objeto que el cuervo sostenía en el pico.

El pájaro lo dejó encima de la mesa. El agua formaba gotas sobre las plumas negras y brillantes del cuervo. Era como si la misma noche hubiese entrado en la tienda y se sintiera exhausta. Por cómo el pájaro yacía desparramado, pensó que estaba enfermo o herido.

Ignoraba si un animal poseído por los repiques podía herirse. Entonces recordó que el pollo que no era un pollo sangraba y vio una mancha de sangre en la mesa.

Cada vez que el pollo-repique estaba cerca, aunque él no lo viera, se le habían erizado los pelillos de la nuca, pero teniendo al supuesto cuervo-repique encima de la mesa no reaccionaba del mismo modo.

El pájaro ladeó la cabeza y miró a Richard a los ojos. Fue una mirada preñada de intención. Con el pico dio golpecitos en el centro del objeto que había depositado en la mesa.

Ése fue el momento elegido por el capitán Meiffert para entrar en acción y blandir su espada. Al mismo tiempo Richard levantó los brazos y gritó: «¡No!»

Mientras la espada descendía, el cuervo se arrojó de la mesa al suelo y corrió entre las piernas del capitán. Una vez que lo dejó atrás, alzó el vuelo y huyó.

—Lo siento —se disculpó el capitán—. Pensé... pensé que os estaba atacando con magia, lord Rahl. Pensé que era un ser de magia negra que pretendía atacaros.

Richard soltó lentamente el aire y disculpó al capitán con un gesto. Meiffert sólo trataba de protegerlo.

—No era nada malvado —dijo Du Chaillu dulcemente. Ella y Kahlan se acercaron a Richard.

El joven se dejó caer de nuevo en el taburete.

—No, no lo era —confirmó.

Kahlan y Du Chaillu se quedaron de pie detrás de él, mirando.

—¿Qué augurio te ha traído el mensajero de los espíritus? —preguntó la chamán.

—No creo que proceda del mundo de los espíritus —repuso Richard.

Era un objeto pequeño y plano. Richard lo cogió y en la penumbra se dio cuenta de pronto de lo que era. No daba crédito. Era idéntico al que la hermana Verna solía llevar. Se lo había visto usar en innumerables ocasiones.

—Es un libro de viaje —declaró abriendo la tapa.

—Eso tiene que ser d'haraniano culto —opinó Kahlan al ver la extraña escritura.

—Por todos los espíritus —musitó Richard al leer las únicas dos palabras escritas en la primera página.

—¿Qué es? ¿Qué dice? —preguntó Kahlan.

—*Fuer Berglendursch*. Tienes razón. Es d'haraniano culto.

—¿Sabes qué significa?

—«La Montaña». —Richard se volvió y alzó la mirada hacia ella en la titilante luz de la vela—. Era el apodo de Joseph Ander. Éste es el libro de viaje de Joseph Ander. El otro, el que fue destruido, su gemelo, se llamaba *El Gemelo de la Montaña*.

27

Dalton sonrió. Se hallaba de pie detrás de una mesa octogonal de madera negra de nogal muy poco común en el relicario de la Oficina de Concordia Cultural. En las paredes se exhibían objetos que habían pertenecido a Directores del pasado: togas, pequeñas herramientas, instrumentos de sus profesiones como plumas y secantes hermosamente trabajados, así como escritos. Dalton examinaba escritos más modernos: informes que había pedido a los Directores.

Si los Directores sentían algún tipo de ambivalencia, se la guardaban para sí. Públicamente apoyaban sin reservas al nuevo Soberano. Sabían perfectamente que su existencia dependía no sólo de su lealtad sino de su entusiasmo.

Mientras leía el guión de los discursos que iban a pronunciar, unos gritos que entraron por una ventana abierta que daba a la plaza lo molestaron. Sonaba como una turba furiosa. A juzgar por los bulliciosos gritos de aliento de la multitud, supuso que alguien lanzaba una diatriba contra lord Rahl y la Madre Confesora.

Siguiendo el ejemplo de personas tan notables como los Directores, la gente de la calle había empezado a difundir a voz en grito las ideas manipuladas que les habían inculcado. Aunque era lo esperado, a Dalton nunca dejaba de sorprenderle que bastara con repetir una cosa las veces suficientes a un cierto número de personas para que se convirtiera en una verdad popular que la gente corriente repetía como si fuera propia, olvidando de quién provenía, como si alguna vez esas estúpidas mentes de barro hubiesen tenido un solo pensamiento original.

Dalton soltó un resoplido de desprecio. Eran todos unos zopencos que se merecían el destino que corrían a abrazar. Pertenecían a la Orden Imperial o, al menos, pronto pertenecerían a ella.

Echó un vistazo por la ventana y vio una turba que entraba violentamente en la plaza. Las fuertes lluvias de la noche anterior se habían convertido en una suave llovizna, por lo que la gente volvía a salir a la calle. Pero ni la persistente lluvia que había caído toda la noche había conseguido limpiar las manchas negras en los adoquines de la plaza donde dos personas habían muerto quemadas.

Naturalmente, la muchedumbre achacaba la tragedia a la magia de lord Rahl, que había desatado su ira contra los anderianos. Dalton había dado instrucciones a su gente de que propagara implacablemente esa acusación, consciente de que la gravedad del cargo pesaría más que la falta de pruebas y también que la verdad.

Dalton ignoraba lo que había sucedido realmente, aunque sabía que ése no era el primero de ese tipo de incidentes, ni mucho menos. Fuese lo que fuese, había sido una tremenda desgracia, pero si tenía que pasar una calamidad no podía haber elegido mejor momento; había sido la guinda perfecta al discurso del Director Prevot.

El flamante Ministro de Cultura se preguntó si los fuegos estaban de alguna manera relacionados con el fallo de la magia que le había explicado Franca. A él se le escapaba cómo, pero era consciente de que Franca no se lo había explicado todo. En los últimos tiempos se comportaba de un modo muy extraño.

Al oír una llamada a la puerta se volvió. Rowley saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Qué hay?

—Ministro la... mujer ha llegado. La mujer que envía el emperador Jagang.

—¿Dónde está?

—En el pasillo. Está tomando té.

Dalton movió ligeramente la funda que le colgaba de la cadera. No era una mujer con la que se pudiera jugar, pues se decía que poseía más poder que ninguna. Jagang le había asegurado que ni siquiera Franca se le podía comparar, aunque, a diferencia de Franca, esa mujer aún conservaba su poder.

—Llévala a la finca y dale una de las mejores habitaciones. Si os causa... —De repente recordó la habilidad de Franca para oír conversaciones—. Si se queja de algo, complacedla. Es una invitada muy importante y debe ser tratada como tal.

—Sí, Ministro —repuso Rowley inclinando la cabeza.

Dalton reparó en que Rowley sonreía astutamente. También él sabía por qué esa mujer estaba allí y lo esperaba con ansia.

Por su parte, él sólo deseaba acabar con eso de una vez por todas. Sería complicado. Tendrían que esperar y elegir el momento propicio. No podían forzar las cosas o todo se iría a pique. Pero si lo manejaban bien, sería una hazaña, y Jagang les estaría más que agradecido.

—Aprecio vuestra generosidad —dijo una voz de mujer desde la puerta.

Dalton se volvió. Rowley se apartó. Era una mujer madura, y las canas le salpicaban el pelo. Llevaba un vestido sencillo y soso de un azul oscuro que la cubría del cuello a los pies. Parecía que tenía huesos recios.

Lo más sobresaliente era una sonrisa que apenas asomaba a los labios, pero que era evidente en sus ojos castaños. Era la sonrisa más desagradable que Dalton había visto en su vida, una sonrisa que proclamaba superioridad sin ningún reparo. Debido a las finas arrugas que se formaban en las comisuras de la boca y alrededor de los ojos, esa sonrisa de suficiencia parecía grabada en la cara de manera permanente. Un anillo de oro le atravesaba el labio inferior.

—¿Y vos sois? —preguntó Dalton.

—Hermana Penthea. Estoy aquí para utilizar mi talento al servicio de Su Excelencia, el emperador Jagang. —La mujer hablaba de manera fluida, aunque sus palabras estaban envueltas en una frialdad cristalina.

Dalton inclinó la cabeza.

—Ministro de Cultura, Dalton Campbell. Gracias por venir, hermana Penthea. Estamos muy agradecidos de que os dignéis a prestarnos una ayuda que es única.

La Hermana había sido enviada para poner su talento al servicio de Dalton Campbell, aunque a éste le pareció más prudente no insistir. Además, no necesitaba recordarle que era ella la que llevaba un anillo en el labio; era evidente para ambos.

Al oír nuevos gritos, Dalton volvió a echar un vistazo por la ventana. Pensaba que quizá los padres o la familia de las dos víctimas habían regresado para contemplar el escenario de las truculentas muertes de la noche anterior. Durante toda la mañana la gente había dejado flores y otras ofrendas donde las víctimas cayeron hasta formar lo que parecía una grotesca pila de desechos de jardín. En ese día gris de vez en cuando se oían lamentos angustiosos.

La hermana Penthea fue directa al grano.

—Necesito ver a los que realizarán la misión.

—Rowley, aquí presente, será uno de ellos.

Sin mediar palabra ni aviso, la Hermana propinó una bofetada en la frente de Rowley. A continuación extendió los dedos por la cabellera pelirroja del mensajero y le agarró la cabeza como quien coge una pera madura. Rowley puso los ojos en blanco, y todo su cuerpo comenzó a temblar.

La Hermana masculló unas palabras que Dalton no entendió. A medida que cada una de las palabras manaba de su boca, parecían echar raíces en Rowley. El joven agitaba los brazos cuando la Hermana acentuaba algunas palabras en especial.

Al tiempo que pronunciaba la última frase con una entonación creciente dio un fuerte empujón a la cabeza de Rowley. El joven se derrumbó como si los huesos se le hubieran disuelto.

Pero al momento se incorporó y sacudió la cabeza. Una sonrisa indicó a Dalton que estaba bien. El joven se levantó y se limpió con las manos los pantalones color marrón oscuro. No parecía distinto, aunque era mucho más letal.

—¿Y los otros? —inquirió la Hermana.

—Rowley os conducirá a ellos.

—En ese caso, os deseo un buen día, Ministro —se despidió la mujer acompañando las palabras con una ligera inclinación de cabeza—. Me encargaré de ello al instante. El emperador también desea que os transmita cuánto le complace poder seros de utilidad. Ya sea por la fuerza o por la magia el destino de la Madre Confesora está sellado.

La Hermana giró sobre sus talones y se marchó como un vendaval, seguida por Rowley. Dalton se alegró de perderla de vista.

Antes de poder empezar a revisar los informes en serio oyó nuevamente vítores. La imagen que vio al levantar la cabeza para mirar por la ventana era una que no esperaba. Una turba arrastraba a alguien hacia la plaza. Los congregados se apartaban para dejar paso y vitoreaban a los que entraban, algunos de los cuales cargaban con trozos de cajas, ramas y haces de paja.

Dalton se acercó a la ventana y se apoyó en el alféizar con ambas manos al tiempo que miraba hacia abajo. Era Serin Rajak en cabeza de unos pocos cientos de seguidores, todos vestidos con túnicas blancas.

Al ver a quién tenían, a quién arrastraban a la plaza y quién gritaba, Dalton dio un respingo.

Con el corazón martilleándole de terror miró fijamente la escena, preguntándose qué podía hacer él. Contaba con guardias, verdaderos guardias y no soldados del ejército de Anderith, pero sumaban apenas dos docenas. Aunque iban bien armados, no tendrían ninguna posibilidad contra la muchedumbre de la plaza. Dalton no era tan estúpido para enfrentarse a una multitud decidida a cometer un acto violento. Lo único que conseguiría sería que esa violencia se volviera contra él. Pese a lo que sentía, Dalton no se atrevía a oponerse al gentío.

Entre los hombres que rodeaban a Serin Rajak, mezclado entre sus seguidores, Dalton vio a un hombre con uniforme oscuro: Stein. Con un escalofrío de terror se dio cuenta de por qué Stein estaba allí y lo que quería.

Se apartó de la ventana. La violencia no le era ajena, pero eso era una atrocidad. Finalmente corrió hacia el pasillo, en el que sus pasos resonaron, descendió la escalera y recorrió otro pasillo. No sabía qué haría, pero si había algo que...

Al llegar a la entrada situada detrás de columnas de piedra estriadas, en lo más alto de la escalinata, se detuvo y oculto en las sombras evaluó la situación.

Fuera, en el descansillo que interrumpía la escalinata, los guardias patrullaban para impedir que la gente intentara irrumpir en la Oficina de Concordia Cultural. Era un gesto simbólico, pues el gentío era tal que podrían superar fácilmente a los guardias. Dalton no se atrevía a dar a una muchedumbre tan encolerizada una razón para convertirse en el blanco de su ira.

Una mujer que llevaba a un niño de la mano se abrió paso entre la muchedumbre para ponerse en cabeza.

—Soy Nora —proclamaba—. Éste es mi hijo, Bruce. ¡Él es todo lo que me queda por culpa de las brujas! ¡Mi marido, Julian, murió ahogado por la maldición que le echó una bruja! ¡Mi hermosa hija, Bethany, se quemó viva por el hechizo de una bruja!

El niño, Bruce, no dejaba de farfullar que era cierto y lloraba por su padre y su hermana. Serin Rajak levantó el brazo de la mujer.

—¡He aquí a una víctima de la brujería del Custodio! —Señaló a una mujer que gemía—. ¡Y he aquí otra! ¡Muchos de vosotros habéis sido las víctimas de maldiciones y maleficios de las brujas! ¡Las brujas usan el mal del Custodio del inframundo!

Cuando se congregaba una multitud furiosa como ésa, Dalton sabía que la cosa no podía acabar bien, pero no se le ocurría nada para detenerlo.

Después de todo ésa era la razón por la que había liberado a Serin Rajak: para que enardeciera a la gente contra la magia. Dalton necesitaba que el pueblo se levantara en contra de quienes poseían magia y que los vieran como el mal. ¿Quién mejor que un fanático para fomentar el odio?

—¡Y aquí está la bruja! —Serin Rajak señaló a la mujer que tenía las manos atadas a la espalda, la mujer que Stein sujetaba por el cabello—. ¡Es la herramienta de la maldad del Custodio! ¡Es una bruja que lanza hechizos para haceros daño a todos!

La muchedumbre gritaba y exigía venganza a voz en cuello.

—¿Qué debemos hacer con esta bruja? —gritó Rajak.

—¡Quemarla! ¡Quemarla! ¡Quemarla! —cantó la multitud.

Serin Rajak levantó bruscamente los brazos hacia el cielo.

—¡Querido Creador, te encomendamos el cuidado de esta mujer en las llamas! ¡Si es inocente, que no sufra daño alguno! ¡Pero si es culpable del crimen de brujería, que arda!

Mientras los seguidores de Rajak plantaban un poste, Stein puso a su cautiva boca abajo en el suelo, le alzó la cabeza tirándole del pelo y con la otra mano sacó su cuchillo.

Con ojos desorbitados, incapaz de parpadear ni de respirar, Dalton vio cómo Stein rajaba la parte superior de la frente de Franca de una oreja a la otra. El grito de la mujer cuando Stein le arrancó el cuero cabelludo desgarró a Dalton por dentro.

Si por las mejillas de Dalton caían las lágrimas, por la cara de Franca resbalaba sangre. Mientras ella chillaba de terror y era presa de un dolor inconmensurable, los seguidores de Stein la alzaron y la ataron al palo. Los blancos de sus ojos destacaban en la máscara de sangre en la que se había convertido su cara.

Franca no se declaró inocente ni suplicó por su vida. Simplemente gritaba, como si el horror la hubiese paralizado.

A su alrededor se formó una pila de paja y ramas. El gentío empujaba hacia adelante; todos querían estar cerca para no perderse detalle. Algunos incluso se adelantaban y cogían al vuelo gotas de la sangre que manaba de la cara de Franca para tener un recuerdo de la sangre de una bruja en sus dedos, para poner a prueba su propio poder antes de que ella fuese enviada al Custodio.

Dalton bajó parte de la escalinata. Se tambaleaba. Era como si el horror lo arrastrara.

Hombres provistos de antorchas se abrieron paso a codazos entre la enardecida multitud. Serin Rajak, fuera de sí de furia, trepó por la pila de ramas y paja a los pies de Franca para gritarle a la cara, lanzarle todos los insultos que se le ocurrieron y acusarla de todo tipo de crímenes monstruosos.

Dalton sabía que todo eso era falso, que Franca no era nada de lo que decía Rajak, pero él nada podía hacer.

Justo entonces sucedió algo extraordinario. Un cuervo bajó en picado del cielo gris y clavó sus garras con ira en el pelo de Serin Rajak.

Rajak gritó que era el familiar de la bruja llegado para proteger a su ama. La multitud respondió arrojando cosas al pájaro mientras que al mismo tiempo Rajak trataba de quitárselo de encima. El cuervo aleteaba y graznaba, pero permanecía agarrado al pelo del hombre.

Con una determinación tan aterradora que hizo pensar a Dalton que tal vez sí era el familiar de la bruja, el cuervo negro como la noche comenzó a picotear el único ojo de Serin Rajak con la intención de arrancárselo.

Serin Rajak gritó de dolor y rabia, y cayó de la pila que rodeaba a Franca. Inmediatamente la multitud arrojó las antorchas.

Cuando las llamas prendieron en la paja seca y también en su cuerpo, la pobre Franca emitió un lamento que Dalton jamás había escuchado antes. Incluso donde estaba le llegaba el olor a carne quemada.

Entonces, aterrorizada, presa de un dolor atroz mientras se quemaba viva, Franca volvió la cabeza y vio a Dalton de pie en la escalinata.

La mujer gritó su nombre. El rugido de la muchedumbre le impidió oírlo, pero lo leyó en sus labios.

Franca volvió a gritar su nombre así como que lo amaba. Cuando Dalton leyó esas palabras en los labios de la mujer, sintió cómo el corazón se le rompía en pedazos.

Las llamas ampollaron la carne de Franca hasta que el grito que le salía con toda fuerza de los pulmones sonó como el chillido agudo de las almas perdidas en el mundo de los muertos.

Dalton asistía a la escena como petrificado. De repente se dio cuenta de que se sostenía la cabeza con las manos y que también él gritaba.

El gentío se lanzó en tropel hacia adelante. Todos querían oler la carne quemada y ver cómo la piel de la bruja se abrasaba. Parecían haberse vuelto locos de entusiasmo, y sus ojos así lo delataban. Los de atrás empujaban adelante, de modo que las personas situadas en primera fila quedaron tan cerca de la hoguera que el fuego les quemó las cejas. Pero ni siquiera eso les importó; sólo veían a la bruja que se quemaba y gritaba.

En el suelo, el cuervo picoteaba salvajemente a un Serin Rajak ciego y casi olvidado por todos. El hombre agitaba los brazos para tratar de ahuyentar el pájaro vengativo. Pero el cuervo saltaba entre los brazos del hombre y con su gran pico agarraba pedazos de carne del rostro, los retorció y finalmente los arrancaba.

La muchedumbre comenzó de nuevo a arrojar contra el cuervo todo lo que tenía a mano. Finalmente el pájaro pareció que perdía fuerza y aleteó con impotencia mientras todo tipo de cosas volaban hacia él, desde zapatos a ramas encendidas.

Por razones que no comprendía, Dalton, que lloraba, comenzó a animar al pájaro, aunque sabía que éste no tenía ninguna posibilidad y que iba a morir.

Justo cuando el valiente cuervo vengador parecía perdido, un caballo sin jinete entró al galope en la plaza. En vista de que el gentío le impedía el paso, se encabritó salvajemente y apartó a la gente a coces. Giraba sin dejar de propinar coces, hiriendo a la gente, rompiendo huesos, partiendo cabezas. La gente trataba de apartarse del caballo zaino dorado que, con las orejas echadas hacia atrás y resoplando furiosamente, cargaba hacia el centro de la muchedumbre. La gente, aterrada, quería apartarse, pero la presión de quienes tenían detrás se lo impedía.

El caballo, que parecía haberse vuelto loco de furia, pisoteaba a cualquiera que se interpusiera en su camino hacia el centro de la plaza. Dalton jamás había oído que un caballo corriera hacia el fuego.

Al llegar al centro del tumulto, el cuervo hizo un último esfuerzo desesperado, agitó sus grandes alas negras y saltó al lomo del caballo. Cuando el caballo dio media vuelta, Dalton pensó por un momento que había dos pájaros negros, pero se dio cuenta de que el segundo no era más que una mancha oscura en la grupa del animal.

El cuervo se aferró a las crines del caballo justo por encima de la cruz. El caballo se empinó una vez más y cuando sus cascos tocaron el suelo salió disparado a toda velocidad. Quienes podían saltaban para apartarse de su camino, y los demás acabaron bajo los cascos de la bestia enfurecida.

Solo en la escalinata, Dalton dio gracias de que por fin los gritos de Franca cesaran y saludó a la yegua zaina y al cuervo vengador mientras huían del centro de la ciudad a galope tendido.

28

Biata entrecerró los ojos para observar mejor la llanura a la luz del alba. Era bueno saber que el sol brillaría una vez que llegara al horizonte. Estaban todos cansados de la lluvia de los últimos días. Pero ese amanecer sólo veía unas pocas nubes de color púrpura oscuro, semejantes a los garabatos de un niño hechos con carbón vegetal, en el cielo dorado del este. Desde lo alto de la base de piedra del Dominie Dirtch, bajo la inmensa extensión de cielo sobre su cabeza, tenía la impresión de que las vastas llanuras de la Tierra Salvaje no tenían fin.

Estelle Ruffin había hecho bien en llamarla para que subiera al Dominie Dirtch. El jinete iba directamente hacia ellos a todo galope. Aunque aún estaba lejos, por cómo azuzaba el caballo no parecía que fuese a detenerse. Biata esperó hasta que se acercó un poco más, entonces hizo bocina con las manos y gritó:

—¡Alto! ¡Quédate donde estás!

El jinete continuó avanzando. Seguramente aún estaba demasiado lejos para oírla. Las llanuras engañaban; a veces un jinete tardaba más en llegar de lo que parecía.

—¿Qué hacemos? —preguntó Estelle. No había sucedido nunca que un jinete se acercara a tal velocidad sin intenciones de detenerse.

Aunque le había costado lo suyo, finalmente Biata se había acostumbrado a que los anders confiaran en ella y le pidieran instrucciones. No sólo se había acostumbrado a ejercer su autoridad, sino que le encantaba.

Era irónico. Bertrand Chanboor había elaborado las leyes que habían permitido a Biata enrolarse en el ejército y mandar a anders, y Bertrand Chanboor la había obligado a acogerse a tales leyes. Lo odiaba, aunque al mismo tiempo debía admitir que había sido, involuntariamente, su benefactor. Después de ser nombrado Soberano, Biata se esforzaba, tal como era su deber, por sentir únicamente amor hacia él, pero le resultaba muy difícil.

Justo la noche anterior el capitán Tolbert se había presentado con algunos soldados d'haranianos. Recorrían todos los puestos a lo largo del Dominie Dirtch para recoger los votos de los soldados. Todos habían hablado sobre ello y, aunque Biata no vio sus votos, sabía que todo su escuadrón había votado en contra de lord Rahl.

Pero, después de haberlo conocido en persona y haber hablado con él, Biata estaba convencida de que era un buen hombre. Y la Madre Confesora también le había parecido mucho más amable de lo que esperaba. No obstante, tanto Biata como su escuadrón se sentían orgullosos de formar parte del ejército de Anderith, según el capitán Tolbert el mejor ejército del mundo, un ejército invicto desde su creación y que en esos momentos era absolutamente invencible.

Biata tenía una responsabilidad. Era un soldado que infundía respeto, tal como afirmaba la ley de Bertrand Chanboor, y no quería que nada cambiara.

Aunque sabía que votaba por Bertrand Chanboor, su nuevo Soberano, y contra lord Rahl, Biata había marcado orgullosamente una equis.

Emmeline tenía una mano en el ariete, y Karl se mantenía asimismo cerca anticipándose a las órdenes de Biata. Pero la sargento Biata les indicó con gestos que se apartaran.

—Es un jinete solo —les dijo con voz tranquila de autoridad que tuvo el efecto de calmarlos.

Estelle soltó un suspiro de frustración.

—Pero sargento...

—Somos soldados bien entrenados. Un solo hombre no es ninguna amenaza. Sabemos luchar. Nos han entrenado para el combate.

Karl movió ligeramente la espada que le pendía del cinto. Se sentía ansioso por ejercer la responsabilidad de entrar por fin en combate. Biata hizo chasquear los dedos y señaló la escalera.

—Karl, baja. Busca a Norris y Annette, y reuníos los tres conmigo abajo, en primera línea. Emmeline, tú quédate aquí arriba con Estelle, pero no os acerquéis al ariete. No quiero que toquéis el Dominie Dirtch solamente porque un jinete solitario se acerca. Nosotros nos ocuparemos. Quedaos en vuestros puestos y estad alerta.

Ambas mujeres saludaron al modo militar. Karl las imitó someramente antes de bajar corriendo la escalera. Jadeaba ante la perspectiva de tener acción real. Biata se ajustó la espada a la cadera y bajó la escalera con la actitud digna que correspondía a su rango.

Una vez abajo, se colocó junto a la enorme arma de piedra justo en la línea, que era como la llamaban: más allá, el Dominie Dirtch mataba. Con las manos enlazadas a la espalda esperó a que Karl, Norris y Annette se reunieran con ella. Annette corría mientras acababa de ponerse la cota de malla.

Finalmente Biata entendió lo que gritaba el jinete que avanzaba hacia ellos a toda velocidad. Gritaba que no hicieran sonar el Dominie Dirtch.

A Biata le pareció que reconocía esa voz.

—¿Sargento? —preguntó Karl con una mano posada en la empuñadura de la espada.

Respondiendo al gesto afirmativo de Biata, los dos hombres y la mujer desenvainaron sus armas. Era la primera vez que lo hacían para enfrentarse a una posible amenaza. Era una situación muy emocionante, y los tres se mostraban encantados.

—¡Alto! —gritó de nuevo Biata haciendo bocina con las manos.

Esa vez el jinete la oyó. Tiró de las riendas hacia atrás. El sudoroso caballo se detuvo torpemente, tambaleándose, a poca distancia.

Biata se quedó con la boca abierta.

—¡Fitch!

El muchacho sonrió.

—¡Biata! ¿Eres tú?

Desmontó y caminó con el caballo hacia ella. El animal estaba en un estado lamentable, y Fitch no parecía estar mucho mejor. No obstante, caminaba con arrogancia.

—Fitch, ven aquí —gruñó Biata.

Decepcionados al comprobar que Biata conocía al hombre y que no parecía probable que tuvieran que usar las espadas, Karl, Norris y Annette volvieron a envainar las armas. Todos se quedaron mirando descaradamente la espada que portaba Fitch.

Se sostenía con un tahalí que llevaba por encima del hombro derecho, el opuesto a la espada y la vaina, que pendían de la cadera izquierda. De ese modo se equilibraba el peso. La piel del tahalí había sido primorosamente trabajada y parecía antigua. Biata sabía de artículos de piel y nunca había visto nada tan hermoso. La funda se adornaba simplemente con oro y plata trabajados de un modo incomparable.

La espada en sí también era extraordinaria, al menos lo poco que se veía. Tenía una cruz brillante que dibujaba una curva descendente. La empuñadura parecía estar envuelta en alambre de plata con una pizca de oro, y relucía a la luz de la mañana.

Fitch le sonrió sacando pecho.

—Me alegro de verte, Biata. Y me alegro de que hayas obtenido el trabajo que tanto deseabas. Supongo que, a fin de cuentas, ambos hemos hecho realidad nuestro sueño.

Biata sabía que ella se había ganado el suyo, pero de él lo dudaba pues conocía a Fitch desde hacía mucho tiempo.

—¿Fitch, qué estás haciendo aquí y con esa arma?

—Es mía —afirmó Fitch con orgullo—. Ya te dije que un día sería el Buscador, y ahora lo soy. Ésta es la *Espada de la Verdad*.

Biata se la quedó mirando fijamente. Fitch la giró un poco para que ella viera la empuñadura con el hilo de oro que formaba una palabra. Era la misma que Fitch había dibujado en el suelo un día en la finca del Ministro. Biata la recordaba: VERDAD.

—¿Los magos te la dieron? —preguntó ella incrédulamente—. ¿Los magos te han nombrado Buscador de la Verdad?

—Bueno... —Fitch echó una mirada por encima del hombro hacia la Tierra Salvaje—. Es una historia muy larga, Biata.

—Sargento Biata —lo corrigió ella. No estaba dispuesta a que alguien como Fitch la minusvalorara. Fitch se encogió de hombros.

—Sargento. Es fantástico, Biata. —Miró nuevamente por encima del hombro—. Esto... ¿podemos hablar? —Miró con recelo a todos los presentes, que no se perdían ni media palabra—. A solas.

—Fitch, no...

—Por favor.

Fitch parecía preocupado. Biata nunca lo había visto de esa manera. Detrás de su actitud de gallito era obvio que se sentía angustiado.

Así pues, lo agarró por el cuello de la mugrienta chaqueta de mensajero y lo apartó a rastras de los demás. Todos los ojos los siguieron. Biata no podía culparlos; era lo más interesante que les había ocurrido desde que la Madre Confesora y lord Rahl pasaron por allí.

—¿Qué estás haciendo con esa espada? No es tuya.

El rostro de Fitch adoptó la familiar expresión de súplica que Biata conocía tan bien.

—Biata, tuve que llevármela. Era preciso que...

—¿La robaste? ¿Robaste la *Espada de la Verdad*?

—Tuve que hacerlo. Tú no...

—Fitch, eres un ladrón. Debería arrestarte y...

—Bueno, por mí adelante. Así demostraré que los cargos son falsos.

—¿Qué cargos? —inquirió ella extrañada.

—Que te violé.

Biata se quedó atónita e incapaz de articular palabra.

—Me acusaron a mí de lo que el Ministro y Stein te hicieron. Necesito la *Espada de la Verdad* para demostrar la verdad, para demostrar que yo no lo hice, sino que fue el Ministro y que...

—Ahora es el Soberano.

Fitch se deshinchó.

—En ese caso, ni siquiera la *Espada de la Verdad* me ayudará. El Soberano. ¡Vaya lío!

—Ya lo puedes decir.

Fitch pareció recuperar la energía y la cogió por los hombros.

—Biata, tienes que ayudarme. Hay una loca que me persigue. Usa el Dominie Dirtch. Detenla. No la dejes pasar.

—¿Por qué? ¿Fue a ella a quien le robaste la espada?

—Biata, tú no entiendes que...

—¿Tú robaste la espada, y soy yo la que no entiende? Lo que entiendo es que eres un mentiroso.

Fitch se hundió.

—Biata, esa mujer asesinó a Morley.

Biata puso unos ojos como platos. Sabía que Morley era muy fornido.

—¿Quieres decir que tiene magia o algo así?

—Magia. Sí. Tiene que ser eso. Tiene poderes mágicos. Biata, está loca. Mató a Morley...

—¿Ah sí? ¿Es una asesina demente por haber matado a un ladrón? Fitch, eres un haken despreciable. Eso es lo que eres: un haken despreciable que ha robado una espada que no le pertenecía y que nunca podría ganar por méritos propios.

—Biata, te lo suplico, va a matarme. Por favor, no la dejes pasar.

—Se acercan jinetes —anunció Estelle desde lo alto de la base.

Fitch a punto estuvo de saltar fuera de su piel. Biata alzó la vista hacia Estelle y vio que no señalaba hacia la llanura sino hacia atrás.

—¿Quiénes son? —le preguntó.

—Aún no puedo verlo, sargento.

—Fitch, tienes que devolver la espada. Cuando llegue la mujer, tendrás que...

—Un jinete se acerca, sargento —gritó Emmeline señalando hacia la llanura.

—¿Qué aspecto tiene? —quiso saber Fitch. Estaba tan frenético como un gato con la cola en llamas. Emmeline miró hacia la llanura durante un minuto.

—No lo sé. Está demasiado lejos.

—Rojo. ¿Te parece que va vestida de rojo?

Emmeline escrutó la llanura otro minuto.

—Pelo rubio, vestida de rojo.

—¡Que pase! —ordenó Biata.

—Sí, sargento.

Fitch alzó los brazos. De repente parecía aterrado.

—Biata, ¿qué estás haciendo? ¿Quieres que me mate? ¡Está loca! Esa mujer es un monstruo, es...

—Hablaremos con ella. No te preocupes, no permitiré que haga daño al niño. Averiguaremos lo que quiere y nos ocuparemos de ello.

Fitch la miró dolido. A Biata no le disgustó. Después de todo, les estaba causando muchos problemas y había robado un objeto tan valioso como la *Espada de la Verdad*. Un objeto mágico. Por si eso fuera poco, había sido tan estúpido como para involucrar a su amigo Morley en un robo y había conseguido que lo mataran.

Y pensar que en el pasado creyó que podría enamorarse de Fitch...

—Biata, lo siento —se disculpó Fitch con la cabeza gacha—. Yo sólo quería que estuvieras orgullosa de...

—Robar no es algo de lo que sentirse orgulloso, Fitch.

—Tú no lo entiendes —masculló al borde de las lágrimas—. No lo entiendes.

Biata oyó un extraño alboroto en el siguiente Dominie Dirtch. Gritos y cosas por el estilo, pero ninguna alarma. Al volverse a mirar vio a los tres guardias especiales anders montados a caballo que Estelle había divisado. Se preguntó qué querían.

El ruido de otro caballo al galope que se acercaba a ellos la hizo volverse.

—Ahora estate callado y deja que yo hable —ordenó a Fitch clavándole un dedo en el pecho.

Fitch no replicó, sino que se quedó con la mirada clavada en el suelo. Biata vio que el caballo pasaba a galope tendido junto a la base de piedra. Efectivamente iba vestida de rojo. Biata nunca había visto nada parecido; era como un conjunto de cuero rojo que la cubría de la cabeza a los pies. Una larga trenza rubia ondeaba a su espalda.

Se puso en guardia. Nunca había visto una expresión de determinación como la que exhibía la mujer.

La desconocida ni siquiera se molestó en detener el caballo, sino que simplemente se tiró de él. Biata apartó a Fitch de un empujón. La mujer rodó dos veces sobre sí misma antes de levantarse.

—¡Espera! —gritó Biata—. ¡Le he dicho que arreglaríamos esto contigo y que te devolvería lo que es tuyo!

Biata descubrió, desconcertada, que la mujer sostenía una botella negra por el cuello. Eso de tirarse de un caballo con una botella... Tal vez Fitch tenía razón y estaba loca. No tenía el aspecto de una loca, pero parecía decidida a llevar ese asunto hasta el otro mundo si era preciso.

La desconocida tenía los ojos azules clavados en Fitch e hizo caso omiso de Biata.

—Si me la devuelves ahora no te mataré. Sólo haré que lamentos haber nacido.

En lugar de devolverle la espada, Fitch la desenvainó. Al salir de la funda emitió un sonido metálico que Biata nunca había oído antes, aunque estaba acostumbrada al sonido de las espadas.

Fitch puso una cara rara. Abría mucho los ojos como si estuviera a punto de desmayarse o algo parecido. Tenía una mirada realmente extraña; sus ojos despedían una luz brillante que puso a Biata la carne de gallina. Era como si estuviera experimentando algún tipo de visión interior sobrecogedora.

La desconocida sostenía la botella en una mano a modo de arma. Con la otra mano provocaba a Fitch para que se acercara a ella y atacara.

Biata se interpuso para contener a la mujer hasta hablar del asunto. De lo siguiente que fue consciente fue de que estaba sentada en el suelo y que la cara le dolía horrores.

—Tú no te metas —le advirtió la desconocida con una voz que sonaba como el hielo—. No hay ninguna necesidad de que salgas malparada. Hazte un favor y no te metas.

»Vamos, chico —dijo mirando a Fitch—. Devuélvemela o ataca.

Fitch decidió atacar y blandió la espada. Biata pudo oír la punta que silbaba en el aire.

La desconocida retrocedió un paso grácilmente y al mismo tiempo impulsó la botella negra hacia adelante. La espada la rompió en miles de fragmentos que llenaron el aire como una nube de tormenta.

—¡Ja! —gritó la mujer triunfalmente, y sonrió de una manera siniestra—. Ahora cogeré la espada.

Con un giro de muñeca asió una barra roja de cuero que le colgaba de una cadena de oro en la muñeca. Al principio se mostraba expectante y rebosante de alegría, pero esa expresión se tornó en confusión y después en estupefacción, mientras miraba fijamente el objeto que sostenía en la mano.

—Tendría que funcionar. Tendría que funcionar —mascullaba para sí.

Al levantar la vista vio algo que la devolvió bruscamente a la realidad. Biata miró en la misma dirección, pero no vio nada extraño. La desconocida agarró a Biata por el hombro y la levantó bruscamente.

—Saca a tu gente de aquí. ¡Sácala ahora mismo!

—¿Qué? Fitch tiene razón: estás...

—¡Míralo tú misma, estúpida! —exclamó la mujer señalando.

Los guardias especiales anders se aproximaban charlando tranquilamente entre ellos.

—Son nuestros hombres. No tenemos nada que temer de...

—Saca a tu gente de aquí ahora mismo o todos moriréis.

Biata lanzó un resoplido. No le gustaba ni pizca que una loca la tratara como a una niña y le diera órdenes. Llamó a la cabo Marie Fauvel, situada a unos sesenta metros de distancia, y que se disponía a comprobar a qué se debía todo ese alboroto.

—¡Cabo Fauvel!

—¿Sí, sargento? —respondió la ander.

—Que esos hombres esperen hasta que hayamos resuelto esto. —Biata puso las manos en jarras y se volvió hacia la mujer de rojo—. ¿Contenta?

La mujer apretó los dientes y volvió a agarrar a Biata por el hombro.

—¡Pequeña estúpida! ¡Fuera de aquí tú y los otros niños antes de que os maten!

Biata empezaba a enfadarse.

—Soy una oficial del ejército de Anderith, y esos hombres... —La muchacha se volvió para señalar.

Marie Fauvel se detuvo delante de los hombres, alzó una mano y les dijo que tendrían que esperar.

Uno de los tres desenvainó la espada bruscamente y la blandió con una potencia aterradora como si nada. Se oyó un sonido escalofriante cuando la espada golpeó hueso. El acero cortó a Marie por la mitad.

Biata se quedó pasmada. No daba crédito a lo que veía. Mientras trabajaba para el carnicero había visto tantas matanzas que ya apenas le afectaban. Y había limpiado las entrañas de tantos animales distintos que ver entrañas le parecía de lo más normal. Las entrañas no la horrorizaban en lo más mínimo.

De algún modo, ver a Marie en el suelo, con las entrañas derramándose de la mitad superior del cuerpo se le antojaba sólo una curiosidad. Eran las entrañas de un animal, como las de tantos otros, pero ése era un animal humano.

Marie Fauvel, separada de las caderas y las piernas, dio un respingo y se aferró a la hierba. Con los ojos muy abiertos trataba de comprender lo que acababa de sucederle a su cuerpo.

Era algo tan sobrecogedoramente horrible que Biata no podía apartar los ojos.

Marie tiraba de la hierba intentando alejarse de los hombres y acercarse a Biata. Sus labios se movieron, pero no pronunció ninguna palabra; sólo sonidos graves y guturales. Sus dedos perdieron fuerza. Finalmente se derrumbó y se agitó como una oveja recién sacrificada.

Desde lo alto del Dominie Dirtch Estelle y Emmeline gritaron. Biata desenvainó la espada y la sostuvo en alto para que todos la vieran.

—¡Soldados! ¡Al ataque!

Los guardias anders continuaron aproximándose. Sonreían.

Entonces el mundo se convirtió en una locura.

29

Norris arremetió, tal como les habían enseñado, contra las piernas de uno de los hombres. Éste lo rechazó de un puntapié en la cara. Norris retrocedió, tapándose la cara con las manos. Entre los dedos le corría la sangre. El hombre recogió la espada que Norris había dejado caer, le atravesó el vientre y clavó la punta del acero en el suelo, tras lo cual lo dejó retorciéndose en su agonía, gritando y cortándose los dedos contra la afilada hoja.

Karl y Bryce atacaban con espadas desenvainadas. Mientras, Carine salió en tromba de los barracones con una lanza, seguida de cerca por Annette, con otra.

Biata sintió una oleada de confianza. Iban a rodear a esos hombres. Sus soldados habían sido entrenados para el combate; podrían con esos tres hombres.

—¡Sargento! —gritó la mujer de rojo—. ¡Vuelve!

Aunque estaba aterrorizada, a Biata le irritaba esa mujer que, obviamente, no tenía ni idea de lo que era luchar. Además, sentía vergüenza ajena por su cobardía. Biata y su escuadrón plantarían cara y lucharían para proteger a esa despreciable mujer de rojo que temía enfrentarse a tan sólo tres enemigos.

También Fitch atacaba con su valiosa espada presta. Biata se enorgulleció al verlo.

Mientras todos ellos se lanzaban al ataque, de los tres guardias especiales sólo uno, el que había matado a Marie, había desenvainado. Los otros dos seguían con las espadas en su funda. Biata se enfureció al comprobar que no se tomaban en serio a su escuadrón.

Ella era la que más acostumbrada estaba de todo el grupo a cortar carne, por lo que arremetió llena de confianza contra un guardia. El hombre la eludió sin ningún esfuerzo y sin que Biata pudiera explicarse cómo lo había logrado.

De repente se dio cuenta de que eso era muy distinto a dar estocadas a hombres de paja o a reses colgadas de ganchos.

Mientras que la espada de Biata solamente hendía el aire, Annette se acercó al guardia por detrás para propinarle una estocada en la pierna. El hombre también eludió a Annette, pero la agarró por la cabellera pelirroja, sacó un cuchillo y mirando a Biata a los ojos mientras le sonreía con perversidad lenta, muy lentamente, le rebanó el pescuezo como si estuviera matando un cerdo.

Otro de los guardias cogió la lanza que enarbolaba Carine, la partió en dos con una mano y le clavó el extremo con la púa en el vientre.

Karl dirigió un cortapiés contra el hombre al que Biata había intentado alcanzar, tratando de cortar el tendón de la corva. Pero el hombre se defendió dándole un puntapié en la cara. Inmediatamente blandió la espada hacia abajo, pero Biata saltó adelante y paró el golpe.

La espada del guardia chocó con la suya con tanta fuerza que se oyó el resonar del acero. A Biata se le cayó la espada de las manos. Le dolían tanto las manos que no sentía los dedos y no podía doblarlos. Se dio cuenta de que estaba de rodillas.

El hombre atacó de nuevo a Karl. El muchacho levantó las manos para protegerse la cara. La espada le cercenó ambas manos por la mitad de la palma antes de cortar en dos la cara hasta la barbilla.

A continuación, el hombre se volvió hacia Biata. Su espada manchada de sangre apuntaba a su cara. Biata la vio venir, pero no podía hacer otra cosa que gritar.

Una mano le agarró el pelo violentamente y tiró de ella hacia atrás. La punta de la espada pasó silbando a escasos centímetros de su rostro y se estrelló en el suelo entre sus piernas. La mujer de rojo acababa de salvarle la vida.

Algo llamó la atención del hombre. Se volvió a mirar. Biata también miró y vio unos jinetes que se aproximaban. Eran muchos; tal vez un centenar. Más guardias especiales anders como esos tres.

La mujer vestida de rojo apartó a Bryce, evitando así por los pelos que lo mataran. Pero tan pronto como la mujer fue a hacer otra cosa, Bryce se lanzó de nuevo contra el enemigo desoyendo las órdenes de Biata. La joven vio una espada con la hoja roja que emergía de la espalda de Bryce, en el centro, y lo levantaba del suelo.

El hombretón que había cortado en dos a Karl volvió a fijarse en Biata. La muchacha trató de huir corriendo hacia atrás, pero el hombre avanzaba dando zancadas y era más rápido. Biata sabía que estaba perdida.

La espada comenzó a bajar hacia ella. Biata seguía sin saber qué hacer. Comenzó una oración que sabía que no podría acabar.

Fitch se plantó de un salto delante de ella y con su espada paró el golpe mortal. La hoja enemiga se hizo añicos contra el arma de Fitch. Biata parpadeó, sorprendida de seguir viva.

Fitch arremetió con furia contra el hombre, pero éste esquivó la espada que Fitch dirigía contra su cintura arqueando la espalda.

Con fría eficacia, mientras la espada pasaba rozándolo, el hombre empuñó con toda tranquilidad una maza con pinchos que le colgaba del cinto. Mientras Fitch seguía hendiendo el aire con el impulso, el hombre le atestó un golpe veloz y potente de revés.

El mazazo arrancó la parte superior del cráneo de Fitch. Trozos de color rosa de su cerebro salpicaron la guerrera de Biata. El muchacho se desplomó.

La impresión dejó a Biata paralizada. Se oyó gritar como una niña absolutamente aterrorizada. Le era imposible parar. Era como si estuviera mirando a otra persona.

En lugar de matarla, el hombre se fijó en Fitch o, mejor dicho, en la espada de Fitch. Recogió el reluciente acero de la mano sin vida de Fitch y, a continuación, arrebató al cadáver el tahalí y la funda.

Mientras el tipo envainaba de nuevo la *Espada de la Verdad*, llegaron más jinetes. El hombre sonrió a Biata y le guiñó un ojo.

—Me parece que al comandante Stein le gustará. ¿Qué opinas tú?

Biata aún no había salido de su aturdimiento. Tenía la mirada fija en el cuerpo de Fitch, en sus sesos que la salpicaban, en la sangre de Fitch que empapaba la tierra.

—¿Por qué? —fue todo lo que pudo decir.

El hombre seguía sonriendo.

—Os han dado a todos la oportunidad de votar. El emperador Jagang va a depositar la papeleta decisiva.

—¿Qué tienes ahí? —le gritó otro hombre que desmontaba.

—Unas chicas que no están nada mal.

—Eh, no las mates a todas —se quejó de buen humor—. A mí me gustan calientes y que aún se muevan.

Todos los hombres se echaron a reír. Biata gimió al tiempo que se alejaba de ellos impulsándose con los talones en el suelo.

—He oído hablar de esa espada. Se la llevaré al comandante Stein. Le encantará poder ofrecérsela al emperador.

Por encima del hombro Biata vio a otro tipo en lo alto del Dominie Dirtch que desarmaba sin ningún esfuerzo a Estelle y Emmeline, que trataban de defender su posición. Emmeline saltó del Dominie Dirtch para escapar. En la caída se rompió una pierna. Un hombre la agarró por el pelo rojizo y comenzó a arrastrarla hacia los barracones como si hubiera atrapado un pollo.

Estelle recibía los besos del hombre que había subido al Dominie Dirtch, pese a que se debatía y le daba con los puños en el pecho. A sus compañeros les divertía que se resistiera. Hombres ataviados con

armadura de cuero oscuro, cinturones y correas cubiertas de pinchos, cota de malla y pieles, armados con espadas enormes, manguales y hachas desmontaban por todas partes. Otros, aún a caballo, galopaban alrededor del Dominie Dirtch lanzando vítores.

Aprovechando que todos estaban distraídos con los renovados gritos de dolor y terror de Emmeline así como con las risas de su captor, una mano agarró a Biata por el cuello de la guerrera y comenzó a arrastrarla por el suelo.

La mujer vestida de cuero rojo le gruñó desde atrás en voz baja:

—¡Muévete! ¡Aprovecha que aún puedes!

El pánico dio fuerzas a Biata, la cual se levantó como buenamente pudo y corrió junto a la mujer mientras los hombres no miraban. Las dos se zambulleron en una hondonada en el suelo que quedaba oculta por la hierba alta.

—¡Deja de llorar o nos descubrirán! —le ordenó la mujer.

Con un gran esfuerzo Biata dejó de hacer ruido, pero no pudo detener las lágrimas. Todo su escuadrón acababa de ser asesinado, excepto Estelle y Emmeline, que habían sido capturadas.

Fitch, el estúpido de Fitch, había muerto por intentar salvarla.

—Silencio o te corto el pescuezo yo misma.

Biata se mordió el labio. Siempre había sido capaz de contener el llanto. Claro que nunca había pasado por algo tan duro.

—Lo siento —se disculpó con un gemido.

—Acabo de salvarte el trasero. Lo mínimo que puedes hacer a cambio es evitar que nos atrapen.

La mujer observó cómo el hombre que llevaba la *Espada de la Verdad* se alejaba al galope hacia Fairfield. Maldijo entre dientes.

—¿Por qué me has apartado de ellos? —preguntó Biata amargamente—. ¿Por qué no has intentado matar a alguno?

—¿Quién crees que hizo eso? —respondió ella, señalando—. ¿Quién crees que te guardaba la espalda? ¿Uno de tus niños soldados?

Entonces Biata vio lo que hasta entonces le había pasado por alto: soldados enemigos muertos y despatarrados en el suelo. Buscó de nuevo los ojos azules de la mujer.

—Idiota —masculló ésta.

—Te comportas como si esto fuese culpa mía, como si me odieras.

—Porque eres una estúpida. —Señaló la carnicería muy enfadada—. Esos tres hombres han aniquilado a tu escuadrón sin ningún esfuerzo.

—Es que... nos pillaron por sorpresa.

—¿Crees que esto es una especie de juego? Eres tan estúpida que no te das cuenta de que te han engañado. Los mandos os insuflaron un coraje falso y luego os enviaron aquí a fracasar. Está claro como el agua, pero tú eres incapaz de verlo. Ni siquiera un centenar de críos como vosotros podría acabar con uno de esos hombres. Son tropas de la Orden Imperial.

—Pero si ellos...

—¿Crees que el enemigo va a jugar según tus reglas? La vida real acaba de matar a tus compañeros, y te aseguro que las chicas que han muerto han tenido mejor suerte que las que han sido capturadas vivas.

Biata estaba tan horrorizada que no podía ni hablar. La mujer suavizó el tono de voz.

—Bueno, no es sólo culpa tuya. Supongo que aún eres demasiado joven e ignorante para conocer las realidades de la vida. No se te puede pedir que distingas lo que es verdad de lo que no lo es. Pero tú crees que puedes.

—¿Por qué quieres esa espada con tanto empeño?

—Porque pertenece a lord Rahl. Él me ha enviado a buscarla.

—¿Por qué me has salvado?

La mujer la miró fijamente. Detrás de esos ojos azules fríos y calculadores no había ningún miedo.

—Supongo que porque también yo, en el pasado, fui una chica tonta a la que unos hombres malos capturaron.

—¿Qué te hicieron?

La mujer sonrió tristemente.

—Me convirtieron en lo que soy ahora: una mord-sith. Tú no tendrías tanta suerte; esos hombres no son tan hábiles ni mucho menos.

Biata jamás había oído hablar de las mord-sith. Los gritos de Estelle desde lo alto del Dominie Dirtch captaron su atención.

—Yo voy a buscar la espada. Te sugiero que eches a correr.

—Llévame contigo.

—No. No me serías de ninguna utilidad y sólo me retrasarías.

Biata sabía que ésa era la desagradable verdad.

—¿Qué voy a hacer?

—Sacar tu trasero de aquí antes de que esos hombres lo atrapen o lo lamentarás más que nada en la vida.

—Por favor —suplicó Biata con lágrimas en los ojos—, ayúdame a salvar a Estelle y Emmeline.

La mujer apretó los labios con fuerza mientras se lo pensaba.

—Ésa —dijo después de calcularlo fríamente. Señalaba a Estelle—. Te ayudaré a rescatar a ésa mientras me marchó. Después tendréis que huir solas.

Biata vio a un hombre que se reía y manoseaba los pechos de Estelle, mientras ella trataba de quitárselo de encima. Biata sabía qué se sentía.

—Pero tenemos que salvar también a Emmeline —dijo señalando los barracones hacia donde los hombres se la habían llevado a rastras.

—Tiene una pierna rota. No puedes llevarla contigo; os cogerían.

—Pero es que...

—Olvidala. ¿Qué piensas hacer? ¿Llevarla en brazos? Deja de comportarte como una niña estúpida. Piensa un poco. ¿Quieres tratar de escapar con una o prefieres que te capturen por intentar salvarlas a las dos? Decide. Tengo prisa.

Biata luchó por respirar, deseando no oír los gritos que salían de los barracones. No quería que la llevaran allí adentro con esos hombres. Ya había tenido suficiente con Stein.

—Muy bien, sólo Estelle. Vamos —dijo Biata con determinación.

—Bien por ti, niña.

Biata sabía que la mujer la llamaba «niña» deliberadamente para ponerla en su lugar, pensando que de ese modo la tendría a raya y le salvaría la vida.

—Ahora escucha y haz exactamente lo que te diga. No estoy segura de que lo hagas, pero es tu única oportunidad.

Desesperada por escapar de esa pesadilla, Biata hizo un gesto afirmativo.

—Voy a subir allí y eliminar a ese hombre. Me ocuparé de proporcionarte al menos dos caballos. Mientras yo hago bajar a la chica, tú coges los caballos. Súbela a un caballo, monta y salid disparadas de aquí sin deteneros por nada.

La mujer señalaba más allá del Dominie Dirtch, hacia la Tierra Salvaje.

—Seguid adelante, escapad de Anderith y dirigíos a cualquier otro lugar de la Tierra Central.

—¿Cómo vas a impedir que nos capturen?

—¿Quién ha dicho que vaya a hacerlo? Tú límitate a coger los caballos, y después salid corriendo de aquí para salvar la vida. Lo único que puedo hacer es daros ventaja. Si por alguna razón esa chica no logra bajar la escalera o no monta, déjala y huye tú.

Biata, petrificada de terror, asintió. Sólo quería escapar. Ya no le importaba nada más; sólo escapar con vida. Se aferró a una manga de cuero rojo y se presentó:

—Me llamo Biata.

—Pues qué bien. Vamos.

La mujer se levantó de un salto y echó a correr agachada. Biata la siguió, imitándola. La mujer se acercó por detrás a un soldado que les cortaba el paso y le hizo perder el equilibrio. Tan pronto como chocó con la espalda contra el suelo, sin darle tiempo a pedir ayuda, la mujer se dejó caer encima y le aplastó la tráquea de un codazo. Dos golpes más lo silenciaron.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Biata aturdida.

La mujer la empujó hacia un espeso macizo de hierba junto al hombre.

—Años de entrenamiento en matar. Es mi profesión. —Echó otro vistazo al Dominie Dirtch y ordenó—: Espera aquí hasta contar diez y luego sígueme. No cuentes muy rápido.

Sin esperar la respuesta de Biata, se levantó y echó a correr como alma que lleva el Custodio. Algunos hombres miraban confundidos a esa mujer que no trataba de escapar, sino que corría directamente hacia ellos. La mujer pasó esquivando los caballos que seguían galopando alrededor del Dominie Dirtch. Los jinetes lanzaban gritos y silbidos.

De la nariz aplastada del hombre tendido de espaldas en el suelo junto a Biata manaba sangre a borbotones; tal vez se estaba ahogando en su propia sangre.

El tipo que sujetaba a Estelle se dio media vuelta. La mujer de rojo arrancó el ariete de su soporte, llevándose por delante lo que lo sujetaba en su lugar. Al romperse, los seguros aumentaron el impulso. Cuando el ariete golpeó al hombre en la cabeza, Biata oyó desde donde estaba cómo el cráneo se le partía. Al llegar por fin a diez se levantó. El hombre cayó hacia atrás por encima de la baranda y aterrizó justo debajo de los cascos de los caballos al galope.

Totalmente aterrorizada, Biata saltó y echó a correr. Trazando un arco terriblemente potente la mujer invirtió el movimiento del ariete y lo estrelló contra el Dominie Dirtch.

El mundo tembló con el tañido sordo de la campana. Fue un sonido apabullante. Biata sintió cómo los dientes le vibraban hasta casi caérsele y tuvo la impresión de que la cabeza le iba a estallar.

Los jinetes situados delante del Dominie Dirtch gritaron. También los caballos gritaron. Los gritos de unos y otros cesaron de repente cuando hombres y bestias por igual estallaron en una masa sanguinolenta. Otros que seguían galopando alrededor del Dominie Dirtch no pudieron frenar a tiempo y traspasaron la línea que marcaba el principio de la muerte o cayeron.

Biata corría con todas sus fuerzas, aunque sentía que el terrible repique del Dominie Dirtch le iba a desencajar todas las articulaciones.

Blandiendo el ariete, la mujer golpeó a algunos jinetes y los tiró de los caballos. Mientras Biata cogía las riendas de dos caballos asustados, la mujer agarró a Estelle del brazo y casi la arrojó por la escalera.

Los hombres estaban en estado de confusión y pánico. No sabían qué podía pasar con el Dominie Dirtch, si sonaría de nuevo y los mataría. Biata cogió del brazo a una Estelle también confusa y aterrorizada.

La mujer de rojo saltó desde la baranda sobre la espalda de uno de los jinetes. En ningún momento había soltado el cuello roto de la botella negra. Cogió al hombre por la cintura y le hundió la botella rota en los ojos. El jinete cayó del caballo gritando.

La mujer se echó hacia adelante en la silla y cogió las riendas. Entonces liberó de las alforjas al caballo con el que había llegado a Anderith y, con un grito de furia, lo espoleó y partió a todo galope hacia Fairfield.

—¡Arriba! —gritó Biata a una aturdida y desconcertada Estelle.

Afortunadamente, la ander comprendió que era su oportunidad para escapar y la aprovechó, mientras Biata montaba a su vez. Reinaba tal confusión que ambos caballos no dejaban de dar vueltas.

Algunos hombres partieron en persecución de la mujer vestida de cuero rojo. Biata no era una jinete experta, pero sabía lo que debía hacer. Golpeó con los talones los flancos del caballo. Estelle la imitó. Las dos mujeres, haken una y ander la otra, salieron disparadas para salvar la vida.

—¿Adónde nos dirigimos, sargento? —preguntó Estelle gritando.

Biata ni siquiera sabía en qué dirección corría. Sólo pensaba en escapar.

Quería despojarse del uniforme que llevaba y que no era más que otra broma cruel que le había gastado Bertrand Chanboor.

—¡No soy ninguna sargento! —gritó a su vez Biata. Lloraba a mares—. Sólo soy Biata, una idiota como tú, Estelle.

Demasiado tarde recordó que no había dado las gracias a la mujer de rojo por haberles salvado la vida.

30

Dalton alzó la mirada y vio a Hildemara entrar majestuosamente en su nuevo despacho de Ministro. Llevaba un vestido de satén dorado con ribete blanco muy atrevido, como si alguien pudiera estar interesado en ver lo que tenía que enseñar.

El flamante Ministro se levantó de detrás de su nuevo y enorme escritorio, un escritorio que nunca hubiera soñado con poseer.

—Hildemara. Qué placer que hayáis venido a visitarme.

Hildemara sonrió mientras lo miraba igual que un perro de caza miraría la comida. Entonces rodeó el escritorio tranquilamente y apoyó el trasero en el borde del mueble. De ese modo estaba frente a él, muy, muy cerca.

—Dalton, ese conjunto te queda de maravilla. ¿Es nuevo? Seguro que sí —dijo acariciando con un dedo la manga bordada—. Y este despacho también te sienta muy bien. Mejor de lo que le sentó nunca a mi despreciable marido. Tú le das... clase.

—Gracias, Hildemara. Debo decir que vos estáis absolutamente arrebatadora.

Hildemara sonrió ampliamente, ya fuese porque se sentía realmente complacida o por fingimiento. Desde la inesperada muerte del anciano Soberano, lady Chanboor había expresado bien a las claras la admiración que sentía por él. No obstante, Dalton la conocía demasiado bien para confiarse y darle la espalda, por decirlo de algún modo. Era incapaz de decidir si Hildemara estaba siendo amable y simpática o si escondía un hacha de verdugo en la espalda. De un modo u otro, Dalton se mantenía en guardia.

—Los votos de la ciudad ya se han contado, y empiezan a llegar los de otros lugares con los soldados.

Por fin Dalton creyó comprender por qué sonreía Hildemara así como el resultado de la votación. Sin embargo, uno nunca podía estar del todo seguro.

—¿Y cómo está respondiendo la buena gente de Anderith a la invitación de lord Rahl de unirnos a él?

—Me temo que lord Rahl no es rival para ti, Dalton.

—¿De veras? —El nuevo Ministro esbozó una sonrisa vacilante—. ¿Hasta qué punto es convincente? Si no es un no rotundo, es posible que lord Rahl insista.

Hildemara se encogió de hombros con actitud burlona.

—Naturalmente, los habitantes de la capital se resisten a creer a lord Rahl. Siete de cada diez han votado con una equis.

Dalton levantó la cabeza hacia arriba, cerró los ojos y soltó un suspiro de alivio.

—Gracias, Hildemara —le dijo risueño—. ¿Y el resto?

—Los votos empiezan a llegar. Pero los soldados necesitarán tiempo para...

—Hasta ahora. ¿Cómo va hasta ahora?

—El resultado es sorprendente.

—¿Sorprendente? ¿En qué sentido?

Hildemara le dirigió una sonrisa radiante.

—El peor resultado es sólo tres de cuatro a nuestro favor. En algunos lugares hemos conseguido hasta ocho y nueve de cada diez contra lord Rahl.

Dalton se llevó una mano al pecho al tiempo que soltaba otro suspiro de alivio.

—Lo esperaba, pero estas cosas son imprevisibles.

—Ha sido sencillamente asombroso, Dalton. Eres una maravilla. Y ni siquiera has tenido que hacer trampas. Imagínate.

Dalton cerró los puños muy emocionado.

—Gracias, Hildemara. Gracias por traerme las noticias. Si me perdonas, voy a decírselo ahora mismo a Teresa. He estado tan ocupado que hace semanas que apenas la veo. Se alegrará mucho cuando se entere.

Iba a levantarse, pero Hildemara se lo impidió empujándole en el pecho con un dedo. Nuevamente su sonrisa tenía algo de funesta.

—Teresa ya lo sabe. Estoy segura.

—¿Y eso? —se extrañó Dalton—. ¿Quién se lo puede haber dicho antes de que yo mismo me enterara?

—Bertrand. Estoy segura.

—¿Bertrand? ¿Qué hace Bertrand dándole a Teresa una noticia como ésa?

Hildemara se sonrió como una tonta.

—Oh, ya sabes cómo habla Bertrand cuando está entre las piernas de una mujer que lo excita.

Dalton se quedó helado. Las alarmas sonaron en su cabeza al recordar todas las veces que había dejado sola a Teresa desde que Bertrand había sido nombrado Soberano. Recordó la adoración que sentía Teresa hacia la figura del Soberano. Recordó que después de conocer al anterior Soberano se había pasado la noche entera en vela, rezando. Recordó su respeto reverencial hacia Bertrand cuando se convirtió en el nuevo Soberano.

Haciendo un esfuerzo puso fin a tales especulaciones. Especulaciones como ésas eran como un enemigo insidioso que podría devorarlo desde dentro. Hildemara, sabiendo lo ocupado que había estado últimamente, sólo intentaba darle un buen susto o meter cizaña en su matrimonio. Sería muy propio de ella.

—No tiene ninguna gracia, Hildemara.

Apoyando una mano sobre el escritorio, la mujer se inclinó hacia él y con un dedo de la otra mano le acarició suavemente el perfil de la mandíbula.

—No pretendía ser graciosa.

Dalton se quedó en silencio. No quería dar ningún paso en falso antes de saber lo que pasaba realmente. Podía tratarse de un truco de Hildemara para que se enfadara con Tess y se arrojara en sus brazos, o tal vez simplemente era un malentendido por parte de ella. No obstante, en el fondo sabía que no era muy probable que Hildemara interpretara mal algo como eso; tenía sus propias fuentes, que eran tan fiables como las de Dalton.

—Hildemara, creo que no deberíais repetir rumores difamatorios.

—No son rumores, mi querido Dalton, sino hechos. He visto a tu virtuosa esposa salir del dormitorio de Bertrand.

—Ya sabéis que a Teresa le gusta rezar...

—Oí por casualidad cómo Bertrand alardeaba delante de Stein de que la había conseguido.

Dalton estuvo a punto de tambalearse hacia atrás.

La sonrisa satisfecha de la mujer creció con perfección infalible.

—Por lo que Bertrand le contó a Stein, Teresa se comporta como una cortesana disoluta y le gusta ser mala chica en la cama de Bertrand.

Dalton notó cómo toda la sangre le subía a la cara en una oleada abrasadora. Tuvo ganas de matar a Hildemara allí mismo. Rozando con un dedo la empuñadura de la espada, lo pensó muy seriamente. Finalmente decidió controlarse, aunque notaba cómo las rodillas le temblaban.

—Pensé que debías saberlo, Dalton. Me parecía muy triste que mi marido se estuviera tirando a tu esposa y que tú no supieras nada. Podía ser... incómodo. Por no saberlo podrías ponerte en ridículo.

—¿Por qué, Hildemara? —logró preguntar en un susurro—. ¿Por qué todo esto os causa tanta satisfacción?

Finalmente la sonrisa de la mujer floreció expresando un genuino placer.

—Porque siempre he odiado que te creyeras superior porque tú y Teresa respetabais los votos de fidelidad; siempre he odiado cómo nos mirabas a todos por encima del hombro, pensando que tú y tu esposa erais mejores que el resto de nosotros.

Dalton se contuvo con simple fuerza de voluntad. En momentos de tribulación o de mucha exigencia siempre lograba ser analítico para aplicar la mejor solución a la situación a la que se enfrentaba.

Con determinación implacable hizo justamente eso.

—Gracias por la información, Hildemara. Tenéis razón: podría haber sido embarazoso.

—Hazme un favor y no te deprimas demasiado por eso, Dalton. Deberías sentirte enormemente complacido. Después de todo, estamos hablando del Soberano. Es un honor para cualquier hombre ceder su esposa a un personaje tan venerado y sublime como es el Soberano de Anderith. Serás aún más amado y respetado por el hecho de que tu esposa haya sido la elegida para liberar al Soberano de las tensiones de su alto cargo.

»Ya deberías saberlo, Dalton. Después de todo, tú lo convertiste en lo que es ahora, en el representante del Creador en este mundo. Tu esposa se limita a ser una súbdita leal. —Hildemara soltó una risita—. Muy leal, por lo que he oído. ¡Caramba! Sería difícil encontrar a otra mujer que se le pudiera comparar.

Hildemara se arrimó a Dalton y le besó una oreja.

—Pero me encantaría intentarlo, querido Dalton. —Lo miró fijamente a los ojos mientras se erguía—. Siempre me has parecido fascinante. Eres el hombre más taimado y peligroso que he conocido en toda mi vida, y te aseguro que he conocido a buenas piezas.

»Aceptalo y te darás cuenta de que no tiene ninguna importancia —añadió desde la puerta—. Ya lo verás, Dalton.

»Y después, tal como me dijiste una vez que harías si rompías tus votos de fidelidad, yo seré la primera. No olvides tu promesa.

Dalton se quedó solo en el despacho. La mente le daba mil vueltas pensando qué hacer.

Kahlan rodeó los hombros de Richard con los brazos, se inclinó hacia él y le acercó la mejilla a la oreja. Pese a que era una distracción, la sensación era cálida y agradable. Kahlan lo besó en la sien.

—¿Cómo va? —preguntó.

Richard se estiró y bostezó. ¿Por dónde empezar?

—Ese tipo se desvió completamente del camino trazado.

—¿Qué quieres decir?

—Aún me queda mucho por traducir, pero estoy empezando a hacerme una idea de lo que ocurrió. —Richard se frotó los ojos—. Resulta que le enviaron aquí para acabar con los repiques. Inmediatamente analizó el problema y encontró una solución fácil. Los magos del Alcázar pensaron que era un auténtico genio y se lo dijeron.

—Qué orgulloso debió de sentirse —comentó Kahlan irónicamente. Obviamente quería decir justo lo contrario.

Richard comprendió la ironía. Él pensaba lo mismo.

—Tienes razón, Joseph Ander no se sintió orgulloso por eso. Aquí no lo dice, pero por cosas que he leído antes sé cómo pensaba. Joseph Ander no se sintió orgulloso por haber hallado la solución, sino que sintió desprecio por todos los que no lo habían conseguido.

—Así pues halló la solución. ¿Y luego?

—Los magos le dijeron que la aplicara de inmediato. Según parece, estaban teniendo problemas similares a los nuestros con los repiques y querían poner fin a la amenaza de inmediato. Joseph Ander no estaba de acuerdo. En su opinión, si los magos del Alcázar habían hecho gala de buen juicio al enviarlo a él, deberían dejar de ordenarle qué debía hacer.

—No me parece un buen modo de tratar a sus superiores del Alcázar.

—Ellos le imploraron que detuviera a los repiques, pues mucha gente estaba muriendo. Según parece, lo conocían bastante bien y sabían que era preferible no ir con amenazas, sobre todo porque estaban inmersos en medio de una guerra. Así pues, le dijeron que hiciera lo que le pareciera más oportuno, pero que por favor se diese prisa para que el mundo se librara cuanto antes de la amenaza de los repiques.

»Ese mensaje le gustó mucho más, pero lo usó como arma para empezar a dar lecciones a los hechiceros del Alcázar.

—¿Lecciones sobre qué?

Richard se pasó una mano por el pelo. Era frustrante tratar de expresar con palabras lo que Joseph Ander se traía entre manos.

—Aún queda mucho por traducir. Voy muy despacio. Pero no creo que el libro nos diga cómo expulsar a los repiques de este mundo. Joseph Ander no pensaba de ese modo, no pensaba dejarlo por escrito.

Kahlan se enderezó y se volvió, dando la espalda a la mesa, para quedarse de cara a él. Cruzó los brazos.

—Muy bien, Richard. Te conozco demasiado para tragarme eso. ¿Qué me ocultas?

Richard se levantó y a su vez le dio la espalda al tiempo que se presionaba las sienes con los dedos.

—Richard, ¿es que no confías en mí?

Richard la miró y le cogió una mano.

—No, no, no es eso. Es sólo que... no sé dónde acaba la verdad en todas las cosas que dice y dónde empieza su locura. Esto va más allá de cualquier cosa que haya oído, me hayan enseñado o haya creído sobre la magia.

Tras esas palabras Kahlan se inquietó de verdad. Richard se dijo que estaba despertando sus temores en un sentido equivocado. Por otra parte, difícilmente podría alarmarla tanto como él lo estaba ya.

—Joseph Ander se creía mejor que los demás magos —explicó.

—Eso ya lo sabíamos.

—Sí, pero tal vez tenía razón.

—¿Qué?

—En algunos casos el genio reside en la locura. No sé dónde trazar la línea divisoria. En cierto sentido no saber nada sobre la magia es un obstáculo, pero también supone que no me dejo influir por ideas preconcebidas y que soy capaz de reconocer la verdad en las palabras de Joseph Ander. Pero los magos del Alcázar en Aydindril sí tenían esas ideas preconcebidas.

»Verás, Joseph Ander no consideraba la magia como un conjunto de requisitos, es decir, algo así como pronunciar una palabra tres veces mientras giras sobre el pie izquierdo y todas esas cosas. Para él la magia era una forma de arte, un vehículo de expresión.

Kahlan fruncía el entrecejo.

—No te sigo —admitió—. O lanzas un hechizo correctamente para invocarlo o no funciona. Yo, por ejemplo, invoco mi poder al tocar a alguien. Y para llamar a los repiques a este mundo también tuvimos que cumplir una serie de requisitos impuestos por la magia.

Richard era consciente de que Kahlan —con su capacidad mágica, su pasado y su formación mágica— tenía los mismos problemas que los magos de Aydindril. Eso le hizo sentir un asomo de la frustración que debió de abrumar a Joseph Ander. También en eso lo comprendía mejor que otros. Era frustrante que los demás le rebatieran esgrimiendo hechos concretos sobre algo que uno entiende y los demás no, y no lograr que captaran la idea global de un todo mucho mayor que tenían delante de las narices.

Tal como hizo Joseph Ander, Richard intentó explicarse de nuevo.

—Sí, lo sé, y no estoy diciendo que eso no funcione, pero Joseph Ander creía que había más. Que la magia podía llevarse a un nivel superior, a un plano que iba más allá del que la mayoría de personas con el don usaba.

—Richard, eso que dices es una locura.

—No, no lo creo. Aquí —dijo mostrándole el libro de viaje— he hallado la respuesta a una pregunta totalmente distinta que los magos formularon, pero tienes que oír la respuesta para entender cómo pensaba el mago Ander.

Richard le leyó el meollo de la traducción.

—«Un mago incapaz de destruir de verdad no es capaz de crear nada de verdad.» Se refería a un mago semejante a los de ahora, es decir, que sólo poseía Magia de Suma, como Zedd. Ander consideraba que alguien que no poseía ambos lados de la magia no podía decirse que poseyera realmente el don. Para él, un mago como ése era simplemente una aberración y sufría una carencia que lo hacía impotente.

Richard continuó leyendo.

—«Un mago debe conocerse a sí mismo o se expone a tejer mala magia que merme su libre albedrío.» Estaba hablando de los aspectos creativos de la magia más allá de su estructura. «La magia intensifica y concentra las pasiones. No sólo refuerza sentimientos como el gozo, sino también pasiones ruinosas que, de ese modo, se convierten en obsesiones insoportables hasta que se liberan.»

—Parece que tratara de justificar el ser destructivo —comentó Kahlan.

—Yo no lo creo. Creo que estaba tras la pista de algo importante, tras una forma de equilibrio superior.

Kahlan meneó la cabeza. Era evidente que no le comprendía, pero a Richard no se le ocurría ningún otro modo de explicárselo. Siguió leyendo.

—«La imaginación es lo que hace grande a un mago, pues con ella es capaz de trascender los límites de la tradición e ir más allá de la estructura de lo que ahora existe, para llegar a un reino superior en el que se crea la urdimbre misma de la que está hecha la magia.»

—¿A eso te referías cuando decías que para Joseph Ander la magia era como una forma de arte? ¿Un vehículo de expresión? ¿Cómo si fuese el mismo Creador que teje la urdimbre de la magia a partir de la nada?

—Exactamente. Pero sigue escuchando; creo que esto es lo más importante que Joseph Ander tiene que decir. Cuando los repiques dejaron de representar un problema, los otros magos le preguntaron con mucha cautela qué había hecho. Ésta fue su respuesta lacónica: «Es posible alterar una Gracia mediante un hechizo imaginativo.»

Kahlan se frotó los brazos. Era una respuesta inquietante.

—Por todos los espíritus, ¿qué significa eso?

—Creo que significa que ideó algo, una magia nueva que escapaba de los parámetros de los conjuros originarios que habían traído a los repiques a este mundo. Creó una magia a medida de él y de la situación.

»En otras palabras, Joseph Ander dio rienda suelta a su creatividad.

Kahlan miró alrededor con sus ojos verdes. Richard sabía que se estaba preguntando a qué límites de aberración había llegado el mago Ander. Era el loco que, en último término, les había impuesto a los repiques.

—El mundo se desmorona ¿y tú hablas de que Joseph Ander usaba la magia como una forma de arte? —susurró Kahlan para sí.

—Yo simplemente te digo lo que él afirmaba. —Richard volvió la última página—. Me he saltado todo esto para leer lo último que escribió a los magos del Alcázar.

Richard estudió una vez más las palabras escritas en d'haraniano culto para asegurarse de la traducción. Luego leyó:

—«Al final, he llegado a la conclusión de que debo rechazar tanto al Creador como al Custodio. En vez de ellos he creado mi propia solución, mi propio renacimiento y muerte, una salida para proteger al mismo tiempo a mi gente para siempre. Así pues, adiós, pues voy a depositar mi alma en aguas agitadas y así vigilar por toda la eternidad aquello que he forjado con tanto esfuerzo y que ahora está a salvo e inviolado».

Richard levantó la vista.

—¿Lo ves? ¿Entiendes? —Era evidente que no—. Kahlan, no creo que desterrara a los repiques, como debía hacer. Creo que en lugar de eso los utilizó para sus propios propósitos.

—¿Que los utilizó? ¿Para hacer qué?

—El Dominie Dirtch.

—¡Qué! —Kahlan se apretó el puente de la nariz entre el pulgar y el índice—. En ese caso, ¿cómo fue posible que nosotros siguiéramos un esquema tan bien definido, prescrito y estricto, e invocásemos sin querer a los repiques? Ese tipo de estructura es justamente lo que, según tú, Joseph Ander creyó superar.

Richard ya esperaba que Kahlan arguyera eso.

—Ése es el equilibrio. ¿No lo ves? La magia debe estar en equilibrio. Para hacer algo creativo tuvo que compensarlo con algo no creativo, con una fórmula muy estricta. El hecho de que los requisitos para liberar a los repiques fuesen tan estrictos es prueba suficiente de la gran creatividad de lo que hizo.

Richard la conocía lo suficiente para saber que no estaba de acuerdo con él, pero no tenía ganas de discutir.

—Así pues, ¿cómo podemos desterrar a los repiques? —se limitó a preguntar.

Richard negó con la cabeza en actitud de derrota.

—No lo sé. Me temo que no hay respuesta a esa pregunta. Los magos contemporáneos de Joseph Ander se sentían igualmente frustrados. Al final, simplemente lo dejaron por imposible. Empiezo a creer que Joseph Ander creó una magia irrompible dentro de un rompecabezas imposible de solucionar.

Kahlan tomó el libro de viaje de manos de Richard, lo cerró y lo dejó de nuevo sobre la mesa.

—Richard, me parece que de tanto leer los desvaríos de un lunático empiezas a volverte un poco loco. La magia no funciona de ese modo.

Justamente eso fue lo que los magos del Alcázar dijeron a Joseph Ander, que no podría transformar y controlar un elemento que era en sí mismo incontrolable. No obstante, Richard se calló. Kahlan no estaba preparada para pensar en la magia en esos términos. Como tampoco lo estaban los otros magos.

A Joseph Ander le disgustó que desecharan sus ideas de manera tan categórica, y por eso se despidió de ellos de ese modo.

Kahlan le echó los brazos al cuello.

—Lo siento —se disculpó—. Sé que haces todo lo que puedes. Es que estoy nerviosa. Los votos llegarán pronto.

Richard enlazó su cintura con las manos.

—Kahlan, la gente se dará cuenta de la verdad. Es preciso.

—Richard, hazme el amor —le pidió en un susurro.

—¿Qué?

Kahlan lo miró a los ojos.

—Ha pasado mucho tiempo. Hazme el amor.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Podemos cerrar la tienda. De todos modos, nadie entra sin pedir permiso. Prometo ser silenciosa para no ponerte en evidencia —agregó con una sonrisa—. Y te prometo que no se lo diré ni siquiera a tu otra esposa.

Eso hizo sonreír a Richard, pero fue una sonrisa fugaz.

—Kahlan, no podemos.

—Bueno, yo creo que sí puedo. Y apuesto a que podría hacerte cambiar de idea.

Richard cogió la pequeña gema negra que le colgaba de la gargantilla.

—Kahlan, la magia no funciona. La piedra tampoco.

—Lo sé. Por eso quiero. —Se aferró a su camisa—. Richard, no me importa. ¿Por qué no podemos hacer un bebé? ¿Por qué?

—Ya sabes el porqué.

—Richard, ¿tan malo sería eso? ¿De veras? —Los ojos verdes de Kahlan se estaban llenando de lágrimas—. ¿Tan terrible sería tener un hijo tú y yo?

—No, claro que no. No es eso. Pero no nos podemos permitir vivir pensando que Shota acecha siempre en las sombras, esperando para cumplir su promesa. No podemos permitirnos que nada nos distraiga de nuestro deber.

—Nuestro deber. ¿Y qué hay de nosotros, de lo que tú y yo queremos?

Richard le hurtó la mirada.

—Kahlan, ¿de verdad quieres traer un hijo a este mundo? ¿Quieres traer un hijo a la locura que vivimos? ¿A la locura de los repiques? ¿Con la horrible guerra que nos amenaza?

—¿Y si dijera que sí?

Richard volvió a mirarla y sonrió. Se dio cuenta de que la estaba alterando mucho. Probablemente Kahlan pensaba en tener un hijo porque veía cada día a Du Chaillu embarazada.

—Kahlan, lo haré si tú quieres. ¿De acuerdo? Tendremos ese hijo cuando tú quieras, y ya me ocuparé yo de Shota. Pero, de momento, deberíamos esperar hasta estar seguros de que el mundo de la vida seguirá existiendo, de que habrá un mundo libre en el que poder criar a nuestro hijo.

Finalmente Kahlan sonrió.

—Claro que sí. Tienes razón, Richard. Supongo que... bueno, me he dejado llevar. Debemos ocuparnos de los repiques y de la Orden Imperial.

Richard la abrazó para consolarla. Justo entonces el capitán Meiffert pidió permiso para entrar.

—¿Lo ves? —le susurró a Kahlan. Ella sonrió.

—Sí, capitán, adelante.

El hombre entró de mala gana. Evitaba mirar a Richard a los ojos.

—¿Qué ocurre, capitán?

—Ah, lord Rahl, Madre Confesora..., los votos de Fairfield ya se han contado. Algunos de nuestros hombres han regresado ya con cifras, aunque no todos —se apresuró a añadir—. Aún quedan bastantes por volver. Tardarán varios días.

—¿Y bien, capitán? ¿Cuál ha sido el resultado?

Meiffert le tendió un papelito. Richard lo leyó, pero le costó unos segundos asimilarlo.

—Siete de diez contra nosotros —murmuró.

Kahlan le cogió suavemente el papelito de las manos y lo miró. Sin decir ni media palabra lo dejó sobre la mesa.

—Muy bien —dijo Richard—, sabemos que en Fairfield han estado contando todas esas mentiras. Pero seguro que en el resto del país el resultado será otro.

—Richard —susurró Kahlan—, habrán difundido las mismas mentiras por todo el país.

—Pero nosotros hemos hablado con los anderianos. Hemos pasado tiempo con ellos. ¿Cuál ha sido el resultado en los lugares más remotos, capitán Meiffert?

—Bueno...

—Por ejemplo en ese lugar, en... —Richard hizo chasquear los dedos—, en Arroyo Oeste. Fuimos para examinar las pertenencias de Joseph Ander. ¿Qué hay de Arroyo Oeste? ¿Tenemos noticias de allí?

Meiffert había retrocedido un paso.

—Sí, lord Rahl.

—¿Cuál ha sido el resultado? ¡Vamos!

Kahlan le puso una mano encima del brazo para tranquilizarlo.

—Richard —le susurró—, el capitán está de nuestro lado.

Richard se presionó las sienes mientras inspiraba hondo.

—¿Cuál ha sido el resultado en Arroyo Oeste, capitán?

Meiffert, que estaba muy pálido, carraspeó antes de contestar:

—Nueve de cada diez marcaron una equis contra nosotros, lord Rahl.

Richard no podía creer lo que oía. Él había hablado con esa gente. Incluso recordaba algunos nombres y sus hermosos hijos. Se sentía como si el suelo se hubiera abierto a sus pies y estuviera cayendo en un pozo de locura. Había trabajado día y noche tratando de ayudar a los anderianos para que decidieran sobre su destino. Les había ofrecido la libertad, y ellos la habían rechazado.

—Richard, no ha sido culpa tuya. Les han contado mentiras. Los han asustado.

—Pero, pero... yo les hablé, les expliqué que todo esto era por ellos, por su futuro, por la libertad de sus hijos...

—Lo sé, Richard.

El capitán Meiffert se veía muy violento. Kahlan le indicó con un gesto que se retirara. Meiffert saludó con una inclinación de cabeza y salió en silencio caminando hacia atrás.

—Voy a dar un paseo —anunció Richard—. Necesito estar solo. Acuéstate sin mí. —Hizo un gesto hacia las mantas y después desapareció en la oscuridad.

31

Después de despedir silenciosamente a la mujer que quitaba el polvo a todo ese intrincado trabajo de ebanista y haber cerrado la puerta tras ella, Dalton entró en el dormitorio. Teresa se volvió al oírlo entrar.

—Qué bien que has llegado, amor mío —le dijo ella sonriendo.

—Tess.

Dalton había dado mil vueltas a la situación y finalmente había hallado el modo de enfrentarse a Tess y ser capaz de controlar su reacción.

Tenía control sobre sí mismo. Había recurrido a su método más fiable para resolver conflictos. Sólo de ese modo podía estar seguro de controlarse. Solucionaría eso del mismo modo que solucionaba tantas otras cosas.

—No te esperaba tan pronto.

—Tess, me han llegado rumores.

Teresa estaba sentada frente al tocador y se cepillaba su hermoso pelo.

—¿De veras? ¿Alguna noticia interesante?

—Más o menos. He oído que ocupas el lecho del Soberano. ¿Es eso cierto?

Él ya sabía que era cierto. Había tirado de todos los hilos de su telaraña para confirmarlo.

Teresa dejó de cepillarse el pelo y lo miró en el espejo. Su rostro era una mezcla de emociones, entre las que predominaba el desafío.

—Dalton, él no es un hombre como los demás. Es el Soberano. —Se levantó y se volvió hacia él. Ignoraba cómo iba a reaccionar su marido—. Es la mano derecha del Creador.

—¿Puedo preguntar cómo ocurrió?

—Bertrand me dijo que el Creador le habló —explicó Teresa con la mirada fija en la distancia—. El Creador dijo a Bertrand que, como regalo por haberte sido fiel y no haber estado con ningún otro hombre, y como también tú me habías sido fiel, me había elegido para ser quien liberara a Bertrand de las tensiones mundanas.

Los ojos de Teresa lo miraron de nuevo.

—Así que, ya ves, Dalton, también es una recompensa para ti. Por haberme sido fiel.

—Sí, comprendo —se obligó Dalton a responder.

—Bertrand dice que es mi deber sagrado.

—¿Deber sagrado?

—Cuando estoy con él es como... no sé cómo decirlo. Es algo tan especial. Ayudar al Soberano en este mundo es un honor además de un deber. Pensar que lo ayudo a liberarse de la tremenda tensión que va acumulando por ser el Soberano.

»Ser el Soberano supone una tremenda responsabilidad.

—Sí, Tess, tienes razón —repuso Dalton haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

Al ver que Dalton no iba a enfadarse y hacerle daño, Teresa se aproximó a él.

—Dalton, yo te quiero como siempre.

—Me alegra oírlo, Tess. Lo que más me preocupa es haber perdido tu amor.

Teresa lo agarró por los hombros.

—No, tonto. Eso nunca. Te quiero tanto como antes, pero el Soberano me ha elegido. Tienes que entenderlo. Él me necesita.

Dalton tragó saliva.

—Pues claro, querida. Pero ¿podremos... nosotros... podremos seguir estando juntos en la cama?

—Oh, Dalton, pues claro que sí. ¿Era eso lo que te preocupaba? ¿Que no me quedara también tiempo para ti? Dalton, te quiero y siempre querré estar contigo.

—Bien. Me alegro.

—Ven a la cama, amor mío, y te lo demostraré. Es posible incluso que ahora me encuentres más excitante.

»Dalton, es un gran honor estar con el Soberano. Todos te tendrán en más alta estima.

—Estoy seguro de que tienes razón.

—En ese caso ven a la cama. —Teresa lo besó en la mejilla—. Déjame que te demuestre lo feliz que te puedo llegar a hacer.

Dalton dudaba.

—Ah, nada me gustaría más que eso, de veras, pero aún tengo un montón de trabajo urgente. Acaban de llegar los votos y...

—Lo sé. Bertrand me lo ha dicho.

—Bertrand.

—El Soberano, tonto. Él me lo ha dicho. Estoy tan orgullosa de ti, Dalton. Sé que tú has tenido parte en eso, que no ha sido sólo obra de Bertrand. Sé que pusiste tu granito de arena para ayudarlo a ganar.

—Mi granito de arena. Qué amable por parte del Soberano tomar nota de mi contribución.

—Bertrand habla muy bien de ti, Dalton.

—Pues qué bien. —Dalton carraspeó—. Ah, bueno, Tess, tengo que... que volver al trabajo. Me esperan asuntos urgentes.

—¿Quieres que te espere despierta?

—No, no, querida. Tengo que ir a Fairfield a ocuparme de unos asuntos.

—¿Esta noche? ¿No puede esperar?

—No.

—Dalton, no deberías trabajar tanto. Prométeme que te tomarás un poco de tiempo libre. Prométemelo. Estoy preocupada por ti.

—No deberías. Estoy perfectamente.

Teresa le dedicó su sonrisa más íntima y privada.

—Prométeme que te reservarás tiempo para hacerme el amor.

Dalton sonrió.

—Pues claro. Te lo prometo. —Le besó la frente y le deseó buenas noches.

—¿Te conozco? —preguntó la mujer que sostenía el frasco frunciendo el entrecejo.

—No —contestó Kahlan agachando la cabeza para que la luz de la lámpara no la iluminara—. Es imposible. Soy de muy lejos. He venido a Fairfield sólo para esto.

Kahlan se había puesto la ropa sencilla que utilizaba para viajar y un pañuelo en la cabeza le ocultaba el pelo largo. Había esperado a alejarse del campamento para ponérselo. Richard no estaba, y los soldados habían insistido en escoltarla en su paseo para «tomar el aire». Kahlan les había ordenado bruscamente que la dejaran sola y volvieran a sus puestos.

Con Cara eso no habría funcionado. Cara no la habría obedecido. Pero los soldados no eran tan temerarios, tan insensatos o tal vez tan listos como Cara.

La mujer suspiró.

—Bueno, lo entiendo, querida. No eres la primera que emprende un viaje para esto.

Le tendió el frasco tapado. No se lo entregaría hasta que pagara. Kahlan le dio un soberano de oro.

—Quédate el cambio. Con él compro tu silencio.

—Lo entiendo. Muchas gracias, querida. Eres muy generosa. Gracias.

Kahlan tomó el frasco, se lo puso en la palma de la mano y observó a través del vidrio empañado el líquido transparente que contenía. Se dio cuenta de que tenía la otra mano sobre el vientre. Inmediatamente, la apartó.

—Bueno —dijo la mujer señalando el frasco de vidrio de mala calidad—, acabo de prepararlo, por lo que esta noche aguantará en buenas condiciones. Puedes tomarlo cuando te plazca, pero si esperas a mañana seguramente ya no será lo suficientemente potente. Te aconsejo que te lo tomes esta noche antes de irte a la cama.

—¿Dolerá?

La mujer arrugó el entrecejo preocupada.

—No creo que te duela más que una regla normal. Has venido muy pronto. Sólo sangrarás; prepárate para eso.

Kahlan había querido decir si le dolería al bebé. No tuvo fuerzas para repetir la pregunta.

La mujer le seguía dando instrucciones.

—Bébetelo todo. El sabor no es muy malo, pero tal vez prefieras tomarlo con un poco de té.

—Gracias.

—Espera —dijo cuando Kahlan estaba ya en la puerta. Se acercó a ella y le cogió una mano—. Lo siento, querida. Eres muy joven; puedes tener otro.

De repente a Kahlan se le ocurrió algo.

—Esto no me impedirá tener...

—No, no, querida. Ni hablar. No te pasará nada.

—Gracias —le dijo Kahlan de nuevo. De repente se sentía ansiosa por marcharse de esa casita y estar sola en la oscuridad por si quería llorar.

La mujer la agarró por un brazo y le dio media vuelta.

—Normalmente no sermoneo a las mujeres jóvenes, porque cuando vienen a mí ya no están para sermones, pero espero que te cases, querida. Aunque ayudo cuando me lo piden, preferiría mil veces ayudarte a tener el bebé antes que ayudarte a deshacerte de él. De veras.

Kahlan hizo un gesto afirmativo.

—Yo siento lo mismo. Gracias.

Las calles de Fairfield estaban oscuras, pero aún se veían algunos viandantes. Kahlan sabía que cuando la Orden Imperial llegara la vida de esas personas se pondría patas arriba.

Pero justo en esos momentos no le importaba.

Decidió que lo haría antes de regresar. Temía que Richard encontrara el frasco y que la obligara a explicarle qué era. Richard nunca le permitiría hacerlo. No obstante, como ignoraba su estado, había expresado sus sentimientos y deseos verdaderos.

Richard tenía razón. Debían preocuparse por el resto del mundo. No podían permitir que sus problemas personales perjudicaran a todos. Shota mantendría su palabra, y en ese caso ni él ni ella podrían cumplir con su deber. Era mejor acabar con el problema.

En el camino de regreso vio que Dalton Campbell se acercaba por la calle montado en un caballo, por lo que se refugió en una calle oscura. Ella siempre lo había tenido por un hombre que pensaba antes

de actuar, pero esa noche parecía estar en otro mundo. Kahlan se preguntó qué estaría haciendo en ese barrio de mala nota.

Esperó a que pasara antes de salir y reemprender el camino.

Al llegar a la carretera que conducía a la finca del Ministro, donde sus hombres estaban acampados, captó el reflejo de la luna en la barra superior de un carruaje lento y pesado en la distancia. Aún tardaría bastante en llegar junto a ella, pero de todos modos decidió abandonar la carretera. No quería encontrarse con nadie, especialmente si podían reconocerla.

Mientras se adentraba en el campo de trigo notó un nudo en la garganta que amenazaba con ahogarla. Después de alejarse bastante de la carretera, finalmente cayó de rodillas y cedió ante las lágrimas.

La luna se reflejaba en el vidrio ondulado del frasco que sostenía en la palma de una mano. Mientras lo miraba no recordaba haberse sentido tan deprimida en toda su vida. Ahogó un grito y reprimió las lágrimas, diciéndose que eso era por el bien de todos. Seguro que sí.

Tiró del tapón y dejó que se le cayera de los dedos. Entonces sostuvo en alto el frasco tratando de ver su contenido a la deslavazada luz de la luna. La otra mano la apretaba sobre el hijo de Richard y suyo. Suyo y de Richard.

Kahlan se tragó las lágrimas, se acercó el frasco a los labios y esperó hasta haber recuperado el control de su respiración. No quería vaciar el frasco en la boca y luego ser incapaz de tragarse el líquido.

De pronto se lo alejó de los labios. Volvió a mirarlo fijamente a la luz de la luna y reflexionó sobre todo lo que eso significaba. Lo giró y arrojó su contenido al suelo. Inmediatamente sintió una oleada de alivio, como si alguien le acabara de perdonar la vida y el mundo hubiese recuperado la esperanza.

Cuando se levantó, las lágrimas se le estaban secando en las mejillas y ya no eran sino un recuerdo muy lejano. Kahlan sonrió de alivio y de alegría. El hijo de Richard y suyo estaba a salvo.

Arrojó el frasco vacío hacia el campo. Al hacerlo, reparó en un hombre de pie en medio del trigo, que la miraba. Kahlan se quedó helada.

El hombre echó a andar hacia ella muy decidido y rápidamente. Kahlan miró al otro lado y vio que más hombres se le acercaban. Y detrás había más. Eran todos jóvenes y pelirrojos.

No esperó ni un instante a que la situación empeorara, sino que reaccionó instintivamente y salió disparada hacia el campamento.

En lugar de pasar entre los hombres, corrió directamente hacia uno de ellos. El joven se agachó y separó pies y brazos, esperándola.

Kahlan se le acercó a toda velocidad y le agarró un brazo. Entonces lo miró a la cara y se dio cuenta de que era un mensajero llamado Rowley. Sin pensarlo descargó su poder contra él y se preparó para sentir la sacudida que indicaría que era la dueña de su voluntad.

En el mismo instante en que nada pasó, supo que su magia no funcionaba por culpa de los repiques. Pensaba que la sentía dentro de ella como siempre, pero se había esfumado.

En un segundo de comprensión, reconocimiento y fracaso, de pronto sí tuvo una sensación mágica. Kahlan fue consciente de la invasión hormigueante de la magia, aplastante en su imparable oleada, que se introducía en ella como una víbora, y era igualmente letal.

Retiró el brazo violentamente, aunque sabía que ya era demasiado tarde. Los hombres la rodeaban por todos lados, más tranquilos porque la tenían. Los hombres de detrás aún corrían hacia ellos.

Solamente había transcurrido un instante desde el momento que había agarrado a Rowley hasta que lo soltó. Entonces tomó la única decisión posible. Solamente tenía una oportunidad: luchar o morir.

Kahlan golpeó al hombre de la derecha en el esternón y notó cómo el hueso se rompía bajo el tacón de la bota. El hombre se desplomó con un grito hacia adentro. A continuación pegó un rodillazo a Rowley en la entrepierna y trató de sacar los ojos al hombre de la izquierda.

De ese modo consiguió un hueco, por el que echó a correr, pero otro de sus atacantes le agarró el pelo por detrás y tiró violentamente de ella. Kahlan giró y le golpeó en los costados con los codos. Más hombres se acercaban.

Fue el último golpe que pudo dar. Los hombres le inmovilizaron los brazos. Uno de ellos le propinó un tremendo puñetazo en el vientre. Kahlan supo al instante que ese golpe le había hecho algo terrible. Otro puñetazo, en la cara, y luego otro la aturdieron. Se quedó sin aliento. Ya no distinguía lo que estaba arriba o abajo. No podía respirar. Quiso taparse la cara, pero no conseguía mover los brazos. Volvió a lanzar un grito ahogado al recibir más golpes en el vientre. Otros la golpeaban en la cabeza y la sacudían de un lado al otro. Kahlan trató de tragar la sangre que tenía en la boca para no ahogarse. Oía a sus atacantes gruñir como una jauría de perros y resoplar por el esfuerzo de la paliza. El intenso pánico de saberse desvalida se apoderó de ella.

Seguían lloviéndole los golpes. Kahlan colgaba indefensa de brazos de sus atacantes. El dolor era atroz. Lentamente fue cayendo al suelo por efecto de los puñetazos.

Una oscuridad semejante a la muerte la engulló. Entonces el dolor se fue alejando hasta dejar de existir, mientras la paz misericordiosa de la Luz la envolvía.

Richard paseaba por el campo de trigo bañado por la luz de la luna. Aún seguía aturdido. La situación era un verdadero lío. Se sentía como si le hubieran cargado tantas cosas encima que no pudiera respirar. No sabía qué hacer. Los repiques, la Orden Imperial... Nada le salía como él quería.

No obstante, todo el mundo dependía de él tanto si lo sabían como si no. Los habitantes de la Tierra Central contaban con él para repeler a la Orden Imperial. Los d'haranianos dependían de él para que los guiara. Los repiques representaban un peligro para todos y cada día que pasaba eran más fuertes.

Por si todo eso no fuera suficiente, después de haber trabajado tanto y haberse sacrificado por los anderianos, éstos lo habían rechazado. Era apabullante.

Aunque lo peor de todo era que Kahlan y él tenían que anteponer todo eso a un hijo. Richard estaba dispuesto a arriesgarse a sufrir la ira de Shota si Kahlan también lo estaba. Sabía perfectamente el peligro que podría representar un hijo, pero estaba dispuesto a luchar por el derecho a tener el futuro que ellos mismos eligieran. No obstante, ¿cómo podían preocuparse justo entonces por un hijo, cuando los repiques y la Orden pretendían aniquilar el mundo sin ninguna piedad? Si a eso se le añadía la amenaza de Shota, sería una locura. Kahlan también lo comprendía, aunque Richard sabía que para ella era muy duro poner el deber por delante de todo lo demás.

Si no cumplían con su deber, el mundo caería víctima de la tiranía de Jagang, caería en la esclavitud. Eso si los repiques no los mataban antes a todos. Lo principal era detener a los repiques. Solamente él era responsable de que camparan a sus anchas por el mundo de los vivos. Por tanto, también era responsabilidad suya expulsarlos de allí.

Aunque adivinara lo que Joseph Ander había hecho, aún tendrían que preocuparse de Jagang antes de pensar en tener un hijo. Kahlan lo entendía. Richard daba las gracias a los buenos espíritus por lo único bueno de su vida: Kahlan.

De pronto se dio cuenta de que debía de estar cerca de Fairfield. Tenía que volver. Kahlan estaría inquieta y ya tenía suficientes preocupaciones. Ojalá que el hecho de no tener un hijo en seguida no la alterara demasiado.

Al dar media vuelta le pareció que oía algo. Se irguió y prestó atención. Había estado tan absorto en sus reflexiones que ignoraba desde cuándo se oía ese ruido. El joven ladeó la cabeza para oír mejor. Era un ruido extraño, como de golpes amortiguados.

Sin detenerse a pensar, echó a correr hacia el sonido. Cuando estuvo más cerca se dio cuenta de que lo que oía eran hombres gruñendo por el esfuerzo, jadeando, empleándose a fondo.

Richard irrumpió entre ellos. Era una banda de hombres que golpeaban a alguien en el suelo. Cogió a uno de los atacantes por el pelo y lo apartó violentamente. Debajo del hombre vio un cuerpo ensangrentado; un pobre desgraciado al que estaban dando una paliza de muerte.

Reconoció al hombre que había atrapado. Era uno de los mensajeros, un tal Rowley, creía recordar. Tenía una mirada salvaje y feroz.

Al ver que era Richard, inmediatamente Rowley se le lanzó al cuello al tiempo que gritaba.

—¡A por él!

Richard pasó rápidamente el otro brazo alrededor del cuello de Rowley, le asió la barbilla y tiró hacia atrás, de forma que le rompió el cuello. El mensajero se desplomó sin vida.

Otro hombre fue hacia Richard. Su peor error fue tomar impulso hacia adelante, pues se estrelló de cara contra la base de la palma de Richard.

Aún no había terminado de caer encima de Rowley cuando Richard cogió a otro por el pelo rojo, lo arrastró hacia él, alzó una rodilla y le dio un rodillazo en la mandíbula. El tipo, con la mandíbula rota, se tambaleó hacia atrás.

Todos los hombres se habían levantado ya. Richard supo que no tardaría en reunirse con el cuerpo en el suelo. Tenía la ventaja de que sus rivales estaban cansados por el esfuerzo. El inconveniente era que lo superaban en número y que estaban sedientos de sangre, como enloquecidos.

Justo cuando se disponían a abalanzarse sobre Richard, vieron algo y se dispersaron. Richard giró sobre sus talones y vio a los maestros de armas baka tau mana aparecer de improviso entre la oscuridad, blandiendo sus espadas en el aire nocturno.

Lo debían de haber seguido cuando decidió dar un paseo solo. Él no había reparado en su presencia. Mientras los maestros de armas perseguían a la turba, Richard se arrodilló junto al cuerpo tendido en el trigo pisoteado.

Fuese quien fuese, estaba muerto.

Se puso de pie con un suspiro de pesar. Miraba fijamente la forma rota que poco antes era una persona. Era un modo horrible de morir.

Si hubiese estado más cerca o hubiese llegado antes, los podría haber detenido. De repente decidió alejarse; no tenía estómago para seguir mirando ese cuerpo ensangrentado, ni los otros.

No había dado más que unos pasos cuando un pensamiento lo hizo pararse. Se dio media vuelta y miró. La idea le daba escalofríos, pero entonces pensó: ¿y si se tratara de alguien que me importara? ¿Acaso no querría que quien lo encontrara tratara de hacer lo posible por salvarlo? Él era el único que podía ayudar. No había nadie más. Valía la pena intentarlo. La persona ya estaba muerta, así que no se perdería nada.

Regresó corriendo y se arrodilló de nuevo junto al cuerpo. Ni siquiera podía distinguir si era hombre o mujer, aunque supuso que era un hombre porque vestía pantalones. Le puso una mano bajo el cuello, limpió parte de la sangre que le cubría los labios hinchados y cortados y puso sus labios encima.

Recordó lo que Denna le hacía cuando se hallaba al borde de la muerte, y lo que Cara había hecho a Du Chaillu.

Insufló aire en ese cuerpo muerto. Entonces apartó la boca y trató de escuchar el aire que salía. Insufló otra vez aire, y otra, y otra más.

Aunque tan sólo llevaba unos minutos arrodillado junto al cuerpo, dándole el aliento de la vida, confiando contra toda esperanza en que el alma de ese pobre desgraciado aún no hubiera abandonado el cuerpo, a él le parecían horas. Rezó a los buenos espíritus que lo ayudaran.

Deseaba con todas sus fuerzas que algo bueno saliera de su experiencia a manos de Denna, la mord-sith. Sabía que Denna quería que su legado fuese vida. Cara había logrado devolver a Du Chaillu a la vida, y demostró de ese modo que las mord-sith eran capaces de algo más que solamente quitar vidas.

Nuevamente suplicó fervientemente a los buenos espíritus que lo ayudaran, que no se llevaran todavía el alma de esa persona.

Con un grito ahogado, la víctima de la paliza volvió a la vida.

Alguien se acercaba. Richard levantó la vista y vio a dos maestros de armas que trotaban de regreso. No necesitaba preguntar si habían tenido éxito. Esa banda de jóvenes ya no asesinaría a nadie más.

Otra persona se acercaba también. Era un caballero de mediana edad vestido con ropa oscura. Corría hacia Richard con un apremio fruto del temor.

Lo que vio lo dejó pasmado.

—Por todos los espíritus, otro no.

—¿Otro? —preguntó Richard.

El hombre cayó de hinojos. Parecía que no oía a Richard. Tomó una mano ensangrentada y se la llevó a la mejilla.

—Gracias al Creador —susurró, y alzó la mirada hacia Richard—. Tengo un carruaje justo allí, en la carretera —dijo señalando—. Ayudadme a meter a este pobre infeliz en el carruaje y lo llevaremos a mi casa.

—¿Dónde vivís?

—Fairfield —contestó el hombre mientras observaba cómo los maestros de armas levantaban cuidadosamente y con ternura a la persona inconsciente pero que aún respiraba.

—Bueno, supongo que está bastante más cerca que mi campamento —dijo Richard limpiándose la sangre de la boca.

Entonces le ofreció ayuda, pero el hombre rechazó el brazo que pretendía ayudarlo a ponerse en pie.

—En ese caso, ¿sois lord Rahl?

Richard asintió. El hombre se detuvo, cogió su mano y se la estrechó.

—Lord Rahl, es un honor conoceros, aunque sea en estas circunstancias. Me llamo Edwin Winthrop.

Richard le dio un fuerte apretón de manos.

—Encantado, maese Winthrop.

—Llamadme Edwin, os lo ruego. Lord Rahl, esto es terrible —añadió cogiéndolo por los hombros—. Mi amada esposa, Claudine...

Edwin rompió a llorar. Richard lo sujetó suavemente por los brazos para evitar que se derrumbara.

—Mi amada esposa, Claudine, fue asesinada justo de esta manera. Recibió una paliza de muerte en esta misma carretera.

—Lo siento mucho. —Por fin Richard comprendía la reacción de Edwin.

—Dejad que ayude a este pobre desgraciado. Nadie estaba aquí para ayudar a mi Claudine como vos habéis ayudado a esta persona. Por favor, lord Rahl, permitidme ayudar.

—Llámame Richard, Edwin. Estaré encantado de que me ayudes.

Richard observó cómo Jiaan y los demás maestros de armas cargaban a la persona en el carruaje con mucho cuidado.

—Quiero que tres de vosotros vayáis con Edwin. Es posible que el responsable de esto, sea quien sea, lo vuelva a intentar.

—No queda nadie que informe de su fracaso —arguyó Jiaan.

—Lo sabrán más pronto o más tarde. —Richard se dirigió a Edwin—. No digas nada de esto a nadie o correrás peligro. Es posible que vuelvan para acabar el trabajo.

Edwin asintió mientras subía al carruaje.

—Tengo un médico de toda confianza que es amigo mío de toda la vida.

Richard y dos de los maestros de armas regresaron al campamento en silencio por la solitaria carretera. Previamente habían expresado su absoluta convicción de que Richard desterraría a los repiques que habían tratado de matar a su guía espiritual. Richard no tenía valor para decirles que no estaba más cerca de conseguirlo entonces que cuando se encontraron en la llanura.

Casi todo el campamento dormía. Richard no estaba de humor para hablar con los oficiales ni con los centinelas. Pensaba en Joseph Ander y en los repiques.

No encontró a Kahlan en la tienda. Probablemente estaba con Du Chaillu. Con el paso de los días la chamán agradecía cada vez más la compañía de Kahlan, el consuelo de tener la compañía de otra mujer. Ya faltaba poco para tener el bebé.

Richard cogió el libro de viaje de Joseph Ander, una lámpara y se dirigió a una tienda que los oficiales utilizaban para trazar planes. Quería seguir traduciendo el libro sin impedir que Kahlan durmiera cuando regresara. Richard sabía que si se quedaba trabajando en su tienda, Kahlan querría quedarse despierta con él, y eso no era necesario.

32

Richard estaba tratando de traducir un pasaje muy enrevesado y confuso, intentando hallar la salida del laberinto de posibles significados, cuando Jiaan entró sigilosamente en la tienda. Los soldados pedían antes permiso; los maestros de armas suponían que tenían permiso para ir a donde gustaran. Comparado con la manera formal de tratarlo de los soldados, la actitud de los maestros de armas resultaba refrescante.

—*Caharin*, tienes que acompañarme. Me envía Du Chaillu.

Richard se levantó de un salto.

—¿El bebé? ¿Ya llega el bebé? Voy a buscar a Kahlan. Vamos.

—No. —Jiaan lo contuvo poniéndole una mano sobre el hombro—. No es tu hijo. Du Chaillu me ha enviado a buscarte y ha dicho que vayas solo.

—¿No quiere que vaya a buscar a Kahlan?

—No, *Caharin*. Por favor, haz lo que te pide nuestra guía espiritual, tu esposa.

Richard nunca había visto una mirada de preocupación como ésta en los ojos oscuros de Jiaan. Por lo general Jiaan era un guerrero firme como una roca. Richard le invitó con un gesto de la mano a que pasara delante.

Para su sorpresa, faltaba poco para el amanecer. Había estado trabajando toda la noche. Ojalá que Kahlan estuviera dormida; si no, le reñiría por no haber descansado.

Jiaan tenía dos caballos ensillados que los esperaban. Richard se sobresaltó. Jiaan prefería correr antes que montar, a no ser que Du Chaillu le obligara a montar, lo cual no ocurría casi nunca.

—¿Qué está pasando? —preguntó Richard señalando la tienda de Du Chaillu—. ¿No me has dicho que Du Chaillu quiere verme?

—Está en la ciudad —contestó Jiaan mientras montaba.

—¿Qué se le ha perdido en Fairfield? Dudo que allí esté segura. Han puesto a la gente contra nosotros.

—Por favor, *Caharin*, ven conmigo. De prisa.

Richard montó de un salto.

—Por supuesto. Lo siento, Jiaan. Vámonos.

Richard comenzaba a temer que los habitantes de Fairfield amenazaran a Du Chaillu. Todo el mundo sabía que la baka tau mana estaba con Richard y Kahlan. De hecho, todo el mundo sabía que Du Chaillu era su esposa.

Espoleó el caballo. La angustia le atenazaba las entrañas.

La puerta de una casa oculta entre árboles se abrió. Edwin se asomó afuera. Richard, que para entonces ya estaba alarmado, se relajó un poco. Seguramente la persona que había salvado no iba a sobrevivir de ésta, y querían que la viera antes de morir, pues había sido él quien le había insuflado el aliento de la vida.

Lo que no comprendía era qué hacía Du Chaillu allí, pero supuso que debía de sentirse vinculada a esa persona, ya que también ella había vuelto a la vida de la misma manera.

Un preocupado y asustado Edwin los guió por corredores y habitaciones en perfecto orden. En la mansión reinaba una atmósfera de vacío, silencio y tristeza. Sabiendo que la esposa de Edwin había muerto asesinada, era de esperar.

Por fin llegaron a una habitación situada al fondo de un pasillo corto y apenas iluminado. La puerta estaba cerrada. Jiaan llamó suavemente y después se alejó junto con el abatido Edwin.

Antes de irse, Edwin cogió a Richard por la manga.

—Estoy aquí para cualquier cosa que necesites, Richard.

Richard hizo un gesto afirmativo y dejó que Jiaan se lo llevara. La puerta se abrió. Du Chaillu asomó la cabeza. Al ver que se trataba de Richard, salió y lo empujó suavemente hacia atrás poniéndole una mano en el pecho.

—Richard, tienes que escucharme —le dijo sin apartar la mano que lo contenía—. Tienes que escucharme muy atentamente y no perder la cabeza.

—¿Perder la cabeza? ¿Por qué?

—Richard, por favor, esto es importante. Tienes que escucharme y hacer lo que te diga. Prométemelo.

Richard notó que palidecía.

—Te lo prometo, Du Chaillu. ¿Qué pasa?

Du Chaillu se arrimó a él. Una mano la tenía aún sobre su pecho, y la otra la colocó encima de un brazo de Richard.

—Richard, la persona que encontraste... era Kahlan.

—Imposible. La hubiera reconocido.

Du Chaillu tenía los ojos anegados de lágrimas.

—Richard, por favor, no sé si sobrevivirá. Tú la trajiste de nuevo, pero no sé si... si quería que vinieses a verla.

—Pero... —A Richard le costaba mucho trabajo respirar, y más aún pensar—. Pero yo la habría reconocido. Du Chaillu, debes de estar equivocada. Habría sabido que era Kahlan.

—Richard, yo no me di cuenta hasta que limpié parte de...

Richard fue hacia la puerta. Du Chaillu lo empujó hacia atrás.

—Me lo has prometido. Me has prometido que escucharías.

Pero Richard apenas la oía. No podía pensar. Lo único que podía ver era el cuerpo roto y cubierto de sangre tendido en el campo de trigo. No podía creer que fuese Kahlan.

—Du Chaillu, por favor, no me hagas esto. Por favor te lo pido, no me hagas esto.

Du Chaillu le zarandó el brazo.

—Tienes que ser fuerte, o Kahlan no tendrá ninguna oportunidad. Por favor, no te enfades conmigo.

—¿Qué necesitas? Dilo. Dilo, Du Chaillu. —A Richard se le escapaban las lágrimas—. Por favor, dime qué necesitas.

—Necesito que me escuches. ¿Me estás escuchando?

Richard asintió. No estaba seguro de lo que le había preguntado, pero asintió de todos modos mientras las ideas se le agolpaban en la cabeza. Él podía curarla. Él tenía magia. Pero la magia curativa era Magia de Suma, y los repiques habían robado esa magia.

Du Chaillu lo zarandó de nuevo.

—¿Richard?

—Lo siento. ¿Qué? Te estoy escuchando.

Finalmente Du Chaillu ya no pudo sostenerle la mirada por más tiempo.

—Kahlan ha perdido el niño.

Richard parpadeó.

—En ese caso te equivocas. No puede ser Kahlan.

Du Chaillu clavó la vista en el suelo e inspiró profundamente.

—Kahlan estaba embarazada. Me lo dijo cuando estábamos en ese lugar en el que leíste las cosas del tal Ander.

—¿Arroyo Oeste?

—Eso es. Antes de que vosotros dos subieseis solos a la montaña con los caballos me lo dijo. Me hizo prometer que le guardaría el secreto. Sólo me dijo que era una historia muy larga. Creo que ahora tienes derecho a que rompa esa promesa.

»Kahlan ha perdido el niño.

Richard cayó al suelo y rompió a llorar desconsoladamente. Du Chaillu lo abrazó.

—Richard, comprendo tu dolor, pero así no vas a ayudarla.

De algún modo Richard logró detener el llanto y se recostó contra la pared, confuso y aturdido, esperando que Du Chaillu le dijera cómo podía ayudar a Kahlan.

—Tienes que detener a los repiques.

Richard se puso de pie precipitadamente.

—¿Qué?

—Si tuvieras tu magia, podrías curarla.

Entonces todo encajó. Tenía que detener a los repiques. Eso era todo. Sólo tenía que acabar con los repiques y después curar a Kahlan.

—Richard, cuando estábamos en ese lugar donde Kahlan me dijo que esperaba un hijo... —La palabra «hijo» sobresaltó de nuevo a Richard. Se dio cuenta de que Kahlan iba a tener un hijo y él no lo había sabido, y ese hijo ya no existía... Arroyo Oeste... Richard, escúchame. La gente de allí dijo que un vendaval terrible, la lluvia y el fuego habían destruido casi todo lo que perteneció a ese hombre.

—Sí, creo que fueron los repiques.

—Los repiques lo odiaban. Para poder derrotar a los repiques debes albergar ese mismo odio en tu corazón. Así podrás recuperar tu magia y salvar a Kahlan.

Richard pensaba a toda velocidad. Los repiques odiaban a Joseph Ander. ¿Por qué? No porque Joseph Ander los hubiera enviado de nuevo al inframundo. En vez de hacer eso, el mago Ander los había esclavizado para que lo sirvieran. De algún modo el Dominie Dirtch estaba relacionado con lo que hizo.

Cuando Richard y Kahlan liberaron a los repiques, éstos se vengaron de Joseph Ander destruyendo algunas de sus pertenencias. Pero ¿por qué justamente las de Arroyo Oeste y no las que se guardaban en la Biblioteca de Anderith?

En su cabeza resonaron las palabras de Joseph Ander.

«Al final he llegado a la conclusión de que debo rechazar tanto al Creador como al Custodio. En vez de ellos he creado mi propia solución, mi propio renacimiento y muerte, una solución para proteger al mismo tiempo a mi gente para siempre. Así pues, adiós, pues voy a depositar mi alma en aguas agitadas y así vigilar por toda la eternidad aquello que he forjado con tanto esfuerzo, y que ahora está a salvo e inviolado.»

Aguas agitadas. Finalmente Richard entendió lo que Joseph Ander había hecho.

—Debo irme. Du Chaillu, debo irme. —Richard la asió con fuerza por los hombros—. Por favor, mantenla viva hasta que regrese. ¡Debes hacerlo!

—Richard, haremos lo que podamos. Te doy mi palabra de esposa.

—¡Edwin!

El hombre apareció por el pasillo arrastrando los pies.

—Sí, Richard. ¿Qué puedo hacer? Dilo.

—¿Puedes ocultar a estas personas aquí? Mi esposa... —Richard tuvo que tragar saliva para mantener el control—. ¿Puedes ocultar a Kahlan aquí? ¿Y a Du Chaillu y sus cinco maestros de armas?

Edwin dibujó un amplio arco con un brazo, para abarcar así su hogar.

—Es una casa muy grande. Hay mucho espacio. Nadie sabrá quién hay. Tengo muy pocos amigos, pero son amigos a los que les confiaría mi vida.

Richard le estrechó la mano.

—Gracias, Edwin. A cambio, cuando vuelva te pediré que abandones tu hogar.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque la Orden Imperial se acerca.

—¿No vas a detenerlos?

—¿Cómo? —preguntó Richard con gesto de impotencia—. Y sobre todo, ¿por qué? Los anderianos han rechazado la oportunidad que les ofrecía. Edwin, ellos asesinaron a tu esposa igual que han tratado de asesinar a la mía. ¿Quieres que arriesgue la vida de buenas personas para preservar su bienestar?

—No, supongo que no. Pero algunos de nosotros estamos de tu lado, Richard. Algunos lo intentamos.

—Lo sé. Y por eso te aviso. Avisa tú a tus amigos de que se marchen mientras puedan. Hoy mismo ordenaré la retirada de mis hombres del país. La Orden Imperial estará aquí en dos semanas.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Tal vez ocho días, como máximo. Me dirijo al páramo situado por encima del valle Nareef.

—Un lugar desagradable.

Richard asintió.

—No sabes hasta qué punto.

—La Madre Confesora estará bien cuidada con nosotros.

—¿Tienes barriles, Edwin?

El hombre frunció el entrecejo.

—Sí, abajo en la bodega.

—Llénalos de agua y acumula comida. En pocos días ni el agua ni ningún alimento será seguro.

—¿Por qué?

Richard apretó los dientes.

—Jagang viene a Anderith buscando comida. Voy a darle un buen dolor de barriga, como mínimo.

—Richard —dijo Du Chaillu en voz baja mirándole a los ojos—. No estoy segura de si... ¿Quieres verla antes de irte?

—Sí. Por favor —contestó Richard armándose de valor.

Richard hizo todo el trayecto de regreso al campamento al galope. No dio tregua al pobre caballo, pues pensaba coger otro en el campamento. Al llegar, pensó que el capitán Meiffert había puesto a las tropas en estado de máxima alerta; había doblado los centinelas y los había apostado más lejos de lo habitual. Sin duda los baka tau mana le habían informado de que tenían problemas.

Ojalá que el capitán Meiffert no le preguntara por Kahlan. No creía ser capaz de contenerse si tenía que hablarle de su estado, si tenía que describir cómo había visto a Kahlan en esa cama.

Incluso sabiendo que era ella, apenas la había reconocido. Era una imagen que iba mucho más allá del horror. Se le rompió el corazón. Richard nunca se había sentido tan solo en el mundo ni había experimentado una angustia tan grande.

Pero no se dejó vencer, sino que luchó por centrarse en la tarea que lo esperaba. Si quería ayudar a Kahlan, tenía que dejar de pensar en ella. Aunque sabía que era imposible, trató de pensar únicamente en Joseph Ander y en lo que tenía que hacer.

Era preciso recuperar la magia para curarla. Richard estaba dispuesto a todo para aliviar el sufrimiento de Kahlan. Afortunadamente ella no estaba consciente.

Si bien Richard creía adivinar lo que Joseph Ander había hecho, no tenía ni la más mínima idea de cómo neutralizarlo. No obstante, aún le quedaban algunos días para reflexionar sobre ello.

Todavía conservaba su Magia de Resta. Ya la había usado antes, pese a que apenas entendía cómo funcionaba. Nathan, un profeta y antepasado de Richard, una vez le dijo que su don era diferente al don de otros magos, porque él era un mago guerrero. Por tanto, su poder nacía de la necesidad y debía ser invocado a través de la furia.

En esos momentos Richard tenía una gran necesidad y furia suficiente para abastecer a diez magos.

De pronto cayó en la cuenta de que Joseph Ander había actuado asimismo impelido por la necesidad; había creado lo que necesitaba. Aunque Richard comprendía eso, no veía en qué podría ayudarlo.

El capitán Meiffert saludó golpeándose el pecho cubierto de cuero con una mano, mientras Richard desmontaba del caballo.

—Capitán, necesito un caballo fresco. De hecho, será mejor que me lleve tres. Debo irme. —Richard se presionó la frente con los dedos tratando de pensar—. Ordenad a los hombres que recojan el equipo. Tan pronto como regresen todos de supervisar la votación os quiero fuera de aquí.

—¿Adónde vais, lord Rahl, si se me permite preguntarlo?

—Vos y vuestros hombres regresáis junto al general Reibisch. Yo no os acompañaré.

El capitán siguió a Richard, que fue a recoger sus pertrechos y los de Kahlan. Mientras lo seguía iba dando órdenes a varios de sus hombres para que llevaran caballos frescos y provisiones para lord Rahl. Richard dijo a uno de los soldados que le proporcionaran las mejores monturas, pues el trayecto sería largo y duro. El soldado corrió a cumplir las órdenes.

El capitán esperó fuera mientras Richard entraba en la tienda. Richard comenzó a recoger las pertenencias de ambos. Al encontrarse con el vestido blanco de la Madre Confesora, las manos empezaron a temblarle y cayó de hinojos, vencido por el dolor.

Solo en la tienda rezó como nunca, suplicando a los buenos espíritus que lo ayudaran. A cambio les prometió lo que ellos quisieran. Entonces recordó que lo único que podía hacer era desterrar a los repiques para curar a Kahlan, por lo que acabó de recoger lo más rápidamente posible.

—Capitán, quiero que vos y vuestros hombres regreséis junto al general Reibisch lo antes posible.

—¿Y el Dominie Dirtch? Por los informes que hemos recibido de las unidades de guardias especiales anders, creo que tendremos problemas. ¿Será seguro cruzar el Dominie Dirtch?

—No. Basándome en los informes sospecho que esos guardias son hombres de la Orden Imperial. Vuestras órdenes son escapar. Si alguien trata de deteneros, matadlo y seguid adelante.

»Si, como sospecho, la Orden ha tomado el Dominie Dirtch, podemos aprovecharnos de su punto débil, que es que están desplegados a lo largo de un territorio muy amplio y son inferiores a vosotros en fuerza.

»Actuad pensando que tropas de la Orden Imperial manejan ahora el Dominie Dirtch. Concentrad vuestras fuerzas en una carga de la caballería y perforad su línea. Como controlan el Dominie Dirtch, probablemente no ofrecerán mucha resistencia, pues creerán que podrán mataros cuando paséis.

El capitán parecía preocupado.

—Entonces..., ¿creéis que para entonces ya habréis neutralizado esas armas de piedra, lord Rahl? ¿Anularéis su magia?

—Eso espero. Pero tal vez no. Sólo por si acaso quiero que vos y todos vuestros hombres os tapéis los oídos, y también los de los caballos, con cera, algodón o tela. Tapáoslos de manera que no oigáis nada hasta que os hayáis alejado lo suficiente.

—¿Creéis que eso nos protegerá?

—Sí.

Richard creía comprender cómo funcionaba el Dominie Dirtch. Du Chaillu les había explicado que antes de ahogarse había oído los repiques de la muerte. Joseph Ander necesitaba una manera para controlar y enfocar el poder destructor de los repiques. Les dio la respuesta en lo que había creado.

—El Dominie Dirtch es una serie de campanas. Y son campanas por una razón: para que se oigan. Si no las oís, no podrán haceros ningún daño.

El capitán carraspeó.

—Lord Rahl, no pretendo cuestionar vuestro conocimiento de la magia, pero ¿de veras creéis que un arma tan destructiva puede vencerse tan fácilmente?

—Ya se hizo antes. Creo que a los hakens que invadieron Anderith se les ocurrió la misma solución y lograron atravesar la línea del Dominie Dirtch.

—Pero, lord Rahl...

—Capitán, yo soy la magia contra la magia. Confiad en mí. Funcionará. Vos sois el acero; dejadme a mí la magia.

—Sí, lord Rahl.

—Cuando hayáis pasado, dirigíos hacia donde está el general Reibisch. Decidle que ordeno que retroceda. Es importante.

—¿Qué? ¿Ahora que sabéis cómo atravesar el Dominie Dirtch no queréis que el general entre en Anderith?

—Todos los Dominie Dirtch serán destruidos. No puedo permitir que Jagang se oculte tras ellos, pero tampoco quiero que nuestras fuerzas entren en el país. Jagang viene a Anderith buscando comida para su ejército. Me propongo estropear parte de esa comida.

»Decid al general que ordeno que proteja las rutas del norte hacia la Tierra Central. Si se queda en la llanura, no tendrá ninguna posibilidad contra la Orden Imperial. Son demasiados. Tendremos más oportunidades de impedir que Jagang avance hacia el resto de la Tierra Central si luchamos a nuestro modo, no al de Jagang.

—Sí, señor. Un consejo sabio.

—Debería serlo; es un consejo del general Reibisch. Espero poder reducir el número de fuerzas de la Orden. Decid al general que use su criterio.

—¿Y vos, lord Rahl? ¿Dónde podré encontraros?

—Decidle que se preocupe por sus hombres, no por mí. Yo... no estoy seguro de dónde estaré. Reibisch sabe qué hacer. Por eso es general. Él sabe mejor que yo cómo se lleva un ejército.

—Sí, señor. El general es un buen hombre.

—Una cosa más —dijo Richard alzando un dedo para dar más énfasis a sus palabras—. Es muy importante. Quiero que tanto vos como Reibisch obedezcáis esta orden.

»Los anderianos han elegido. No quiero que ni uno solo de nuestros hombres levante un dedo para ayudarlos. No quiero que ninguno de nuestros soldados derrame su sangre por esta gente. ¿Entendido? ¡Ninguno!

El capitán palideció y retrocedió un paso.

—Ni una sola gota de nuestra sangre —repitió Richard recalcando cada palabra.

—Sí, señor. Le transmitiré al general vuestras palabras exactas.

—Son órdenes. —Richard montó—. Y espero que se cumplan. Todos son buenos hombres, capitán Meiffert. Quiero que un día regreséis junto a vuestras familias. No permitiré que muráis por nada.

El capitán lo saludó golpeándose el corazón con un puño.

—Eso esperamos también nosotros, lord Rahl.

Richard le devolvió el saludo y abandonó por última vez ese campamento al trote. Iba a cumplir su deber final.

33

—Querida, ya he llegado —saludó Dalton hablando en dirección al dormitorio.

Había mandado ya a sus aposentos una botella de vino junto con una bandeja del plato favorito de Teresa: crías de conejo asadas con salsa de vino tinto. Maese Drummond se había mostrado encantado de poder conservar su empleo accediendo a una petición tan poco usual.

Los aposentos estaban iluminados con gran cantidad de velas perfumadas. Las cortinas se habían corrido, y todos los sirvientes se habían retirado.

Los amos querían estar solos.

Teresa lo recibió en el dormitorio con una copa de vino y una sonrisa.

—Oh, amor mío, me alegro tanto de que hayas llegado pronto esta noche. Llevo todo el día pensando en ti.

—Y yo en ti —repuso Dalton con su mejor sonrisa.

Teresa lo miró pícaramente.

—Tengo tantas ganas de demostrarte lo mucho que te quiero y de agradecerte que seas tan comprensivo respecto a mi deber hacia el Soberano.

Dalton le quitó delicadamente el salto de cama de seda de los hombros y le besó la piel desnuda. Teresa se rió cuando los besos de Dalton le alcanzaron el cuello e hizo un esfuerzo muy poco convincente para frenarlo.

—Dalton, ¿no te apetece un poco de vino? —le preguntó encorvando la cabeza contra la cara del hombre.

—Lo que me apetece eres tú —contestó Dalton en tono íntimo y gutural—. Hace demasiado tiempo.

—Oh, Dalton, lo sé. Te he echado tanto de menos.

—Demuéstralo —la provocó él.

Teresa rió nuevamente. Dalton no dejaba de besarla.

—Vaya, pero ¿qué te ha pasado, Dalton? —gimió Teresa—. Sea lo que sea, me gusta.

—Tess, mañana me tomaré el día libre. Quiero hacerte el amor toda la noche y todo el día de mañana.

Ella respondió a sus avances mientras Dalton la guiaba hacia el enorme lecho con postes de hierro forjado semejantes a las columnas plantadas en el exterior de la Oficina de Concordia Cultural. Era el lecho que pertenecía al Ministro de Cultura junto con todo lo demás en esos aposentos realmente magníficos.

En el pasado todo ese esplendor le habría causado un gran placer. El placer de lo que había conseguido, de lo que había alcanzado, de lo lejos que había llegado.

—Por favor, Dalton, no te decepciones: Bertrand me espera mañana por la tarde.

Dalton se encogió de hombros mientras la tendía delicadamente en la cama.

—Bueno, tenemos esta noche y mañana por la mañana. ¿No te parece?

—Pues claro, amor mío —respondió ella con una sonrisa radiante—, Oh, Dalton, me alegro tanto de que entiendas que el Soberano me necesita.

—Claro que lo entiendo, querida. Te sonará extraño pero, en cierto modo, me parece... excitante.

—¿De veras? —Teresa le dedicó su habitual sonrisa pícara—. Me gusta la idea. Que te excites, quiero decir.

Lo miró mientras Dalton le abría el salto de cama y le besaba los pechos. Finalmente levantó la cabeza para respirar.

—Saber que el Soberano en persona ha elegido a mi esposa, a mi hermosa Tess, porque el Creador se lo ha dicho, es el mayor cumplido para un ander leal.

—Dalton —dijo ella sin aliento por los besos y las caricias—, nunca te había visto de este modo. Me gusta —afirmó atrayéndolo hacia ella—. Me gusta mucho. Ven aquí y deja que te demuestre cuánto me gusta.

»Bertrand también se alegra. Me ha dicho que le gustaba tu actitud. También él lo encuentra excitante.

—Todos necesitamos un Soberano que nos guíe hacia el futuro y que nos transmita la palabra del Creador. Me alegro mucho de que tú puedas ayudar al Soberano a aliviar las tensiones que sufre.

Teresa jadeaba.

—Sí, Dalton, lo hago. Es tan... no sé, es tan maravilloso realizar una misión tan elevada.

—¿Por qué no me cuentas todos los detalles mientras hacemos el amor? Me encantaría oírlo.

—Oh, Dalton, me alegro tanto.

Dalton se tomó un par de días para recuperarse después de estar con Tess. Había sido una experiencia que antes habría calificado como la culminación de su existencia. Antes habría sido una fuente de gozo.

Pero, después de esa experiencia, necesitaba apartarse de Tess varios días a fin de alcanzar el estado de necesidad extrema que le permitiría llevar a cabo el paso siguiente.

No vio a nadie en el pasillo en el que se encontraban los aposentos y las oficinas de Hildemara. Bertrand ocupaba el ala opuesta, donde Teresa le aliviaba las tensiones de su alto cargo. Dalton se había asegurado de que Teresa estaría con Bertrand. Pensar en ello le ayudaría a centrarse en la labor.

El Soberano y su esposa procuraban evitarse, y por esa razón ocupaban alas opuestas del edificio.

No obstante, Hildemara lo visitaba de vez en cuando. Sus riñas a gritos eran legendarias entre el servicio. Un día Bertrand apareció con un corte encima del ojo. Normalmente esquivaba los objetos que Hildemara le arrojaba, pero en esa ocasión lo había pillado con la guardia baja.

Debido en parte a la popularidad de Hildemara y, sobre todo, por las peligrosas relaciones de ésta, Bertrand no se atrevía a hacerle frente, a contrariarla, ni a eliminarla. Hildemara le había advertido que si moría repentinamente por causas naturales o no tan naturales, él no tardaría en seguirla a la tumba.

Era una amenaza que Bertrand no se tomaba a la ligera. Normalmente se limitaba a evitar a su mujer, pero en algunas ocasiones su afición al riesgo lo impulsaba a hacer comentarios estúpidos o a avergonzarla de un modo u otro. Entonces Hildemara iba por él, sin importarle dónde estuviera: en la cama, en el excusado o reunido con acaudalados banqueros. Por lo general Bertrand evitaba tener líos con ella, aunque a veces la provocaba.

Era una relación que funcionaba desde hacía muchos años, estando juntos pero separados, y que había dado como fruto una hija por la que ninguno de los dos se preocupaba. Dalton sólo la había visto cuando la sacaron del internado para que apareciera junto a sus padres en los discursos públicos en los que censuraban los horrores de un indiferente lord Rahl y de la Madre Confesora.

El pueblo había rechazado a lord Rahl y la Madre Confesora estaba... bueno, Dalton no estaba seguro de lo que había sido de ella, aunque seguramente había muerto. Le había costado algunos hombres, pero en la guerra siempre había pérdidas. Si era preciso, los reemplazaría.

Serin Rajak también había muerto de resultas de una infección terrible que convirtió su rostro ciego en una masa purulenta. Dalton no lamentaba su muerte. Según sus seguidores, Serin Rajak había tenido una muerte lenta y dolorosa. No, Dalton no lo lamentaba en absoluto.

Hildemara abrió la puerta personalmente. A Dalton le pareció un buen augurio. Llevaba un vestido más atrevido de lo habitual. Otro buen augurio, pensó Dalton, pues Hildemara lo esperaba.

—Dalton, qué amable por tu parte que hayas venido a visitarme. Me preguntaba cómo te iban las cosas. Hace tiempo que tenemos una conversación pendiente. ¿Bueno? ¿Cómo estás desde que sabes que tu mujer está sirviendo a las necesidades de nuestro Soberano?

Dalton se encogió de hombros.

—He encontrado la manera de sobreponerme.

Hildemara sonrió como un gato que ve un ratón.

—Ah... ¿y por eso los encantadores regalos?

—Son para daros las gracias por... ¿Puedo pasar?

Hildemara abrió más la puerta. Dalton entró y contempló una opulencia sin medida. Era la primera vez que entraba en los aposentos privados del Soberano y su esposa.

Desde luego Teresa, su propia esposa, los conocía bien y se los había descrito en detalle, al menos el de Bertrand.

—¿Qué decías sobre darme las gracias?

—Quería daros las gracias por haberme abierto los ojos. Y también vuestra puerta —agregó con una sonrisa.

Hildemara le rió educadamente la gracia.

—A veces abro mi puerta a hombres apuestos. Es una experiencia... en ocasiones gratificante.

Dalton salvó la distancia que los separaba, le cogió una mano y le besó el dorso mientras la miraba a los ojos. Aunque a él le parecía un acto artificioso y patético, ella respondió como si lo creyera sincero y como si se alegrara por esa muestra de respeto.

Dalton había investigado las actividades privadas de Hildemara. Para ello había tenido que cobrarse todos los favores que le debían, amenazar directamente e incluso nombrar a alguien para un cargo. De ese modo había averiguado qué le gustaba a Hildemara y qué no. Sabía que no le gustaban los amantes agresivos, sino jóvenes y atentos. Le gustaba que la trataran con mucho respeto y que la adularan.

Para él esa visita era como un banquete muy complicado, con platos que debían servirse en el orden adecuado para llegar a los puntos culminantes. De ese modo, teniendo un plan, le resultaba más sencillo seguir adelante.

—Milady, no quisiera ser demasiado atrevido con una mujer de vuestra posición, pero debo ser sincero.

Hildemara se dirigió a una mesa con incrustaciones de oro y plata. De una bandeja de plata cogió una botella de cristal tallado y se sirvió una copa de ron. También le sirvió una a él, sin preguntar, y se la tendió con una sonrisa.

—Por favor, Dalton, hace mucho tiempo que nos conocemos. Sé sincero, te lo ruego. Después de todo, yo fui sincera contigo respecto a tu mujer.

—Sí. Lo fuisteis.

Hildemara bebió un sorbo y puso una mano sobre su hombro.

—¿Aún te consumes por eso o has decidido afrontar la realidad de la vida?

—Debo admitir que me he sentido... muy solo. Mi esposa está muy a menudo... ocupada. Nunca esperé tener una esposa a la que no pudiera ver cuando yo quisiera.

—Mi pobre Dalton —lo consoló Hildemara—. Sé cómo te sientes. Mi esposo también está muy a menudo ocupado.

Dalton se volvió, como si se sintiera violento.

—Desde que mi esposa rompió los votos, he descubierto que experimento... deseos que ella no puede satisfacer. Aunque me avergüenza admitirlo, no tengo experiencia en este tipo de cosas. Supongo que para la mayoría de los hombres sería algo natural, pero para mí no.

Hildemara se arrimó a él por detrás y le susurró al oído:

—Continúa, Dalton. Te escucho. No seas tímido. Tú y yo somos viejos amigos.

Dalton se volvió para quedar ambos cara a cara, de forma que daba la oportunidad a Hildemara de exhibir su escote, que ella creía que era uno de sus mayores encantos.

—Desde que mi esposa rompió los votos y sirve al Soberano, ya no hay necesidad de que yo mantenga los míos. Sobre todo porque siento ciertos... anhelos.

—No, claro que no.

—Una vez me dijisteis que si decidía romper mis votos acudiera a vos en primer lugar. Bueno, si aún estáis interesada, las cosas han cambiado.

La respuesta de Hildemara fue besarlo. A Dalton le pareció menos repugnante de lo que temía. Si cerraba los ojos incluso era agradable.

Le sorprendió que Hildemara pasara inmediatamente a mayores intimidades. Pero el resultado final sería el mismo. Si ella quería ir al grano, por él, estupendo.

34

Las tierras altas situadas por encima del valle Nareef eran un lugar tan inhóspito, tan yermo y tan lóbrego como le habían advertido. El viento aullaba en sucias ráfagas. Era típico de Joseph Ander elegir un lugar como éste.

Las montañas que rodeaban el lago muerto también estaban muertas. Eran rocosas, marrones, de cimas coronadas por la nieve y desprovistas de vida. Los miles de arroyos que bajaban por las laderas relucían a la luz del sol como colmillos.

En medio de ese lóbrego erial sobresalía el verdor de las pakas, semejantes casi a nenúfares en el extenso lago que ocupaba el amplio regazo de las montañas.

Richard había dejado los caballos más abajo y después había ascendido a pie por la estrecha senda que conducía al lago. Había atado a los animales con cuerdas flojas y les había quitado los arreos para que, si él no volvía, pudieran escapar.

Sólo una cosa lo impulsaba a seguir adelante: su amor por Kahlan. Tenía que desterrar a los repiques para curar a Kahlan. Ése era su único propósito en la vida. De pie en ese suelo estéril, junto a las aguas envenenadas, sabía qué tenía que hacer. Tenía que ser más listo que Joseph Ander y superarlo.

El enigma de los repiques no tenía ninguna clave; no había respuesta ni solución que pudiera encontrarse. Joseph Ander no había dejado costuras en su tapiz de magia.

Su única oportunidad consistía en hacer lo que Joseph Ander nunca hubiese esperado. Richard había estudiado al mago Ander y sabía cómo pensaba. Sabía lo que creía y lo que esperaba que la gente intentara. Si hacía algo que Joseph Ander había previsto, fracasaría. Debía hacer aquello que reclamaba Joseph Ander que hicieran los magos del Alcázar.

Richard esperaba tener fuerza suficiente para poder llegar hasta el final. Durante el día cabalgaba sin descanso, cambiando de caballo para que llegaran a su destino y fueran capaces de llevarlo de vuelta. Y por la noche caminaba hasta que le fallaban las fuerzas.

Estaba exhausto y solamente esperaba aguantar lo suficiente. Lo suficiente para Kahlan.

De la bolsa de cuero repujada en oro que llevaba al cinto cogió arena blanca de hechicero. Con ella dibujó cuidadosamente una Gracia. Empezando por los rayos que representaban el don lo dibujó exactamente a la inversa de como Zedd le había enseñado a dibujarla. Él se mantuvo en el centro y fue trazando las líneas del don hacia adentro, hacia sí mismo.

A continuación dibujó la estrella que representaba el Creador, luego el círculo de la vida, el cuadrado del velo y, finalmente, el círculo externo donde empezaba el inframundo.

Tal como Joseph Ander había dicho, la imaginación era lo que hacía grande a un mago, pues con ella era capaz de trascender los límites de la tradición.

Era posible alterar una Gracia mediante un hechizo imaginativo. Richard confiaba en poder alterar más que eso.

Desde el interior de la Gracia Richard alzó los puños hacia el cielo.

—¡Reechani! ¡Sentrosi! ¡Vasi! ¡Yo os invoco!

Sabía lo que los repiques necesitaban. Joseph Ander se lo había dicho.

—¡Reechani! ¡Sentrosi! ¡Vasi! ¡Os invoco y os ofrezco mi alma!

La superficie del agua se rizó a medida que el viento se levantaba. El agua se movía con intención deliberada. El viento que soplaba sobre el agua se convirtió en una ardiente llamarada.

Los repiques respondían a la llamada.

Richard, rebosante de necesidad y de furia, bajó los brazos y señaló con los puños el borde del lago, donde se deslizaba por encima del labio rocoso y se precipitaba sobre el valle Nareef. Concentró todo su ser en ese punto.

Con su necesidad y su furia invocó el lado de Magia de Resta de su poder, el lado de las cosas más oscuras, el lado que pertenecía al inframundo, el de las sombras en la oscuridad eterna del mundo de los muertos.

De sus puños brotaron con un estallido rayos negros que se retorcieron formando una soga de aniquilación que aullaba. Su necesidad la cohesionaba. Su furia la alimentaba.

El borde del lago estalló violentamente. La roca de más allá se desintegró en una lluvia de vapor y escombros por efecto de los rayos negros. En un instante la orilla inferior del lago en el borde desapareció. El poder destructivo de la Magia de Resta lo había desintegrado.

Con un ensordecedor rugido el lago comenzó a vaciarse. El agua se arremolinaba y caía por el lado. El borde espumeaba. Las pakas eran arrancadas de raíz del fondo del lago y giraban junto con el agua. El extenso lago de agua envenenada se desplomaba hacia el valle.

El fuego que se aproximaba por encima del lago, el viento y la misma agua que se arremolinaba frenaron su avance a medida que se acercaban a Richard. Se trataba de la esencia de los repiques, la síntesis que hablaba por ellos.

—Venid a mí —ordenó Richard—. Os ofrezco mi alma.

Mientras los repiques giraban a su alrededor cada vez más cerca, Richard se sacó algo más de la bolsa que llevaba al cinto.

Entonces, en el lago que se vaciaba y dejaba un fondo lodoso allí donde las aguas envenenadas retrocedían, el aire comenzó a brillar justo por encima del agua que caía. Algo empezó a fusionarse y a adoptar una forma en el mundo de la vida.

Temblando en el aire por encima de la superficie del agua, una figura comenzó a perfilarse, una figura vestida con túnica, un anciano hecho de humo y luz reluciente. Una figura sufriente.

Richard alzó de nuevo los puños hacia el cielo.

—¡Reechani! ¡Sentrosi! ¡Vasi! ¡Venid a mí!

Los repiques lo obedecieron. A su alrededor se arremolinaba la esencia de la muerte. Mantenerse en pie en medio de una vorágine de muerte casi fue más de lo que Richard podía soportar. Nunca había sentido nada tan abominable.

Los repiques lo llamaban con sonidos seductores de otro mundo. Richard se lo permitió y sonreía ante sus llamadas. Dejaba que esos ladrones de almas se le acercaran.

Entonces levantó un brazo para señalar.

—Vuestro amo —anunció.

Los repiques aullaron a su alrededor, enfurecidos. Habían reconocido a quien se materializaba ante ellos.

—Ahí está, esclavos, vuestro amo.

—¿Quién me llama? —tronó una voz desde el agua.

—Richard Rahl, descendiente de Alric. He venido para ser tu amo, Joseph Ander.

—Me has encontrado en mi refugio. Eres el primero. Te felicito.

—Y yo te condeno, Joseph Ander, a ocupar tu lugar en la otra vida, adonde todos debemos ir cuando nos llega el momento.

Sobre el lago sonó la risa de los repiques.

—Puedes encontrarme, puedes molestarme, pero jamás podrás darme órdenes. No tienes poder suficiente ni para empezar. Ni siquiera eres capaz de imaginar lo que puedo crear.

—Ah, pues lo he hecho. Agua, escúchame —gritó hacia el agua que se precipitaba sobre el valle—. Aire, mira lo que te muestro. Fuego, siente la verdad de ello.

A su alrededor los tres repiques giraban y se arremolinaban. Recelaban de lo que les ofrecía. Richard señaló de nuevo.

—He aquí a vuestro amo, el que os esclavizó para que hicierais su voluntad y no la vuestra. He aquí su alma, desnuda ante vosotros.

La preocupación oscureció el rostro de Joseph Ander.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué pretendes conseguir?

—La verdad, Joseph Ander. Te arrebató la mentira de tu existencia.

Richard alzó una mano y la abrió en dirección a la figura. Era la mano que contenía el equilibrio, la arena negra de hechicero. Richard dejó que un delgado hilo de rayos negros crepitara entre él y el espíritu de Joseph Ander.

—Ahí está, Reechani. Óyelo. Ahí está, Vasi. Míralo. Ahí está, Sentrosi, siéntelo a través de mi tacto.

Joseph Ander trató de conjurar magia propia pero se había refugiado en otro mundo, en el mundo que él mismo había creado y no podía cruzar el vacío. Pero Richard lo había llamado y él sí que podía alcanzarlo.

—Ahora, repiques míos, ha llegado el momento de elegir: mi alma o la suya. El hombre que se negó a entregar su alma a la otra vida. El hombre que se negó a reunirse con vuestro amo del inframundo. El hombre que se convirtió en vuestro amo en ese mundo y os ha mantenido esclavizados durante todo este tiempo.

»O mi alma, aquí en el centro de esta Gracia, hacia la que os atraeré para que me sirváis en este mundo tal como le habéis servido a él.

»Elegid: venganza o nuevamente esclavitud.

—¡Miente! —gritó el espíritu de Joseph Ander.

La tormenta de repiques alrededor de Richard hizo su elección. Comprendieron que Richard les decía la verdad y cruzaron crepitando el puente que Richard había creado, salvaron el vacío en el mundo de la vida.

El mundo entero tembló con su ira.

Tras cruzar el puente se apoderaron del alma de Joseph Ander con un aullido de rabia que solamente podía proceder del mundo de los muertos, y se la llevaron al inframundo, adonde pertenecían. Se lo llevaron a casa.

En un instante que duró una eternidad el velo entre ambos mundos permaneció abierto. En ese instante la muerte y la vida se tocaron.

En el repentino silencio que siguió, Richard extendió las manos al frente. Experimentaba una sensación de plenitud que le pareció sorprendente.

De repente se dio cuenta de lo que acababa de hacer: había creado magia, había reparado aquello que Joseph Ander había corrompido injustamente.

Tenía que regresar junto a Kahlan y confiar en que siguiera con vida. Richard se obligó a alejar de su mente esa posibilidad. Tenía que estar viva.

Zedd abrió los ojos dando un respingo. Estaba oscuro. Palpó y encontró paredes de roca. A trompicones avanzó hacia adelante, hacia la luz, hacia el sonido.

Se dio cuenta de que había regresado a su cuerpo. Ya no estaba en el cuervo. No comprendía cómo era posible, pero era real. Se miró las manos y comprobó que no eran alas, sino manos de verdad.

Había recuperado su alma.

Cayó de rodillas y lloró de alivio. Perder el alma había sido mucho peor de lo que esperaba, y eso que él esperaba lo peor.

Pese a no poseer alma había podido vivir en el cuerpo del cuervo. Se animó un poco. Ésa había sido una experiencia completamente nueva. Él era el primer mago que conseguía proyectarse en el interior de un animal. Y para ello simplemente había tenido que renunciar a su alma.

Caminó hacia la luz, hacia el rugir del agua. Recordó dónde se encontraba. Al llegar al borde se zambulló en el lago y nadó hacia la lejana orilla.

Al llegar allí salió arrastrándose. Sin pensar, hizo un ademán para secarse la ropa. Súbitamente fue consciente de que había recuperado su poder, su vigor, su don.

Oyó un sonido y levantó la cabeza. *Araña* lo acarició con el hocico. Zedd sonrió y le frotó el hocico suave y amistoso.

—*Araña*. Cuánto me alegro de verte, amiga mía. Cuánto me alegro.

Araña resopló de placer.

Zedd encontró la silla y el resto de los arreos donde los había dejado. Sólo por placer hizo flotar la sudadera y la silla hasta el lomo de *Araña*. A la yegua le pareció muy interesante. *Araña* era una buena compañera, y un buen caballo.

Se oyó algo arriba. Zedd se volvió. Algo bajaba por la montaña. Agua. Por alguna razón el lago se había reventado y toda el agua bajaba.

Zedd se subió de un salto encima de *Araña*.

—Hora de irnos, chica.

Araña obedeció.

Dalton acababa de regresar a su despacho cuando oyó que alguien entraba detrás de él. Era Stein. Cuando el hombre se volvió para cerrar la puerta, Dalton echó un vistazo a la parte inferior de su capa y vio la cabellera que había añadido.

Entonces se dirigió a una mesa auxiliar y se sirvió un vaso de agua. Se sentía acalorado y un poco mareado.

Bueno, era de esperar.

—¿Qué queréis, Stein?

—Es sólo una visita social.

—Ah —repuso Dalton, y bebió un sorbo.

—Vaya despacho habéis conseguido. Es muy bonito.

Era cierto. Todo era de la mejor calidad. Lo único que conservaba de su antiguo despacho era el soporte para espadas de plata junto al escritorio. Le gustaba y se lo había llevado. Rozó la empuñadura de su espada, que descansaba allí.

—Bueno, os lo habéis ganado —añadió Stein—. De eso no hay duda. Habéis llegado muy lejos. Vos y vuestra esposa.

—¿Lleváis una nueva espada, Stein? ¿No es un poco ostentosa para vuestro gusto?

Stein se mostró complacido de que Dalton se hubiera fijado en la espada.

—Esta espada que veis —dijo levantándola con el pulgar por la cruz, que dibujaba un arco descendente, unos pocos centímetros fuera de la funda— es la *Espada de la Verdad*. La verdadera espada del Buscador.

A Dalton le pareció muy inquietante que esa espada estuviera en poder de un hombre como Stein.

—¿Y qué hacéis vos con ella?

—Uno de mis hombres me la trajo. Además de traerme un buen problema.

—¿De veras? —preguntó Dalton fingiendo un interés que no sentía.

—Capturaron a una mord-sith mientras me traían la espada. La verdadera *Espada de la Verdad* y una mord-sith auténtica. Imaginaos.

—Toda una hazaña. El emperador estará complacido.

—Lo estará cuando le ofrezca la espada. Haber derrotado de manera tan rotunda a lord Rahl supone un gran éxito. Nuestras fuerzas llegarán pronto y lo capturarán. Por cierto, ¿habéis encontrado ya a la Madre Confesora?

—No. —Dalton bebió otro sorbo de agua—. Pero con el hechizo que la hermana Penthea ha aportado, la Madre Confesora está perdida. Por el aspecto de los nudillos de mis hombres, cumplieron su cometido. Al menos hasta que los capturaron y mataron.

»Es imposible que la Madre Confesora sobreviva a la paliza que le propinaron. Si aún sigue viva, lo sabremos muy pronto. Y si ha muerto —se encogió de hombros— es posible que nunca encontremos su cuerpo.

»¿Cuándo llegará Jagang?

—Pronto. Tal vez dentro de una semana. La avanzadilla quizá antes. Está ansioso por fijar su residencia en vuestra hermosa capital.

Dalton se rascó la frente. Tenía cosas que hacer, aunque ninguna de ellas era realmente importante.

—Bueno, si me necesitáis estaré por aquí —dijo Stein. Al llegar a la puerta dio media vuelta—. Por cierto, Dalton, Bertrand me ha dicho que estáis siendo más que comprensivo respecto a vuestra mujer.

Dalton se encogió de hombros.

—¿Por qué no? No es más que una mujer. Yo, con un chasquido de los dedos, tengo a una docena. No hay que ser tan posesivo sólo por una mujer.

Stein pareció sinceramente complacido.

—Me alegra que por fin hayáis entrado en razón. Encajaréis en la Orden. Nosotros no somos nada posesivos con las mujeres.

Dalton trataba de imaginarse adónde podría haber ido la Madre Confesora.

—Bueno, en ese caso me encantará la Orden. Yo también he abandonado la idea de la posesión.

Stein se rascó la barba de tres días.

—Me alegra oíros decir eso, Dalton. Puesto que eso es lo que sentís, me gustaría felicitaros por haber elegido una esposa tan puta.

Dalton, que había empezado a revisar unos papeles, se quedó rígido.

—Perdón. ¿Qué acabáis de decir?

—Oh, Bertrand me la presta de vez en cuando. Se jactaba de ella y quiso que yo también la probara. Le dijo que el Creador quería que me complaciera. Tenía que decíroslo, Dalton: tenéis una esposa muy caliente.

Stein se volvió hacia la puerta.

—Una cosa más —dijo Dalton.

—¿Qué es? —preguntó volviéndose.

La punta de la espada de Dalton silbó en el aire y rajó el vientre de Stein justo por debajo del cinto en el que llevaba las armas. No fue un corte profundo; sólo lo suficiente para que se le derramaran las entrañas a sus pies.

Stein lanzó un grito ahogado, abrió mucho la boca, y los ojos se le pusieron en blanco al bajar la mirada. Mientras caía de rodillas miró a Dalton. El grito se tornó en jadeos y gruñidos.

—¿Sabéis qué? Resulta que sí soy del tipo posesivo. Dad gracias a los buenos espíritus de haber tenido un final rápido.

Stein se desplomó de lado. Dalton pasó por encima de él y se puso detrás.

—Por favor, no sintáis que os estáis perdiendo algo o que os estoy descuidando de algún modo sólo porque sea rápido.

Dalton agarró con una mano el grasiento pelo de Stein. Entonces pasó la espada alrededor de la frente de Stein por la parte superior, apoyó una bota contra la espalda del hombre y le arrancó el cuero cabelludo.

Stein se volvió y demostró que tenía buenos pulmones.

—Por cierto, esto ha sido por Franca. Sólo para que lo sepáis.

Dalton dejó a Stein en el suelo, con las vísceras fuera del cuerpo y sangrando profusamente, y se encaminó tranquilamente hacia la puerta. La abrió él mismo. Se sintió complacido de que su nuevo ayudante no la hubiera abierto sin permiso pese a todos esos gritos.

—Phil, tú y Gregory, venid aquí.

—¿Sí, Ministro Campbell?

—Phil, Stein me está ensuciando el despacho. Por favor, ayúdalo a salir.

—Sí, Ministro Campbell.

—Sobre todo que no estropee las alfombras —dijo Dalton. Mientras recogía algunos papeles del escritorio echó un vistazo a Stein, que aún gritaba—. Llévalo hasta la ventana y tíralo afuera.

35

Richard irrumpió por la puerta principal. Aunque vio a otras personas, se dirigió directamente hacia el cuarto que ocupaba Kahlan.

Jiaan le cogió un brazo.

—Richard, espera.

—¿Qué? ¿Qué pasa ahora? ¿Cómo está Kahlan?

—Sigue viva. Ya ha pasado la fase más crítica.

Richard estuvo a punto de derrumbarse de alivio y notó que las lágrimas le corrían por las mejillas, aunque logró dominarse. Estaba tan cansado que incluso las cosas más sencillas le costaban. No había sido capaz de girar el pomo para abrir la puerta, ni tampoco de parar.

—Ahora puedo curarla. He recuperado mi poder.

Con estas palabras se volvió hacia el pasillo. Jiaan volvió a cogerlo del brazo.

—Lo sé. Du Chaillu también ha recuperado el suyo. Debes verla a ella primero.

—Ya la veré después. Antes que nada debo curar a Kahlan.

—¡No! —le gritó Jiaan a la cara.

Eso le sorprendió tanto que se detuvo.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Du Chaillu dice que sabe por qué vino a ti. Nos ha dicho que no te dejáramos tocar a Kahlan sin hablar antes con ella. Me hizo jurar que te lo impediría con la espada, si era necesario.

»Por favor, *Caharin*, no me hagas eso. Te lo suplico.

Richard tomó aire y trató de calmarse.

—Muy bien. Si tan importante es, veré a Du Chaillu. ¿Dónde está?

Jiaan guió a Richard por el pasillo hasta la puerta de la habitación contigua a la que ocupaba Kahlan. Richard echó una prolongada mirada a la puerta de Kahlan, pero ante la insistencia de Jiaan cruzó la otra.

Encontró a Du Chaillu sentada en una silla con un bebé en los brazos. La mujer miró a Richard con expresión radiante. Richard se arrodilló delante de ella y contempló el bebé que dormía en sus brazos.

—Du Chaillu, es muy hermoso —dijo en susurros.

—Tienes una hija, esposo mío.

Richard tenía muchas cosas en la cabeza; negar la paternidad de la hija de Du Chaillu era la última de ellas.

—Le he puesto Cara en honor de la mujer que nos salvó la vida a ambas.

—A Cara le gustará mucho. Estoy seguro.

—Richard, ¿estás bien? Parece como si regresaras del país de los muertos.

—En cierto modo así es —contestó él con una leve sonrisa—. Jiaan me ha dicho que has recuperado el don.

—Así es. Y debes creer en él. Mi poder consiste en percibir los hechizos y silenciarlos.

—Du Chaillu, tengo que curar a Kahlan.

—No lo hagas.

—Du Chaillu, sé que quieres ayudar, pero lo que me dices es una locura.

La mujer le agarró la camisa con una mano.

—Escúchame, Richard. Vine a ti por una razón. Ésta es la razón. Ahora lo sé. Vine para salvarte del dolor de perder a Kahlan.

»En su interior lleva una magia que es una trampa. Si intentas curarla con tu magia, accionarás la magia que la matará. Era la única manera de asegurarse de que acabarían con ella.

Richard, tratando de mantener la calma, se humedeció los labios.

—Pero tú tienes el poder de neutralizar hechizos. Cuando nos conocimos, la hermana Verna me lo dijo. Du Chaillu, anula ese hechizo para que yo pueda curarla.

—No —respondió Du Chaillu sosteniéndole la mirada—. Escúchame, Richard. No me estás escuchando. Tú solamente oyes lo que quieres oír. Escucha la verdad.

»Ese hechizo es de un tipo de magia que queda fuera de mi poder. No puedo hacerlo desaparecer. Está anclado en ella como la púa de un anzuelo. Tu magia curativa accionaría la trampa. ¿Me oyes, Richard? Si intentas curarla, la matarás.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Richard desesperado.

—Kahlan sigue viva. Si ha sobrevivido hasta ahora, tiene una buena oportunidad. Tienes que cuidarla. Debe recuperarse sin magia. Cuando esté mejor el hechizo se desvanecerá, del mismo modo que un anzuelo en un pescado se disuelve. Antes de que esté bien ya se habrá ido, pero para entonces ya no necesitará tu magia que la cure.

Richard hizo un gesto afirmativo.

—De acuerdo. Gracias, Du Chaillu. Lo digo de verdad. Gracias por... por todo.

Du Chaillu lo abrazó incluso teniendo al bebé en brazos.

—Tenemos que irnos de aquí. La Orden está al caer. Tenemos que salir de Anderith.

—Ese hombre, Edwin, es un buen hombre. Ha preparado un carromato para que te lleves a Kahlan.

—¿Cómo está Kahlan? ¿Está despierta?

—Sólo a ratos. Le damos un poco de comer, bebida, hierbas medicinales, y le administramos las curas que podemos. Richard, está muy malherida, pero sigue viva. Yo creo que se recuperará. De veras lo creo.

Du Chaillu se levantó con su nueva hija en brazos y condujo a Richard a la habitación contigua. Richard estaba exhausto, pero el corazón le latía con tanta fuerza que volvió a sentirse plenamente alerta. No obstante, dejó que Du Chaillu lo condujera, pues se sentía desvalido.

Las cortinas estaban corridas, y la habitación apenas iluminada. Kahlan yacía de espaldas. Las mantas la cubrían casi por completo.

Richard miró la cara que conocía tan bien, pero no la reconoció. Su aspecto le quitó la respiración, y tuvo que hacer esfuerzos para no caerse. También luchaba por contener las lágrimas.

Kahlan estaba inconsciente. Richard le cogió suavemente una mano flácida, sin obtener respuesta.

Du Chaillu se colocó al otro lado de la cama. Obedeciendo a un gesto de Richard, Du Chaillu sonrió y depositó suavemente a la pequeña Cara en el hueco que formaba un brazo de Kahlan. La pequeña siguió durmiendo y se acurrucó contra el brazo.

Kahlan se movió. Con una mano abrazó en parte al bebé y sonrió levemente.

Esa sonrisa fue lo primero que Richard reconoció de Kahlan.

Fuera, después de haber colocado delicadamente a Kahlan en el carruaje especial que Edwin había convertido en carromato, lo sacaron de la cochera a la luz del alba. Un tal Linscott, un antiguo Director y amigo de Edwin, había ayudado a fabricar la cubierta para el carruaje y a modificar la suspensión para que rodara más suavemente. Linscott y Edwin formaban parte de un grupo que se habían opuesto a los corruptos gobernantes de Anderith, aunque sin ningún éxito. Ante la insistencia de Richard se disponían a abandonar el país. No eran muchos, pero al menos algunos escaparían.

A un lado de la casa, bajo la sombra de un cerezo, los esperaba Dalton Campbell.

Instantáneamente Richard se puso tenso, listo para luchar. Pero Dalton Campbell no estaba allí para atacar.

—Lord Rahl, he venido a despedirme de vos y de la Madre Confesora.

Richard echó un vistazo a los rostros desconcertados de los demás. Parecían tan sorprendidos como el propio Richard.

—¿Y cómo sabíais que estábamos aquí?

Dalton sonrió.

—Ése es mi trabajo, lord Rahl: saber cosas. Al menos lo era.

Linscott parecía a punto de arrojarse contra la yugular del Ministro de Cultura, y también Edwin mostraba una actitud belicosa.

Dalton no parecía preocupado. A un gesto de Richard, Jiaan y Du Chaillu se encargaron de hacer retroceder a todos. Estando los maestros de armas cerca, un solo hombre no les preocupaba demasiado.

—Me gustaría deciros, lord Rahl, que en otro tiempo y en otro lugar creo que podríamos haber sido amigos.

—Lo dudo.

Dalton se encogió de hombros.

—Tal vez tenéis razón. —Le mostró una manta doblada que hasta entonces guardaba debajo del brazo—. Os he traído esto, por si acaso necesitáis otra para mantener a vuestra esposa caliente.

Richard se sentía confuso con Dalton. No entendía qué quería. El Ministro de Cultura dejó la manta dentro del carromato, a un lado. Richard pensó que, de quererlo, Dalton Campbell les habría causado muchas dificultades. Así pues, no era eso lo que buscaba.

—Solamente quería desearos buena suerte. Espero que la Madre Confesora se recupere pronto. La Tierra Central la necesita. Es una mujer estupenda. Lamento haber intentado asesinarla.

—¿Qué habéis dicho?

Dalton Campbell lo miró a los ojos.

—Fui yo quien envió a esos hombres para que la atacaran. Si recuperáis la magia, lord Rahl, no intentéis curarla con ella, os lo ruego. Una Hermana de las Tinieblas le lanzó un hechizo con el lado oscuro de la magia por si alguien trataba de curarla con magia. Debéis dejar que se recupere sola.

Richard sentía deseos de matarlo, pero por alguna razón se quedó allí, mirándolo y escuchando su confesión.

—Si deseáis matarme, por favor, hacedlo. No me importa.

—¿Qué queréis decir?

—Tenéis una esposa que os ama. Conservadla.

—¿Y vuestra esposa?

Dalton se encogió de hombros.

—Ah, bueno, me temo que no podrá salvarse.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Richard extrañado.

—Muchas prostitutas de Fairfield sufren un mal inmundito. De algún modo mi esposa, el Soberano, lady Hildemara y yo mismo nos hemos contagiado. Ya ha empezado a manifestarse. Es una desgracia. Tengo entendido que es una muerte muy desagradable.

»El pobre Soberano se pasa el día llorando desconsoladamente. Considerando que eso era lo que más temía, debería haber sido más cuidadoso en la elección de sus parejas.

»Y, en cuanto al Dominie Dirtch, me han informado de que se ha convertido en polvo. Parece que todo nuestro trabajo ha sido en vano. El emperador Jagang, cuando llegue, estará muy enfadado.

—Ojalá.

Dalton sonrió.

—Bueno, tengo cosas que hacer, a no ser, por supuesto, que deseéis matarme.

Richard le sonrió.

—Una vez una mujer muy sabia me dijo que el pueblo es cómplice voluntario de sus tiranos. El pueblo hace posible a personajes como vos.

»Voy a hacer lo peor que se me ocurre contra vos y vuestro pueblo, lo que mi abuelo os habría hecho: voy a dejaros solos para que sufráis las consecuencias de vuestras propias acciones.

Ann se sentía tan agarrotada que temía quedarse lisiada de por vida y no poder volver a andar nunca. Por si fuera poco, la caja en la que la habían encerrado no dejaba de dar tumbos y más tumbos por el carro, que traqueteaba sobre los adoquines, lo cual aumentaba el suplicio. Se sentía como si la hubieran apaleado.

Si no la dejaban salir pronto, iba a volverse loca. Como en respuesta a su plegaria, finalmente el carro fue frenando y se detuvo. El alivio y la dicha la invadieron. Estaba a punto de llorar de dolor por los golpes que se daba contra los lados y el fondo sin posibilidad de amortiguarlos con las manos y los pies.

Oyó que alguien manipulaba el cierre, y luego la tapa se abrió y dejó que entrara el fresco aire de la noche. Ann se llenó los pulmones con él, saboreándolo como un dulce perfume.

El frente de la caja cayó al fondo del carro. La hermana Alessandra miraba dentro de la caja. Ann miró alrededor y no vio a nadie más. Estaban en un estrecho callejón que se veía casi desierto. Una anciana pasó por su lado sin prestarles ninguna atención.

—¿Alessandra, qué ocurre? —preguntó Ann frunciendo el entrecejo.

La hermana Alessandra juntó las manos en actitud de oración.

—Prelada, quiero volver a la Luz, os lo suplico.

Ann parpadeó.

—¿Dónde estamos?

—En la ciudad a la que se dirigía el emperador. Se llama Fairfield. He convencido a vuestro carretero para que me dejara conducir a mí.

—¿Lo has convencido? ¿Cómo?

—Con una porra.

Ann enarcó las cejas.

—Ya entiendo.

—Después, como tengo tan poco sentido de la orientación, nos hemos separado del resto de la línea y, bueno, supongo que nos hemos perdido.

—Vaya mala suerte la nuestra.

—Eso me deja con la alternativa de buscar a tropas de Jagang y rendirnos, o bien volver a la Luz.

—¿Alessandra, lo dices en serio?

La Hermana se mostraba al borde del llanto. Ya no bromeaba.

—Por favor, Prelada, ayudadme. Os lo suplico.

—Alessandra, no me necesitas para eso. Busca en tu corazón el camino hacia la Luz.

La hermana Alessandra se arrodilló detrás del carro mientras Ann seguía sentada en la caja, encadenada de pies y manos.

—Creador, te lo suplico —comenzó a rezar Alessandra.

Ann escuchó cómo la Hermana abría su corazón y lo confesaba todo. Al terminar se besó el dedo anular. Ann contuvo la respiración, esperando que un rayo fulminara a Alessandra por haber traicionado al Custodio del inframundo.

No pasó nada. Alessandra sonrió a Ann.

—Prelada, la siento. Puedo...

Sus palabras fueron interrumpidas por un sonido estrangulado. Los ojos se le salían de las órbitas.

Ann se arrastró rápidamente hacia ella.

—¡Alessandra! ¿Es Jagang? ¿Está Jagang en tu mente?

Alessandra asintió a duras penas.

—¡Jura lealtad a Richard! ¡Júralo en tu corazón! ¡Es lo único que puede expulsar al Caminante de los Sueños de tu mente!

La hermana Alessandra se desplomó y comenzó a retorcerse en el suelo de dolor, al mismo tiempo que farfullaba palabras que Ann no conseguía entender nada.

Finalmente las convulsiones cesaron. Alessandra jadeaba, aliviada. Se incorporó y miró al interior del carro.

—¡Ha funcionado! Prelada, ha funcionado. —Se llevó las manos a la cabeza—. Jagang ya no está en mi mente. Gracias al Creador. Oh, gracias al Creador.

—¿Y si me quitas todas estas cadenas y le das las gracias más tarde?

La hermana Alessandra corrió a ayudarla. En pocos minutos Ann estaba libre de los grilletes y curada. Por primera vez desde lo que se le antojaba una eternidad podía usar de nuevo el don.

Las dos mujeres desengancharon los caballos y los ensillaron con los arreos que encontraron en el carro. Ann no se había sentido tan dichosa en años. Ambas querían alejarse lo más posible del ejército de la Orden Imperial.

Mientras atravesaban la ciudad en dirección norte, llegaron a una plaza atestada de miles de personas que portaban velas.

Ann se inclinó desde el caballo para preguntarle a una de las mujeres jóvenes qué sucedía.

—Es una vigilia a la luz de las velas por la paz.

Ann se quedó atónita.

—¿Una qué?

—Una vigilia a la luz de las velas por la paz. Nos hemos reunido para mostrar a los soldados que llegan a la ciudad que existe otro camino, para mostrarles que nosotros vamos a insistir en la paz.

—Yo en tu lugar buscaría ahora mismo un agujero en el que esconderme, porque esos hombres no creen en la paz —le replicó Ann con gesto adusto.

La mujer esbozó una sonrisa de resignación.

—Cuando nos vean a todos reunidos por la paz se darán cuenta de que somos una fuerza demasiado poderosa y que no pueden vencernos con ira y odio.

Mientras la joven marchaba hacia la plaza, Ann cogió a la hermana Alessandra por la manga.

—Salgamos de aquí. Esto será una carnicería.

—Pero Prelada, esta gente está en peligro. Ya sabéis lo que harán los soldados de la Orden. Las mujeres... Ya sabéis lo que les hacen a las mujeres. Y los hombres que se resistan serán masacrados.

—Lo sé. Pero nosotras no podemos hacer nada. Tendrán paz. Los muertos tienen paz. Y también los vivos tendrán paz: la paz de los esclavos.

Dejaron atrás la plaza justo a tiempo. Cuando llegaron los soldados fue incluso peor de lo que Ann había imaginado. De la multitud atrapada brotaron gritos de pánico, de terror y finalmente de dolor. Los gritos de los hombres y los niños cesarían relativamente pronto, pero los gritos de las mujeres y las niñas de mayor edad sólo acababan de empezar.

Cuando finalmente salieron de la ciudad, Ann preguntó:

—Te dije que debíamos eliminar a las Hermanas de la Luz que se negaron a escapar. ¿Hiciste lo que te pedí antes de escapar conmigo, Hermana?

—No, Prelada —contestó Alessandra sin dejar de mirar al frente y cabalgar.

—Alessandra, sabías que era necesario.

—Deseo regresar a la luz del Creador. No podía destruir la vida que él había creado.

—Por salvar a unas pocas vidas tal vez has condenado a muerte a muchos más. Eso es lo que querría una Hermana de las Tinieblas. ¿Cómo puedo fiarme de que me dices la verdad?

—Porque no maté a las Hermanas. Si aún fuese una Hermana de las Tinieblas, lo habría hecho. Os estoy diciendo la verdad.

Sería maravilloso que Alessandra hubiese vuelto a la Luz. Nunca antes había pasado. Alessandra podría ser una fuente de información muy valiosa.

—O podría demostrar que mientes y que aún sirves al Custodio.

—Prelada, os he ayudado a escapar. ¿Por qué dudáis de mí?

Ann observó a su compañera mientras ambas cabalgaban hacia la Tierra Salvaje, hacia lo desconocido.

—Has mentido tanto que nunca podré creer en ti del todo ni fiarme de ti. Ésa es la maldición de la mentira, Hermana. Una vez que te imponen la corona de mentirosa, aunque te la quites siempre te queda la marca.

Richard se volvió al oír que un caballo se aproximaba por detrás. Miró a Kahlan, que viajaba en el carromato junto al que él caminaba. Estaba dormida o quizá inconsciente. Al menos ya reconocía un poco su rostro.

Volvió a mirar atrás cuando el caballo se acercó más. El jinete iba vestido de rojo. Cara avanzó al trote y desmontó. Entonces cogió las riendas y se aproximó a Richard caminando. Cojeaba.

—Lord Rahl, me ha costado mucho atraparos. ¿Adónde vais?

—A casa.

—¿A casa?

—Eso es. A casa.

Cara alzó la vista hacia el camino.

—¿Y esto dónde está?

—En la ciudad del Corzo. Tal vez más al oeste, en las montañas. Allí hay parajes muy hermosos que siempre he querido enseñar a Kahlan.

La mord-sith no protestó y caminó junto a Richard en silencio un rato, llevando el caballo por las riendas.

—¿Lord Rahl, y todo lo demás? D'Hara. La Tierra Central. Toda esa gente.

—¿Qué pasa con ellos?

—Bueno, os estarán esperando.

—No me necesitan. Abandono.

—Lord Rahl, ¿cómo podéis decir tal cosa?

—He violado todas las normas de un mago que conozco. He...

Lo dejó estar. Le daba lo mismo.

—¿Dónde está Du Chaillu? —preguntó Cara.

—La he enviado a casa, con su gente. Su trabajo con nosotros ha acabado. Tuvo al bebé. Una niña preciosa. Le ha puesto Cara, por ti.

Cara se mostró radiante.

—En ese caso me alegro de que no sea fea. Algunos bebés son feos, ¿sabéis?

—Pues el de Du Chaillu es muy hermoso.

—¿Se parece a vos, lord Rahl?

Richard la miró con mala cara.

—No.

Cara echó un vistazo dentro del carromato. La trenza rubia se le cayó por delante del hombro.

—¿Qué le ha pasado a la Madre Confesora?

—Estuvo a punto de ser asesinada.

Cara guardó silencio.

—Tengo entendido que te capturaron. ¿Estás bien? —preguntó Richard.

Cara se echó la trenza hacia atrás.

—Eran estúpidos. No me quitaron el agiel. Cuando la magia volvió, gracias a vos, hice que maldijeran a sus madres por haber conocido a sus padres.

Richard sonrió. Ésa era la Cara que él conocía.

—Y después los maté —remató la mord-sith. Le mostró el extremo roto de una botella negra. Aún conservaba el tapón dorado de filigrana—. Lord Rahl, fallé. No os he traído la espada, pero... pero por fin he podido romper la botella negra del Alcázar del Hechicero con ella. Lo siento, lord Rahl —se disculpó con lágrimas en los ojos—. Fallé. Juro que me esforcé al máximo, pero fallé.

Richard se detuvo y la abrazó.

—No, Cara, no fallaste. Gracias a que rompiste esa botella con la espada hemos podido recuperar la magia.

—¿De verdad?

Richard asintió mirándola a los ojos.

—De verdad. Lo has hecho muy bien, Cara. Estoy orgulloso de ti.

Ambos volvieron a caminar.

—¿Y bien, lord Rahl, está muy lejos vuestro hogar?

Richard reflexionó brevemente.

—Supongo que Kahlan es mi familia, por lo que allí donde estemos es nuestra casa. Mientras esté con ella, estaré en nuestro hogar.

»Ha terminado, Cara. Ahora puedes irte a casa. Te libero.

La mord-sith se detuvo. Richard siguió andando.

—Pero yo ya no tengo una familia. Están todos muertos.

Richard volvió la vista hacia la mord-sith. Cara era la viva imagen del desamparo. El joven regresó junto a ella, le pasó un brazo por encima de los hombros y echó a andar con ella.

—Nosotros somos tu familia, Cara, Kahlan y yo. Te queremos. Así pues, tendrás que volver a casa con nosotros.

La mord-sith no protestó.

—¿En ese lugar al que vamos habrá gente que tenga que matar?

—No lo creo —contestó Richard con una sonrisa.

—En ese caso, ¿por qué vamos allí? —En vista de que Richard se limitaba a sonreír, insistió—. Pensaba que queríais conquistar el mundo, lord Rahl, que deseabais convertirlos en un tirano. Yo digo que lo hagáis. La Madre Confesora estaría de acuerdo conmigo. Eso hace dos contra uno. Ganamos nosotras.

—El mundo me ha rechazado. Perdí la votación.

—¡Una votación! Ése fue el problema.

—No quiero hacerlo otra vez.

Cara avanzó cojeando a su lado un rato antes de decir:

—Os encontrarán, ya lo sabéis. Los d'haranianos están vinculados a vos. Vos sois lord Rahl. Todos os encontrarán.

—Tal vez sí, tal vez no.

—¿Richard? —llamó una voz débil.

Richard detuvo los caballos y se colocó a un lado del carromato. Kahlan estaba despierta. Richard le cogió una mano.

—¿Quién es? —quiso saber Kahlan.

Cara se dejó ver.

—Soy yo. Tenía que volver. ¿Veis lo que os pasa cuando yo no estoy cerca?

Kahlan sonrió levemente, soltó la mano de Richard y tomó la de Cara.

—Me alegra que hayas vuelto a casa —susurró.

—Lord Rahl dice que he salvado la magia. ¿Os lo imagináis? ¿En qué estaría pensando? Tenía la oportunidad de librarme de la magia, y yo voy y la salvo.

Kahlan volvió a sonreír.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Richard.

—Terriblemente mal.

—No tenéis tan mal aspecto —intervino Cara—. Yo he estado mucho peor.

Richard le acarició delicadamente la mano.

—Te recuperarás. Te lo prometo. Y un mago siempre cumple sus promesas.

—Tengo frío —dijo Kahlan. Los dientes le empezaron a castañetear.

Richard reparó en la manta que Dalton Campbell había dejado en el carromato y tiró de ella.

La *Espada de la Verdad* cayó de la manta. Richard se quedó mirándola fijamente.

—La espada también ha vuelto a casa —dijo Cara.

—Sí, supongo que sí.